HEINE

PÁGINAS ESCOGIDAS

CASA EDITORIAL CALLEJA
MADRID

CASA EDITORIAL CALLEJA

CASA EDITORIAL CALLEJA

BIBLIOTECA CALLEJA
SEGUNDA SERIE

E. HEINE

PÁGINAS ESCOGIDAS

(Autorretrato.)

ENRIQUE HEINE

PÁGINAS ESCOGIDAS

VERSIÓN DE E. DÍEZ-CANEDO

MCMXVIII

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1876

MADRID

PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS

COPYRIGHT 1918

by CASA EDITORIAL CALLEJA

Imp. Martín de los Heros, 65.

ÍNDICE

POESÍAS

Páginas.

INTERMEZZO 11
EL REGRESO 29

POESÍAS VARIAS

Preludio 42
La noche 43
Amada mía 44
La voz de la montaña 45
Los dos granaderos 45
A mi madre 47
Doña Clara 48
Almanzor 50
La romería de Kevlaar 54
Serafina 56
Angélica 57
La evocación 57
El caballero Olaf 58
Las ondinas 60
El rey Haraldo Harfagar 61
María Antonieta 62
Antigua canción 64
Ratas errantes 64
El cantar de los cantares 66

Páginas.

Teleología (fragmento) 67
Un buen consejo 69
1649-1793—... ? 69

VIAJE AL HARZ

El idilio de la montaña 71
Ilse 76

EL MAR DEL NORTE

Coronación 78
El crepúsculo 78
La noche en la playa 79
En el camarote por la noche 81
La calma 83
En el fondo del mar 83
Purificación 85
La paz 86
Saludo matutino 87
El naufragio 88
Preguntas 89
Epílogo 90

ATTA TROLL 91
GERMANIA 126
APÉNDICE AL LIBRO DE LÁZARO 156

Déjate de parábolas sagradas 156
La mujer vestida de negro 156
Tu carta fué para mí relámpago 157
En la encrucijada se sientan tres mujeres 157
Mirando estoy los escasos granos de arena 158
No envidio a los hijos de la Felicidad 158
Para la Mouche 159

PROSA

EL TAMBOR LEGRAND 165
LOS DIOSES EN EL DESTIERRO 242
EL RABINO DE BACHARACH 301
EL QUIJOTE 363
PRÓLOGO AL PRIMER TOMO DEL «SALÓN» 391

Páginas.

PENSAMIENTOS..... 404

ALGUNAS CARTAS

A Moisés Moser..... 416
Al mismo..... 417
Al mismo..... 421
Al mismo..... 422
A la Alta Dieta de la Confederacion germánica..... 423
Augusto Lewald..... 425
A su mujer..... 426
A Alejandro Dumas..... 427
A Fernando Lassalle..... 429
A Julio Campe..... 431
A Carolina Jaubert..... 433
A la misma..... 435
A François Mignet..... 436
A J. H. Detmold..... 438
A José Lehmann..... 442
A H. Lassalle, en Breslau..... 445
A Saint-René Taillandier..... 445
A Alfredo Meissner..... 447
A Betty Heine..... 448
A Julio Campe..... 450

APÉNDICES

Noticia biográfica..... 453
Carta autobiográfica a Filaretes Chasles..... 458
Enfermedad y muerte de Enrique Heine..... 462
Algunas frases de Heine..... 468
Noticia literaria..... 470
Testamento de Enrique Heine..... 474
Heine en España..... 480

4191823

ENRIQUE HEINE

HEINE *poseyó en alto grado, quizá en grado excesivo, la facultad de disociación entre la sensibilidad y la inteligencia que tanto sorprende a los alemanes. En el momento mismo de sentir o de expresar sus penas o sus alegrías de amante o de poeta, ve cómo goza, ve cómo padece, sobre todo cómo padece, y se tiene por espectador irónico de un espectáculo en que es asimismo autor y actor. El alemán se hunde en el ensueño, y todo desaparece dentro de él, ingenio y sentimiento; el ingenio de Heine se queda fuera de la nube, luminoso y atento.*

La raza no puede explicar el carácter de un hombre sino en sus rasgos más generales. No era Heine alemán, pero la forma de su genio tampoco se justificaba por sus orígenes judíos; ningún parentesco tiene con el lirismo despiadado de los profetas ni con la lógica sublime de un Spinoza. Pero, aun no siendo alemán... Viértase en el candor hondamente sentimental de un buen alemán la más regocijada ironía de Voltaire, y se obtendrá una pasta muy semejante a aquella de que se amasó a

Enrique Heine. Lo que en ella pudo poner el fermento judío, me siento incapaz de aquilatarlo: quizá la afición al sarcasmo, quizá el placer de la destrucción.

La ciudad de Dusseldorf, donde nació en 1799 (1), estuvo ocupada por los franceses desde 1806 hasta 1814. Allí siguió Heine todos sus estudios, en el liceo imperial, y si aprendió bastante mal el francés, por lo menos respiró el aire sano de la literatura francesa. Hizo después vida de judío errante, a través de Alemania, de Inglaterra, de Italia, y no paró en su existencia nómada hasta llegar a París, en 1831.

Era ya célebre en Alemania, y como la Alemania romántica estaba muy de moda, ingenuos traductores, y entre los primeros Gerardo de Nerval, se pusieron a sus órdenes y disimulando su colaboración le permitieron ganar en Francia gloria de escritor francés. Por mucho tiempo se ha creído que Enrique Heine, en prosa por lo menos, manejaba con igual maestría ambas lenguas. Lo cierto es que no tardó en adquirir nociones muy exactas acerca del valor de las palabras en francés y que las traducciones hechas bajo su dirección poseen un sabor que en las demás no se encuentra, pero nunca se le aclararon del todo los misterios de la sintaxis francesa. Reducido a sus propios recursos, jamás hubiese dado una versión perfecta de los Reisebilder, *como la que apareció en la* Revue des deux mondes. *"Su francés, que no deja de ser garboso, dice M. Bossert, tiene*

(1) Se quita un año en su *Carta autobiográfica.* Véase en la página 458.

una veladura exótica, como el de ciertos novelistas suizos." (1)

Desde que llegó a París, Heine ya no parecía un poeta. Sus escritos eran de polémica, de crítica. Necesitaba para su abundancia verbal a la Alemania de que renegaba. Dos cortos viajes, en 1843 y 1844, le bastaron para traer dos de sus más curiosos poemas, Atta Troll *y* Germania, *que fueron sus últimas obras importantes. Atacado por una enfermedad de la médula espinal, empezó a desfallecer, a morirse poco a poco, conservando no obstante toda su inteligencia, todo su ingenio, toda su causticidad. En tal estado murió el 17 de febrero de 1856.*

Goethe, en sus Conversaciones *con Eckermann, no habla de él más que para echarle en cara sus eternas disputas con los espiritualistas alemanes, principalmente con Platen. No era a propósito la forma de su ingenio para seducir a Goethe, gran moderado y gran conciliador, y el autor del* Wilhelm Meister *hubiérase quedado sorprendido ante quien le dijera que Heine iba a representar en Francia, casi tanto como la representaba él, a la literatura alemana. Si por el pensamiento y por la potencia creadora se queda muy lejos de Goethe, le es muy superior en gracia, en ingenio, y, a pesar de cierta afectación, en invención poética. Su*

---

(1) La presente traducción está hecha sobre las versiones francesas que Enrique Heine dió de sus obras, y que modifican a veces el original alemán primitivo. Aunque estas modificaciones están legitimadas por la autoridad del poeta, el traductor castellano ha tenido a la vista el texto alemán, ateniéndose a él algunas veces.—La selección es, en general, la que ha dado el *Mercure de France* en su *Collection des plus belles pages.* (T).

paganismo, que es más sensual, es también más humano que el de Goethe, y su filosofía, si es igualmente panteísta, lo es con un panteísmo sonriente y espiritual.

La conversión de Heine al protestantismo fué una mera formalidad administrativa. Nunca tuvo religión ninguna. Sin embargo, hacia el final de su vida, confesaba a H. Lassalle: "Harto de toda filosofía atea, he vuelto a la humilde creencia en Dios de un pobre hombre." Pero no tenía culto más que para la mujer, culto sobrado celoso. La oración que más a menudo repetía para sí, era sin duda su Cantar de los cantares, *cuya piadosa ironía concreta su historia.*

En sus Pensamientos *se lee:*

"Aquella muchacha decía: "¡Muy rico ha de ser ese señor, para ser tan feo!" Así juzga el público: "Muy sabio ha de ser ese hombre, para ser tan aburrido." De ahí viene el éxito de tantos alemanes en París."

Heine realizó la paradoja de ser un alemán ingenioso y libertino. Por esto la opinión pública lo anexionó, más íntimamente que a ningún otro, a la literatura francesa, asignándole en el Parnaso francés un puesto al lado de Alfredo de Musset. Hay entre ambos muchas relaciones.

POESÍA

INTERMEZZO

I

En el maravilloso mes de mayo, cuando todos los brotes rompían la corteza, se abrió el amor en mi corazón.

En el maravilloso mes de mayo, cuando todas las aves rompían a cantar, confesé a la hermosa mía mis ansias y mis tiernos deseos.

II

De mis lágrimas nace una muchedumbre de flores brillantes y se convierten mis suspiros en un coro de ruiseñores.

Y si amarme quieres, niña, todas esas flores serán para ti, y ante tu ventana resonará el canto de los ruiseñores.

III

Rosa, azucena, paloma, sol, todo lo amé tiempo atrás con delicia; mas ya no lo quiero, te quiero a ti sola, fuente de todo amor, que eres al mismo tiempo para mí rosa, azucena, paloma y sol.

IV

CUANDO te miro a los ojos el mal y el dolor se me olvidan, y cuando te beso la boca del todo me siento curado.

Si me apoyo en tu seno, celeste gozo se cierne sobre mí; pero si me dices: ¡Te quiero! me echo a llorar amargamente.

V

TU rostro tan querido y tan hermoso, lo vi en sueños poco ha; ¡es tan dulce, y tan parecido al de los ángeles, y con todo tan pálido, tan dolorosamente pálido!

Sólo tienes rojos los labios, pero se pondrán pálidos al beso de la muerte, y se apagará la celeste luz que brota de tus ojos tan puros.

VI

QUISIERA sumergir mi alma en el cáliz de una blanca azucena; la azucena blanca suspiraría entonces una canción para mi amada.

La canción temblaría estremeciéndose como el beso que sus labios me dieron tiempo atrás, en hora misteriosa y tierna.

VII

EN alas de mis cantos te llevaré; te llevaré hasta las riberas del Ganges; allí conozco un paraje delicioso.

Allí florece un jardín embalsamado, a los tran-

quilos rayos de la luna; las flores del loto esperan a su hermanita.

Ríen los jacintos, charlando ante sí, y hacen guiños a las estrellas; las rosas cuéntanse al oído razones perfumadas.

Las tímidas gacelas saltarinas acércanse a escuchar y, a lo lejos, suenan las aguas eternas del río sagrado.

Allí nos tenderemos bajo las palmeras, y su sombra derramará en nosotros ensueños de beatitud celestial.

VIII

La flor del loto padece bajo el resplandor del sol e inclinando la cabeza espera soñando que llegue la Noche.

El Astro nocturno es su amante; la despierta con su claridad y le descubre lentamente su suave rostro de flor.

Ella se abre, ardiente y luminosa, mira, muda, al cielo, y deshecha en olor, llora y se estremece de amor y de ansia de amores.

IX

En las aguas del Rhin, el santo río, juega, con su vasta catedral, la grande, la santa Colonia.

En la catedral hay una imagen pintada en cuero dorado; en el desierto de mi vida irradió dulcemente.

Flores y ángeles flotan encima de Nuestra Señora; ojos, labios, mejillas se parecen a los de mi amada.

X

No me quieres, no me quieres; y no es eso lo que me da pesar; sin embargo, con tal que pueda mirar tus ojos, tan contento estoy como un rey.

Vas a odiarme, me aborreces; tu boca sonrosada me lo dijo. Acerca tu boca sonrosada para que te la bese, y me consolaré.

XI

Enlázame amorosamente, mujer hermosa y amada! ¡Estréchame con tus brazos, tus piernas y tu cuerpo flexible!

¡No enlazó ya la más hermosa de todas las serpientes y estrechó con violencia al más feliz de los Laocoontes!

XII

¡Ah, no jures, y bésame sólo, que no creo en juramentos de mujer! Dulces son tus palabras, pero más dulce aún es el beso que te he robado. Eres mía, y la palabra no me parece más que un soplo vano.

¡Ah, jura, amada mía, sigue jurando! Una palabra no más, y te creo. Me dejo caer en tu seno y me tengo por venturoso; creo, amada mía, que me has de amar eternamente, y por más tiempo aún.

XIII

A los ojos de mi amada compuse las canciones más lindas; a la boquita de mi amada hice los

mejores tercetos; a los ojos de mi amada, rimé las estancias más magníficas. Y si mi amada tuviera corazón, a su corazón haría un hermosísimo soneto.

XIV

El mundo es necio; el mundo es ciego; cada día se vuelve más absurdo; de ti dice, niña mía, que no tienes buen carácter.

El mundo es necio; el mundo es ciego, y nunca te ha de hacer justicia; no sabe cómo hacen temblar de ventura tus abrazos ni cuán abrasadores son tus besos.

XV

Como Venus al salir del mar espumoso, mi amada resplandece en todo el fulgor de su hermosura, porque es hoy el día de su boda.

Corazón mío, corazón mío, tú que tanta paciencia tienes, no le guardes rencores por esa traición; sufre tu pena, sufre y discúlpala, haga esa loquilla lo que haga.

XVI

No me quejo, y si el corazón se me rompe, amada que para siempre perdí, no me quejo. Brillas en todo el esplendor de los ornamentos nupciales, pero ni un destello de tus diamantes va a caer en la noche de tu corazón.

Hace tiempo que lo sé. Ha poco te vi en sueños, y vi la noche que llena tu alma y las víboras que en su oscuridad se arrastran. Y vi, amada mía, cuán desdichada eres en el fondo.

XVII

Sí, desdichada eres, y no te guardo rencor; los dos, amada mía, hemos de ser desdichados. Hasta que la muerte nos rompa el corazón, amor mío, hemos de ser desdichados.

Bien veo la mofa que en tus labios juega y el brillo insolente de tus ojos, y el orgullo que hincha tu seno, y, sin embargo, digo: Tan digna de lástima eres como yo.

Un sufrimiento invisible te hace palpitar los labios, una lágrima oculta empaña el brillo de tus ojos, una llaga secreta te va royendo el seno orgulloso; amor mío, dignos de lástima hemos de ser los dos.

XVIII

Hay un sonar de flautas y violines y un estridor de trompetas; bailando está la danza de bodas la amada de mi corazón.

Timbal y caramillo rugen y resuenan, y en tanto sollozan y gimen los angelitos buenos.

XIX

Te has olvidado ya de que por mucho tiempo fué mío tu corazón, tu corazoncito, tan dulce, tan falso, tan mono, que nada más mono y más falso pudiera existir en el mundo?

¿Te has olvidado ya del amor y de las penas que me oprimían a la vez el corazón?... No sé si era mayor el amor que la pena; sé que los dos eran harto grandes.

XX

Y si las flores, las pobrecillas, supiesen cuán profunda es la herida de mi corazón, verterían en mi herida el bálsamo de sus perfumes.

Y si los ruiseñores supieran cuán triste y enfermo estoy, dejarían oir un canto de gozo para distraerme de mis sufrimientos.

Y si, allá arriba, las estrellas de oro supiesen mi dolor, dejarían el firmamento para venir a traerme consuelos centelleantes.

Pero nadie, nadie quiere saber mis penas; ¡sólo ella las sabe, la que me ha desgarrado el corazón!

XXI

MUCHO hablaron a mi costa, y no poco fué lo que se quejaron; pero aquello que realmente me oprimía el alma, nadie te lo dijo.

Afectaban aire digno y movían gravemente la cabeza; decían que yo era el diablo, y tú todo lo creíste.

Pero lo peor de todo, no lo han llegado a saber; lo peor y lo más necio de todo, lo tenía yo bien escondido en mi corazón.

XXII

FLORECÍA el tilo, cantaba el ruiseñor y el sol sonreía con faz graciosa; tú entonces me besabas y me enlazabas con tus brazos y me oprimías contra tu agitado pecho.

Caían las hojas, crascitaba el cuervo y el sol

nos echaba miradas aviesas; entonces nos decíamos con frialdad: "¡Adiós!" y tú me hacías cortés la más cumplida reverencia.

XIII

No creo en el cielo de que hablan los curas; no creo más que en tus ojos: ellos son mi cielo.

No creo en el Dios de que hablan los curas; sólo creo en tu corazón, y más Dios no tengo.

No creo en el maligno, en el infierno ni en sus penas; sólo creo en tus ojos y en tu corazón malvado.

XXIV

Mucho tiempo me fuiste fiel, te interesabas por mí, me consolabas y me asistías en mis dolencias y angustias.

De comer y de beber me diste; me prestaste dinero, me proveíste de ropa y de pasaporte para el viaje.

¡Amada mía, guárdete Dios mucho tiempo del calor y del frío, y nunca te pague el bien que me has hecho!

XXV

Dulce amada mía, cuando estés durmiendo en el sepulcro tenebroso, bajaré a tu lado y me pondré muy apretado contigo.

Te beso, te abrazo, te estrecho con ardor, a ti, muda, fría, blanca. Grito, me estremezco, tiemblo, me muero.

Da la media noche, los muertos se levantan, bailando van en rondas de niebla. Nosotros, seguiremos en la fosa los dos, el uno en brazos del otro.

En el día del juicio los muertos se levantan, las trompetas los llaman a dichas o tormentos; nosotros, sin que nada nos inquiete, seguiremos tendidos y enlazados.

XXVI

Un abeto solitario se levanta en una árida montaña del norte. Dormita; hielo y nieve le envuelven en un manto blanco.

Soñando está con una palmera, que allá, en el oriente lejano, se entristece sola y taciturna en la pendiente de un peñasco abrasador.

XXVII

Lindas y claras estrellas de oro, saludad a mi amada en lejano país; decidle que mi corazón sigue padeciendo y que yo estoy pálido y soy fiel.

XXVIII

De mis penas grandes hago cantares pequeños; agitan sus plumas sonoras y echan a volar hacia el corazón de mi amada.

Encuentran el camino, y luego dan la vuelta, lamentándose; se lamentan y no quieren decirme lo que vieron en su corazón.

XXIX

No puedo olvidar, oh mi dueño, querida mía, que en otro tiempo fueron míos tu cuerpo y tu alma.

El cuerpo, aún quisiera poseerlo, tu cuerpo tan esbelto y tan juvenil; pero el alma, bien puedes dejarla en tierra... Bastante alma tengo yo solo.

Quiero repartir contigo mi alma, infundirte la mitad, y unirme después contigo para que formemos un todo en cuerpo y alma.

XXX

Burgueses endomingados se solazan por bosque y pradera; lanzan gritos de júbilo y saltan como cabritillos, saludando a la naturaleza hermosa.

Miran con ojos deslumbrados el romántico florecer del verdor nuevo. Absorben con sus largas orejas las melodías de los gorriones.

Yo echo una obscura cortina sobre la ventana de mi habitación, y así logro en pleno día que me visiten mis fantasmas queridos.

Aparéceseme el amor difunto, de vuelta del reino de las sombras, se sienta junto a mí, y con sus lágrimas me desconsuela el corazón.

XXXI

Imágenes del tiempo olvidado salen de la tumba y me hacen ver cómo vivía yo entonces junto a ti, amada mía.

De día vagaba soñador por las calles; mirában-

me con asombro los vecinos, de triste y taciturno que era.

De noche, era mejor; estaban desiertas las calles; yo y mi sombra errábamos silenciosos, acompañándonos.

Con paso resonante cruzaba el puente; la luna, a través de las nubes, me saludaba con aire serio.

Me paraba delante de tu casa, inmóvil, y miraba a lo alto; miraba a tu ventana y el corazón manaba sangre.

Ya sé que muchas veces miraste desde lo alto de tu ventana, y que a la luz de la luna me pudiste ver allí plantado como una columna.

XXXII

Un mancebo ama a una muchacha, que eligió a otro; éste ama a otra, y se casa con ella.

Con el sentimiento, la muchacha toma por esposo al primero que le sale al paso; al mancebo le toca padecer.

He aquí una vieja historia que siempre es nueva, y que, al que le ocurre, le parte el corazón.

XXXIII

Soñé con la hija de un rey, de mejillas pálidas y húmedas; íbamos a sentarnos bajo los tilos verdes, y permaneciamos amorosamente abrazados.

"¡No quiero el trono de tu padre, no quiero su cetro de oro, no quiero su corona de diamantes; a ti te quiero, a ti, flor de hermosura!"

—No puede ser, me contestó; vivo en la tumba, y sólo puedo llegar hasta ti de noche, y vengo porque te amo.

XXXIV

AMADA mía estábamos sentados tiernamente en una barquilla ligera. Tranquila era la noche y bogábamos sobre una vasta extensión de agua.

La misteriosa isla de los espíritus dibujábase vagamente al resplandor de la luna; en ella resonaban músicas deliciosas, y flotaban danzas de niebla.

Los sonidos íbanse volviendo cada vez más suaves, la ronda se arremolinaba más arrebatadora. Entre tanto, los dos bogábamos sin esperanza por el vasto mar.

XXXV

¡TE amé y amándote sigo! Y aunque el mundo se hundiera, de sus ruinas alzaríanse aún las llamas de mi amor.

XXXVI

EN una esplendorosa mañana, iba yo paseándome por el jardín. Cuchicheaban y hablaban entre sí las flores, pero yo andaba silencioso.

Cuchicheaban y hablaban entre sí las flores, mirándome llenas de compasión. "No te enfades con nuestra hermana, oh triste y pálido enamorado."

XXXVII

LUCE mi amor en su magnificencia sombría como un cuento fantástico referido en una noche estival.

"Por un jardín encantado, erraban dos amantes, solitarios y mudos. Cantaban los ruiseñores, brillaba la luna.

"La hermosa adorada se paró, tranquila como una estatua; el caballero fué a arrodillarse a sus pies.—Llegó el gigante del desierto, y la tímida doncella huyó.

"El caballero, partido de una cuchillada cayó ensangrentado al suelo; el gigante volvió pesadamente a su cueva." Muerto estoy perfectamente, ya no hay más que enterrarme, y el cuento se acabó.

XXXVIII

ME atormentaron, me hicieron palidecer y ponerme lívido de pena, unos con su amor y otros con su odio.

Me envenenaron el pan, me echaron veneno en la copa, unos con su odio y otros con su amor.

Pero la que más me atormentó, llenándome de pena y desconsuelo, es una que nunca me tuvo odio ni nunca me tuvo amor.

XXXIX

EL estío abrasador mora en tus mejillas; el invierno, el frío invierno habita en tu corazón.

Ello ha de cambiar, amada mía. Y has de tener en las mejillas el invierno y el estío en el corazón.

XL

CUANDO se separan dos amantes, se dan la mano y se echan a llorar y todo se les vuelve suspiros.

Nosotros no lloramos, no suspiramos; lágrimas y suspiros vinieron después.

XLI

SENTADOS en derredor de una mesa de té, hablaban mucho de amor. Convertíanle en estética los hombres y las mujeres en sentimiento.

"El amor ha de ser platónico", dijo el flaco consejero. La consejera sonrió con ironía, pero suspiró por lo bajo: "¡Ay!"

El canónigo abrió mucho la boca: "El amor no ha de ser en demasía sensual para que no perjudique a la salud." La muchacha preguntó: "¿Por qué?"

La condesa dijo con tono doliente: "¡El amor es una pasión!" y ofreció al señor barón una taza de té.

Un lugar muy chico quedaba en la mesa, y tú, amada mía, no estabas allí. Tú, que tan bien hubieras dicho lo que opinas del amor.

XLII

MIS canciones están envenenadas: ¿cómo pudiera ser de otro modo? Tú vertiste veneno en la flor de mi vida.

Mis canciones están envenenadas: ¿cómo pudiera ser de otro modo? ¡Llevo en el corazón una multitud de serpientes, y a ti también, amada mía!

XLIII

HA vuelto mi antiguo sueño; era en una noche de mayo; nos sentábamos bajo los tilos, y nos jurábamos eterna felicidad.

Y un juramento tras otro juramento, venían entremezclados con risas, confidencias y besos; para que no me olvidara del juramento, me mordiste la mano.

¡Oh amada mía de ojos azules! ¡oh amada mía de dientes blancos! Ya bastaba con el juramento; el mordisco estaba de más.

XLIV

HE llorado en sueños; soñé que estabas muerta; me desperté, y las lágrimas corrieron por mis mejillas.

He llorado en sueños; soñé que me abandonabas; me desperté, y seguí llorando mucho tiempo aún.

He llorado en sueños; soñé que todavía me amabas; me desperté, y el torrente de mis lágrimas sigue corriendo.

XLV

TE veo en sueños todas las noches, y te veo sonreir graciosamente, y sollozando me precipito a tus amados pies.

Me miras con aspecto triste, y mueves la rubia cabecita; de tus ojos corren las perlas húmedas de tus lágrimas.

Me dices por lo bajo una palabra y me das un ramillete de blancas rosas. Me despierto, y el ramo ha desaparecido, y la palabra se me olvidó.

XLVI

El viento de otoño agita los árboles, húmeda y fría está la noche; envuelto en una capa gris cruzo a caballo el bosque.

Y mientras voy cabalgando galopan delante de mí mis pensamientos; me llevan ligero y alegre a la mansión de mi amada.

Ladran los perros, aparecen los criados con antorchas; voy subiendo la escalera de mármol y hago resonar mis espuelas ruidosas.

En un aposento guarnecido de alfombras y brillantemente iluminado, en una atmósfera tibia y perfumada, la amada mía me espera.—Me precipito en sus brazos.

El viento murmura entre las hojas, la encina cuchichea entre sus ramas: "¿Qué buscas, loco jinete, con ese sueño insensato?"

XLVII

Cae una estrella de su centelleante morada; es la estrella del amor la que estoy viendo caer.

Caen de los manzanos muchas flores y hojas blancas; los juguetones vientos prevalecen y juegan con ellas.

Canta el cisne en el estanque, se acerca a la orilla y se aleja, y cantando cada vez más bajo, se sumerge en su líquida tumba.

Todo en derredor está tranquilo y obscuro; hojas y flores vuelan arrebatadas; la estrella desapareció tristemente en su caída, y ha callado el cantar del cisne.

XLVIII

La noche estaba fría y muda; yo iba recorriendo lamentablemente el bosque.

Sacudí el sueño de los árboles, y ellos agacharon la cabeza en señal de lástima.

XLIX

En la encrucijada están enterrados los que murieron suicidas; una flor azul se abre allí, que llaman la flor del alma en pena.

Me detuve en la encrucijada y suspiré; fría y muda estaba la noche. A la luz de la luna mecíase lentamente la flor del alma en pena.

L

Densas tinieblas me envuelven desde que ya no me deslumbra la luz de tus ojos, amada mía.

Apagóse para mí la dulce claridad de la estrella de amor; un abismo se abre a mis pies: ¡trágame, noche eterna!

EPÍLOGO

ENTERREMOS los antiguos y perversos cantares, los sueños malos y pesados; id a traerme un féretro grande.

Muchas cosas he de meter en él que aún quiero tener calladas; más grande ha de ser el féretro que el tonel de Heidelberg.

Y traigan unas angarillas de tablas macizas y gruesas; han de ser más largas que el puente de Maguncia.

Y tráiganme también doce gigantes más vigorosos todavía que el San Cristóbal que hay en la catedral de Colonia.

Se llevarán el féretro y lo echarán al mar; un féretro tamaño pide tamaña fosa.

¿Sabéis por qué ha de ser el féretro tan grande y tan pesado? Porque en él quiero dejar también mi amor y mi dolor.

EL REGRESO

I

En mi existencia tan sombría brilló tiempo atrás una dulce imagen; ahora que la dulce imagen se borró, estoy como envuelto en obscuridad.

Cuando los niños están en tinieblas, su menudo ser teme, y para quitarse el miedo, se ponen a cantar muy alto.

Yo, niño loco, estoy ahora cantando en la obscuridad; si ningún regocijo hay en mi canto, siquiera libra de angustias a mi corazón.

II

No sé qué quiere decir esta tristeza que me abruma; tengo la mente obsesionada por un cuento de tiempos lejanos.

El aire es fresco, cae la noche, y el Rhin corre tranquilo; la cumbre de la montaña brilla al resplandor del poniente.

La doncella más hermosa está sentada en lo alto, maravillosamente hermosa; centellea su aderezo de oro; se está peinando los cabellos de oro.

Se los peina con un peine de oro, y entretanto entona un cantar cuya melodía rara oprime el corazón.

El barquero, en su barca, siente que un loco dolor le penetra; ya no ve los escollos; no aparta los ojos de lo alto de la montaña.

Creo que al fin se tragan las olas barquero y barca, y eso es lo que hizo Lorelei con su canto.

III

Mi corazón, mi corazón está triste, mientras brilla gozoso mayo. Apoyado en un tilo, estoy de pie en el viejo murallón.

Corre, abajo, apacible y silencioso, el foso de la ciudad; un niño en una barca pesca, silbando.

En la otra orilla se levantan, risueños y en pintoresca mezcolanza, quintas, jardines, y hombres y bueyes, y praderas y el bosque.

Tienden ropa las criadas corriendo por la hierba; lanza la rueda del molino polvo de diamantes y oigo su lejano murmullo.

En la vieja torre gris se alza una garita; un mocetón de uniforme rojo va y viene junto a ella.

Está jugando con la carabina, que reluce al sol; ya presenta el arma, ya apunta—¡y ojalá me dejase muerto!

IV

Húmeda y tormentosa está la noche, sin estrellas el cielo. Por el bosque, bajo los árboles ruidosos, voy en silencio, errante.

A lo lejos tiembla una lucecita, de la solitaria vivienda del guarda; no me atrae; está aquello muy triste.

La abuela ciega está sentada en su sillón de cuero, hosca, inmóvil como imagen de piedra; no dice palabra.

El hijo del guardabosque, mocetón de cabellos rojos, va, viene, cuelga la escopeta en la pared, y furioso, suelta una carcajada insolente.

La linda hilandera llora, y moja con sus lágrimas el cáñamo; a sus pies se acurruca gimiendo, el perro del padre.

V

CUANDO encontré, yendo de viaje, por casualidad a la familia de mi amada, su hermanita, su padre, su madre, todos me reconocieron con alegría.

Me preguntaron por mi salud, y en seguida me dijeron que no me notaban cambiado, a pesar de la palidez de mi rostro.

Yo me informé de las tías, de las primas y de una porción de gente desagradable, y del perrito que ladraba tan suavemente.

Pregunté también por mi amada, que se casó después, y me dijeron amablemente que estaba de parto.

Les dí amablemente la enhorabuena, y murmuré un ruego: que le dieran mil y mil cordiales saludos de mi parte.

La hermanita exclamó de repente: "Aquel perrito tan lindo, tan mono, creció y enfermó de rabia; hubo que echarlo al Rhin."

La niña se parece a mi amada, sobre todo cuan-

do se ríe; tiene aquellos mismos ojos que tan desgraciado me han hecho.

VI

HIJA hermosa del pescador, trae a tierra tu barca. Ven a sentarte a mi lado, enlacemos las manos, y hablemos.

Pon tu cabecita sobre mi corazón, y nada temas. ¿No te fías un día tras otro, sin inquietarte, al mar fiero?

Mi corazón se parece mucho al mar. Hay en él tormentas, crece y baja en él la marea, y muchas perlas raras duermen en sus profundidades.

VII

HA salido la luna e ilumina las olas. Tengo a mi amada entre los brazos y los dos corazones palpitan.

En brazos de la dulce niña, descanso en la ribera. "¿Qué oyes en el mugir del viento? ¿Por qué tiembla tu mano blanca?

—"No es el mugir del viento, es el canto de las sirenas, mis hermanas, que tiempo atrás devoró el Océano."

VIII

LA luna descansa entre nubes como gigantesca naranja, irradiando en anchos jirones de oro de luz sobre el mar grisáceo.

Solo, voy andando por la orilla donde rompen las olas blancas y oigo en el agua el cuchicheo de más de una dulce palabra.

¡Ay! sobrado larga es la noche y mi corazón ya no puede callar: bellas ondinas, salid de las aguas, bailad y cantad la mágica ronda.

Poned mi cabeza en vuestro seno; mi cuerpo y mi alma os pertenecen. Cantad, y que me mate vuestro canto, y vuestras caricias también, y aspiren vuestros besos la vida de mi corazón.

IX

LLEGA la noche; la niebla cubre el mar. Las olas alzan misterioso rumor. De las aguas una forma blanca se eleva.

Es el hada del mar que surge de las olas y se sienta junto a mí en la playa. De los velos se escapa su seno blanco.

Me coge, me estrecha consigo, y casi llega a hacerme daño: "¡Muy fuerte me oprimes, hada hermosa del mar!"

—Sí, te tengo en mis brazos, te estrecho con ardor, quiero inflamarme a tu lado; ¡está la noche tan fría!"

La luna, cada vez más pálida, se aparece a través de las nubes ensombrecidas. "¡La mirada se te enturbia y humedece, oh hada hermosa del mar!

—No se enturbia y se humedece; húmeda y turbia está porque al salir de las aguas una gota se me quedó en los ojos".

Las gaviotas lanzan gritos lastimeros; el mar crece y ruge. "¡Salvajes latidos te agitan el corazón, oh hada hermosa del mar!"

—Agitado está mi corazón por latidos salvajes, porque te quiero indeciblemente, oh hermoso hijo de los Hombres!"

X

El mar brillaba a lo lejos en la próspera claridad del poniente; estábamos sentados ante la mansión solitaria del pescador, estábamos sentados, mudos y solos.

Subía la niebla, alzábanse las olas, volaba la gaviota de aquí para allá, y de tus ojos corrieron lágrimas.

Caer las vi sobre tu mano, e hincándome de rodillas bebí las lágrimas que te caían en la mano.

Desde aquella hora mi cuerpo se consume y el alma se me muere de deseo; la desventurada mujer me ha envenenado con sus lágrimas.

XI

Silenciosa está la noche, las calles tranquilas; en esta casa vivía mi amada; tiempo hace que salió de la ciudad, pero la casa sigue tal como estaba.

¡Qué raro! Un hombre hay allí, de pie, fijos los ojos en el cielo, que se retuerce las manos en transportes de dolor. Un terror me sobrecoge al verle la cara,—la luz de la luna me hace ver mi propia imagen.

¡Oh Doble!; ¡pálido compañero! ¿por qué imitas el sufrimiento de amor, que, en ese mismo lugar, me torturó, hace tiempo, tantas y tantas noches?

XII

¿Cómo puedes dormir tranquila si sabes que vivo aún? Mi antigua cólera se despierta y voy a romper mi yugo.

¿Conoces el antiguo cantar en que un mancebo muerto fué a media noche en busca de su amada y la arrastró a la tumba?

Créeme, niña hermosa, niña maravillosamente hermosa, vivo estoy, y soy más fuerte que todos los muertos juntos.

XIII

La muchacha duerme en su alcoba; la luna trémula mira adentro. Fuera, cantan y tocan aires de danza.

Voy a ver por la ventana quién así turba mi reposo. Un esqueleto hay ahí, que toca el violín y canta:

—"En otro tiempo me prometiste bailar conmigo, y faltaste a tu palabra. Hoy hay baile en el cementerio; ven, para que bailemos los dos".

Un ansia violenta se apodera de la muchacha y la arrastra afuera de la casa. Sigue el esqueleto que va delante de ella, cantando y tocando el violín.

Toca el violín, y baila, y da saltos, y hace crugir sus huesos, balanceando siniestramente el cráneo a la luz de la luna.

XIV

¡Mezquino Atlas estoy hecho! He de llevar un mundo, el mundo entero de los Dolores.

Llevo lo que nadie puede llevar, y siento que el corazón se me va a romper en el pecho.

¡Oh corazón orgulloso, tú lo quisiste! Querías ser feliz, feliz infinitamente o infinitamente desgraciado, oh corazón orgulloso, y ya eres digno de lástima.

XV

¿QUÉ quiere de mí esa lágrima solitaria? Me turba la vista. Es una lágrima de los días que pasaron, que se me ha detenido en los ojos.

Tuvo muchas hermanas brillantes que se disiparon todas, se disiparon en la noche y en el viento, con mis sufrimientos y mis alegrías.

Como nubes se disiparon también las estrellitas azules que derramaron, sonrientes, en mi corazón, aquellos goces y aquellos sufrimientos.

¡Ay! también mi amor se disipó como un soplo vano. ¡Oh antigua y solitaria lágrima, disípate a tu vez!

XVI

LLAMÉ al Diablo y vino. Le miré con asombro. No es feo y no cojea; es un hombre amable y simpático, en la flor de su edad, obsequioso, cortés, y hecho al trato de gentes; diplomático sagaz, que habla muy bien de la Iglesia y del Estado. Un poco pálido está, pero no es maravilla: ¿pues no se ha puesto a estudiar a Hegel y el sánscrito? Su poeta favorito fué siempre Fouqué. No quiere meterse en cosas de crítica, porque eso lo deja

para Hécate, su madre. Me hizo elogios de mi aplicación en el estudio del derecho; algo tuvo que ver con eso en su juventud. Me aseguró que le parecía preciosa mi amistad, y diciendo así, inclinó la cabeza, y después me preguntó si no nos habíamos visto antes en casa del embajador de España; cuando le miré más de cerca, hallé en él un antiguo conocido.

XVII

HOMBRE, no te burles del diablo. Corta es la vida, y la condenación eterna no es vana imaginación popular.

Hombre, paga tus deudas. Larga es la vida, y más de una vez tomarás a préstamo, como ya tantas veces lo hiciste.

XVIII

NO os impacientéis si en mis nuevas canciones resuenan a veces distintos los acentos de mis antiguas penas.

¡Esperad! el eco de mis dolores ha de disiparse, y de mi corazón curado brotará una nueva primavera de *lieder*.

XIX

LLEGÓ la hora en que debo, razonablemente, renunciar a toda locura; ¡hace ya tanto tiempo que como histrión representé la comedia contigo!

Las magníficas decoraciones estaban pintadas en el alto estilo romántico; mi capa de caballero

tenía centelleos de oro y yo experimentaba los sentimientos más raros.

Ahora que, en verdad, abandoné esas zarandajas, me siento digno de compasión aún, como si representara todavía comedias.

¡Dios mío! al bromear, expresé inconscientemente lo que sentía, y con la muerte en el propio corazón, representé el papel de Gladiador moribundo.

XX

¡CORAZÓN, corazón mío, no estés ya triste! Soporta tu destino: una nueva primavera te devolverá lo que te quitó el invierno.

¡Cuántos bienes te quedaron! ¡Y qué hermoso es el mundo todavía! Y además, corazón mío, todo, todo lo que te agrade, puedes amarlo.

XXI

ERES como una flor, tan dulce, tan hermosa, tan pura; te contemplo y la melancolía resbala hasta mi corazón.

Me parece como si debiera poner las manos sobre tu cabeza, para pedir a Dios que te guarde siempre tan pura, tan hermosa y tan dulce!

XXII

EL mundo y la vida son harto incompletos; voy en busca de un profesor alemán que sabe coordinar todas las cosas de la existencia para hacer con ellas un sistema razonable... Con su gorro de dor-

mir y su bata, ha de tapar las rendijas del edificio cósmico.

XXIII

YA me heriste los labios al besarlos, bésalos otra vez para que curen. Poco importa que no hayas acabado al anochecer, porque ninguna prisa tenemos.

Tienes la noche entera por delante, oh amada entre todas; y en una noche entera ¡cuántos besos! ¡y cuán feliz se puede ser!

XXIV

CUANDO me abrazaba oprimiéndome contra su pecho con ternura, mi alma echó a volar hasta el cielo. La dejé que volara, y seguí bebiendo el néctar de sus labios.

XXV

¡CUÁNTA mentira en los besos! ¡Qué delicia en las apariencias! ¡Ah, cuán dulce es engañar! pero ser engañado es más dulce todavía.

¡Amada, por más que te defiendas, ya sé lo que consientes! Quiero creer lo que juras y jurar lo que crees.

XXVI

ERA cosa divina para mí dominar mi concupiscencia, pero, cuando no lo conseguía, no dejaba de sentir gran placer.

XXVII

RARA vez, amigos, me comprendisteis; muy rara vez os comprendí yo, y sólo el día que nos encontramos entre el lodo pudimos llegar a comprendernos.

XXVIII

LOS eunucos se quejaron cuando alcé la voz; se quejaron, tildando de grosero mi cantar.

Y todos con gracia dejaron oir sus menudas vocecillas; los leves trinos resonaron como el cristal, finos y puros.

Cantaron el amor, sus deseos y sus efusiones; las damas se deshacían en llanto con semejante goce artístico.

XXIX

LA noche cubre los caminos ignorados, cansado está mi corazón, lasos mis miembros. ¡Ay! como bendición silenciosa, dulce luna, tu luz se vierte sobre mí.

Dulce luna, tus rayos deshacen el horror de la noche. Mis penas se disipan y siento que mis ojos se cubren de rocío.

XXX

LA muerte es la noche fría; la vida es el día abrumador. Cae la tarde, tengo sueño; el día me dejó cansado.

Por encima de mi lecho se levanta un árbol en

que canta un ruiseñor nuevo; su canto sólo es de amor, y hasta en sueños le oigo.

XXXI

«Di, ¿dónde está la hermosa amante a quien cantabas tan bien tiempo atrás, cuando las llamas mágicas te encendían todo el corazón?"

Ya se apagaron las llamas, el corazón está triste y frío, y este librejo es la urna que contiene las cenizas de mi amor.

POESÍAS VARIAS

I

PRELUDIO

Es el antiguo bosque de los encantamientos. Se respira el aroma de las flores del tilo; el resplandor maravilloso de la luna me llena el corazón de delicias.

Caminaba yo, y al andar, movióse algún ruido en el aire; era el ruiseñor que canta al amor y las penas de amor.

Canta al amor y sus penas, sus lágrimas y sus sonrisas; agítase con tal tristeza, laméntase con tal regocijo, que mis ensueños olvidados se despiertan!

Fuí avanzando, y al andar, ví que se alzaba delante de mí, en un claro, un vasto castillo de alta techumbre.

Las ventanas estaban cerradas y en derredor, todo tenía señales de luto y de tristeza; hubiérase dicho que la muerte taciturna moraba en aquellos tristes muros.

Había delante de la puerta una esfinge, de aspecto a la vez espantoso y atractivo, con cuerpo y garras de león, cabeza y lomos de mujer.

¡Hermosa mujer! sus ojos llamaban a salvajes deleites; la sonrisa de sus labios curvos llena estaba de dulces promesas.

¡Cantaba el ruiseñor tan deliciosamente! No pude resistir, y en cuanto puse un beso en aquella boca misteriosa me sentí preso en el encanto.

La figura de mármol cobró vida. La piedra empezó a lanzar suspiros. Bebióse toda la llama de mi beso con sed devoradora.

Aspiró casi el postrer aliento de mi vida, y por último, jadeando de placer, oprimió y desgarró mi pobre cuerpo con sus garras de león.

¡Delicioso martirio, goce doloroso, sufrimiento y placeres infinitos! Mientras el beso de aquella boca arrebatadora me embriagaba, las garras me hacían llagas crueles.

El ruiseñor cantó: "¡Oh hermosa esfinge, oh amor! ¿por qué unes tan mortales dolores a todas las venturas?

"¡Oh hermosa esfinge! ¡oh amor! revélame ese enigma fatal.—Yo llevo ya pensando en él cerca de mil años."

(Libro de Cantares).

II

La noche se extendía sobre mis ojos; plomo tenía en la boca; embotados corazón y cabeza, yacía en el fondo del sepulcro.

Después de haber dormido no pudiera decir cuánto tiempo, desperté y me pareció que llamaban a mi tumba.

—"¿No te levantas, Enrique? Ya luce el eterno día, los muertos han resucitado: la eterna felicidad empieza.

—Amor mío, no puedo levantarme, porque toda-

vía estoy ciego; a fuerza de llorar se apagaron mis ojos.

—Quiero quitar con mis besos, Enrique, la noche que te cubre los ojos; tienes que ver los ángeles y el esplendor de los cielos.

—Amor mío, no puedo levantarme, la herida que una palabra tuya me hizo en el corazón, sangra todavía.

—Te pongo levemente la mano en el corazón, Enrique, para que más no sangre; curada está tu herida.

—Amor mío, no puedo levantarme, tengo también en la cabeza una herida que sangra; metí en ella una bala de plomo, cuando te separaron de mí.

—Con los bucles de mis cabellos, Enrique, tapo la herida de tu cabeza y contengo la oleada de tu sangre, y te dejo la cabeza sana."

La voz imploraba de un modo tan tierno y tan suave, que no pude resistir; quise levantarme para ir junto a mi amada.

De pronto mis heridas se abrieron, una oleada de sangre se escapó con violencia de mi cabeza y de mi pecho, y he aquí que me desperté.

(Libro de Cantares: Visiones).

III

AMADA mía, ponme la manecita en el corazón. ¡Ah! ¿oyes cómo palpita en su aposento? Un carpintero malo y pérfido vive dentro de él, que está haciéndome un ataúd.

Clava y golpea de noche y de día, y tiempo hace

ya que me arrebató del todo el sueño. ¡Ah! date prisa, maestro carpintero, para que pueda dormirme pronto.

(Libro de Cantares: Lieder).

IV

LA VOZ DE LA MONTAÑA

CABALGA por el valle un jinete; triste y lento es su trote. "¡Ay! ¿voy a los brazos de mi amada o a la tumba obscura?" La voz de la montaña contesta: "A la tumba obscura."

Sigue cabalgando el jinete, y suspira con dolor. "¡Ir tan presto al sepulcro! mas siquiera en el sepulcro hay paz". La voz repite: "En el sepulcro hay paz."

Corre una lágrima por las apesadumbradas mejillas del jinete. "Y si para mí sólo hay paz en el sepulcro, en el sepulcro está la ventura". La voz repite: "En el sepulcro está la ventura."

(Libro de Cantares: Romances).

V

LOS DOS GRANADEROS

A Francia encaminábanse dos granaderos de la Guardia; mucho tiempo estuvieron cautivos en Rusia, y cuando llegaron a nuestras tierras de Alemania, bajaron dolorosamente la cabeza.

Allí acababan de saber que Francia sucumbió,

que el valeroso y vasto ejército quedó despedazado, y el Emperador, el Emperador, prisionero.

A tan lamentable noticia, los dos granaderos se echaron a llorar. Uno dijo:—"¡Qué pena! otra vez se me abren las viejas heridas y mi fin se acerca."

Y el otro dijo:—"¡Todo acabó! Yo también quisiera morirme. Pero tengo allá mujer e hijo que han de perecer si les falto.

—"¡Qué me importan mujer e hijo! ¡Otros cuidados me embargan! ¡Vayan a mendigar si tienen hambre! ¡Mi Emperador, mi Emperador prisionero!

"Compañero, oye lo que te pido: Si me muero aquí, llévate contigo mi cuerpo, y sepúltalo en tierra de Francia.

"La cruz de honor con su cinta roja, pónmela encima del corazón; me pondrás el fusil en la mano, y me ceñirás al costado la espada.

"Así quiero quedarme en el sepulcro, como de centinela, y esperar hasta el día en que resuene el tronido del cañón y el galopar de los caballos.

"Entonces el Emperador pasará a caballo sobre mi tumba, al redoblar de los tambores y al chocar de los sables; y yo saldré con todas mis armas del sepulcro para defender al Emperador, al Emperador!"

(*Libro de Cantares: Romances*).

VI

A MI MADRE B. VON GELDERN DE HEINE

I

ACOSTUMBRO llevar alta la cabeza; pues tengo el carácter algo díscolo y tenaz; aunque el rey me mirase a la cara no bajaría yo los ojos.

Pero, madre querida, voy a hablar sin engaño: aunque de orgullo mi corazón esté lleno, en tu dulce y confiada presencia suelo sentirme sobrecogido por un humilde temor.

¿Es que tu espíritu, secretamente, me subyuga, tu noble espíritu, que penetra, intrépido, todas las cosas, y se levanta, fulgurante, hasta la luz del cielo?

¿O me tortura el recuerdo de haber cometido tantas culpas que afligieran tu corazón, ese corazón tan hermoso y que tanto me quiso?

2

EN una hora de locura te abandoné un día, deseoso de ir al fin del mundo para ver si encontraba al Amor, y estrecharlo contra mí, enamorado.

Fuí por todos los caminos buscando al Amor, tendí la mano en todas las puertas mendigando una mísera limosna de amor—y no me dieron, riéndose, más que frío aborrecimiento.

Y siempre, siempre anduve errante detrás del Amor, pero en parte ninguna lo encontré—y volví a emprender el camino del hogar, enfermo y triste.

Pero entonces me saliste al encuentro, y ¡ay de mí! lo que bañaba tus ojos era ese Amor tan dulce que tanto tiempo fuí buscando!

(*Libro de Cantares: Sonetos*).

VII

DOÑA CLARA

POR el jardín de su padre, a la luz del sol, la hija del alcalde se pasea; sones de trompetas y címbalos llegan del castillo.

"¡Qué fastidiosas son esas danzas y esos dulces halagos! ¡qué fastidiosos también esos caballeros que, galantes me comparan con el sol!

"Todo me cansa desde que ví, al brillar de las estrellas, a ese caballero desconocido cuya guitarra me hace salir a la ventana todas las noches.

"Con su talle esbelto y altivo y sus ojos negros, que brillan en un noble y pálido rostro, parécese en verdad a San Jorge."

Pensando así doña Clara iba con los ojos bajos. Cuando levantó los ojos el gallardo caballero desconocido surgió delante de ella.

Mano con mano, diciéndose palabras de amor, paseáronse a la luz de la luna; el céfiro los acariciaba amorosamente y las rosas les enviaban graciosos saludos.

Las rosas les enviaban graciosos saludos y se coloreaban de voluptuosa púrpura.—"Pero dime, oh amada mía, ¿por qué de pronto te has ruborizado?

—Me picaban los cínifes, amado mío; los cínifes, en verano, son para mí tan odiosos como si fueran enjambres de judíos de larga nariz.

—Deja a cínifes y judíos—respondió el caballero con voz acariciadora.—Los almendros en flor siembran por el suelo sus copos blancos.

Los copos blancos de los almendros derraman su perfume.—"Pero díme, oh amada mía, ¿tu corazón me pertenece por entero?

—¡Sí, te quiero, amado mío! Te lo juro por el Salvador, a quien los judíos descreídos traidoramente crucificaron.

—Deja al Salvador y a los judíos, prosiguió el caballero con voz acariciadora.—A lo lejos se mecen las azucenas de ensueño, bañadas en luz.

Las azucenas de ensueño, bañadas en luz, vuelven los ojos a las estrellas.—"Pero díme, oh amada mía, ¿no me juraste en falso?

—No hay falsedad en mí, oh amado mío, así como en mi corazón no hay una sola gota de sangre de moros o de judíos malditos.

—Deja a moros y judíos", replicó el caballero con voz acariciadora; y arrastró a la hija del alcalde hacia un bosquecillo de arrayanes.

¡En las dulces redes de amor la prendió tiernamente! Breves palabras, largos besos y los corazones se desbordaron.

El ruiseñor dejó oir un melodioso epitalamio; como si ejecutasen una danza de antorchas, los gusanos de luz saltaron en la hierba.

Silencioso estaba el follaje, y no se oía más que, como a hurtadillas, el cuchichear discreto de los

arrayanes y los suspiros de ventura de los enamorados.

Pero de pronto resonaron en el castillo notas de trompetas y címbalos, y doña Clara, al oir su música, se desprendió rápida de los brazos del caballero.

—"¡Oye! ¡Esas músicas me llaman, oh amado mío!; pero antes de que nos separemos, has de decirme tu nombre amado que hasta aquí me tuviste oculto."

Y el caballero, sonriendo con serenidad, besó los dedos de la dama, la besó en los labios, la besó en la frente, y dijo estas palabras:

—"Yo, vuestro amante, señora, soy hijo del muy ensalzado, grande y docto rabino Israel de Zaragoza.

(*Libro de Cantares:* Apéndice al *Regreso*).

VIII

ALMANZOR

I

En la catedral de Córdoba se alzan mil trescientas columnas, mil trescientas columnas gigantescas sostienen la vasta cúpula.

Y columnas, cúpulas y muros están cubiertos de arriba a abajo de sentencias del Corán, arabescos encantadores, artísticamente entrelazados.

Los reyes moros edificaron tiempo atrás ese templo para gloria de Alá, pero los tiempos han cambiado y con ellos el aspecto de las cosas.

En la torre, donde el almuédano llamaba a la oración, zumba ahora el toque melancólico de las campanas cristianas.

En las gradas, donde los creyentes cantaron la palabra del profeta, los monjes tonsurados celebran ahora sus lúgubres facecias.

Y son genuflexiones y contorsiones ante muñecos de madera pintada, y todos chillan y mugen, y estúpidas velas lanzan su resplandor sobre nubes de incienso.

En la catedral de Córdoba se alza en pie Almanzor-Ben-Abdullah, mira tranquilamente a las columnas y murmura estas palabras:

"Oh vosotras, columnas fuertes y poderosas, que tiempo atrás embellecían la mansión de Alá, ahora rendís homenaje servil al odioso culto de Cristo.

"Os acomodáis al tiempo y lleváis pacientemente la carga.—¡Ay! y yo, que soy de materia más débil, ¿no tengo también que llevar, más pacientemente aún, mi carga?"

Y, serena la faz, Almanzor-Ben-Abdullah, inclinó la cabeza sobre el espléndido baptisterio de la catedral de Córdoba.

2

SALE vivamente de la catedral, y salta sobre su corcel árabe que sale a galope; los rizos de sus cabellos, húmedos aún de agua bendita, y las plumas de su sombrero, flotan a merced del aire.

Por el camino de Alcolea, por donde pasa el Guadalquivir, donde florecen los almendros blan-

cos, donde las naranjas de oro derraman su perfume,

por aquel camino, el alegre caballero cabalga, silbando y cantando de gozo. y al sonido de su voz se unen los gorjeos de los pájaros y los murmurios del río.

En el castillo de Alcolea vive Clara de Alvarez, y mientras su padre pelea en Navarra, se entrega sin tasa al regocijo.

Y oye Almanzor a lo lejos resonar los címbalos y los tambores de la fiesta, y ve centellear las luces del castillo a través del follaje espeso de la arboleda.

En el castillo de Alcolea bailan doce damas, vestidas de gala; doce caballeros vestidos de gala danzan con ellas. Pero Almanzor es el más brillante paladín.

¡Cómo mariposea por la sala, de buen humor, encontrando para cada una de las damas el halago más exquisito!

Besa vivamente la mano de Isabel, y escapándose, va a sentarse junto a Elvira, y la mira atrevido a los ojos.

Pregunta riendo a Leonor si le encuentra de su agrado, y le enseña la cruz de oro que en el jubón lleva bordada.

A cada una de las damas le jura que ella sola reina en su corazón; y "tan cierto como que soy cristiano", jura doce veces en aquella misma velada.

3

En el castillo de Alcolea cesaron el placer y el ruido; damas y caballeros desaparecen y las luces se apagan.

Doña Clara y Almanzor se han quedado solos en la sala; la lámpara postrera vierte sobre ellos su resplandor solitario.

Sentada en su sillón está la dama, el caballero se acomoda en un escabel, y su cabeza, pesada de sueño, reposa en el regazo de su amada.

La dama, afectuosa y atenta, vierte de un frasco de oro esencia de rosas en los rizos morenos de Almanzor, y él suspira desde lo más hondo de su pecho.

Con sus labios suaves la dama, afectuosa y atenta, pone un dulce beso en los rizos morenos de Almanzor, y una nube ensombrece la frente del caballero adormecido.

La dama, afectuosa y atenta, llora, y un mar de lágrimas cae de sus ojos brillantes sobre los rizos morenos de Almanzor—y los labios del caballero se estremecen.

Y sueña: sueña que está todavía en la catedral de Córdoba.—Tiene aún la cabeza inclinada sobre la pila bautismal. El agua lustral chorrea por sus cabellos y oye muchas voces confusas.

Oye murmurar a todas las columnas gigantescas; no quieren ya sostener su carga, y tiemblan de cólera y vacilan.

Y se quiebran violentamente, pueblo y sacerdotes se tornan lívidos, la cúpula se desploma con

estruendo, y los dioses cristianos se lamentan entre los escombros.

(*Libro de Cantares.* Apéndice al *Regreso*).

IX

LA ROMERÍA DE KEVLAAR

I

A la ventana está la madre; acostado el hijo en su lecho.—"¿No quieres levantarte, Guillermo, para ver la procesión?

—Estoy tan enfermo, madre, que nada veo ni oigo; pienso en Margarita muerta, y el corazón me duele.

—Levántate, iremos a Kevlaar; toma libro y rosario; la madre de Dios te curará el corazón dolorido."

Los estandartes de la iglesia flotan al viento, resuenan los cánticos, es en Colonia del Rhin la procesión.

Sigue la madre a la muchedumbre; va llevando a su hijo; los dos cantan, a coro: "¡Gloria a ti, María!"

2

NUESTRA Señora de Kevlaar lleva hoy su más hermoso vestido; hoy tiene mucho que hacer: tantos son los enfermos que acuden a ella.

Le llevan en ofrenda miembros de cera, pies y manos de cera.

Y el que ofrece una mano de cera ve curarse la suya; y al que ofrece un pie de cera, se le cura el pie, de repente.

Muchos fueron a Kevlaar con muletas, y ya saltan a la comba; muchos que ahora tocan el violín, cuando vinieron no podían ni mover un dedo.

La madre tomó un cirio y le dió forma de corazón. —"Llévale esto a la madre de Dios, para que cure tu mal."

Suspirando, tomó el corazón de cera, y, suspirando, lo llevó a los pies de la sagrada imagen; lágrimas le brotaron de los ojos, y estas palabras le brotaron del corazón:

"Gloriosísima María, pura sierva de Dios, reina del cielo, oye mi queja.

"Yo vivía con mi madre en Colonia, en la ciudad que tiene tantas capillas e iglesias.

"Y cerca de nosotros vivía Margarita; pero se ha muerto; María, te traigo un corazón de cera, cúrame la herida de mi corazón.

"Cúrame el corazón dolorido, y mañana y tarde diré y cantaré con fervor: ¡Gloria a ti, María!"

3

El hijo enfermo y la madre dormían en su aposento; presentóse la madre de Dios, entrando suavemente, sin ruido.

Se inclinó sobre el enfermo, le puso ligeramente la mano en el corazón, sonrió con dulzura y desapareció.

Lo vió como en sueños la madre y aún vió algo más; sale de su sopor. ¡Ladran tan fuerte los perros en el patio!

Allí está su hijo, tendido en la cama, muerto; las luces de la aurora ríen en su pálido rostro.

La madre juntó las manos, y sin saber lo que pasaba por ella, cantó: "¡Gloria a ti, María!"

(*Libro de Cantares:* Apéndice al *Regreso*).

X

SERAFINA

I

CUANDO voy errante de noche por la selva, por la selva soñadora, siempre a mi lado camina tu tierna figura.

¿No es aquel tu velo blanco, no es tu dulce faz? ¿O no es sino la luz de la luna que brilla a través de los abetos sombríos?

¿Son mis propias lágrimas las que oigo correr dulcemente? ¿O vas tú, amada mía, en realidad, llorando a mi lado?

2

EN la ribera silenciosa, la noche cayó; la luna sale de las nubes, y de las olas se levanta este murmullo:

"¿Está loco ese hombre, o anda quizá enamorado? Tiene aspecto triste y alegre, alegre y triste a la vez."

Pero la luna en las alturas ríe y dice con voz clara: "Ese está enamorado, loco, y es poeta, por añadidura."

3

¡CON qué curiosidad nos mira la gaviota, todo porque apoyé mi oído contra tus labios!

Ya quisiera saber lo que se escapa de tu boca, y si me llenaste el oído de besos o de palabras.

¡Si supiese yo, siquiera, qué murmura dentro de mi alma! ¡Palabras y besos en ella están maravillosamente confundidos!

(*Nuevas poesías*).

XI

ANGÉLICA

Le tapo los ojos, y la beso en la boca; desde aquel momento no me deja en paz; quiere saber por qué.

De la noche a la mañana, siempre me está preguntando: "¿Por qué me tapas los ojos, cuando me besas en la boca?"

Yo no le digo por qué; ni yo mismo sé la razón.—Pero le tapo los ojos y la beso en la boca.

(*Nuevas poesías*).

XII

LA EVOCACIÓN

El franciscano joven está sentado en su celda, solo; lee un antiguo manotreto que se titula: *La llave del Infierno.*

Y cuando dan las doce de la noche, no se puede contener, y, lívidos de miedo los labios, invoca a los espíritus infernales.

—"¡Espíritus! sacadme de la tumba el cuerpo de la mujer más hermosa; dadle vida por esta noche, que quiero edificarme con sus encantos."

Pronuncia la terrible fórmula de evocación, y al punto su fatal deseo se cumple; llega la pobre hermosura muerta, envuelta en blancos cendales.

Tiene la mirada triste. De su frío pecho se escapan dolorosos suspiros. Siéntase la muerta junto al monje, se miran y callan.

(*Nuevas poesías: Romances*).

XIII

EL CABALLERO OLAF

I

HAY dos hombres ante la catedral, ambos con capas rojas; uno es el rey, otro el verdugo.

Y el rey dice al verdugo:—"Por el canto de los sacerdotes veo que la ceremonia va a terminar: ten dispuesta tu hacha."

Las campanas repican, roncan los órganos y el pueblo deja vacía la iglesia. En medio del abigarrado cortejo están los recién casados con brillantes galas imperiales.

Una es la hija del rey, y está triste, inquieta, pálida como una muerta; otro es el caballero Olaf, que avanza con aplomo y serenidad, y su boca bermeja sonríe.

Y con la sonrisa en los labios bermejos, dice al rey, sombrío y preocupado: "Recibe mi saludo, suegro; hoy es cuando he de entregarte mi cabeza.

"Hoy he de morir.—¡Oh! déjame vivir hasta media noche no más, para que celebre mis bodas con un festín y con danzas.

"Déjame vivir, déjame vivir hasta que se haya vaciado el vaso postrero, hasta que se haya bailado la última danza.—Déjame vivir hasta media noche."

Y el rey dice al verdugo: "Otorgamos a nuestro yerno prórroga de su vida hasta media noche.—Ten dispuesta tu hacha."

2

MICER Olaf está sentado al banquete de sus bodas, vacía su vaso postrero, la novia se apoya en su hombro y gime.—El verdugo está en pie, a la puerta.

Comienza el baile, y micer Olaf estrecha a su juvenil esposa, y con loco ardor bailan a la luz de las antorchas la última danza.—El verdugo está en pie, a la puerta.

Los violines lanzan sones alegres, las flautas suspiran, tristes e inquietas; a los espectadores se les oprime el corazón al ver bailar a los esposos.—El verdugo está en pie, a la puerta.

Y mientras bailan en el salón resplandeciente, micer Olaf murmura al oído de su esposa: "¡No sabes cuánto te quiero!... Pero qué frío estará el sepulcro..."—El verdugo está en pie, a la puerta.

3

MICER Olaf, son las doce de la noche, tu vida se acabó. La pierdes para expiar la seducción de una hija de rey.

Los monjes murmuran los rezos de los agoni-

zantes; el hombre de la capa roja espera, armado de su hacha centelleante, junto al negro tajo.

Micer Olaf baja la escalinata del patio, en donde lucen antorchas y espadas. Una sonrisa vaga por los bermejos labios del caballero, y su boca bermeja y risueña profiere:

"Bendigo al sol, bendigo a la luna y a los astros que constelan el cielo; bendigo también a los pajarillos que gorjean en el aire.

"Bendigo al mar, bendigo a la tierra y a las flores que esmaltan los prados; bendigo a las violetas, tan dulces son como los ojos de mi desposada.

"¡Oh dulces ojos de mi desposada, ojos de color de violeta, por ellos voy a morir! Bendigo también a la enramada embalsamada de saúco bajo la cual fuiste mía."

(*Nuevas poesías: Romances*).

XIV

LAS ONDINAS

Las olas cabrillean amorosamente sobre la playa solitaria; ha salido la luna, y un joven caballero descansa tendido en la blanca duna; se abandona a mil ensueños del pasado.

Las bellas ondinas, vestidas de blancos velos, surgen de las profundidades del agua. Se acercan con paso leve al joven caballero, creyéndole en realidad dormido.

Palpa una, curiosa, las plumas de su birrete, otra examina su talabarte y su celada.

La tercera sonríe, y le relucen los ojos; saca de la vaina la espada, y apoyándose en el acero brillante, contempla arrobada al hermoso mancebo.

A saltitos, de aquí para allá, en derredor de él, canturrea por lo bajo la cuarta: "¡Ay! ¡que no sea yo tu amante, oh flor de la caballería!"

La quinta besa la mano del caballero con ardor voluptuoso; la sexta vacila y se atreve, por fin, a besarle en labios y mejillas.

El caballero no es lerdo, cuida bien de no abrir los ojos, y deja tranquilamente que le acaricien las ondinas a la luz de la luna.

(*Nuevas poesías: Romances*).

XV

EL REY HARALDO HARFAGAR

El rey Haraldo Harfagar vive en las profundidades del Océano con una hermosa hada de los mares; los años llegan y pasan.

Preso en las gracias y encantamientos de la ondina, ni vivir puede, ni morir; doscientos años dura ya su venturoso martirio.

Descansa la cabeza del rey en el seno de la dulce hechicera, y él le mira a los ojos con amante languidez; nunca se harta de mirarlos.

Sus cabellos de oro se han vuelto grises de plata, tiene los pómulos salientes bajo la piel que amarillea, y el cuerpo marchito y quebrantado.

A veces se arranca de pronto a su ensueño de amor, cuando las olas gritan violentas encima de su frente y el palacio de cristal tiembla.

A veces cree oir, por encima de las olas, en el viento que pasa, un grito de guerra normando; sobresaltado se levanta, estremécese de alegría y tiende los brazos, pero los brazos se le vuelven a caer, pesadamente.

A veces cree oir, arriba, marineros que cantan y celebran en sus canciones heroicas las hazañas del rey Haraldo Harfagar.

Entonces el rey gime, solloza y vierte lágrimas en el fondo de su corazón. El hada del mar se inclina vivamente sobre él y le da un beso de su boca risueña.

(*Nuevas poesías: Romances*).

XVI

MARÍA ANTONIETA

¡CUÁN alegremente relucen las ventanas del Palacio de las Tullerías! Empero, aunque es día claro, vuelven los espectros del tiempo que fué.

María Antonieta se presenta de nuevo en el Pabellón de Flora, donde, cada mañana, sale del lecho conforme a una severa etiqueta.

Damas de la corte engalanadas. Casi todas en pie; sentadas otras en taburetes; vestidos de seda y brocado, guarnecidos de joyas y encajes.

Finos son sus talles, sus miriñaques hinchados, y debajo, los lindos piececitos de alto tacón, meten bulla—¡ay! ¡si tuviesen cabeza!

Ninguna la tiene; aun la reina misma no tiene cabeza; por eso Su Majestad no se ha rizado.

Si, la que con alto peinado tan orgullosa se

mostraba, la hija de María Teresa, la nieta de los Césares alemanes, ha de ostentarse ahora sin peinado y sin cabeza, rodeada de damas nobles, sin peinado y sin cabeza también.

Tales son las consecuencias de la Revolución y de sus odiosas doctrinas. Culpa de todo tienen Juan Jacobo, Voltaire y la guillotina.

Pero ¡extraña cosa! me parece que las pobres criaturas no han echado de ver que están muertas y que han perdido la cabeza.

Como en el tiempo antiguo, todo son portes estirados, necias cortesanías; risibles y terroríficas a la vez son esas reverencias sin cabeza.

La primera azafata se inclina y trae una camisa de linón; la segunda se la ofrece a la reina, y luego ambas se retiran con una reverencia.

La tercera y la cuarta se inclinan y se arrodillan ante Su Majestad para ponerle las medias.

Una doncella de honor se inclina, al traer la bata matinal; otra se inclina al traer la enagua de la reina.

La Mayordoma de palacio está en pie, echándose aire con un abanico en el blanco seno, y, como la cabeza le falta, se sonríe con el trasero.

Por entre las colgaduras de las ventanas el sol desliza miradas curiosas, pero al ver aquellas antiguas fantasmas, retrocede espantado.

Romancero: Historias).

XVII

ANTIGUA CANCIÓN

HA venido la muerte, y no te has dado cuenta; se ha extinguido la luz de tus ojos, ha palidecido tu boca bermeja, y te has muerto, niña mía muerta.

En una horrible noche de estío yo mismo te llevé a la tumba; cantaban los ruiseñores sus lamentos y las estrellas iban detrás de tu ataúd.

El cortejo siguió a lo largo del bosque, donde resonaba la letanía; los abetos, con mantos de luto, murmuraban las preces de los muertos.

Pasamos junto al lago de los sauces, en que danzaban los elfos en rondas; detuviéronse de pronto y nos miraron con lástima.

Y cuando llegamos a tu sepultura, la luna bajó del cielo y pronunció un discurso.—Un sollozo, gemidos, y, a lo lejos, sonar de campanas.

(*Romancero: Lamentaciones*).

XVIII

RATAS ERRANTES

HAY ratas de dos clases, las hambrientas y las hartas. Las satisfechas se quedan en casa, las otras van a correr tierras.

Andan miles de leguas sin parar, sin descanso. Siguen adelante en su carrera furiosa, sin que las detenga el viento ni la tempestad.

Escalan las alturas, atraviesan los ríos; más de

una se ahoga o se rompe la cabeza; los supervivientes dejan tras de sí a los muertos.

Tienen hocicos horribles, las comadres. Todas son calvas por igual, radicalmente; van desnudas como ratas.

Las masas radicales no reconocen dios. No bautizan su prole; las mujeres son de todos.

El sensual rebaño sólo quiere beber y devorar. Mientras devora y bebe, no piensa en la inmortalidad del alma.

Las ratas salvajes, ni al infierno temen ni al gato. No atienden a fuero ni a razón; quieren repartirse el mundo.

¡Oh desgracia! Llegan las ratas errantes, ya están cerca de nosotros. Avanzan, las oigo silbar, son legiones.

Estamos perdidos. Están a la puerta. Burgomaestre y senado mueven la cabeza. ¿Qué hacer?

Los ciudadanos toman las armas, los sacerdotes tocan a rebato. La propiedad, paladión del estado civilizado, está en peligro.

Hijos míos, ni toques de rebato, ni preces de los sacerdotes, ni sabios decretos del senado, ni cañones, ni morteros han de serviros hoy.

A estas horas, de nada os valen los artificiosos períodos de una retórica decrépita. Las ratas no se dejan coger con silogismos, saltan por encima de los sofismas más sutiles.

Estómago hambriento, no sabe más lógica que la de una sopa con argumentación de albóndigas;

sólo entiende razonamientos de chuletas y citas universitarias (1) de salchichas.

Un lenguado partido, empapado en manteca, será más del agrado de las masas radicales que un Mirabeau y que todos los oradores, desde Cicerón.

(*Ultimas poesías*.

XIX

EL CANTAR DE LOS CANTARES

El cuerpo de la mujer es un poema que, a instancias del Espíritu, Dios Nuestro Señor escribió en el gran álbum de la naturaleza.

Sí, la hora era favorable; Dios estuvo magníficamente inspirado; con el arte más alto dominó la materia árida y rebelde.

En verdad, el cuerpo de la mujer es el supremo Cantar de los cantares; ¡qué maravillosas estrofas son sus miembros esbeltos y blancos!

¡Oh qué divina idea en ese cuello resplandeciente, sobre el cual se columpia la cabeza chica, pensamiento capital todo ensortijado!

Los botones de rosa del seno cincelados están como un epigrama y la cesura que lo parte es inefablemente arrebatadora.

En el paralelismo de las caderas se revela el creador plástico; la proposición incidental, cón su hoja de parra, también es hermoso pasaje.

No es un poema abstracto, sino canto de car-

(1) Heine en el texto alemán se refiere expresamente a la Universidad de Gotinga.

ne y hueso, pies y manos; ríe y besa con labios que riman ricamente.

¡Aquí alienta la verdadera poesía! ¡qué gracia en todos los movimientos! Y el poema lleva en la frente la señal de la perfección.

¡Quiero loarte, oh Señor, y adorarte en el polvo! A tu lado, divino poeta, no somos más que unos ignorantes.

Me abismaré, Señor, en los esplendores de tu poema; a su estudio consagro mis días y también mis noches.

Sí, noche y día lo estudio; no quiero perder ni un solo instante; ¡ay! mis piernas enflaquecen, enflaquecen.—Eso le pasa al que estudia demasiado.

(*Ultimas poesías.*)

XX

TELEOLOGÍA (FRAGMENTO)

Dios nos ha dado dos piernas para que nos lleven adelante. No ha querido que la humanidad se quedase adherida a la gleba. Para ser esclavos del reposo, un solo pie nos hubiera bastado.

Tenemos dos ojos para ver con claridad. Con un ojo no hubiéramos tenido bastante para creer todo lo que leemos. Dios nos ha dado dos pupilas para contemplar a nuestro sabor este mundo que ha creado para alegría de nuestros ojos. Y hasta cuando callejeamos como bausanes hay que servirse de ellos para que no nos pisen los ojos de gallo que debemos al zapatero.

Tenemos dos manos para dar doble, mas no para tomar dos veces, para amontonar el botín en arcas de hierro, como hacen algunos. No tengamos la audacia de nombrarlos; de buena gana los ahorcaríamos; pero ¡son tan grandes señores, filántropos, honorables! hasta los hay que nos protegen—y las encinas alemanas no dan la madera de que se hacen horcas para los ricos.

Dios no nos ha dado más que una nariz, porque no podríamos meter dos en un vaso sin que se vertiera el vino.

Dios no nos ha dado más que una boca, porque dos serían demasiadas. Con una sola boca, ya los mortales hablan más de lo conveniente; si tuviesen dos, tragarían y mentirían el doble. Ahora, cuando tiene la boca llena, el hombre se ve precisado a callar; de tener dos, hasta comiendo mentiría.

Dos orejas hemos recibido del Señor. Lo más hermoso que tienen es la simetría. No son tan largas del todo como aquéllas de que proveyó a nuestros camaradas de pelaje gris. Dos oídos nos ha dado Dios para escuchar las obras maestras de Gluck, de Mozart y de Haydn. Si no existiera más que el cólico lírico y la música hemorroidal de Meyerbeer, una sola oreja bastaría holgadamente.

Cuando hablé así a la hermosa Teutelinda, me dijo suspirando: "¡Ay! querer profundizar los motivos de Dios, criticar a nuestro Creador, es como si la vasija quisiera saber más que el alfarero. Pero uno pregunta siempre: ¿por qué?,

cuando ve algo necio. Amigo, te he escuchado; me has explicado muy bien por qué Dios, en su sabiduría, dió al hombre dos ojos, dos oídos, dos brazos y dos piernas, mientras que no le dió más que una nariz y una boca. Ahora dime por qué razón Dios..."

(*Ultimas poesías.*)

XXI

UN BUEN CONSEJO

En tus relatos, nunca dejes de dar a los personajes sus nombre verdaderos; haces mal si no te atreves: cuando retrates a un asno, en seguida se te presentará una docena de originales de pelaje gris. "Sí, son mis orejas largas" irá gritando cada cual, "sí, ese rebuzno es mi voz. ¡Yo soy ese asno! Aunque no se me nombre, Alemania, mi patria, sabrá reconocerme. ¡Yo soy el asno, i-a, i-a!"—Quisiste tratar con miramientos a un imbécil, y ahí tienes doce que te ponen mala cara.

(*Ultimas poesías.*)

XXII

1649-1793—...?

Los ingleses mostráronse harto rudos y harto groseros en el regicidio. El rey Carlos I, en Whitehall, no pudo dormir la noche última. El ultraje cantaba al pie de su ventana y el martillo remachaba el cadalso.

No tuvieron mayor cortesía los franceses. En un coche de punto llevaron a Luis Capeto al lugar

de la ejecución; ni siquiera le concedieron una carroza de alquiler, como hubiera querido para aquella Majestad la antigua etiqueta.

Con María Antonieta fué peor aún, porque sólo una carreta le concedieron. En vez de un chambelán o una azafata, acompañábala un descamisado. La viuda de Capeto levantaba desdeñosa el pesado labio inferior de los Habsburgos.

Franceses e ingleses carecen naturalmente de sentimentalidad. Sentimentalidad, sólo el alemán la posee. Sentimental ha de ser hasta en sus arrebatos terroristas. A una Majestad, el alemán ha de tratarla siempre piadosamente.

Pondrá carroza de gala, tirada por seis caballos con penachos negros, y un cochero los guiará, armado con fusta de luto y llorando en el pescante.

Así se verá conducido hasta la plaza de la ejecución y decapitado respetuosísimamente el monarca germánico.

Ultimas poesías.)

VIAJE AL HARZ

EL IDILIO DE LA MONTAÑA

I

En la montaña se asienta la cabaña en que vive el viejo minero; arriba murmura el abeto verde y brilla la luna dorada.

En la cabaña hay un sillón de brazos ricos y maravillosamente cincelados; ¡feliz el que se sienta en ese sillón! Y yo soy el dichoso mortal.

En el escabel está sentada la niña, y apoya en mis rodillas un brazo; tiene los ojos como dos estrellas azules, la boca como una rosa purpurina.

Y las encantadoras estrellas azules me miran con todo su candor celestial, y el dedo de azucena se posa levemente sobre la rosa purpurina.

No, la madre no nos ve, que está hilando con ardor el lino; y el padre, acompañándose con la citara canta una antigua canción.

Y la niña cuenta bajo, bajito, con voz ahogada; ya me confió muchos secretos importantes.

"Pero desde que se murió la tía, ya no podemos ir a la fiesta de los arcabuces de Goslar ¡tan bonito como es aquello!

"Aquí, por el contrario, todo es triste, en la altura fría de la montaña, y en invierno estamos enteramente como enterrados en nieve.

"Y yo soy una muchacha tímida, y tengo un miedo de niño a los espíritus malos de la montaña, que trabajan durante la noche."

De pronto la niña se calla, como asustándose de sus propias palabras, y la cítara resuena en medio de los rumores, y la vieja canción zumba:

"Nada temas, niña querida, del poder de los espíritus malos; día y noche, niña querida, los ángeles del cielo te guardan."

II

El abeto con sus dedos verdes llama a los cristales de la ventanita, y la luna, amable curiosa, vierte su luz amarilla en la pequeña estancia.

El padre, la madre, roncan dulcemente en la alcoba vecina; pero nosotros dos, charlando como bienaventurados, sabemos mantenernos en vela.

"Me parece que no sueles rezar, amigo mío; esa mueca en los labios no te la causa ciertamente la oración.

"Esa mueca mala y fría me espanta a cada paso; pero la inquietud se me calma en seguida con el destello más piadoso de tu mirada.

"Dudo también que tengas eso que llaman fe; ¿verdad que no crees en Dios Padre, ni en el Hijo, ni en el Espíritu Santo?"

—¡Ah, niña querida! cuando de chico me sentaba en las rodillas de mi madre, yo creía ya en Dios Padre, que se cierne en las alturas, todo bondad y grandeza.

Creía en El, que ha creado la tierra hermosa y a los hombres hermosos que sobre ella están, en

El, que asignó su andar a soles, lunas y estrellas.

Cuando fuí mayor, niña querida, empecé a comprender mejor, y comprendí, y llegué a ser razonable, y creí también en el Hijo.

En el Hijo querido que amando nos ha revelado el amor y, en recompensa, como es uso, fué crucificado por el pueblo.

Hoy, que soy hombre, y he leído mucho, y viajado mucho, mi corazón se dilata, y de todo corazón creo en el Espíritu Santo.

El ha hecho los milagros más grandes, y mayores los hace aún ahora; ha quebrantado las torres de la tiranía y ha roto el yugo de la servidumbre.

Cura viejas heridas mortales y renueva el derecho primitivo; que todos los hombres, nacidos en la igualdad, son de raza noble.

Disipa las quimeras malas y los fantasmas tenebrosos que nos echaban a perder el amor y el placer, mostrándonos a todas horas las muecas de su rostro.

Mil caballeros, bien enjaezados, fueron escogidos por el Espíritu Santo para que su voluntad se cumpliese y los armó de un altivo valor.

Sus buenas espadas centelleaban, sus buenas banderas flotan. ¿Verdad que quisieras, niña querida, ver a esos esforzados caballeros?

¡Pues mírame, niña querida! Dame un beso y mírame, porque yo, yo soy un esforzado caballero del Espíritu Santo.

III

FUERA, la luna se esconde en silencio tras el abeto verde, y en la estancia pequeña nuestra lámpara luce débilmente y apenas alumbra.

Felizmente, mis estrellas azules irradian la luz más clara; la rosa purpurina relumbra como el fuego, y la buena muchacha dice:

"Duendes, duendecillos nos roban el pan y el tocino; por la noche están en el aparador y por la mañana han desaparecido.

"Los diablejos se comen la nata de nuestra leche y dejan los vasos destapados y la gata se bebe lo demás.

"Y la gata es una bruja, porque se cuela, de noche, por la montaña de los aparecidos, donde está la torre vieja.

"Hubo allí tiempo atrás un castillo lleno de placer y brillante de armaduras; bravos paladines, damas y escuderos giraban danzando a la luz de las antorchas.

"Entonces una mala bruja maldijo el castillo y a sus habitantes; sólo las ruinas quedaron en pie, y los buhos que en ellas anidan.

"Sin embargo, mi difunta tía aseguraba que cuando se dice la palabra oportuna de noche, a la hora oportuna, allá, en el lugar oportuno,

"las ruinas se truecan de nuevo en brillante castillo y se ve bailar alegremente a bravos paladines, damas y escuderos;

"y al que pronunció la palabra, castillo y habitantes le pertenecen; timbales y trompetas ensalzan su magnificencia reinante."

Así habla la muchachita, y sus ojos, las estrellas azules, vierten sobre su charla los resplandores de su magia celeste.

Sus cabellos de oro, la niña me los ata en derredor de la mano; pone lindos nombres a mis dedos, se ríe, los besa y al cabo se calla.

Y en aquel aposento tranquilo todo me mira con ojos familiares. Mesa y armario son como si los hubiera visto muchas veces antes de ahora.

El tic-tac del cuco tiene un tono amistoso, y la cítara, apenas sensible, se pone a tocar sola, y me hallo como dentro de un sueño.

Esta es la hora oportuna, en el lugar oportuno nos encontramos; te asombraría, niña querida, que yo pronunciase la palabra oportuna...

Y yo pronuncio la palabra... Mira, todo se vuelve luminoso, todo se agita; fuentes y abetos se hacen más bulliciosos y la vieja montaña se despierta.

El son de las cítaras y el cantar de los enanos resuenan en las grietas de la montaña, y como en insensata primavera de la tierra brota una selva de flores.

Flores, flores audaces, de hojas anchas y fabulosas, odoríferas, llenas de rocío y vivamente agitadas como por la pasión.

Rosas, ardientes como rojas llamas, brotan de entre toda aquella vegetación; azucenas, semejantes a pilares de cristal, yérguense hasta el cielo.

Y las estrellas, grandes como soles, derraman rayos de deseo; en el gigantesco cáliz de las azucenas corren a torrentes las oleadas de sus luces.

Y nosotros, niña querida, estamos aún más cambiados; el brillo de las antorchas, el oro y la seda resplandecen de alegría en torno nuestro.

Tú te has vuelto princesa, y esta cabaña se ha trocado en castillo y aquí se regocijan y danzan bravos paladines, damas y escuderos.

Pero yo, te tengo a ti y todo lo demás, castillo y habitantes; timbales y trompetas ensalzan mi magnificencia reciente.

ILSE

Soy la princesa Ilse y moro en la peña de Ilsenstein. Ven conmigo a mi castillo, seremos dichosos en él.

Quiero curarte la cabeza con mis olas transparentes. Se te olvidarán tus pesares, pobre doncel, enfermo de zozobras.

Entre mis brazos blancos como la nieve, sobre mi seno blanco como la nieve, descansarás y soñarás con la dicha de los cuentos viejos.

Quiero abrazarte y estrecharte como estreché y abracé al buen emperador Enrique, muerto ya.

Muertos están los muertos y sólo viven los que están vivos y yo soy hermosa y floreciente; mi corazón ríe y palpita.

Mi corazón ríe y palpita... Ven a mi casa, a mi palacio de cristal. Mis doncellas y mis caballeros danzan en él; el tropel de los escuderos se entrega al regocijo.

Los luengos vestidos de seda alzan rumor, las espuelas de oro resuenan, los enanos retiñen los

timbales, tocan el violín y hacen sonar la trompa.

Pero a ti mis brazos se enlazarán como enlazaron al emperador Enrique; con mis manos blancas le tapé los oídos, cuando fuera sonó la trompeta.

EL MAR DEL NORTE

CORONACIÓN

CANCIONES, buenas canciones mías! ¡arriba, arriba y echad mano a las armas! Haced resonar las trompetas y alzadme sobre el pavés a la juvenil hermosura que de aquí en adelante ha de reinar en mi corazón como soberana.

¡Salve, reina joven!

Al sol que arriba luce le arrancaré el oro rutilante y radioso, y haré con él una diadema para tu frente sagrada.—Del raso azulado que flota en la bóveda del cielo, en que centellean los diamantes nocturnos, he de arrancar un jirón magnífico, y he de hacer un manto de gala para tus regios hombros. Te daré una corte de rozagantes sonetos, altivos tercetos y elegantes estancias; te servirá de volante mi ingenio, mi fantasía de bufón y mi humorismo será tu blasonado heraldo. Y yo en persona me echaré a tus pies, reina, y arrodillado en un cojín de terciopelo rojo, te daré en homenaje los restos de razón que se dignó dejar la augusta señora que te ha precedido en mi corazón.

EL CREPÚSCULO

EN la pálida orilla del mar me senté soñador y solitario. Declinaba el sol y lanzaba rayos ar-

dientes al agua y las blancas y amplias olas, impulsadas por la marea, avanzaban espumosas y mugientes. Era un estrépito extraño, un cuchicheo y un silbido, risas y murmurios, suspiros y estertores, mezclados con acariciadores sonidos, como canciones de cuna.—Parecíame oir los relatos del tiempo que fué, los encantadores cuentos de magia que, en la edad pasada, siendo aún pequeño, oía cantar a los niños de la vecindad cuando, en noche de estío, echados sobre los escalones de piedra de la entrada, oíamos silenciosos al narrador, con nuestros corazones juveniles atentos, y muy abiertos por la curosidad los ojos, mientras que las muchachas mayores, sentadas a la ventana, encima de nosotros, junto a las macetas de flores bienolientes, semejantes a rosas, sonreían al resplandor de la luna.

LA NOCHE EN LA PLAYA

FRÍA está la noche y sin estrellas; el mar fermenta, y sobre el mar, tendido de bruces, el informe viento del norte, como viejo gruñón, charla con voz gimiente y misteriosa y cuenta historias alocadas, cuentos de gigantes, antiguas leyendas islandesas llenas de combates y bufonadas heroicas, y, a intervalos, ríe y aulla los conjuros del Edda, las evocaciones rúnicas, todo con tan feroz alegría, con tan burlesca rabia, que los blancos hijos del mar saltan por el aire y lanzan gritos de júbilo.

Entretanto, por la playa, por la arena en que la marea dejó su humedad, avanza un extranjero

cuyo corazón está todavía más agitado que el viento y las olas. Por doquiera que va, sus pies hacen brotar centellas y chascar conchas; va envuelto en una capa gris, y anda, con paso rápido, a través de la obscuridad y del viento, guiado por una lucecita que brilla dulce y seductora en la cabaña solitaria del pescador.

El padre y el hermano salieron al mar, y solita en su cabaña se ha quedado la hija del pescador, la hija del pescador, maravillosa de hermosura. Está sentada junto al hogar y oye el ruido sordo y fantástico del caldero. Echa ramas que en el fuego chisporrotean y las sopla, de modo que los resplandores rojos y flamantes van a reflejarse mágicamente en su cara fresca, en sus hombros que surgen tan blancos y delicados de la grosera camisa gris, y en la manecita cuidadosa con que anuda sólidamente la corta falda a la fina comba de su talle.

Pero de pronto se abre la puerta y el nocturno extranjero penetra en la cabaña; su mirar dulce y seguro descansa en la blanca y delicada niña que se alza temblorosa delante de él, como una azucena espantada, y dejando caer la capa al suelo, dice sonriente:

"Mira, niña, cumplo mi palabra y vuelvo, y conmigo torna el tiempo antiguo en que los dioses del cielo descendían hasta las hijas de los hombres para engendrar con ellas esos linajes de reyes portadores de cetro, y esos héroes que son maravilla del mundo.—Por lo tanto, niña, no te espante más mi divinidad, y ponme por favor a

calentar té con ron, porque el cierzo era fuerte en la playa, y en noches como esta también tenemos frío nosotros, los dioses, y muy pronto pescamos un catarro divino y una tos inmortal".

EN EL CAMAROTE, POR LA NOCHE

TIENE sus perlas el mar, sus estrellas el cielo, pero mi corazón, mi corazón tiene su amor.

Grande es el mar, grande es el cielo, pero mi corazón es más grande, y más hermoso que perlas y estrellas brilla mi amor.

Tuyo, niña, tuyo es este corazón entero; mi corazón, y el mar, y el cielo, se confunden en un solo amor.

A la bóveda azulada del cielo en que lucen las hermosas estrellas quisiera pegar mis labios en un beso ardiente, derramando torrentes de lágrimas.

Las estrellas son los ojos de mi amada; centellean y me envían mil graciosos saludos desde la bóveda azulada del cielo.

Hacia la bóveda azulada del cielo, hacia los ojos de la amada, elevo devotamente los brazos, ruego e imploro.

Dulces ojos, graciosas luces, dad la felicidad a mi alma; dadme la muerte, y que os posea, a vosotros y todo vuestro cielo.

DEJA el cielo caer a través de la noche, temblorosas, unas chispas de oro, y mi alma, henchida de amor, se abre a través del espacio.

Llorad, ojos celestes, todas vuestras lágrimas en el alma mía, para que se desborde el alma con vuestras lágrimas luminosas de estrellas.

MECIDO por las olas y por mis ensueños, estoy tendido tranquilamente en la litera de mi camarote.

Por el tragaluz abierto miro en lo alto las claras estrellas, los amados y dulces ojos de la amada mía.

Los amados y dulces ojos velan sobre mi cabeza y brillan y hacen guiños en lo alto de la bóveda azulada del cielo.

Miraba yo dichoso a la bóveda azulada del cielo durante largas horas, hasta que un velo de blanca niebla me escondía los ojos amados y dulces.

CONTRA el tabique en que se apoya mi cabeza soñadora viene las olas a golpear, con furia; levantan ruido y murmuran a mi oído: "¡Pobre loco! tienes cortos los brazos, el cielo está lejos y las estrellas sólidamente fijas en la altura con clavos de oro.—¡Vanos deseos, vanas preces! Más te valiera dormir".

SOÑÉ con una landa desierta, toda cubierta de muda y blanca nieve, y bajo la nieve blanca estaba yo enterrado y dormía con el sueño frío de la muerte.

Y en lo alto, desde la sombría bóveda del cielo, las estrellas, ojos dulces de mi amada, contempla-

ban mi sepultura, y los dulces ojos brillaban con serenidad victoriosa y plácida, pero henchida de amor.

LA CALMA

El mar está en calma. El sol refleja en el agua sus rayos y en la superficie ondulosa y argentina el navío traza surcos de esmeralda.

El piloto está echado de bruces junto al timón y ronca levemente. Cerca del palo mayor, arreglando unas velas, se agacha el grumete lleno de alquitrán.

Sus rojos colores se vislumbran a través de la suciedad de sus mejillas, estremecimientos nerviosos agitan su ancha boca, y mira a uno y otro lado con sus ojazos hermosos.

Porque el capitán está delante de él, truena, lanza juramentos y le trata de ladrón: "¡Pillo! ¡has robado un arenque del tonel!"

El mar está en calma. Un pececillo sube a la superficie de las olas, se calienta la cabecita al sol y agita el agua con su cola menuda.

Entretanto, desde lo alto del aire, la gaviota se deja caer sobre el pececillo, y con la presa inquieta en el pico, se remonta y se cierne en el azul del cielo.

EN EL FONDO DEL MAR

Estaba yo tendido en la borda del navío, mirando, con ojos soñadores, al claro espejo del agua, y la mirada se hundía más, cada vez, cuando vi, en el fondo del mar, primero como una neblina

de crepúsculo, y poco a poco, en colores más distintos, cúpulas y torres, y al cabo, iluminada por el sol, toda una antigua ciudad neerlandesa llena de vida y de movimiento. Ancianos envueltos en negras capas, con blancas gorgueras y cadenas de honor, largas espadas y alargados rostros, paséanse por la plaza, ante la casa de la ciudad, ornada de encajes y emperadores de piedra ingenuamente esculpidos, con sus cetros y sus largos espadones. No lejos, ante una hilera de casas de brillantes vidrieras, bajo unos tilos tallados en forma piramidal, paséanse, con rozar de sedas, mujeres jóvenes, hermosuras esbeltas cuyos rostros de rosa muéstranse con decencia entre negras cofias y cuyos rubios cabellos caen formando rizos de oro. Multitud de gallardos caballeros vestidos al modo español, pavonéanse a su lado echándoles miradas. Matronas vestidas con pardas manteletas, entre las manos el libro de horas y el rosario, se dirigen a pasos menudos hacia la vasta catedral, atraídas por el son de las campanas y el roncar del órgano.

Al oir los sonidos lejanos, un temblor secreto de mí se apodera. Vagos deseos, tristeza profunda invaden mi corazón, mi corazón apenas curado. Me parece que mis heridas, al apretón de unos labios queridos, tornan a sangrar; sus gotas calientes y rojas caen con lentitud al mar, una por una, caen sobre una casa vieja de la ciudad submarina, sobre una vieja casa de alto piñón, que parece viuda de todos sus habitantes y en la que está sentada a una ventana baja, una niña que apoya la cabeza en el brazo.—¡Ya te conozco, po-

bre niña! ¡Tan lejos, al mismo fondo del mar huyendo de mí te escondiste, en un acceso de humor infantil, y ya no subiste más, y te sentaste, extraña entre extraños, por todo un siglo, mientras que yo, llena el alma de pena, te iba buscando por el mundo entero, y te buscaba sin cesar, a ti, siempre amada, desde tanto tiempo amada, a ti, que al cabo torno a encontrar! Te vuelvo a encontrar y otra vez miro tu dulce rostro, tus ojos inteligentes y serenos, tu leve sonrisa.—Y yo no he de dejarte nunca, y vuelvo a ti, con los brazos tendidos, precipitándome sobre tu corazón.

Pero el capitán me coge a tiempo por un pie, y, tirando de mí hacia la borda del navío, me dice malhumorado: "¡Doctor, doctor! ¿es usted presa del demonio?"

PURIFICACIÓN

«QUÉDATE en el fondo del mar, sueño insensato, que, tiempo atrás, por las noches, afligiste tan a menudo mi corazón con una falsa dicha, y que aun ahora, espectro marino, vienes a darme tormento en pleno día.—Quédate ahí, bajo las olas por toda la eternidad, y echaré contigo todos mis males y todos mis pecados, y el gorro de la locura cuyos cascabeles tanto tiempo resonaron en derredor de mi cabeza, y el frío disimulo, lisa piel de serpiente que tanto tiempo envolvió mi alma... mi alma enferma que renegaba de Dios y de los ángeles, mi alma maldita y condenada..."

—¡Iza! ¡iza! ¡llega el viento! ¡desplegad las ve-

las! ¡Ya flotan y se hinchan! Sobre el espejo plácido y peligroso de las aguas deslízase el navío, y el alma libertada lanza gritos de júbilo.

LA PAZ

ESTABA el sol en lo más alto del cielo, rodeado de nubes blancas, tranquilo el mar, y yo acostado junto al timón soñando y divagando;—y, medio despierto, medio dormido, vi a Cristo, salvador del mundo. Vestido de flotante túnica blanca, alto como un gigante, andaba por la tierra y sobre el mar; tocaba su cabeza al cielo y con las manos extendidas iba bendiciendo mar y tierra, y, como un corazón en su pecho llevaba al sol, al sol rojo y ardiente, y ese corazón radiante e inflamado, foco de amor y de claridad, esparcía sus rayos graciosos y su luz eterna en la tierra y en el mar.

Toques de campana, resonando aquí y allá, atraían como cisnes, juguetones, a nuestro navío, que se fué deslizando hasta una verdeante ribera en que unos hombres poblaban una ciudad magnífica.

¡Oh prodigio de la paz! ¡cuán tranquila la ciudad aquella! El sordo zumbido de los vanos y ruidosos quehaceres, el rumor de los telares, todo calla, y por las calles claras y resplandecientes pasean hombres vestidos de blanco; llevan palmas, y cuando se encuentran dos personas, míranse con signos de inteligencia, y en un estremecimiento de amor y de mansa renunciación, bésanse en la frente y levantan los ojos al corazón radiante del Salvador, hacia ese corazón que es sol y vierte

jubiloso la púrpura de su sangre reconciliadora sobre el mundo, y dicen por tres veces en un transporte de beatitud: "Sea Cristo bendito".

SALUDO MATUTINO

¡THÁLATTA! ¡Thálatta! ¡Yo te saludo, mar eterno! ¡Yo te saludo diez mil veces con jubiloso corazón, como en el tiempo antiguo te saludaron diez mil corazones griegos, corazones desgraciados en los combates, que suspiraban por su patria, corazones ilustres en la historia del mundo!

Agitábanse y mugían las olas; vertía el sol sobre el mar sus claridades sonrosadas; bandadas de gaviotas huían espantadas lanzando gritos agudos; piafaban los caballos; resonaban los escudos con metálicos ecos. Y como un canto de victoria resonaba entonces el grito de los hijos de la Hélade, reina de los mares: ¡Thálatta! ¡Thálatta!

¡Yo te saludo, mar eterno! ¡Vuelvo a hallar en el ruido de tus olas como un eco de la patria, y creo ver mis ensueños infantiles centellear sobre tus ondas, y vuelven a mí antiguos recuerdos de todos los nobles y amados juguetes, de todos los brillantes regalos de Pascua, de todos los rojos corales, perlas y conchas doradas que misteriosamente conservas en arquillas de cristal!

¡Oh! ¡cuánto hastío pasé en tierras extrañas! Como flor marchita en el estuche de hojalata del botánico, el corazón se me iba secando en el pecho. Me parece que durante el invierno me sentaba como un enfermo en la habitación triste y malsana, y que ahora la he abandonado de pronto y

la verde primavera, despierta por el sol, resplandece ante mis ojos deslumbrados, y oigo el tierno suspirar de los árboles cargados de una nieve perfumada, y las nuevas flores me miran con sus ojos bienolientes y pintados, y la atmósfera vierte lágrimas y rumores, y respira y sonríe, y en el azul del cielo las aves cantan: ¡Thálatta! ¡Thálatta!

¡Oh corazón animoso, que te hiciste ilustre en la fuga, como en el tiempo aquel los guerreros de la gran retirada! ¡cuántas veces las bárbaras hermosuras del Norte te molieron amorosamente!— Sus grandes ojos vencedores me lanzaban flechas encendidas; con sus palabras de dos filos, ejercitábanse en partirme el corazón; con largas epístolas mortales, aturdían mi pobre cerebro. En vano les oponía el escudo: silbaban las flechas, retumbaban los golpes; acabaron por echarme, las bárbaras bellezas del Norte, hasta la orilla del mar, y respirando libre al cabo, saludo al mar, al mar bienhechor y libertador. — ¡Thálatta! ¡Thálatta!

EL NAUFRAGIO

¡ESPERANZA y amor! Todo se ha roto, y yo mismo, como cadáver que arrojó el mar con desprecio, yazgo tendido en la orilla, en la orilla arenosa y desnuda. Ante mí se ostenta el vasto desierto de las aguas; detrás, sólo destierro y dolor, y sobre mi cabeza bogan las nubes, las grises e informes hijas del aire, que del mar, con cubos de niebla, van sacando el agua, la arrastran con fatiga y la dejan caer de nuevo en el mar, triste tarea, fastidiosa e inútil, como mi propia vida.

Las olas murmuran, chillan las gaviotas, antiguos recuerdos me asaltan, ensueños olvidados, imágenes extintas que vuelven a mí, tristes y mansas.

Hay en el Norte una mujer hermosa, con regia hermosura; una voluptuosa túnica blanca ciñe su frágil talle de ciprés; los negros rizos de sus cabellos, escapándose como una noche feliz de su cabeza coronada de trenzas, arróllanse caprichosos en derredor de su dulce y pálida faz, y en su dulce y pálida faz, grande y poderosa, irradian sus ojos, semejantes a negros soles.

Negros soles ¡cuántas veces derramasteis sobre mí las llamas devoradoras del entusiasmo, y cuántas veces no me quedé vacilando por la embriaguez de tal bebida! Pero entonces una sonrisa de infantil dulzura revoloteaba en derredor de los labios arqueados, altivamente, y esos labios altivamente arqueados exhalaban frases graciosas como la claridad lunar y suaves como el aliento de la rosa. Y mi alma entonces levantábase y se cernía con júbilo hasta el cielo.

¡Silencio, olas y gaviotas! ¡Ventura y esperanza! ¡esperanza y amor! todo ha concluído. Yazgo en el suelo, miserable náufrago, y pego la cara abrasadora contra la húmeda arena de la playa.

PREGUNTAS

A orillas del mar, a orillas del mar desierto y nocturno, se alza un joven, lleno de dudas el pecho, y con aire triste dice a las olas:

"¡Oh! explicadme el enigma de la vida, el do-

loroso y viejo enigma que atormentó tantas cabezas; cabezas tocadas con mitras jeroglíficas, cabezas con turbantes y gorros cuadrados, cabezas con pelucas, y otras mil hirvientes cabezas humanas.—Decidme: ¿qué significa el hombre? ¿de dónde viene? ¿a dónde va? ¿quién vive allá, encima de las estrellas doradas?"

Las olas murmuran su murmurio eterno, el viento sopla, las nubes huyen, las estrellas chispean, frías e indiferentes,—y un loco aguarda respuesta.

EPÍLOGO

Como espigas de trigo en un campo, los pensamientos brotan y ondulan en la mente del hombre; pero los dulces pensamientos del poeta son como flores azules y rojas que se abren gozosas entre las espigas.

¡Flores azules y rojas! el hosco segador os rechaza por inútiles; los rústicos, armados de fustas, os aplastan con desdén; aun el nuevo paseante, que al veros se recrea y regocija, mueve la cabeza y os trata de malas hierbas. Pero la moza aldeana que teje guirnaldas os hace honor y os recoge, y os prende a sus cabellos, y con tal adorno, corre al baile en que suenan pífanos y violines; ¡a menos que se escape en busca de la sombra discreta de los tilos, donde la voz del amado suena más deliciosamente aún que pífanos y violines!

ATTA TROLL

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

I

RODEADO de montañas sombrías que parecen querer escalar el cielo, y mecido como un ensueño por el ruido de las cascadas salvajes,

Cauterets, el elegante poblado descansa en el fondo del valle. Sus casas blancas se adornan con balcones; bellas damas asómanse a ellos, con la risa en los labios.

Con la risa en los labios, miran a la plaza del mercado inundada por una muchedumbre abigarrada; en medio, un oso y una osa danzan al son de la gaita.

Son Atta Troll y su esposa, Mumma la negra, como la suelen llamar, los que danzan, y los vascos no pueden contener su alegría y admiración.

Rígido y serio como un grande de España, Atta Troll hace un paso; pero su velluda mitad carece de dignidad y de reserva.

¿Lo diré? me parece que en ocasiones baila el cancán, y que en cierto movimiento de lomos un poco atrevido, suele traer el recuerdo de la Grande Chaumière.

Su mismo bravo conductor, que le tira de la

cadena, parece haberse dado cuenta de la inmoralidad de su danza.

Le larga, a veces, algunos latigazos; y entonces Mumma la negra aulla haciendo temblar las montañas.

El conductor de osos lleva una gorra puntiaguda ornada con seis madonas que han de proteger su cabeza contra las balas enemigas y los piojos.

De los hombros le cuelga, a guisa de capa, un dosel de altar multicolor. Debajo esconde pistolas y navaja.

Fué fraile en su mocedad, más tarde capitán de bandidos, y para unir ambas profesiones acabó por alistarse en las tropas de don Carlos.

Cuando tuvo que huir don Carlos con toda su caballería, y los nobles paladines se vieron obligados a buscar oficio decoroso,

(el príncipe Ganapanski se dedicó a escribir) nuestro defensor de la legitimidad se hizo domador de osos, y se fué a correr mundo con Atta Troll y Mumma;

y los hizo bailar a los dos ante el pueblo, en las plazas públicas. Y así fué como Atta Troll, encadenado, bailó en la plaza de Cauterets.

¡El, que, tiempo atrás, como rey de las soledades, habitaba la libre cumbre de los montes, Atta Troll, baila en la plaza, ante el populacho!

Cuando piensa en los días de su mocedad, en el imperio de los bosques perdido, gruñidos ahogados se escapan de las fauces de Atta Troll.

Se pone triste como el rey negro de Freiligrath, y, así como el príncipe tamborileaba de mala ma-

nera, él se echó a bailar de cualquier modo, desesperado.

Pero en lugar de simpatía, sólo júbilo despierta. Julieta misma, desde su balcón, se echa a reir ante sus brincos desesperados.

Julieta no tiene alma alemana. Es francesa. Vive hacia afuera; pero sus besos son encantadores, embriagadores.

Sus miradas son como una red luminosa entre cuyas mallas el corazón se nos queda prendido, tiembla y palpita como loco.

II

QUE el rey negro del señor Freiligrath, en su ira melancólica, se ponga a hacer sonar el pellejo del enorme tambor hasta que salte y reviente con estrépito,

es cosa que hace vibrar de veras el corazón y el tímpano.—¡Pero figuraos que un oso acaba de romper su cadena!

Música y ruido se paran; el pueblo se precipita fuera de la plaza con gritos de espanto, las damas palidecen.

Sí, Atta Troll acaba de romper de pronto su cadena de esclavo de un bote salvaje, franqueando las calles angostas,

(todos le abren camino cortésmente), trepa hasta lo alto de las rocas, lanza abajo como una mirada de desprecio y desaparece en las montañas.

Mumma la negra y el conductor de osos se quedan solos en la plaza desierta. El hombre, furioso, tira por tierra el sombrero,

lo pisotea, pataleando sobre las madonas, se arranca el manto, se queda desnudo, jura, maldice y se lamenta de la ingratitud.

¡Negra ingratitud de los osos! Porque ¿no trató siempre a Atta Troll como a un amigo? ¿No le enseñó a bailar?

¿No se lo debe todo el ingrato, hasta la vida? ¿No le ofrecieron inútilmente cien escudos por el pellejo de Atta Troll?

La pobre Mumma la negra, como estatua del dolor mudo, permanece suplicante sobre sus patas traseras, ante la ira del furioso.

La ira del furioso cae por fin, pero sobre las costillas de la desventurada; la muele a palos, llamándola reina Cristina, señora de Muñoz, liviana (1).

Esto es lo que pasó a prima tarde en un cálido y hermoso día de verano, y la noche que siguió a aquel día fué soberbia.

Pasé al balcón casi la mitad de aquella noche. Julieta estaba a mi lado, mirando las estrellas.

"¡Ay! empezó a decir suspirando; las estrellas son mucho más hermosas en París cuando en invierno se reflejan en los arroyos de Montmartre"

III

SUEÑO de una noche de verano, mi canción fantástica carece de propósito, sí, carece de propósito como el amor, como la vida, como la creación entera y quizá como el Creador mismo.

(1) El verso alemán es más duramente expresivo.

Sólo a mi capricho obedece mi Pegaso, ya galope, ya trote, ya vuele por el reino de la fábula.

No es virtuoso y útil jamelgo de cuadra burguesa, y menos aún corcel de batalla que sepa sacudir el polvo y relinchar patéticamente en la lucha de partido.

¡No! Las patas de mi corcel alado llevan herraduras de oro, por riendas tiene collares de perlas y las dejo flotar jubiloso.

Llévame a donde te plazca, por los senderos aéreos del monte, donde las cascadas, con su voz de cuervo, croan lúgubres avisos, donde los abismos abren la boca, como infiernos aburridos;

llévame por los valles tranquilos, donde se alza la encina meditabunda, y donde, por entre las raíces misteriosas, mana la antigua fuente de la leyenda;

déjame que beba sus aguas y moje con ellas mis párpados. ¡Ah! suspiro por el agua milagrosa que da vista y saber.

¡Sí, ya se hace la-luz! ¡Húndese mi mirada en las grutas más profundas, mis ojos ven a Atta Troll en su cubil y entiendo lo que dice!

¡Qué raro que el habla de los osos me resulte conocida? ¿No habré ya oído ese lenguaje en mi querida patria?

IV

RONCESVALLES, valle noble, cuando escucho tu nombre resonante, me parece que se abre dentro de mi corazón la flor azul de los recuerdos legendarios.

Surge la antigua caballería, brillante de juventud, después de un sueño de mil años. Los Espíritus me contemplan fijamente con sus grandes ojos, y me da miedo.

Oigo el ruido del hierro, el tumulto de las batallas:—son los héroes cristianos que luchan con los Sarracenos.—¡Qué doloroso y desesperado llamamiento lanza la trompa de Roldán!

En el valle de Roncesvalles, no lejos del Tajo de Roldán, así llamado porque el héroe, para abrirse camino en la retirada,

dió un mandoble a la roca con Durandal su buena espada, de tal modo que aún hoy conserva las señales;

en ese valle, digo, en el fondo de una sombría grieta defendida por una espesura de pinos silvestres, oculta está a todas las miradas la caverna de Atta Troll.

En el seno de su familia descansa de las fatigas de la fuga y de las tribulaciones de su vida errante.

¡Qué alegría la de volverse a ver! Ha encontrado de nuevo en su amada caverna, a las crías que Mumma le dió, cuatro hijos y dos hijas;

dos oseznas bien atusadas, rubias como hijas de ministros protestantes. Los chicos son morenos: el más joven, que sólo tiene una oreja, casi negro.

Aquel era el Benjamín de su madre. Un día, jugando, se le comió una oreja, pero fué de puro cariño.

Es una criatura llena de aptitudes, sobre todo

para la gimnasia. Da la voltereta tan bien como el profesor Massmann (1) de Berlín.

Como el profesor Massmann de Berlín, sólo gusta de su lengua materna. Nunca quiso meter el diente a la jerigonza de los griegos y de los romanos.

Osezno orgulloso de su nacionalidad, tiene santo horror por las perfumerías francesas. Desdeña el jabón, lujo del aseo moderno, también lo mismo que el profesor Massmann, de Berlín.

Pero cuando hay que verle desplegar sus talentos es al trepar al árbol que se eleva en el fondo del precipicio, hasta la plataforma de la roca.

En lo alto de la roca, al anochecer, reúnese la familia en derredor del padre para solazarse en la frescura crepuscular.

Así el viejo Troll goza contando lo que vivió en el mundo, los hombres y ciudades que vió, lo que hubo de sufrir,

lo mismo que el hijo de Laertes, con una leve diferencia, la de que a él, siquiera, le acompañaba en su peregrinaciones dolorosas, su mujer, su negra Penélope.

Hoy Atta Troll cuenta asimismo los éxitos inmensos que logró tiempo atrás entre los hombres, por su danzas.

Afirma que mozos y viejos le admiraban, aclamándole cuando bailaba en las plazas públicas a los dulces sones de la gaita.

Si se le ha de hacer caso, las damas, que son de

(1) Hans Fernando Massmann (1797-1874), célebre filólogo alemán y profesor de gimnasia.

inteligencia delicada, le aplaudieron con furor, lanzándole ojeadas asesinas.

¡Oh vanidad de artista! ¡el oso que fué bailarín piensa con gozo mezclado de sentimiento en los días en que el público admiró sus habilidades!

Entusiasmado por tales recuerdos, quiere probar que no es un fanfarrón miserable, que, realmente, llegó a ser grande en la danza.

Levántase de pronto, se empina sobre las patas traseras, y, como antaño, vedle bailar la gavota, su danza favorita.

Mudos de admiración, con hocico atento, los oseznos contemplan a su padre que baila a la luz de la luna.

V

ATTA Troll está melancólicamente tendido de espaldas en su caverna, en medio de los suyos; se lame las patas divagando, lame y murmura:

—¡Mumma! ¡Mumma! ¡perla negra que pesqué en el mar de la vida, para siempre te perdí en el mismo mar!

¿No he de verte ya hasta después del sepulcro, a la hora en que, desprendida de tus mortales despojos, no seas más que un alma sin piel?

¡Ah! antes quisiera besar por última vez el hocico gracioso de mi querida Mumma: ¡era tan suave y estaba como perfumado de miel!

Quisiera también aspirar por última vez el suave olor que emanaba de mi querida Mumma, más penetrante que el perfume de las rosas.

Mas ¡ay! Mumma languidece encadenada por

aquel engendro que se llama hombre y que se imagina ser el amo de toda la tierra.

¡Muerte y condenación! ¡los hombres, los archiaristócratas, miran a todas las demás criaturas con la insolencia del señor y del amo!

Nos arrebatan mujeres e hijos, nos encadenan, nos golpean, hasta nos matan para vender nuestra piel y nuestra grasa;

y creen lícitas tales fechorías, sobre todo contra la raza de los osos, y a eso llaman derechos del hombre.

¡Derechos del hombre! ¡derechos del hombre! ¿y quién os los ha otorgado? Naturaleza no fué, que no se ha desnaturalizado hasta ese punto.

¡Derechos del hombre! ¿quién os dió privilegios tales? No será por cierto la razón, que aún no es tan irracional.

Hombres ¿valdréis acaso más que nosotros porque pongáis a cocer y asar vuestros alimentos? Nosotros nos comemos el nuestro crudo; pero el resultado final es para todos el mismo. No, no es el alimento lo que ennoblece. Sólo es noble el que noblemente piensa y obra.

Hombres ¿valdréis más que nosotros por vuestras artes y vuestras ciencias? Nosotros no nos hemos caído de un nido.

¿No hay perros sabios? ¿y caballos que saben contar como los altos financieros? ¿No tocan los conejos el tambor a maravilla?

Muchos castores ¿no se han distinguido en hidrostática? y ¿no se debe a las cigüeñas la invención de la ayuda?

¿No escriben críticas los asnos? ¿No representan comedias los monos? Buscadme una trágica más grande que Batavia, la mona ilustre.

Los ruiseñores ¿no cantan? Freiligrath ¿no es poeta? ¿Quién podría cantar mejor al rey negro que su paisano el dromedario?

En la danza, yo, que os hablo, llegué tan allá como Raumer (1) en el arte de escribir. ¿Escribe él mejor de lo que yo danzo, siendo un pobre oso?

Hombres ¿por qué habéis de valer más que nosotros? Lleváis la cabeza erguida, es verdad, pero en la cabeza se os arrastran pensamientos muy bajos.

Hombres ¿valdréis más que nosotros porque tengáis la piel tersa y lisa? Es ventaja que compartís con las serpientes.

Hombres, raza de sierpes bípedas, ya sé por qué lleváis vestidos. Con la lana ocultáis vuestra desnudez de víboras.

¡Hijos míos, estad alerta contra esos abortos sin pelo! ¡Hijas mías, no os fiéis de ninguno de esos monstruos que usan pantalones!

. . . . . .

VI

. . . . . .

¡Hijos—murmura Atta Troll revolcándose en su yacija sin colcha,—hijos, el porvenir es nuestro!

Si todos los osos, si todos los animales pensa-

(1) Rodolfo von Raumer (1815-1876), filólogo alemán.

ran como yo, con nuestras fuerzas reunidas desharíamos a nuestros tiranos.

. . . . . .

Que la igualdad perfecta sea la ley fundamental. Todas las criaturas de Dios serán iguales sin distinción de creencias, pelajes ni olores.

¡Igualdad estricta! Que todo asno pueda llegar a la más alta función del estado; que el león, en desquite, lleve el saco al molino.

Por lo que hace al perro, es un pícaro de gustos serviles, porque desde hace una eternidad le trata el hombre como a un perro.

Sin embargo, en nuestra constitución radical, le daremos sus antiguos derechos inalienables, y pronto quedará regenerado.

Hasta los judíos gozarán derechos de ciudadanía, y serán, ante la ley, iguales a los demás mamíferos.

Sólo se les vedará la danza en las plazas públicas. Pongo esta mejora en interés de mi arte.

Porque el sentimiento del estilo, de la plástica severa del movimiento, no lo tiene esa raza; echarían a perder el gusto del pueblo.

VII

. . . . . .

¡Hijo, hijo mío, retoño postrero de mi fuerza viril, inclina tu oreja única hasta el hocico paterno y bebe mis palabras!

Desconfía de las doctrinas de la especie humana; echarían a perder tu alma y tu cuerpo. Entre

todos los hombres, no hay un solo hombre honrado.

Hasta los alemanes, que en tiempos eran los mejores, hasta los hijos de Tuiskion (1), nuestros primos de remota antigüedad, han degenerado.

Hoy no tienen creencias ni Dios; hasta predican el ateísmo.. Hijo, hijo mío, desconfía ante todo de Feuerbach (2) y de Bruno Bauer (3).

¡No te vuelvas ateo, como uno de esos monstruos de osos que no tienen respeto a su creador—pues un Creador hizo este Universo!

Sobre nuestras cabezas, el sol y la luna y también las estrellas (tanto las estrellas con rabo como las que no lo tienen) son el reflejo de su omnipotencia.

A nuestros pies, la tierra y los mares son el eco de su gloria, y toda criatura celeste celebra sus esplendores.

¡Hasta el insecto pequeñísimo que, oculto en la barba del viejo peregrino, cumple igualmente su terrenal peregrinación, canta, por su parte, las alabanzas del Eterno!

Allá arriba, bajo un toldo salpicado de estrellas, en áureo trono, se sienta majestuosamente un oso colosal que reina sobre el mundo.

Inmaculada es su pelliza y blanca como la nieve; su cabeza está ceñida con corona de diamantes que irradia a través de los cielos.

---

(1) Dios de los germanos.
(2) Luis Andrés Feuerbach (1804-1872), célebre filósofo.
(3) Bruno Bauer (1809-1882), filósofo alemán de la escuela neo-hegeliana.

Respira su faz armonía y pensamiento creador. Hace un ademán con el cetro, y las esferas resuenan y cantan.

A sus pies están sentados los santos osos que aquí abajo sufrieron con humildad y resignación. En sus patas venerables tienen la palma del martirio.

A veces uno de ellos se levanta, como si le moviera el Espíritu Santo, otro sale con él, y se ponen a bailar el minueto más solemne.

Un minueto en que la inspiración de la gracia puede hacer las veces de talento y en que el alma, loca de júbilo, intenta salirse de la piel.

Yo, indigno Atta Troll, ¿gozaré un día de esa bienaventuranza y después de mis tribulaciones terrestres, disfrutaré en ese reino delicias imperecederas?

¿Ebrio de placer celestial, allá abajo el toldo estrellado, con una aureola en la frente y la palma en la pata, danzaré asimismo ante el trono del Señor?

VIII

Como bayaderas adormiladas al amanecer, las montañas se estremecen en sus blancos peinadores de nubes levantados por la brisa matinal.

Pero se despiertan en seguida a los besos del sol; les va quitando él poco a poco hasta el último velo y las contempla en toda su hermosura.

Había yo salido al romper el alba con Lascaro

para ir a la caza del oso; a medio día llegamos al puente de España.

. . . . . .

Al anochecer, llegamos a una miserable posada, donde una olla podrida humeaba en una fuente sucia.

Comí también garbanzos gordos y duros como balas, indigestos aun para un estómago alemán alimentado con embutidos en su juventud.

La cama hacía juego, en verdad, con la cocina, y estaba como espolvoreada de bichos. ¡Ah! ¡las chinches son los enemigos más terribles del hombre!

La enemistad de una sola chinche menuda que se arrastre por vuestra cama, es más de temer que la cólera de cien elefantes.

Hay que dejarse morder en silencio. ¡Qué tristeza! Y lo que es más triste todavía, es aplastar al enemigo; porque en tal caso la infección os persigue toda la noche.

Sí, lo más terrible que hay en la tierra es un combate con ese bicho, que se sirve del hedor como de un arma. ¡Un duelo con una chinche!

IX

MIRA las cumbres de las montañas! ¡cómo brillan a lo lejos, con la puesta del sol, altivas como reyes y centelleantes de púrpura y de oro!

Pero acércate: toda aquella magnificencia se desvanece. Aquí, como cerca de otros esplendores terrenales, fuiste burlado por una ilusión óptica.

Lo que te pareció púrpura y oro ¡ay! no es más

que nieve, más que pobre nieve, helada y triste, que se aburre en la soledad.

Allá arriba oí yo de cerca a la pobre nieve suspirar y gemir y contar al viento voluble e insensible toda su blanca miseria.

¡Oh! decía, cuán lentas pasan las horas en esta soledad, horas sin fin, eternidades heladas.

¡Ay! ¡pobre nieve de mí, si en lugar de caer en estas altas montañas hubiese caído en el valle, en el valle donde se abren las flores!

Allí me hubiera derretido formando un arroyuelo, y el más guapo mozo del pueblo hubiese venido sonriente a lavarse en mis aguas.

O hubiera tal vez corrido hasta el mar, en donde podía convertirme en perla para ornar algún día la corona de un rey.

Cuando hube oído estas palabras de la pobrecilla, le respondí: "Buena nievecita, dudo mucho que en el valle te esperara suerte tan brillante.

"Consuélate.—Pocas hermanas tuyas se vuelven aquí perlas. Quizá hubieras caído en un lodazal y no fueses más que basura."

Mientras así hablaba yo con la nieve, oí un tiro, y un buitre pardo cayó de las nubes a mis pies.

Era una broma de Lascaro, una broma de cazador; pero su rostro estaba, como siempre, serio e impasible. Sólo el cañón de su escopeta seguía humeando.

Cogió en silencio una pluma del ala del ave, se la puso en el sombrero apuntado y siguió su camino.

Era un espectáculo siniestro; veo su sombra

con la pluma agitarse larga y negra sobre la nieve blanca de los ventisqueros.

X

Es una alameda que parece una calle. Su nombre el Barranco de los Espíritus. A cada lado, rocas escarpadas elévanse a vertiginosas alturas.

Allá, en la vertiente más rápida, la casucha en que Urraca vive mira, aviesa, al valle; hasta ella seguí a Lascaro.

En la lengua misteriosa de las señas, celebró consejo con su madre acerca del modo que emplearíamos para atraer y matar a Atta Troll.

Porque habíamos seguido la pista del fugitivo; ya no se nos podía escapar. Contados están tus días, Atta Troll.

. . . . . .

Pero Urraca está en cuclillas junto a Lascaro, su hijo, ante la chimenea. Derriten plomo y funden balas.

Funden las balas fatídicas que han de matar a Atta Troll. ¡Cómo chispean vivamente las llamas en la faz de la bruja!

Agita los labios finos, sin alzar rumor. ¿Murmura la palabra infernal que logra la buena fusión de las balas?

A veces cuchichea y hace una seña a su hijo; pero éste sigue su labor, serio y mudo como la tumba.

Oprimido por estremecimientos de terror, me asomé a la ventana para respirar aire puro, y miré al fondo del valle.

Lo que vi entonces, entre las doce y la una de la mañana, fielmente os lo dirá el capítulo que sigue.

XI

Era el tiempo del plenilunio, durante la noche de San Juan, cuando la caza maldita desfila por el Barranco de los Espíritus.

Desde la ventana del nido de bruja de Urraca pude contemplar a maravilla la cabalgata de espectros que bajaba por el barranco.

Buen lugar era aquel para presenciar el espectáculo, y pude gozar del panorama completo de aquella fiesta ruidosa de los muertos salidos de la tumba.

¡Sus, adelante! gritos de caza, chasquido de fustas, relinchar de caballos, ladridos de perros, sones de trompa, carcajadas vibrantes, ¡cuán jubilosamente resonaban al mismo tiempo!

A cierta distancia del tropel, delante, a guisa de vanguardia, extrañas fieras, ciervos, jabalíes, corrían mezclados; tras ellos lanzábase la jauría.

Eran los cazadores de climas diferentes y de tiempos más diferentes aún: por ejemplo, junto a Nemrod de Asiria cabalgaba el rey Carlos X de Francia.

Iban en blancas hacaneas. A pie seguían los monteros, trailla en mano, y los pajes con antorchas.

A más de uno reconocí en la espantosa partida. Aquel caballero de centelleante armadura de oro ¿no era el rey Arturo?

¿Y Ogerio el Danés, no llevaba una brillante cota de mallas que le hacía parecer una enorme rana del bosque?

Vi también en aquellas filas a más de un héroe del pensamiento. Reconocí a nuestro Wolfgang Goethe por el brillo de su mirar sereno.

Pues, anatematizado por Hengstenberg (1), no halla el gran pagano descanso en la tumba, y sigue cazando alegremente en sociedad impía, como cuando vivía.

Reconocí también al divino William, y le reconocí en la dulce sonrisa de sus labios. Los puritanos de Inglaterra le han condenado también por sus culpas.

Le es fuerza seguir por la noche la partida infernal, montado en un negro corcel. Junto a él, en un asno, trota un hombrecillo... ¡Dios del cielo!

En su cara vulgar de devoto, su piadoso gorro de algodón blanco, su terror mortal, reconozco al pietista berlinés Franz Horn (2).

Por haber escrito cinco tomos de comentarios acerca del profano Shakespeare, se ve obligado el infeliz, después de muerto, a cabalgar con él en el barullo de la caza maldita.

¡Ay! mi benigno y lánguido Franz Horn tiene que galopar, él, que apenas osaba andar a pie, y

---

(1) Ernesto Guillermo Hengstenberg, teólogo protestante alemán (1802-1869), adversario de las doctrinas racionalistas y del hegelianismo y defensor ardentísimo de la ortodoxia luterana.

(2) Francisco Cristóbal Horn, escritor alemán, nacido en 1781, muerto en 1837, comentador de Shakespeare.

que sólo supo arrodillarse en su reclinatorio y tomar té.

Las solteronas que mecían su indolencia ¿no van a sobrecogerse de horror cuando sepan que su Franz está convertido en compañero de los cazadores malditos?

Cuando emprenden el galope, William el grande lanza una mirada irónica a su pobre comentador, que le sigue dolorosamente al trotar de su burro,

casi perdido el conocimiento, agarrado al arzón de la silla, pero, lo mismo después de muerto que en vida, siguiendo fielmente, paso a paso, a su autor.

Había también muchas mujeres en aquella cabalgata loca de los espíritus, sobre todo bellas ninfas de cuerpo esbelto y juvenil.

Iban a horcajadas en sus corceles, en completa y mitológica desnudez. Sólo sus cabellos desatados ondulaban tras ellas como mantos de oro.

Llevaban coronas de flores en la cabeza, y altivamente derribadas en posturas voluptuosas blandían tirsos báquicos.

Junto a ellas vi algunas nobles damiselas castamente vestidas de luengos levitones de paño y oblicuamente sentadas en sus sillas de mujer virtuosa; llevaban el halcón en el puño.

Detrás, como una parodia, cabalgaba en flacos esqueletos de jamelgo, una reata de mujeres engalanadas de modo teatral.

Era su rostro de arrebatadora bonitura, pero un poco descarado. Iban gritando como locas,

hasta que se les caía el afeite con que se habían pintado las mejillas.

¡Cuán jubilosamente resonaba todo aquello, sones de trompa, risas vibrantes, relinchar de caballos, ladridos de perros, chasquidos de fusta! ¡Sus, adelante!

XII

PERO en medio del tropel tres figuras se destacaban, tres maravillas de hermosura.—¡Nunca se me olvidará el trío de amazonas!

Reconocíase fácilmente a la primera por la media luna que le coronaba la cabeza; altiva como hermosa estatua sin reparo, avanzaba la diosa.

Su túnica recogida cubríale a medias pecho y caderas; el brillo de las antorchas y la luz de la luna jugaban voluptuosamente en sus miembros de una deslumbradora blancura.

Su rostro era asimismo blanco como el mármol, pero como el mármol frío. La fijeza y la palidez de sus rasgos nobles y severos hacía estremecer.

Sin embargo, en el fondo de sus ojos negros brilla un fuego terrible, un fuego dulce y pérfido, que ciega y devora.

¡Cuán poco se parece ahora a aquella Diana que en el orgullo de su castidad trocó a Acteón en ciervo e hizo que sus perros le descuartizaran!

¿Expía ese pecado en tan galante compañía? Todas las noches, va cabalgando así por los aires como un pobre aparecido del mundo.

Tarde se despertó el placer en sus venas, pero de modo tanto más vehemente, y en sus ojos pro-

fundos arde una verdadera llama del infierno.

Echa de menos el tiempo perdido, el tiempo primitivo en que los hombres eran más hermosos, y ya va reemplazando la calidad antigua por la cantidad moderna.

A su lado vi una hermosa cuyas facciones no estaban modeladas sobre el mismo tipo griego, sino que resplandecía en ellas la gracia e ingenuidad de la raza céltica.

Era el hada Abundia, y pronto la reconocí en lo suave de su sonrisa y en el resonar de su voz cuando se reía;

un rostro fresco, sonrosado y regordete, como los que pinta Greuze, nariz respingada, boca de corazón siempre entreabierta y dientes arrebatadoramente blancos.

Llevaba un leve peinador de seda azul, que a veces levantaba la brisa; ¡aun en mis sueños mejores, nunca vi hombros semejantes!

¡A poco salto por la ventana para darla un beso! Mal me hubiera ido, porque me hubiese roto la crisma en los peñascos.

¡Ah, y ella no hubiera hecho más que reirse, cuando yo cayera ensangrentado a sus pies! ¡Ay! ¡ya conozco esa risa!

Y la tercera mujer que conmovió tan profundamente tu corazón, ¿era un demonio como las otras dos figuras?

Si era un ángel o un demonio, no lo sé. Nunca se sabe con exactitud en las mujeres dónde acaba el ángel y dónde empieza el diablo.

Su rostro pálido y ardiente respiraba todo el

encanto de Oriente, y sus vestidos recordaban también por su riqueza los cuentos de la sultana Scheherazada.

Dulces labios como granadas, nariz de azucena, algo curva, y miembros flexibles y frescos como la palmera en el oasis.

Iba sobre una hacanea que llevaban de las riendas de oro, dos negros, a pie, trotando junto a la princesa.

Porque era una princesa de verdad: era la reina de Judea, la mujer de Herodes, la que pidió la cabeza del Bautista.

Por tal asesinato fué maldita y se vió condenada a seguir, hasta el juicio final, como espectro errante, la caza nocturna de los espíritus.

Lleva siempre en las manos la bandeja en que está la cabeza de Juan, y va besándola—sí, besa con fervor aquella cabeza de muerto.

Porque en el tiempo antiguo amó al profeta. La Biblia no lo dice—pero en el pueblo ha quedado memoria de los sangrientos amores de Herodías.

Si no, el deseo de la dama sería inexplicable. ¿Pide jamás una mujer la cabeza de un hombre a quien no ama?

Estaba quizá un poco resentida con su santo amante; y le mandó decapitar—pero cuando vió en la bandeja aquella cabeza querida,

se echó a llorar, se desesperó, y murió de un acceso de locura amorosa. (¡Locura amorosa! ¡qué pleonasmo! ¿no es el amor locura?)

De noche sale del sepulcro, y siguiendo la caza

infernal lleva, como dicen las tradiciones del pueblo, entre las manos blancas la ensangrentada cabeza;

pero de tiempo en tiempo, por extraño capricho de mujer, echa la cabeza por el aire riendo como un niño y la vuelve a coger diestramente, como si jugase a la pelota.

Cuando pasó por delante de mí, me miró, y me hizo una seña tan coquetona y lánguida, que me turbó hasta lo más profundo del corazón.

Por tres veces la cabalgata pasó a galope delante de mí, y por tres veces, al pasar, me saludó el espectro adorable.

Ya se desvanecía la caza en la noche, el tumulto se iba extinguiendo, y aún el gracioso saludo seguía trotando en mi cabeza;

y durante toda la noche no hice más que dar vueltas a mis miembros fatigados sobre la paja (porque no había lecho de pluma en la cabaña de Urraca la hechicera).

Y decía para mí: ¿Qué significará esa seña misteriosa? ¿Por qué tan tiernamente me miraste, Herodías?

XIII

El sol se levanta y lanza sus flechas de oro a las blancas nubes, que se tiñen de rojo como si estuviesen heridas, y se desvanecen luego en la luz.

Al cabo cesa la lucha, y el día pone triunfador sus pies radiantes en la nuca de la montaña.

La muchedumbre bulliciosa de los pájaros gorjea en sus nidos ocultos y un aroma de plantas y

de flores se alza como un concierto de perfumes.

Habíamos bajado al valle en las primeras horas del día, y mientras que Lascaro iba siguiendo la pista del oso, me quedé solo, cansado y triste.

Cansado y triste, me senté en un muelle banco de césped. Era bajo la gran encina a orillas de un pequeño manantial, cuyo murmurio y rumor me hechizaron de tal suerte, que casi llegué a perder la razón.

Me entró un deseo desenfrenado del mundo de los ensueños, de la muerte y el delirio, de las hermosas amazonas que vi en el desfile de los espíritus.

¡Oh dulces visiones de las noches espantadas por la aurora! decid ¿a dónde huisteis? Decid ¿en dónde os ocultáis de día?

Bajo las ruinas de un templo antiguo, en el fondo de la Romaña, Diana la diosa se retira, dicen, durante el reinado diurno de Cristo.

Sólo con las tinieblas de media noche se aventura a salir y a entregarse al placer de la caza con sus compañeras réprobas.

La hermosa hada Abundia teme asimismo a los devotos Nazarenos y pasa el día entero en su seguro asilo de Avalun, la isla afortunada.

Esta isla se esconde a lo lejos, en el Océano pacífico de la fantasía; no se puede llegar hasta ella más que en el caballo alado de la Fábula.

Jamás echa allí el ancla la zozobra, ni arriba a ella nunca un vapor con su carga de turistas pipa en boca.

Nunca se oye el triste son de las campanas, ese

fastidioso eterno *bim-bum,* que tanto horroriza a las hadas.

Allí, en medio de una alegría inalterable, en la flor de una eterna juventud, reside el hada jubilosa, la rubia dama Abundia.

Por allí se pasea riente, a la sombra de las flores maravillosas, con un locuaz cortejo de paladines que arrebató al mundo.

Pero tú, Herodías, tú ¿dónde estás, dime? ¿Dónde tienes tu morada? ¡Ah! ya lo sé, muerta estás y enterrada en Jerusalén.

De día, duermes en tu sepulcro de mármol el inmóvil sueño de los muertos; pero a media noche, te despiertas al sonar de la fusta, al canto de la trompa, a los gritos de caza,

y sigues a la ardiente cabalgata con Diana y Abundia, y con los alegres cazadores que detestan la cruz y la penitencia santurrona.

¡Qué encantadora compañía! ¡Ah! ¡si pudiera yo también cazar como vosotros, a bosque traviesa, noches y noches! ¡Siempre cabalgara a tu lado, hermosa Herodías!

¡Porque a ti sobre todas te amo! ¡Más aún que a la soberbia diosa de Grecia, más aún que al hada risueña del Norte, te amo a ti, oh Judía muerta!

¡Sí, te amo! lo siento en el estremecerse de mi alma. ¡Quiéreme y se mía, Herodías hermosa!

¡Quiéreme y se mía! manda lejos esa bandeja ensangrentada y la estúpida cabeza del santo que no supo apreciarte.

¡Soy de tal modo el caballero que necesitas!

¡Tanto se me da que estés muerta y aun condenada! No tengo preocupaciones,

yo, de quien es la salvación cosa muy problemática, yo que dudo por momentos de mi propia existencia.

Hazme tu caballero, tu *cavalier servente;* llevaré tu manto y soportaré todos tus caprichos.

Cada noche, cabalgaré a tu lado en la partida de los cazadores, y reiremos. Para entretenerte, sabré ofrecerte chistes,

—o si no, naranjas. — De noche haré que el tiempo te parezca corto. De día, me sentaré sobre tu sepultura.

Sí, de día iré a sentarme llorando sobre los restos de las tumbas reales, sobre la tumba de mi amada en la ciudad de Jerusalén.

Y los judíos viejos que por allí pasen tendrán por seguro que estoy llorando la caída del templo y la ruina de Jerusalén.

XIV

. . . . . .

ERAN las doce del día cuando me desperté. Estaba solo; mi huéspeda y Lascaro habían salido a cazar muy de mañana.

Ya en la cabaña no había más que el faldero de la bruja. Estaba en pie, junto al hogar, cerca del puchero, con una cuchara en la pata.

Parecía muy bien amaestrado, y cuando cocía demasiado la sopa, sabía espumarla y revolverla con rapidez.

Pero ¿estoy hechizado, o la fiebre me perturba

todavía el cerebro? Apenas creo a mis oídos.—¡Ese perro habla!

Sí, habla alemán, y hasta su pronunciación revela ese acento dificultoso de la buena Suabia. Soñador y como hundido en sus pensamientos habla así:

—"¡Oh! soy el más desdichado de los poetas suabos. Tengo que languidecer tristemente en el extranjero, cuidando el puchero de una bruja.

"¡Cuán execrable maleficio es la magia! ¡Cuán trágico mi destino! ¡Sentir como un hombre en la piel de un perro!

"¡Ah! ¡si me hubiera quedado en casa con los amados poetas de nuestra escuela! ¡Ellos sí que no son brujos, ni encantan a nadie!

"Si me hubiera quedado en casa junto a Carlos Mayer (1), con los suaves *vergissmeinnicht* y las gachas de la patria!

"Hoy sobre todo casi me muero de nostalgia. ¡Si pudiera no más ver el humo que sube de las chimeneas cuando cuecen berzas en Stuttgart!"

Cuando oí tales palabras me sentí movido a honda compasión. Salté de la cama, fuí a sentarme junto a la chimenea, y dije con lástima:

—"Noble bardo de Suabia ¿qué destino os trajo a esta morada de bruja, y por qué tan cruelmente os metamorfosearon en perro?"

—"Conque ¿no sois francés?—exclamó jubiloso el faldero—¿sois alemán y entendisteis mi monólogo?

(1) Carlos Mayer (1786-1870), poeta alemán de la escuela de Suabia.

"¡Ah, señor mío y paisano!, lástima que Kœlle, el consejero de la Legación (1), cuando discutíamos en la taberna, entre la pipa y la cerveza,

"no abandonara nunca su tema! Si se le había de hacer caso, tan sólo en los viajes se adquiría esa cultura completa que él trajo del extranjero.

"Entonces, para desprenderme de mi corteza natal y revestir, lo mismo que Kœlle, los hábitos elegantes del hombre de mundo,

"me despedí de mi tierra, y en mi viaje de perfeccionamiento, llegué a los Pirineos y a la casita de Urraca.

"Le entregué una carta de recomendación de parte de Justino Kerner (2). Olvidé que este amigo estaba en relación con las hechiceras de todos los países.

"Tuve un recibimiento afectuoso; pero, con gran espanto mío, la amistad de Urraca fué creciendo hasta degenerar en pasión carnal.

"Sí, señor, la concupiscencia encendió su fuego impúdico en el seno marchito de aquella espantosa bruja, y quiso seducirme.

"Pero yo supliqué: "¡Ay! dispénseme, señora; no soy un frívolo discípulo de Goethe; pertenezco a la escuela poética de Suabia.

---

(1) Cristóbal Federico Carlos Kœlle, diplomático y escritor alemán (1781-1848). Fué secretario de la Legación de Wurtemberg en París. Entre sus escritos, *París en 1836* (1836), y *Consideraciones acerca de la Diplomacia* (1848).

(2) Justino Kerner (1786-1862), célebre poeta suabo y escritor espiritista, autor de *Die Seherin von Prevorst* (la Profetisa de Prevorst), obra traducida al francés.

"Nuestra musa es la moral en persona; lleva calzones de cuero de búfalo. ¡Ay, no arremetáis contra mi virtud!

"Tienen unos poetas ingenio, otros fantasía, otros pasión; pero nosotros, los poetas suabos, tenemos virtud.

"Esa es nuestra única hacienda. ¡Por piedad, no me arrebatéis, señora, la capa de mendigo que cubre mi desnudez!

"Así le hablé; pero mis honestas palabras no lograron conmover a la vieja, que se sonrió irónicamente, y, sonriendo, tomó una varita de muérdago y me dió un golpe en la cabeza.

"Al punto experimenté un frío malestar, como si todo mi cuerpo tuviese carne de gallina; pero no era carne de gallina.

"¡Era piel de perro lo que me iba saliendo, y desde aquella hora maldita estoy metamorfoseado, como veis, en faldero!"

¡Pobrecillo! los sollozos le cortaron el habla, y lloraba tan copiosamente que de veras creí verle derretirse en llanto.

—"Oiga, le dije con lástima, ¿puedo hacer algo para librarle de esa piel de perro y volverle a la poesía y a la humanidad?"

Pero el poeta suabo levantó las patas al cielo con desesperación, y al cabo le oí estas palabras, entre suspiros y sollozos:

—"Estoy encarcelado en esta piel de faldero hasta el juicio final, a menos que la magnanimidad de una virgen me liberte del encantamiento.

"Sí, una virgen no mancillada por contacto de

hombre es la única que me puede salvar, con esta condición:

"Esa virgen casta, durante la noche de San Silvestre, ha de leer las poesías de Gustavo Pfizer (1) sin quedarse dormida.

"Si no sucumbe al sueño durante la lectura, si no cierra los párpados castos, el sortilegio quedará destruído, volveré a ser hombre, me veré desfalderizado."

—"Pues ¡ay! en tal caso, repliqué, no puedo acometer la obra de vuestra liberación, lo primero porque no soy una casta virgen,

"y lo segundo porque aún estoy menos en disposición de leer las poesías de Gustavo Pfizer sin quedarme dormido a la mitad."

XV

De las alturas fantásticas, albergue de la brujería, bajamos otra vez al valle, hacemos pie de nuevo en la realidad, andamos por el mundo positivo.

¡Atrás, fantasmas, visiones nocturnas, apariciones aéreas, ensueños febriles! A la razón volvemos, y a Atta Troll.

Descansa el buen anciano en su caverna, junto a sus pequeñuelos, y ronca con el sueño de los justos. Despiértase por fin, bostezando.

Tras él está su hijo, el joven Una-Oreja ras-

(1) Gustavo Pfizer (1809-1890), poeta de la escuela suaba.

cándose como poeta que busca una rima; y hasta parece escandir el ritmo.

Echadas están asimismo junto a su padre, tendidas de espaldas, soñando, las hijas de Atta Troll, hermosas e inocentes como azucenas de cuatro patas.

¿Qué tiernos pensamientos brotan en el alma de esas vírgenes de blanco pelo? Tienen los ojos húmedos de llanto.

La menor, sobre todo, parece profundamente conmovida. Siente en el corazón un transporte de felicidad—¿estará bajo el poder de Cupido?

Sí, la flecha del diosecillo le atravesó la piel cuando vió... ¡Cielos! ¡a quien ama es a un hombre!

A un hombre, que se llama el príncipe Ganapanski. En la gran derrota carlista, una mañana, en el monte, pasó junto a ella corriendo a todo correr.

La desgracia de un héroe conmueve siempre a la mujer, y en el rostro de aquel se leía, como es costumbre, la pálida melancolia, el sombrío malestar, el déficit financiero.

Todo el bélico peculio (veintidós groschen, moneda de Prusia) que trajo a España, cayó en manos de Espartero.

¡Ni siquiera pudo salvar el reloj, que se quedó en el monte de piedad de Pamplona! Era legado de sus abuelos, alhaja preciosa, de plata fina.

Corría, pues, a todo correr, pero, sin saberlo, con la carrera ganó más que una gran batalla: ¡un corazón!

¡Sí, le quiere a él, al enemigo de su raza! ¡Oh desventurada osezna! ¡si tu anciano padre conociera tu secreto, qué horrible gruñido lanzaría!

Semejante al viejo Odoardo que dió de puñaladas, por orgullo plebeyo, a Emilia Galotti, antes dejaría muerta Atta Troll a su hija.

La mataría con sus propias patas, antes que dejarla caer en brazos de un príncipe.

Mas por el momento no es tan fiero su honor; no piensa mucho que digamos "en destrozar aquella rosa nueva antes que el huracán la deshoje"—como dice Galotti.

Está de humor más tranquilo. Echado entre los suyos, en su caverna, Atta Troll se muestra preocupado, como por un presentimiento de muerte, por melancólicos pensamientos de ultratumba.

—"¡Hijos!—suspira, y de pronto le corren las lágrimas de los ojazos.—¡Hijos! cumplida está mi peregrinación terrestre, hemos de separarnos.

"Hoy, a mediodía, tuve durmiendo un sueño harto significativo. Mi alma saboreó por anticipado la beatitud celeste.

"Lejos estoy de ser supersticioso, y no me tengo por oso que chochea. Sin embargo, hay entre el cielo y la tierra muchas cosas que la filosofía no pudiera explicar (1).

"Me había quedado dormido rumiando acerca

---

(1) Theyre are more things in heaven and earth, Horatio,
Than are dreamt of in your philosophy.
(*Hamlet*, acto I, escena V).

del mundo y del destino animal, cuando soñé que estaba tendido bajo un árbol inmenso.

"De las ramas de aquel árbol manaba gota a gota una miel blanca que fué a caer precisamente en mi boca abierta, causándome gran placer.

"En mi éxtasis, levanté los ojos al cielo, y vi en la copa del árbol media docena de osos pequeños que se entretenían en subir y bajar.

"Las tiernas y simpáticas criaturas tenían una piel sonrosada, y en los hombros unos copos de seda blanca, como dos alitas.

"Sí, aquellos oseznos sonrosados, tenían como dos alitas, y cantaban con vocecillas dulces como flautas.

"A sus cantos, un estremecimiento glacial recorrió todo mi cuerpo, el alma se me escapó de la piel, como una llama, y radiante, subió a los cielos."

Así habló Atta Troll, en voz de bajo, débil y misteriosa. Calló un instante, lleno de tristeza; pero de pronto sus orejas

se empinaron estremeciéndose extrañamente. Se levantó de su cama, tembloroso, aullando de júbilo: "Hijos, ¿oís esos sones?

"¿No es la dulce voz de vuestra madre? ¡Oh! ¡reconozco los gruñidos de mi querida Mumma! ¡Mumma! ¡mi negra Mumma!"

Atta Troll, al decir estas palabras, salió de la caverna como loco. ¡El insensato corría a su pérdida!

XVI

En el val de Roscesvalles, en el mismo lugar donde antiguamente el sobrino de Carlomagno entregó su alma, Atta Troll cayó.

Cayó víctima de una asechanza, como Roldán, a quien vendió Ganelón de Maguncia, ese Judas de la caballería cristiana.

¡Ay! cuanto hay de más noble en el alma de un oso, el sentimiento del amor conyugal, fué el lazo que Urraca le tendió con perfidia.

Supo imitar, hasta el engaño, el gruñido de Mumma la negra, tan bien que Atta Troll hubo de dejar el retiro que era su salvación.

Llevado como en alas del amor, corrió al valle, parándose a veces para husmear una roca en donde creía que Mumma se ocultaba.

¡Ay! Lascaro era el que allí se escondía, escopeta en mano. Apunta a su víctima y le da el tiro en medio del corazón. Un torrente de sangre brota.

Atta Troll menea la cabeza, se deja caer con un sordo gemido y se queda crispado.—Su postrer suspiro fué "¡Mumma!"

Así cayó mi noble héroe. Así pereció; pero después de morir, ha de resucitar inmortal en los cantos del poeta.

Resucitará inmortal en mis versos, y su gloria recorrerá la tierra en patéticos troqueos de cuatro pies.

Un día el rey de Baviera le levantará una estatua en el panteón del Walhalla, con esta inscrip-

ción en el estilo lapidario de su manera wittelsbachiana;

"Atta Troll, oso descamisado, igualitarió feroz. Esposo estimable, espíritu serio, alma religiosa, odiadora de frivolidad.

"¡Pero mal bailarín! Con la virtud en su velludo pecho.—A veces hedió. No fué un talento, fué un carácter".

GERMANIA

CUENTO DE INVIERNO

I

Fué en el triste mes de noviembre—cuando se ensombrecen los días y el viento deshoja los árboles;—entonces salí para Alemania.

Y al llegar a la frontera sentí que en el pecho se aceleraba el latir de mi corazón; hasta creo que empezaron a humedecérseme los ojos.

Y cuando oí hablar en lengua alemana, sentí rara emoción. Era, sencillamente, como si mi corazón hubiera empezado a echar sangre de una manera deliciosa.

Cantaba una niña con un arpa; cantaba con voz de falsete y sentimiento real; pero la música me conmovió.

Cantaba el amor y las penas de amor, la abnegación y la dicha de volver a verse en un mundo mejor, donde todos los dolores se desvanecen.

Cantaba este valle de lágrimas terrenal, nuestras alegrías que se pierden en la nada como un torrente y la patria póstuma en que el alma nada, transfigurada, entre delicias eternas.

Cantaba la antigua canción del renunciamiento, ese *nana, nanita, ea,* celestial con que se adormece, cuando llora, al pueblo, que es un nene grandullón.

Conozco la tonada, conozco el cantar y conozco también a sus distinguidos autores. Sé que en secreto beben vino, y en público predican agua.

¡Oh amigos! he de componeros un canto nuevo, un canto mejor; queremos fundar en la tierra el reino de los cielos.

Queremos ser dichosos aquí, y no mendigos; ya el vientre perezoso no devorará lo que ganaron las manos laboriosas.

Crece aquí pan bastante para todos los hijos de los hombres; rosas, mirtos, hermosura, placer y guisantes tampoco faltan.

¡Sí, guisantes para todos, en cuanto las vainas se rompan! El cielo, se lo dejamos a los ángeles y a los gorriones.

Y si después de muertos nos brotan alas, iremos allá de visita para ver a los bienaventurados y comer con ellos celestiales pasteles.

¡Un canto nuevo, un canto mejor! ¡Resuena como flautas y violines! Ha pasado el *Miserere*, los dobles funerales callan.

La virgen Europa se ha desposado con el hermoso genio de la libertad; entrelazan sus brazos amantes y saborean su beso primero.

No hay sacerdote en la ceremonia; mas no por eso ha de ser menos valedero el matrimonio. ¡Vivan el novio, y la novia, y sus futuros hijos!

Un epitalamio es mi canto, mi canto nuevo, mi canto mejor. Siento que en mi corazón se levantan astros desconocidos, raras estrellas.

Brillan con luz salvaje, y sus rayos se vuelven torrentes de llama. Siento que mi poder crece de

manera maravillosa; me parece que podría romper las encinas seculares de la vieja Alemania.

Desde que puse los pies en el suelo natal, no sé qué magia circula por todo mi ser: el gigante tocó a su madre y ha cobrado nuevas fuerzas.

II

MIENTRAS la niña pulsaba el arpa acompañando el balido de su dicha celestial, los aduaneros prusianos me registraban el equipaje.

Lo husmeaban todo, hurgaban en las camisas, en los trajes, en los pañuelos; trataban de descubrir encajes, joyas, libros prohibidos.

¡Ah, señores orates! ¡qué buscáis en mi cofre! No es ahí donde hallaréis todo eso. El contrabando que traigo conmigo, lo escondo en la cabeza.

Ahí tengo encajes más magníficos que todos los puntos de Bruselas y de Malinas; si llego a sacarlos ¡ay de vosotros! Pinchan.

Traigo también joyas en la cabeza, diamantes de la corona futura, vasos sagrados del templo del dios nuevo, del gran desconocido.

¡Y más de un libro tengo también en la cabeza! Puedo aseguraros que es un nido en que gorjea toda una nidada de libros que confiscar.

Creedme, en la biblioteca de Satán, no los hay peores. — Son más peligrosos que los de Hoffmann de Fallersleben (1).

. . . . . .

(1) Los *Unpolitischen Lieder* de Hoffmann de Fallersleben fueron prohibidos en 1842.

III

En Aquisgrán en la catedral vieja está enterrado Carlomagno, a quien no se ha de confundir con el poetilla Carlos Mayer (1) que vive en Suabia.

Poco me gustaría estar muerto y enterrado, aun con el título de emperador, en Aquisgrán, en la catedral; cuánto más quisiera vivir como minúsculo poeta en Stuttgart, a orillas del Neckar.

En Aquisgrán los perros se aburren por la calle y parece que os dirigen este humilde ruego:—"¡Extranjero, dame un puntapié! Tal vez así me distraiga un poco".

Por aquel agujero aburrido anduve errante una horita. En él vi el uniforme prusiano; no ha cambiado mucho.

Siguen las capas grises con cuello alto y rojo. (El rojo quiere decir sangre francesa, cantaba tiempos atrás Kœrner (2) en sus ditirambos guerreros).

Sigue el mismo pueblo de monigotes pedantes, —sigue el mismo ángulo recto a cada movimiento y en la cara la misma suficiencia glacial y estereotipada.

Siguen paseándose tan rígidos, tan tiesos, tan estirados como antes, derechos como una I; diríase que se han tragado la vara de cabo con que antes los molían.

---

(1) Véase pág. 117; nota al pie.
(2) Carlos Teodoro Kœrner (1791-1813), autor de poemas patrióticos, muerto en el combate de Gadebusch.

Sí, la férula no ha desaparecido aún del todo entre los prusianos; ahora la llevan dentro.

Sus largos bigotes no son sencillamente, más que una nueva fase del imperio de las pelucas; en vez de colgar a la espalda, la cola cuelga ahora bajo la nariz.

Me agradó bastante el nuevo uniforme de la caballería; he de elogiarlo: admiro sobre todo el almete de pico, el casco de punta de acero en lo alto.

Eso es caballeresco, eso huele a romanticismo del buen tiempo pasado, a la castellana Juana de Montfaucon (1), a los barones Fouqué, Uhland y Tieck.

Eso recuerda también la Edad Media con sus escuderos y pajes, que llevaban la fidelidad en el corazón y un escudo a la espalda, muy bajo.

Eso recuerda las cruzadas, los torneos, la corte de amor, la servidumbre feudal, y la época de los creyentes sin prensa, en que todavía no se publicaban periódicos.

¡Sí, sí, el casco me agrada! Muestra el alto ingenio de S. M. el ingenioso rey de Prusia. Es, verdaderamente, un chiste real; no deja de vérsele la punta, gracias al pico.

Sólo temo, señores, que cuando el huracán se levante, no vaya esa punta a atraer sobre vuestra romántica cabeza los más modernos rayos plebeyos.

En Aquisgrán volví a ver, en correos, el águila

---

(1) Título de una obra dramática de Augusto de Kotzebue.

de Prusia que detesto de tal modo; me echaba furiosas miradas.

¡Ah, pajarraco maldito! si alguna vez caes en mis manos, te arrancaré las plumas, te limaré las garras.

Luego te ataré, en el aire, a lo alto de una pértiga, como blanco de un tiro animado, y en torno tuyo convocaré a los arcabuceros del Rhin.

Y al buen camarada que la eche abajo le investiré con el cetro y la corona renana; haremos que toquen charangas y gritaremos: ¡Viva el rey!

IV

LLEGUÉ a Colonia de noche, ya tarde; oí sonar la voz alta del Rhin; sentí que resbalaba por mi rostro el aire de Alemania y sufrí su influjo en el apetito. Me comí una tortilla de jamón, y como estaba saladísima tuve que regarla con vino del Rhin.

El vino del Rhin brilla aún como el oro en el verde *Rœmer* (1) y si bebes algunos sorbos de más se te sube a la cabeza.

Te sube a la cabeza tan suave cosquilleo que de gusto no puedes más. Me hizo andar vagando, de noche, por las calles desiertas y silenciosas.

Mirábanme las casas como si quisieran enseñarme las leyendas de los tiempos antiguos, leyendas de la santa ciudad de Colonia.

Aquí la clerigalla hizo piadosa vida. Aquí rei-

(1) Especie de vaso verde para beber vino del Rhin.

naron los hombres negros que Ulrico de Hutten describió.

Aquí bailaron el cancán de la Edad Media frailes y monjas; aquí Hochstraten (1) destiló sus denuncias.

Aquí la llama de la hoguera devoró libros y hombres; y repicaron las campanas, y se cantó el *Kyrie eleison.*

Aquí la estupidez se ayuntó con la maldad como los perros en la plaza. Aún reconocemos hoy a sus nietos en el odio a los judíos.

Pero ¡mira! allá, a la luz de la luna, un colosal compañero sombrío y hosco, erguido hasta las nubes:—es la catedral de Colonia.

Estaba llamada a ser bastilla del espíritu y pensaban los ultramontanos aviesos:—En esta cárcel gigantesca languidecerá la razón alemana.

Vino entonces Lutero y gritó con su voz poderosa: "¡Alto!" Desde aquel día se interrumpió la construcción de la catedral.

¡Quedó sin concluir!—bien está; ¡precisamente por no estar acabada es monumento del poderío alemán y de su misión emancipadora!

¡Ah, infelices de la *Sociedad para la conclusión de la Catedral!* ¡queréis con vuestras débiles manos continuar la obra interrumpida y acabar la pía fortaleza! (2).

---

(1) Jacobo von Hoogstraten (1454-1527), presidente del Santo Oficio, en Colonia.

(2) Gracias al solícito concurso que toda Alemania dió a la Sociedad, la catedral de Colonia pudo acabarse en 1880. Enrique Heine no fué profeta en esto.

¡Loca ilusión! ¡En vano haréis sonar la bolsa del petitorio, hasta en los oídos de los herejes y de los judíos!

En vano Franz Liszt el grande dará conciertos a beneficio de la catedral; en vano un rey lleno de talento vendrá a declamar las más dramáticas tiradas.

¡No se acabará! No ha de acabarse la catedral, aunque los necios amos de Suabia envíen para las obras todo un simbólico navío cargado de piedras.

No se acabará, pese a todos los chillidos de cuervos y buhos que en su amor a lo antiguo, tanto gustan de anidar en lo alto de las catedrales.

Sí, y aún vendrá un tiempo en que, muy lejos de acabarla se convierta su nave mayor en cuadra de caballos.

—"Y si la catedral de Colonia se convierte en cuadra ¿qué haremos con los tres reyes Magos que bajo su tabernáculo reposan?"

Eso me preguntarán. Pero en nuestra época ¿tenemos necesidad de molestarnos? Los tres reyes Magos de Oriente se irán a vivir a otra parte.

Creedme, encerradlos en las tres jaulas de hierro que cuelgan en lo alto de la torre de Munster que se llama de San Lamberto (1).

Tiempo atrás el rey Juan de Leyden fué colgado en ellas con sus dos consejeros. Ahora esas mismas jaulas han de servirnos para alojamiento de otras majestades.

---

(1) En la aguja de la iglesia de San Lamberto, en Munster, están colgadas tres jaulas de hierro, en las que fueron encerrados, en 1536, los jefes de los Anabaptistas.

Ciérnase a la derecha don Baltasar, don Melchor a la izquierda y en medio don Gaspar el Moro. ¡Sabe Dios la compañía que entre los tres formaron cuando estaban en vida!

Esta santa alianza de Oriente, hoy canonizada, quizá nunca dió pruebas de muy canónica conducta.

El Baltasar y el Melchor eran acaso dos individuos que, en horas de angustia, prometieron una constitución liberal a sus pueblos,

y más adelante buen cuidado tuvieron de no cumplir su palabra.—Tai vez maese Gaspar, el rey negro, pagó con negra ingratitud el sacrificio de los que le reconquistaron su imperio.

V

Y cuando llegué al puente del Rhin, junto a la línea del puerto, vi correr a la luz de la luna el gran río.

¡Salud, Rhin venerable! ¿qué tal te ha ido desde entonces? Más de una vez he pensado en ti con deseo y nostalgia.

Así hablé, y oi en las profundidades del río sones extraños y gemidores; era como la tos seca de un anciano, como una voz al mismo tiempo gruñona y lastimera.

—"¡Bienvenido seas, hijo! ¡Gusto me da que no me hayas olvidado! Tres años ha que no te veo. Yo, desde entonces, he tenido muchos disgustos.

"En Biberich, me hicieron tragar piedras; en verdad, no son golosinas. Pero todavía me pesan

más en el estómago los versos de Nicolás Becker (1).

"Me cantó como si yo fuese una virgen pura que todavía no se ha dejado arrebatar la corona virginal.

"Cuando escucho esa necia canción, me arrancaría la barba blanca y me dan tentaciones de ahogarme en mis propias olas.

"Bien saben los franceses que no soy una doncella. Muy a menudo mezclaron con mis olas sus aguas victoriosas.

"¡Qué necia canción! ¡Y qué necio poeta ese Nicolás Becker con su Rhin libre! Me ha puesto en ridículo, y hasta, en cierto modo, me ha comprometido políticamente.

"Porque cuando vuelvan los franceses un día, tendré que ruborizarme de vergüenza ante ellos, yo, que tantas veces por que tornaran imploré con lágrimas al cielo.

"¡Siempre los quise tanto a esos simpáticos franceses! ¿Siguen cantando y bailando aún como entonces? ¿Llevan todavía pantalones blancos?

"¡Gusto me diera volverlos a ver! Pero temo sus mofas por esa maldita canción, y temo la burla y el vituperio que me infligirían.

"Alfredo de Musset, ese calaverón, vendrá tal

---

(1) Nicolás Becker (1810-1845), poeta alemán de escaso mérito, célebre tan sólo por *El Rhin alemán*, poesía que empieza por este verso.

No ha de ser suyo el libre Rhin alemán,

contestado por Alfredo de Musset, en el que dice:

Nuestro fué vuestro Rhin alemán.

vez a la cabeza de ellos, de tambor, para redoblar en mis oídos todas sus bromas de mal género".

Así se lamentó el viejo río, el padre Rheno. No podía tomar partido a su gusto. Le dije palabras consoladoras para devolverle la calma.

Ea, no temas, buen viejo, al sarcasmo burlón de los franceses; no son ya los franceses risueños de antaño; han variado también de pantalones.

Ya no son blancos sus pantalones; son rojos. Y los franceses de hoy se abrochan también con botones distintos. Ya no cantan; ya no bailan: inclinan, melancólicos, la cabeza.

Ya filosofan y hablan de Kant, de Fichte y de Hegel. Fuman y beben cerveza, y hay más de uno que juega a los bolos.

Se hacen tenderos de comestibles, tenderos como nosotros, y hasta creo que nos han adelantado en géneros de punto. Ya no son volterianos, se van volviendo Hengstenbergianos.

Alfredo de Musset, es verdad, sigue siendo un calaverón. Pero no temais; le clavaremos la lengua burlona.

Y si redobla una mala acometida, le silbaremos otra peor aún.

Cálmate, viejo padre Rhin; no te preocupes de versos malos. Otros mejores oirás. Adiós, dentro de poco nos volveremos a ver.

VI

Salí de Colonia a las ocho menos cuarto de la mañana. Llegamos a Hagen a eso de las tres. Allí se come.

La mesa estaba puesta. De nuevo encontré la vieja cocina germánica. ¡Salve, oh berzas! ¡Embriagador es vuestro perfume!

¡Castañas asadas con coles, como las que comí años ha en casa de mi madre! ¡Salve bacalao de la patria! ¡cuán jubilosamente nadas en manteca! ¡cuán ingenioso eres!

. . . . . .

VII

Al salir de Hagen era de noche y sentí que el frío me penetraba hasta los tuétanos. No volví a entrar en calor hasta Unna, en cierta posada.

Allí encontré una linda muchacha que me sirvió el ponche con aire amistoso. Sus rubios cabellos eran como seda dorada; sus ojos, dulces como rayos de luna.

Volví a escuchar con gozo el acento wetsfaliano, con su ceceo. El ponche encendía mil dulces recuerdos. Yo pensaba en los buenos hermanos de Westfalia.

¡Westfalianos queridos con quienes solía beber en Gotinga, hasta que una dulce emoción nos embargaba los corazones, y nos abrazábamos tiernamente, tan tiernamente que íbamos a caer debajo de la mesa!

Siempre los quise a los buenos westfalianos. a esa gente tan fuerte, tan segura, tan leal, sin vanagloria, sin jactancia.

¡Cuán gallardos iban al terreno del desafío con su corazón de león! ¡Las cuartas y las tercias de su tizona, cuán rectas y francas caían!

Se baten bien, beben bien, y al tenderos la mano en testimonio de amistad, rompen a llorar;—son encinas sentimentales.

Guárdete el cielo, pueblo honrado; bendiga tus mieses, te libre de la guerra y de la gloria, de los héroes y de las heroicas hazañas;

conceda siempre a tus hijos sencillos exámenes y haga bien casadas a tus hijas.—¡Amén!

VIII

El sol sale cerca de Paderborn con cara muy repulsiva. Harto enojoso es, en verdad, su oficio de iluminar esta estúpida tierra.

Apenas alumbra uno de sus costados, cuando ya se apresura a llevar su luz al otro, dejando en seguida a oscuras al primero.

Sísifo deja caer la roca, el tonel de las Danaides no se llena jamás y en vano el sol ilumina el globo.

Cuando se disiparon los vapores matinales, vi alzarse al borde del camino la imagen del Crucificado, iluminada por la aurora roja como sangre.

Tu aspecto me llena cada vez de melancolía, no puedo mirarte sin honda conmiseración, a ti, que has querido rescatar a los hombres. ¡Divina locura!

Duramente te trataron los señores del consejo supremo de Jerusalén. ¿Quién te dijo que hablaras con tal libertad del Estado y de la Iglesia?

Por desgracia tuya la imprenta no se había inventado aún. Hubieras podido escribir un libro sobre el reino de los cielos;

El censor habría borrado lo referente a la tierra, y con su benevolencia la censura te hubiera salvado de la cruz.

¡Ah, si hubieses no más escogido otro texto para tu sermón de la montaña! ¡Talento e ingenio bastantes tenías para velar tus ideas, y hubieras podido respetar a los devotos!

Pero fuiste apasionado en demasía, echaste del templo con un látigo a cambiantes y banqueros: ¡desventurado Dios! y ahí estás clavado en la cruz para servir de amonestación y ejemplo.

IX

MINDEN es una fortaleza con buenas murallas. Pero no me gusta tener trato ninguno con las fortalezas prusianas.

Llegamos al caer de la tarde. Los tablones del puente levadizo gemían lamentablemente cuando lo cruzamos. Abajo, los fosos sombríos abrían la boca.

Los altos baluartes nos miraban con aspecto rudo y amenazador. Abrióse rechinando la poterna y se volvió a cerrar rechinando.

¡Ah! contristada quedó mi alma como debió estar la de Ulises cuando oyó que se descorría la roca con que Polifemo cerró su caverna.

Un cabo se asomó a la ventanilla del coche y nos pidió el nombre. "Me llamo Nadie, soy oculista y opero cataratas en los ojos de los gigantes."

En la posada me encontré aún más a disgusto; en la mesa nada hallé que me agradara. Me acosté

en seguida, pero no pude dormir; las ropas me ahogaban.

Era un amplio lecho de pluma con cortinas de damasco rojo; el cielo de oro gastado, con una borla deslucida.

¡Maldita borla! toda la noche me quitó el sueño; colgaba sobre mi cabeza, amenazadora como la espada de Damocles.

A veces me parecía una cabeza de serpiente, la oía silbar misteriosa en mi oído: "¡Ya estás en el fuerte, y aquí te quedas; no te escapas!"

¡Ay! ¡que no esté ahora, suspiré, que no esté ahora en mi casa, junto a mi excelente mujer, en París, en el faubourg Poissonnière!

A veces también sentía no se qué peso en la frente, como si fuese la mano fría de un censor, y los pensamientos se me quedaban paralizados en el cerebro.

Unos guardias envueltos en sudarios rodeaban mi lecho como fantasmas, y oía también un rumor de cadenas poco recreativo.

¡Ay! los fantasmas armados me arrastraban y por fin me encontré atado a una peña cortada a pico.

Aquella borla atroz y sucia que coronaba el cielo de mi cama, allí estaba también. Pero ya era un buitre de negras plumas y afiladas garras.

El buitre se parecía hasta confundirse con ella, al águila de Prusia: agarrado a mi cuerpo me devoraba el hígado en el pecho. Lloré y gemí.

Lloré mucho tiempo, hasta que el gallo empezó a cantar, disipando la fiebre con sus ensueños. Me

desperté en Minden, en mi cama, impregnado de sudor. El águila de Prusia habíase convertido de nuevo en estúpida borla.

Tomé la silla de postas, y no pude respirar libremente hasta que me ví fuera del castillo, en medio de la libre naturaleza, en el suelo de Buckeburgo.

X

En una hora, de Harburgo pasé a Hamburgo. Era de noche; saludábanme las estrellas; suave y fresco era el aire.

Y cuando llegué junto a mi señora madre, su gozo casi se volvió espanto: "¡Hijo mío querido!" exclamó juntando las manos,

"Hijo mío querido, trece años ha que no te veía. Tendrás hambre; dime ¿qué vas a comer?

"Tengo pescado, pato y naranjas de Portugal.

—Pues dame pescado, pato y naranjas de Portugal."

Y mientras comía con gana, mi madre, toda gozosa y feliz me preguntaba ésto, me preguntaba aquéllo y a veces me hacía preguntas capciosas.

"Hijo mío querido, y allá, en país extranjero ¿te cuidan bien? Tu mujer ¿es buen ama de casa y te remienda las medias y las camisas?

—El pescado es excelente, madre querida; pero hay que comerlo sin hablar; es fácil clavarse una espina en la garganta. No me inquietes ahora."

Y cuando devoré el excelente pescado, me sirvieron el pato. Mi madre me preguntaba ésto, me

preguntaba aquéilo y a veces me hacía preguntas capciosas.

"Hijo mío querido ¿en qué país se vive mejor? ¿Aquí o en Francia? ¿Cuál es el pueblo que prefieres?

—El pato alemán, madrecita querida, es bueno, pero los franceses sazonan el pato mejor que nosotros. Tienen también mejores salsas."

Y cuando hubo que llevarse el pato, vinieron las naranjas; eran perfectas, más allá de toda esperanza.

Pero mi madre volvió, llena de contento, a hacerme preguntas y más preguntas, a veces sobre asuntos escabrosos.

"Hijo mío querido ¿cómo piensas ahora? ¿Sigues dado a la política con tanta pasión? ¿A qué partido te llevan tus convicciones?

—Las naranjas, madrecita querida, son excelentes, y con verdadero placer sorbo su dulce jugo, pero dejo la cáscara."

XI

Como república, nunca fué Hamburgo tan poderosa como Venecia y Florencia; pero Hamburgo tiene mejores ostras. Las mejores, son las de la Taberna de Lorenzo.

Una hermosa noche fuí a ella con Campe (1). Queríamos armar francachela con ostras y vino del Rhin.

(1) Julio Campe, editor de Enrique Heine.

Encontramos allí buena compañía.....

.....

Era Campe el anfitrión; sonreía de gozo; en sus miradas resplandecía el éxtasis de una madona transfigurada.

Comí y bebí con gana y dije para mis adentros: Campe es en verdad un hombre grande, la flor de los editores.

Otro editor quizá me hubiera dejado morir de hambre, pero él hasta de beber me da; no he de abandonarle nunca.

Doy gracias al Dios del cielo que creó el zumo de la parra y me dió por editor en la tierra a Julio Campe,

Doy gracias al Dios del cielo que con su *fiat* omnipotente creó las ostras en el mar y el vino del Rhin en la tierra.

A El, que hizo crecer los limones para regar las ostras. ¡Sólo te pido, oh Padre, una buena digestión para esta noche!

El vino del Rhin siempre me pone tierno y echa fuera de mi pecho todas las preocupaciones, infundiendo en él amor a la humanidad.

Cuando una cosa de afuera me atrae, tengo que vagar por la calle. Mi alma busca un alma y espía los vestidos blancos y ligeros.

En momentos semejantes, ternura y deseo se me desbordan. Todos los gatos me parecen pardos y todas las mujeres Helenas.

Y cuando estuve en la Drehbahn (1) ví a la luz

(1) Calle de Hamburgo, frecuentada por gente de mal vivir.

de la luna una mujer de estatura elevada, una mujer de encantos maravillosamente desarrollados.

Redonda y fresca era su cara, como turquesas sus ojos, las mejillas como rosas, la boca de cereza y un poco bermeja también la nariz.

Cubría su cabeza una gorra de lino blanco y tieso, plegado en forma de corona mural con torrecillas y almenas dentadas.

Llevaba una túnica blanca que le llegaba a las pantorrillas. ¡Y qué pantorrillas! Eran sus piernas como dos columnas dóricas.

Tenían sus rasgos una expresión vulgar y aún de lo más vulgar, pero su parte posterior, de una extensión desmesurada, anunciaba un ser sobrehumano.

Se me acercó y me dijo:—"Bienvenido a orillas del Elba, después de trece años de ausencia. Veo que sigues siendo el mismo.

"¿Buscas tal vez a esas almas enamoradas que tan a menudo encontraste en estos gustosos pasajes?

"La vida las devoró, la vida, torbellino voraz, hidra de cien cabezas. ¡Ya no hallarás el buen tiempo de antaño ni a tus bellas contemporáneas!

"Ya no encontrarás las dulces flores que divinizaba tu corazón juvenil. Aquí florecieron; marchitas están ahora, y la tempestad las ha deshojado.

"Marchitarse, deshojarse, verse hollado por los pies del despiadado destino; tal es, amigo mío, la suerte de cuanto es hermoso y amado en la tierra.

—¿Quién eres—exclamé—tú que me miras co-

mo a un sueño de los días pasados? ¿Dónde vives, mujer majestuosa? ¿no puedo acompañarte?

Sonrióse la mujer y dijo:—"Te equivocas; soy una persona moral, decente y bien educada; te equivocas, no soy lo que crees.

"No soy una de esas señoritingas, una de esas loretas de París; porque, sábelo, soy Hammonia, diosa tutelar de Hamburgo.

"Te asombras y te espantas a la vez, poeta de ordinario tan valeroso;—¿quieres acompañarme ahora? ¡Pues ea, no tardes más!"

Solté una carcajada y exclamé:—"Te sigo al punto; ¡ve delante, que te sigo aunque me llevaras al infierno!"

XII

CÓMO me las arreglé para llegar hasta arriba de la angosta escalera, no sabré decirlo. Quizá me transportaron espíritus invisibles.

Allí, en el cuartito de Hammonia, transcurrieron las horas veloces. La diosa me confesó los sentimientos de simpatía que siempre tuvo para mí.

—"Mira—me dijo—tiempo atrás, a quien más quise fué al poeta que cantó al Redentor con su piadosa lira.

"Allí, sobre la cómoda, tengo aún el busto de mi amado Klopstock; pero desde hace tiempo no me sirve más que para colgar mis gorras.

"Ahora mi autor favorito eres tú y tengo tu efigie a la cabecera de la cama. ¡Mira! una re-

ciente corona de laurel rodea el marco del adorado retrato.

"Sólo que tú zurraste harto a menudo a mis amados hijos los hamburgueses y he de confesarte que esos sarcasmos me dejaron profundamente lastimada. ¡Que no vuelva a ocurrir!

"Espero que te habrá curado el tiempo de esa mala costumbre, dándote, aun para con los necios, mayor tolerancia.

"Pero habla. ¿Cómo se te ocurrió la idea de venir en esta estación a los países del norte? Ya estamos en invierno."

—¡Ay, diosa mía!—le repliqué—En todo corazón humano duermen pensamientos que suelen despertarse en tiempo nada oportuno.

"Yo era exteriormente bastante feliz, pero por dentro tenía oprimido el corazón, y esa opresión iba creciendo de día en día; sentía nostalgia.

"Aquel aire de Fráncia, tan ligero de ordinario, empezaba a pesarme; tenía que respirar la atmósfera de Alemania para no ahogarme.

"Echaba de menos el olor de la turba de nuestras estufas alemanas, deseaba aspirar el aroma del tabaco de nuestras pipas; me temblaban los pies de impaciencia por hollar el suelo natal.

"De noche, suspiraba y sentía un ardiente deseo de volver a ver a la pobre vieja (1) que vive no lejos del Dammthor, a mi hermana Carlota que mora cerca de ella.

"Y he suspirado más de una vez al pensar en el

(1) Isabel Heine, madre del poeta.

noble anciano (1) que tantos recoplones me echó siempre.

"Quería oir una vez más de su boca la palabra: ¡Botarate! que siempre ha resonado en mi corazón como dulce música.

"Necesitaba tornar a ver la blanca humareda que asciende de las chimeneas alemanas, andar por los matorrales de la baja Sajonia y por sus bosques de abetos;

"Necesitaba tornar a ver hasta las estaciones de dolor por donde arrastré, coronado de espinas, la cruz de mi mocedad.

"Quería volver a llorar donde antes lloré, donde antes corrieron mis lágrimas más amargas. Creo que se llama amor patrio a ese loco deseo.

"No me gusta hablar de él; en el fondo sólo es una enfermedad. Mi corazón pudoroso sigue ocultando su herida a la muchedumbre.

"Odio ese hatajo de perdidos que, para conmover a las masas en favor suyo, van por las plazas mostrando todas las llagas, todas las úlceras fétidas de su patriotismo.

"¡No son sino mendigos desvergonzados! ¡Caridad, señores y señoras! Piden limosna.—¡Un cuarto de popularidad a Menzel y a sus suavos!

"¡Oh diosa mía! hoy me has encontrado en disposición sentimental; tengo el vino tierno. Me siento un poco mal, pero mi mal no ha de durar mucho; pronto estaré curado.

"Si, estoy enfermo, y podrías reanimarme

(1) Salomón Heine, tío de Enrique.

grandemente el corazón con una buena taza de té; échale ron."

XIII

La diosa me hizo té y le echó ron. Ella se bebió el ron sin té ninguno.

Apoyó la cabeza en mi hombro (y su corona mural, su gorra, se arrugó un poquito) y me dijo en voz baja:

—"A menudo he pensado con terror que vives solo, entregado a ti mismo, en París, esa ciudad inmoral y perversa, entre todos los frívolos franceses.

"Andas vagando y ni siquiera tienes junto a tí un honrado editor alemán que te guíe y te amoneste, haciendo de Mentor.

"Y es tan grande la tentación en aquel país, hay tantas sílfides tan malsanas como ligeras, que pronto se pierde allí la paz del alma.

"No vuelvas, quédate con nosotros; aquí hay todavía virtud y costumbres; pero a escondidas nos damos muy dulces placeres.

"Quédate en Alemania entre nosotros, te ha de gustar más que antes. Vamos progresando, y en verdad que el progreso evidente a tí mismo te ha llamado la atención.

"La misma censura no es ya tan severa; Hoffmann (1) se va haciendo viejo y fácil, ya no te borrará los mejores pasajes de tus *Reisebilder* con ímpetu juvenil.

---

(1) Nombre del censor de Hamburgo.

"Tu mismo te vas haciendo viejo y fácil ahora, y te irás acostumbrando a muchas cosas; ni aún el pasado dejarás de ver con mejores ojos.

"Exageraban al hablar de la desdichada suerte de Alemania; de la esclavitud se podía salir, como antiguamente en Roma, por el suicidio.

"El pueblo gozaba libertad de pensamiento; esa libertad existía para las masas, y la represión de la censura no hería más que a un corto número de los que daban a imprimir sus ideas.

"Nunca reinó del todo la arbitrariedad, nunca se arrebató sin discernimiento la escarapela nacional, ni aún al más peligroso de los demagogos.

"Nunca Alemania llegó a extremos de miseria, pese a todo el rigor de los tiempos. Créeme, nunca se murió nadie de hambre en una prisión alemana.

"El tiempo pasado tenía sus méritos y sus encantos; en él se abrían las dulces flores de la fe y del sacrificio; ahora es el reino de la duda, de la negación.

"La libertad práctica acabará por aniquilar los ideales que llevamos en el corazón. Son sueños puros como los de las azucenas, que se marchitan con los clamores democráticos.

"Nuestra hermosa poesía va a extinguirse también, y aun ya está un poco apagada.

"Nuestros hijos tendrán qué beber y qué comer, pero no en la tranquilidad de la vida contemplativa. Oigo rugir el drama terrible que se está preparando. Se acabó el idilio.

"¡Oh! si pudieras guardar silencio, te abriría

el libro del destino, te enseñaría lo porvenir en mi espejo mágico.

"Lo que nunca enseñé a ningún mortal, yo te lo enseñaría: el porvenir de tu patria. Pero ¡ay! eres charlatán y no puedes guardar silencio.

—¡Señor Dios, diosa mía!—exclamé henchido de entusiasmo,—esa sería mi mayor felicidad. Déjame ver la Alemania del porvenir, que soy hombre de guardar un secreto.

"Cuantos juramentos quieras te haré para asegurarte de mi discreción. ¡Habla! ¿cómo y por el nombre de quién debo jurar?"

La diosa replicó:—"Júrame al modo del padre Abraham, como lo hizo con Eliezer, cuando éste salió de viaje en busca de mujer para Isaac, hijo de su amo.

"Levántame la túnica, ponme la mano por debajo de las caderas y júrame ser discreto y no divulgar nunca con palabras ni escritos, lo que hayas de ver".

¡Momento solemne! Transportado me sentí a los tiempos primitivos, cuando hice aquel juramento según la usanza antigua de los patriarcas.

Levanté la túnica de la diosa y le puse la mano por debajo de las caderas, jurándole que sería discreto y que nunca, con mis palabras o en mis escritos, divulgaría lo que viese.

XIV

Habíanse inflamado las mejillas de la diosa. Creo que el ron se le subía a la cabeza y le

llegaba hasta la corona cuando me dijo en tono melancólico:

—"Voy empezando a envejecer; nací el día de la fundación de Hamburgo. Era mi madre reina de los arenques, aquí, en la embocadura del Elba.

"Fué mi padre un gran monarca; llamábanle Carlomagno. Era más poderoso aún y hasta más hábil que Federico el Grande, rey de Prusia.

"El trono en que se sentara el día de su coronación está en Aquisgrán. El que usaba de noche, mi madre, mi buena madre lo heredó.

"Mi madre me lo dió al morir. Es mueble de escasa apariencia, pero aunque Rothschild me ofreciese todo su oro no me desprendería de él.

"¿Lo ves? En aquel rincón está el viejo sitial. El cuero del respaldo se desgarró y la polilla ha roído los almohadones...

"Pero, anda, levanta el cojín que cubre el sillón venerable, verás una abertura de forma circular y en el fondo una especie de caldera.

"Es una caldera encantada en que se amalgaman los jugos mágicos, y si metes la cabeza por la abertura, verás el porvenir.

"Verás el porvenir de Alemania bajo flotantes figuras; pero no te asustes si a veces de ese caos miasmas fatales suben hasta ti."

Así habló Hammonia y sonrió con extrema sonrisa. Mas yo no me intimidé. Lleno de curiosidad, me apresuré a meter la cabeza por aquella terrible abertura.

Lo que vi, no he de revelarlo. Juré callar. Apenas me está permitido decir ¡oh dioses! lo que olí.

Aún recuerdo con repulsión las náuseas que me produjeron los malditos olores de aquel maldito porvenir; era como un revoltijo de berzas viejas fermentadas y de cuero de Rusia.

¡Qué horror, Dios mío, los perfumes que salían! Era como si hubiesen vaciado de una vez las treinta y seis fosas que constituyen la confederación germánica.

Bien sé lo que tiempo atrás dijo Saint-Just, en el comité de la salud pública. No se puede curar con almizcle y agua de rosas la grave enfermedad social.

Sin embargo, aquel perfume de porvenir alemán era más fuerte que cuanto había presentido mi nariz; no pude soportarlo más tiempo.

Perdí el sentido, y cuando abrí de nuevo los ojos, estaba aún al lado de la diosa que tenía apoyada mi cabeza en su ancho pecho.

Sus ojos chispeaban, ardía su boca, hinchábasele la nariz. Como una bacante, cogió en sus brazos al poeta y empezó a cantar en un éxtasis salvaje:

—"Quédate conmigo en Hamburgo, te quiero, beberemos el vino, comeremos las ostras del presente y olvidaremos ese sombrío porvenir.

"¡Pon la tapa! ¡Que ningún olor fétido turbe nuestra alegría! Te quiero como nunca mujer quiso a un poeta alemán;

"te beso y siento que tu genio vierte en mí la copa del entusiasmo. Una rara embriaguez se ha apoderado de mi alma.

"¿Qué canto es el que oigo? Son los serenos

de la ciudad; cantan nuestro epitalamio, es la música de la noche nupcial, ¡oh mi dulce compañero de embriaguez!"

.....

XV

Lo que pasó aún en aquella noche de encantamientos, otra vez he de contároslo, en tiempo mejor, en los días hermosos del estío.

Felizmente, la antigua raza de la hipocresía se aleja cada vez más. ¡Loado sea Dios! baja lentamente a la tumba, muere envenenada por el veneno de sus propias mentiras.

El verano será hermoso. Una nueva generación se levanta, exenta de afeite y de pecado, de pensamientos libres, de placeres libres. A ella se lo diré todo.

Ya brota la juventud que comprende la altivez y los beneficios del poeta y se calienta al sol de su alma.

Mi corazón es amante como la luz, es puro y casto como el fuego. Las gracias más nobles han afinado mi lira.

Es la misma lira que tiempo atrás hizo sonar mi padre, Aristófanes, el favorito de las Musas.

Es la misma lira con que cantó a Paistéteros,

He tratado de imitar un poco en el último capítulo de mi poema el final de las *Aves,* que es ciertamente la farsa mejor de mi difunto padre.

Perfectas son también las *Ranas;* ahora se representan en alemán, en un teatro de Berlín, con gran contento del rey.

Goza el rey con la farsa, y eso prueba su buen gusto antiguo. Al viejo rey difunto le divertía más el croar de las ranas modernas.

Al rey le gusta la farsa. Pero si aún estuviera vivo el autor, yo no le aconsejaría que fuese en persona a Berlín y asistiera a la representación de su comedia.

Aristófanes en carne y hueso pasaría un mal rato, el pobre. Pronto le veríamos acompañado por coros de guardias.

Pronto se permitiría al populacho que le insultara en lugar de aplaudirle. Su majestad el rey mandaría a sus esbirros que aprisionaran al pobre Aristófanes.

¡Oh rey! no tengo más que buenas intenciones con respecto a ti, y voy a darte un excelente consejo. Venera a los poetas muertos; pero trata con alguna consideración a los vivos.

No ofendas a los poetas vivos. Tienen llamas y dardos más temibles que el rayo del Júpiter mismo que un poeta creó.

Ofende a los dioses antiguos y nuevos, a todo el hato del Olimpo y al omnipotente Dios de la Biblia por añadidura; pero no ofendas a los poetas.

Cierto que los dioses castigan duramente las maldades de los humanos; el fuego infernal quema y no poco, fríe y tuesta.

Pero hay santos cuyos ruegos libran al peca-

dor. Con donativos a las iglesias, con misas, se puede adquirir una intercesión poderosa.

Y al fin de los días Cristo bajará a romper las puertas del infierno, y aunque sea severo su juicio, más de un mozo se le escapará.

Pero hay infiernos de que es imposible librarse; con ellos no hay ruego que valga, impotente es la misericordia del Salvador del mundo.

¿No conoces el infierno del Dante, sus terribles tercetos? A quien el poeta dejó preso allí, ningún Dios le puede salvar.

¡Ningún Dios, ningún redentor le librará de esas llamas rimadas! Ten cuidado, rey de Prusia, no te vayamos a condenar a un infierno semejante.

APÉNDICE AL LIBRO DE LÁZARO

I

DÉJATE de parábolas sagradas, déjate de piadosas hipótesis e intenta contestar sin rodeos a estas infernales preguntas:

¿Por qué se arrastra el justo, ensangrentado y miserable, bajo el peso de la cruz, mientras el malvado, dichoso como un triunfador, cabalga orgulloso?

¿De quién es la culpa? Nuestro señor ¿no es todopoderoso, o El es el autor de tal desorden? ¡Ah! ¡muy vil sería!

Y sin descanso repetimos esas preguntas hasta que con un puñado de tierra nos tapan la boca; pero ¿es eso una respuesta?

II

LA mujer vestida de negro estrechó tiernamente mi cabeza sobre su corazón. ¡Ay! donde cayeron sus lágrimas encaneció mi cabello.

Su beso me paralizó, su beso me puso enfermo; desde que los besó, mis ojos se quedaron sin luz; su boca me sorbió con avidez la médula.

Ahora mi cuerpo es un cadáver en que el espíritu encarcelado relincha a veces y furioso grita y maldice.

¡Imprecaciones impotentes! Tu más grave mal-

dición no ha de matar a una mosca. Soporta tu destino y trata de llorar sin rumor, y de rezar.

III

Tu carta fué para mí relámpago que iluminó súbitamente la noche del abismo. Me hizo ver, con deslumbradora claridad, cuán profunda es mi desgracia, cuán profundamente horrible.

Tú misma sientes un impulso de compasión, tú, que en el desierto de mi vida, como una estatua, permanecías silenciosa, hermosa como el mármol, como el mármol fría.

¡Oh Dios, seré miserable! ¡Me habla, corre el llanto de sus ojos, hasta la piedra se compadece de mí!

¡Lo que vi me conmovió con violencia! Tú también, Dios mío, ten piedad de mí y concédeme descanso, dando fin a esta horrorosa tragedia.

IV

En la encrucijada se sientan tres mujeres, que se mofan e hilan, que lanzan suspiros y meditan; son feas en verdad.

La primera sostiene la rueca y va retorciendo los hilos que moja uno tras otro; así tiene secos los labios, que cuelgan.

La segunda hace bailar el huso, en chuscos remolinos. La vieja tiene los ojos encarnados.

La tercera Parca, tijera en mano, murmura un: *Miserere*. Tiene la nariz puntiaguda y una verruga en ella.

Date prisa y corta el hilo, el hilo maldito, deja que me cure de este horrible sufrir de la vida.

V

MIRANDO estoy los escasos granos de arena que pasan aún por el reloj de las horas. Oh mujer mía, dulce y angelical criatura, la muerte me arranca de aquí.

Me arranca de tus brazos, oh mujer mía, de nada sirve la resistencia. Me arranca del cuerpo el alma que va a sucumbir de angustia.

La echa de su vieja casa en que tanto le agradaba estar. El alma se estremece y revolotea de aquí para allá: "¿A dónde he de irme?" Está como pulga en cedazo.

No puedo evitar nada, por más que luche y me retuerza y me vuelva a un lado y a otro. Fuerza es que hombre y mujer, alma y cuerpo, acaben por separarse.

VI

NO envidio a los hijos de la Felicidad su vida—no les envidio más que la muerte, la muerte pronta y sin dolores.

En traje de gala, coronada la cabeza y con la risa en los labios, siéntanse gozosos al banquete de la vida, y allí de pronto la guadaña llega a buscarlos.

En traje de fiesta, engalanados con rosas, que parecen abrirse aún, llegan al reino de las sombras los favoritos de la Fortuna.

No los desfiguró la enfermedad, son muertos

con buena cara, y graciosamente los recibe en su corte la tsarina Proserpina.

¡Cuánto envidio tu suerte! ¡Siete años ha que me revuelvo por la tierra, con los tormentos más horribles, y sin poder morir!

¡Oh Dios, abrevia mi padecer, y que me entierren pronto! Bien sabes, empero, que ninguna vocación tengo de mártir.

Permite, Señor, que me asombre de tu inconsecuencia. Tú creaste al poeta más jubiloso, y Tú le arrebatas ahora su buen humor.

El dolor me embota la alegría y me pone melancólico. Si esa mala broma no acaba, acabaré yo por hacerme católico y me iré a gemirte al oído: *¡Miserere!* ¡se acabó el mejor humorista!

VII

PARA LA MOUCHE (1)

SOÑABA yo con una noche de verano en que, en la semiobscuridad y a la luz de la luna, elevábanse fragmentos de arquitectura, restos de un esplendor pasado, ruinas de los tiempos del Renacimiento.

De trecho en trecho, solitaria, álzase una columna coronada por su capitel dórico, mirando

(1) Esta poesía, escrita en Enero de 1856, parece que fué la última de Enrique Heine.—«La Mouche» es el nombre que Heine daba a la señora de Krinitz (en literatura *Camille Selden*), joven de Suabia que el poeta conoció en los últimos tiempos de su vida, a quien quiso muy particularmente y que le sirvió de secretaria. Véase *Los últimos días de Enrique Heine*, por Camille Selden.

al alto firmamento cuyos rayos parece desafiar.

En derredor yacen, quebrados, pórticos, frontones, esculturas en que, con algo de hombre y algo de animal, se representa un mundo de centauros, esfinges, sátiros, quimeras—todos los seres de la Fábula.

Más de una figura de mujer, tallada en piedra, casi desaparece, como sepulta, entre las yerbas altas; el tiempo, que es la peor de las sífilis, le ha roído la punta de su noble nariz de ninfa.

Entre las ruinas hay un sarcófago de mármol abierto, intacto, en que reposa, intacto también, un muerto de fisonomía dulce y sufrida.

Unas cariátides, trabajosamente al parecer, con el cuello alargado, sostienen el sepulcro. A ambos lados hay igualmente muchas figuras esculpidas en bajorrelieve.

Aquí, las magnificencias del Olimpo con sus dioses libertinos. Adán y Eva están al lado, en pie, los dos provistos de un casto mandil de hojas de higuera.

Allí, la caída y el incendio de Troya, en donde se ve a Paris, a Helena y también a Héctor. Moisés y Aaron estaban asimismo cerca, de igual modo que Ester, Judit, Holofernes y Hamán.

Veíase además al dios Amor, a Febo Apolo, a Vulcano con doña Venus, a Plutón, Proserpina y Mercurio, al dios Baco con Priapo y Sileno.

Después venía el asno de Balaam (tan parecido que estaba hablando); y veíase luego el sacrificio de Abraham, y a Loth, que se embriagó con sus hijas.

Allí Herodías danzaba: en una bandeja traen la cabeza del Bautista. Veíase allí el infierno y a Satanás, y a Pedro portador de la enorme llave del cielo.

Más allá podían verse los ardores y las fechorías del lúbrico Júpiter; cómo sedujo a Leda en forma de cisne, y a Dánae, en lluvia de monedas de oro.

Venía luego la caza salvaje de Diana con sus ninfas, arremangada la túnica, y sus perros. Veíase a Hércules, vestido de mujer, con la rueca en la mano, dando vueltas al huso.

No lejos está el Sinaí, y a sus pies tiéndese Israel con sus bueyes; se ve al Dios niño disputando con los ortodoxos.

No hay sino contrastes violentísimos: el espíritu voluptuoso de los griegos y el espíritu divino de Judea. La hiedra envuelve a los dioses en sus arabescos.

Pero ¡cosa extraña! Mientras contemplaba yo en sueños las esculturas, se me vino de pronto a las mientes que era yo aquel muerto tendido en el magnífico sepulcro de mármol.

A la cabecera de mi lecho había una flor de aspecto enigmático, de hojas amarillas y moradas, que exhalaba un encantamiento salvaje de amor.

El pueblo la llama flor Pasionaria y pretende que brotó en el Gólgota cuando crucificaron al Hijo de Dios y corrió su sangre redentora.

Dícese que esa flor da testimonio de sangre y su cáliz encierra la imagen de todos los instru-

mentos de tortura que sirvieron al verdugo para el martirio.

Sí, todos los atributos de la Pasión aquí se ven, toda una cámara de suplicios: vergajos, cuerdas, corona de espinas, cruz, cáliz, clavos y martillo.

Una flor así abríase junto a mi tumba, e inclinada sobre mi cuerpo como una plañidera, me besaba la mano, la frente, los ojos, muda y desolada.

Pero ¡oh magia del ensueño! por extraña transformación, la flor amarilla de la pasión se convierte en figura de mujer, y aquella mujer es ella. mi amada, ella misma.

Tú eras la flor, niña querida, y por tus besos había de reconocerte. Labios de flores no tienen tal ternura, ni hay flores cuyas lágrimas abrasen de tal modo.

Cerrados estaban mis ojos, pero tu cara, nunca cesó de contemplarla el alma mía. Tú me mirabas, dichosa y como en éxtasis, pálida, a la claridad fantástica de la luna.

No hablábamos, pero mi corazón oía los pensamientos que el tuyo tenía ocultos—la palabra proferida no tiene recato, el silencio es la flor casta del amor.

¡Y cuán elocuente silencio! Todo se dice, sin metáforas, sin la más leve hoja de higuera, sin la treta de la rima y del ritmo de la frase.

¡Diálogo sin palabras! ¡Apenas puede uno figurarse cuán rápido pasa el tiempo en esas conversaciones mudas y tiernas, en un hermoso ensueño de noche de verano, tejido de placeres y estremecimientos!

Lo que nos dijimos, nunca lo preguntes. Pregúntale al gusano de luz lo que su resplandor le dice a la hierba, pregúntale a la onda lo que murmura el arroyo, pregúntale al viento del oeste el secreto de sus gemidos y de sus lamentos,

pregúntale al carbunclo por qué destella, y a las violetas y a las rosas qué es lo que exhalan, pero no preguntes las palabras que se dijeron, bajo los rayos de la luna, la flor del martirio y el hombre muerto.

Ignoro cuánto tiempo en mi fresco sepulcro de mármol gocé de aquel sueño hermoso. ¡Ah! ¡presto se disipó la dulzura de aquel descanso!

¡Oh muerte! tú sola, con la calma del sepulcro, tú sola puedes darnos el supremo placer: la vida, brutal y estúpida, nos ofrece, por toda dicha, el combate de la pasión, el deseo eterno que con nada se aquieta.

Mas ¡ay! de pronto, fuera, se oye un estruendo que aniquila mi beatitud. Al ruido de una pelea vulgar, mi flor había desaparecido.

Sí, fuera, se levanta como una cólera salvaje, una riña, pisoteos, imprecaciones.—Hay muchas voces que conozco — son los bajorrelieves de mi tumba.

¿Está la piedra hechizada por la antigua locura de la fe? ¿Disputan entre sí aquellas figuras de mármol? ¡El grito de espanto de Pan, el salvaje dios de las selvas, rivalizando con el anatema de Moisés!

No, nunca ha de acabar esa disputa, siempre han de ser enemigas la Verdad y la Belleza; siem-

pre ha de estar dividido en dos campos el ejército de los hombres: Bárbaros y Helenos.

¡Todos juraban, maldecían! ¡No acababa la fastidiosa controversia; entre todos, el burro de Balaam, gritaba más alto que los dioses y los santos juntos!

Con aquel I-A, I-A, con aquel rebuzno, con aquel repugnante hipo, el estúpido animal casi llegó a desesperarme; yo también lancé un grito —y me desperté.

PROSA

EL TAMBOR LEGRAND

IDEAS

I

Ella era amable y él la quería; pero
él no era amable y ella no le quería.
(*Antigua obra teatral.*)

¿Conocéis, señora, la antigua comedia? Es obra de mucha distinción, sólo que melancólica en demasía. Hice una vez en ella el papel principal, y todas las señoras lloraron. Sólo una no lloró, no derramó una lágrima, y ese fué precisamente el chiste de la comedia, la verdadera catástrofe.

¡Oh, esa lágrina no más! Sigue atormentándome, es motivo de todos mis pensamientos. Cuando Satán quiere perder mi alma, murmura a mi oído un malicioso cantar acerca de esa lágrima nunca llorada, un canto fatal, con melodía más fatal aún. —¡Ah! sólo en el infierno se oye esa melodía.....

.....

Podéis, señora, figuraros cómo se vive en el cielo, tanto mejor cuanto que sois casada. Allí se entretiene uno de manera deliciosa en verdad, se

hallan todas las diversiones posibles, los días se pasan en el goce y en el placer lo mismo exactamente que Dios en Francia. (1) Se come desde por la mañana hasta anochecido, van las aves asadas de un lado a otro, llevando en el pico la salsera, y se sienten muy halagadas cuando alguien se digna echarles mano; tortas de manteca, doradas, brotan erguidas como girasoles; arroyos de caldo y vino de Champaña por doquiera; árboles por doquiera, con servilletas colgando; come uno, se limpia la boca, y vuelve a comer sin que se le canse el estómago. Se cantan salmos, se juega y chancea con los tiernos angelitos, se va de paseo a la verdè pradera del Aleluya, y las hermosas túnicas blancas flotantes os dan cómodo vestido, maravillosas galas, sin que nada turbe vuestra serenidad. Ni dolores, ni disgustos; hasta cuando alguien por ventura os pisa en un callo y os dice: "¡Dispense!" le contestáis sonrientes y llenos de satisfacción: "¡No me has hecho daño alguno, hermano; antes bien, mi cuerpo ha sentido una voluptuosidad más dulce y más celeste!"

Pero del infierno, señora, ninguna idea tenéis. De los diablos no conocéis sino al más chico, al pequeño Belcebú-Amor, al simpático croupier infernal. No conocéis el infierno más que por la ópera de Don Juan, y nunca os parece bastante abrasador para tal burlador de mujeres, que tan mal ejemplo da, aunque nuestros honorables di-

(1) *Vivir como Dios en Francia*, es dicho corriente en Alemania por *hacer vida en que se tiene cuanto se desea.*

rectores de teatro gasten en favor suyo tantas llamas azules, lluvias de fuego, de pólvora y de colofonia, cuantas pueda desear en el infierno un buen cristiano.

Las cosas del infierno, con todo, andan mucho peor de lo que se imaginan los directores (1). Reina allí un calor infernal, y en los días caniculares en que lo visité, se hacía insoportable. No podéis formaros idea del infierno, señora; las noticias oficiales que de allá recibimos son escasas.—Pero eso de que las pobres almas que allí están se vean obligadas a leer todos los sermones malos que por acá se imprimen, es una calumnia. No es tan dura la vida del condenado; nunca Satán inventaría tan refinados tormentos. Por el contrario, la pintura del Dante es harto moderada en conjunto, y poética en demasía. El infierno se me presentó como una enorme cocina de la clase media, con un inmenso fogón sobre el cual había tres filas de cazuelas de hierro, dentro de las cuales estaban los condenados, puestos a cocer.

En la primera fila estaban los pecadores cristianos; ¡quién lo creyera! no era muy corto su número, y los demonios atizaban por debajo el fuego con muy especial actividad. En otra fila estaban los judíos, que no paraban de gritar, y a quien los diablos atormentaban de tiempo en tiempo, como le ocurrió a un gordo prestamista que no podía respirar y se quejaba de aquel calor inso-

(1) De no ser así, no representarían tantas comedias malas. *(Edición alemana).*

portable: un diablejo le echó encima unos cuantos cubos de agua helada, para que viese que el bautismo es un beneficio refrigerante. En la tercera fila estaban los paganos, que, como los judíos, no pueden participar de la eterna bienaventuranza, y que han de arder eternamente. Oí lo que uno de éstos exclamaba en el fondo de su cazuela bajo la cual un diablo de cuatro garras estaba renovando los tizones: "¡Dejadme en paz; yo fuí Sócrates, el más sabio de los mortales! ¡Enseñé la verdad y la justicia, y sacrifiqué mi vida por la virtud!" Pero el tonto del diablo seguía impertérrito su tarea, y murmuraba: "¡Bah! ardan todos los paganos, que no hemos de hacer excepción por un hombre solo!"—Os aseguro, señora, que hacía un calor espantoso; gritos, suspiros, gemidos, contorsiones, rechinar de dientes, aullidos que estremecían... Y a través de todos esos ruidos horrorosos, oíase distintamente la fatal melodía de la canción de la lágrima que no se ha llorado.

II

SEÑORA, la antigua composición teatral que cité, es una tragedia, por más que el héroe no salga degollado ni a nadie degüelle. Los ojos de la heroina son hermosos, hermosísimos... ¿No oléis, señora, a violetas? Tan hermosos y tan bien aguzados están sus ojos, que se me entraron en el corazón como puñales, y traspasaron de fijo hasta la espalda, para mirar al otro lado.—Pero no me mataron aquellos ojos asesinos. La voz de la heroina es hermosísima también... ¿No oís, señora,

cantar a un ruiseñor? Voz hermosa, voz sedeña, blando tejido de los tonos más arrebatadores, y mi alma se vió envuelta en ella, se estranguló y se atormentó. Yo (el conde del Ganges es quien habla ahora, y el caso ocurre en Venecia) yo mismo, sentí más de una vez el cansancio de todos esos tormentos, y ya pensaba dar fin a la historia en el primer acto y en saltarme mi gorro de bufón al mismo tiempo que la cabeza. Fuí con este propósito a una tienda de novedades que está en la strada Bursta, donde hallé un par de buenas pistolas expuestas en el escaparate. Lo recuerdo todavía muy bien: estaba junto a unos risueños juguetes de nácar y oro, corazones de hierro pendientes de cadenas de oro, tazas de porcelana con tiernos motes, tabaqueras con lindas pinturas: por ejemplo, la divina historia de Susana, Leda con el cisne, el rapto de las Sabinas, Lucrecia, corpulenta virtud de seno desnudo, e hiriéndose con un puñal, después de pensarlo, la hermosa Féronnière (1), en fin, muchos rostros seductores... Mas no por ello dejé de comprar las pistolas, sin regatear mucho, y compré también pólvora y balas; me fuí luego a la taberna del signor Zampetto, y mandé que me sirviesen unas ostras y un vaso grande de vino del Rhin.

No podía comer, y menos aún podía beber. Lágrimas abrasadoras cayeron en mi vaso, y en el vaso aquel vi mi dulce patria, el Ganges sagrado de aguas azules, el Himalaya eternamente esplen-

(1) Federica Bethmann Unzelmann, célebre actriz alemana.

doroso, los gigantescos platanares por donde pasaban calmosos los prudentes elefantes y los blancos peregrinos; unas flores, raras como los productos de un ensueño, me miraban con secreta compasión; unos pájaros maravillosos de áureo plumaje proclamaban su júbilo; los rayos del sol y los monos traviesos jugaban en derredor mío; de las pagodas lejanas iban llegando las piadosas armonías de las preces sacerdotales, y sobre aquellos ruidos, dominaba la voz dolorosamente lastimera de la sultana de Delhi... Como loca iba corriendo sobre las alfombras del harén, desgarraba sus velos de plata, atropellaba al esclavo negro que sostiene el abanico de pavo real, lloraba, imprecaba, chillaba... Pero yo no podía entenderla: a tres mil leguas del harén de Delhi está la taberna del signor Zampetto y además la hermosa sultana llevaba ya tres mil años de muerta... y bebí un trago tras otro, bebí de aquel vino, luminoso y radiante, y sin embargo fué creciendo la obscuridad dentro de mi alma que se puso cada vez más triste... Me condenaron a muerte.....

.....

Cuando subí de nuevo la escalera de la taberna, oí el tañido de la campana de los ajusticiados; las oleadas de la multitud corrían por la calle: pero yo me coloqué en la esquina de la strada San Giovanni, y recité este monólogo:

En los cuentos antiguos hay castillos de oro,
en que resuenan arpas y bailan las doncellas,
en que brillan las ricas libreas, los jazmines,
los mirtos y las rosas derráman sus perfumes...

Y una sol a palabra de desencantó, empero,
trueca en un sólo instante todo aquel brillo en polvo,
y nada queda ya sino viejas ruinas,
pajarracos nocturnos, pantanos pestilentes.
Así con una sola palabra de mis labios
desencanté la naturaleza florida.
Vedla ya derribada, inerte, fría, lívida,
como el cadáver engalanado de un rey,
a quien untado hubieran los pómulos de afeite
poniéndole además en las mános el cetro.
Pero ya están sus labios marchitos y amarillos;
teñirlos olvidaron también de colorete,
y los ratones ante la regia nariz juegan
e insultan insolentes al cetro poderoso.

Admítese por lo general, señora, que uno se diga un monólogo antes de saltarse la tapa de los sesos. Los más de los hombres echan mano, en semejante ocasión, del de Hamlet: *Ser o no ser.* Es buen pasaje, y con gusto lo hubiera yo citado aquí; pero cada cual prefiere lo suyo; y el que ha escrito, como yo, tragedias en que hay tales discursos de despedida, como, por ejemplo, mi inmortal tragedia de *Almanzor,* muy natural es que otorgue preferencia a sus propios versos aun por encima de los de Shakespeare. A veces, los sermones de esta clase son de laudabilísimo uso. Por lo menos hacen que se gane tiempo.—Así, pues, me detuve algún tiempo en la esquina de la strada San Giovanni, y cuando estaba allí como criminal condenado a muerte, de pronto la vi llegar, ¡a ella!

Llevaba vestido de seda azul celeste y som-

brero rosa, y sus ojos me miraban con tal dulzura, su mirada hacía retroceder de tal modo a la muerte, daba de tal modo la vida!... Señora, habréis leído en la historia romana que, en la antigua Roma, cuando las Vestales encontraban a su paso un criminal conducido al suplicio, tenían derecho a concederle gracia, y el pobre desdichado conservaba la vida... Con una sola mirada me salvó ella de la muerte, y me encontré, delante de ella, animado por un nuevo existir, y como deslumbrado por el brillo de su hermosura.... Pasó y me dejó vivir.

III

Me dejó vivir, y vivo, y eso es lo principal del asunto.

Gocen otros al pensamiento de que su amada irá a adornarles la tumba de flores y a regarla con sus lágrimas.—¡Oh mujeres! aborrecedme, reíos de mí, mofaos, pero dejadme vivo. ¡Harto locamente dulce es la vida, y el mundo es un revoltijo tan grato! Es el sueño de un dios chispo, que se escapa, sin pedir licencia, del divino banquete, y se va a dormir a una estrella solitaria, ignorante de que crea todo lo que sueña... Y las imágenes del sueño se le presentan, ya con abigarrada extravagancia, ya armoniosamente razonables... La Iliada, Platón, la batalla de Marathón, la Venus de Médicis, la catedral de Estrasburgo, la Revolución francesa, Hegel, los barcos de vapor, son buenos pensamientos desprendidos de ese gran sueño del dios... Pero no ha de durar

mucho: despertará el dios, se frotará los párpados adormecidos, sonreirá y nuestro mundo se desplomará en la nada... No habrá existido nunca.

No importa; estoy vivo. Aunque no fuese más que una sombra, una imagen de un sueño, más vale así que en la fría negrura, en la vacía nada de la muerte. La vida es el bien mayor de todos; y de todos los males, el peor, es la muerte. Ríanse los tenientes de guardias de Berlín y llamen cobarde al príncipe de Homburgo porque retrocede ante su sepultura abierta... Tanto valor tenía Enrique Kleist como sus camaradas estirados y bien prendidos, y desgraciadamente dió prueba de ello. Pero todo espíritu vigoroso ama la vida. El Egmont de Gœthe no se aparta gustoso "de los amigables hábitos de la existencia". El Edwin de Immermann se agarra a la vida "como un niño pequeño se agarra al seno de su madre" y aunque le parezca duro existir por ajena merced, pide gracia, sin embargo:

Que vivir, respirar, después de todo es el bien supremo.

Cuando Ulises encuentra a Aquiles en los infiernos, a la cabeza de la falanje de los héroes difuntos, y ensalza su renombre entre los vivos y su gloria entre los muertos, él responde:

¡No me hables de la muerte para darme consuelo, Odiseo!
Antes como un jornalero labrar quisiera los campos,
Ser un hombre infeliz sin patrimonio ni herencia,
Que mandar en todos los muertos que la tierra dejaron!

Si, cuando el mayor Duvent provocó a duelo de

pistola al gran Israel León (1), agregando: "Si no aceptais, señor León, sois un perro" éste le respondió: "¡Más quiero ser perro vivo que león muerto!" ¡Y tenía razón!—¡A Dios gracias, vivo! En mis venas fermenta el rojo licor de la vida, bajo mis pies se estremece la tierra; abrazo con ardor de amante los árboles y las estatuas de piedra, y a mis besos se animan. Cada mujer es para mí el don de un mundo entero; nado en las melodías encantadoras de sus facciones y con una sola mirada mía la poseo mejor que otros con todo su poder durante la vida entera. Porque cada instante es para mí una eternidad. No mido el tiempo con la vara de Brabante, ni con la vara corta de Hamburgo, y no tengo necesidad de que me prometan por mediación de un sacerdote una segunda vida, pues ya tengo bastante que gozar en ésta, cuando vivo hacia atrás, en la vida de los antepasados y me conquisto una eternidad en el imperio de lo que fué.

¡Vivo! La arteria de la naturaleza me hace latir el pecho y cuando respiro con alegría, ecos a millares me contestan. Oigo la voz de mil ruiseñores. La primavera los envía para sacar a la tierra de su sueño, y la tierra se estremece de placer; sus flores son himnos que, en su entusiasmo, le canta al sol... El sol se mueve muy despacio; quisiera yo fustigar sus corceles de fuego para que se lanzasen con más ardor. Pero cuando se sumerge en el mar y la potente noche se levanta, lle-

(1) *Alemán:* Israël Lœwe.

nos los ojos de deseos, ¡ah! entonces una ventura inaudita me penetra... Los vientos nocturnos juegan sobre mi corazón, rugiendo como doncellas acariciadoras; los astros me llaman a sí, y yo me elevo, me lanzo por cima de este terruño y de los menudos pensamientos de los hombres...

IV

PERO día vendrá en que el fuego se me extinga en las venas. El invierno hará morada en mi seno, y sus blancos y rasos copos revolotearán en torno a mi cabeza y sus nieblas me velarán los ojos. Descansarán mis amigos en tumbas cubiertas de musgo, y yo me habré quedado solo, como espiga solitaria, olvidada por el segador. Entretanto una nueva generación ha surgido con anhelos nuevos y nuevas ideas. ¡Oigo resonar con asombro nombres nuevos y nuevos cantos; olvidados están los viejos nombres y también yo estoy olvidado! ¡Cuando más honrado me veo por unos cuantos, soy objeto de chanzas para muchos y querido, no lo soy por nadie! Acuden entonces los niños de mejillas de rosa, me ponen el arpa vieja entre las manos temblorosas, y riéndose dicen: Mucho tiempo hace que callas, viejo perezoso; vuelve a cantarnos los sueños de tu juventud.

Cojo entonces el arpa, y despiértanse las viejas alegrías y los viejos dolores; las neblinas se funden, las lágrimas tornan a florecer en mis párpados, la primavera vuelve a mi seno, dulces acentos de melancolía vibran en las cuerdas del arpa,

otra vez miro el río azul y los palacios de mármol y los bellos rostros de mujer y de doncella, y canto las flores del Brenta.

Será mi canto postrero, las estrellas me contemplarán como en las noches de mi juventud, la luna amorosa sigue imprimiendo sus besos en mis mejillas, los espíritus de los ruiseñores muertos sollozan en la lejanía, se me cierran los ojos de embriaguez, el alma se me escapa como una vibración de mi arpa... y respiro los perfumes de las flores del Brenta.

Un árbol dará sombra a mi piedra tumular. Mucho me gustaría una palmera, pero las palmeras no se logran en el Norte. Será sin duda un tilo, y en las noches de verano, los amantes se juntarán cabe él a hablar. El pájaro que se columpia en las ramas y escucha, es discreto, y mi tilo murmura amigablemente sobre las cabezas de los dichosos que tan felices son, que ni siquiera tiempo tienen para leer lo que está escrito en la blanca tumba. Pero si más tarde el amante pierde a su querida, vuelve al tilo, suspira y llora, mira la losa funeraria mucho tiempo y a menudo, y en ella lee esta inscripción:—Tuvo amor a las flores del Brenta.

V

Os engañé, señora; no soy conde del Ganges. En la vida vi el sacro río, jamás vi las flores de loto que se reflejan en sus frías ondas. Nunca soñé tendido bajo las palmeras de la India, ni fuí a prosternarme en oración ante el dios Jagernaut, que tan respetables diamantes posee. Tan poco he

estado en la India como el karrick indio que ayer comí. Pero soy originario del Indostán, y por eso estoy como en mi casa en las inmensas selvas melodiosas de Valmiki; los sufrimientos heroicos del divino Rama me agitan el corazón como un dolor conocido; de los cantos de Kalidasa brotan para mí los recuerdos más dulces, y hace unos años, cuando cierta excelente señora me mostró en Berlín los preciosos dibujos que trajo de la India, tan conocidas hallé aquellas figuras delicadamente pintadas y tan santamente llenas de calma, que me pareció contemplar la serie de los retratos de mi propia familia.

Franz Bopp (1), señora, (sin duda habréis leído su Nalus y su sistema de conjugaciones sanscritas), me ha dado muchos detalles acerca de mis antepasados, y hoy sé positivamente que he salido de la cabeza de Brahma y no de los callos de sus pies; hasta presumo que todo el Mahabarata, con sus doscientos mil versos, no es más que un enamorado billete alegórico escrito por mi milésimo abuelo a mi milésima abuela... ¡Oh! se querían mucho, sus almas cambiaban besos, se comían a besos con los ojos, no eran entre los dos más que un beso...

Un ruiseñor encantado se posa en un rojo árbol de coral en el Océano silencioso, y entona un cantar sobre el amor de mis antepasados; miran las perlas desde el fondo de sus conchas, se estremecen de ternura las maravillosas flores mari-

(1) Franz Bopp (1791-1867), celebre orientalista alemán.

nas, llegan a rastras los prudentes caracoles con sus torrecillas de porcelana a cuestas, agítanse y distiéndense las amarillas estrellas de mar y los moluscos tornasolados, y todo hormiguea, se mueve y escucha...

Sin embargo, señora, ese canto de ruiseñor es largo en demasía para trasladarlo aquí: tan extenso es como la tierra misma; solamente la dedicatoria a Anangas, dios del amor, es tan larga como todas las novelas de Walter Scott juntas, y a ello hace alusión aquel pasaje de Aristófanes que dice, traducido al alemán:

Tiotio, tiotio, tiotinx,
Totototo, totototo tototinx.

(*Traducción de Voss.*)

¡No! no he nacido en la India. He visto la luz a orillas de aquel hermoso río en que la locura brota sobre las verdes montañas; se coge en otoño, se exprime, se mete en la bodega, en toneles, y se manda al extranjero. Por cierto que ayer oí, estando en la mesa, que alguien decía una locura que estuvo el año 1811 en un racimo de uvas que yo mismo vi entonces brotar en el Johannisberg.— Pero muchas locuras se consumen dentro del país, y los hombres son allí como en todas partes. Nacen, comen, beben, ríen, lloran, calumnian, se atarean mucho para la reproducción de la especie, tratan de parecer lo que no son, de hacer lo que no pueden, no se afeitan antes de que les crezca la barba, y suelen tener barbas antes que juicio, y

cuando tienen juicio se embriagan con locura blanca y tinta.

Dios mío, si tuviese yo fe bastante para transportar los montes, el Johannisberg sería precisamente el que había de llevar siempre conmigo. Pero como no es mi fe lo bastante fuerte, he de pedir ayuda a la imaginación para que ella me transporte a orillas del Rhin.

¡Oh, aquel si que es buen país, lleno de gracia, calentado por un sol brillante! Refléjanse las montañas en ondas azules y resplandecientes, con las viejas ruinas de sus castillos, sus bosques y sus ciudades góticas. Allí los buenos ciudadanos salen al umbral de sus puertas, al declinar de un día de verano; beben en grandes cántaras, y charlan amigablemente entre sí, del vino que ha de darse bien, de los tribunales cuyas audiencias deben seguir siendo públicas, de la decapitación de María Antonieta, de lo caro que está el tabaco, de las exacciones del fisco, y convienen en que los hombres son iguales y en que Gœrres (1) es un bribón redomado.

Nunca me ocupé de tales discursos. Prefería ir a sentarme bajo el arco de la ventana ojival, cerca de las muchachas, reir con su risa, hacer que me echasen flores a la cara y dármelas de enfadado hasta que me contaran sus secretos u otras historias importantes. ¡Cómo se regocijaba la hermosa Gertrudis cuando iba yo a sentarme junto a ella! Era una muchacha que parecía una rosa

(1) Jakob Joseph von Gœrres (1776-1848), célebre escritor católico alemán, autor de la *Mística cristiana.*

abierta, y cuando un día se echó en mis brazos, creí que iba a arder y a evaporárseme en ellos. La hermosa Catalina, ¡qué armonía guardaba en su dulzura cuando hablaba conmigo, qué azul tan puro y tan íntimo el de sus ojos, azul que no he hallado jamás en los hombres ni en los animales, y muy rara vez en las flores! Mirando aquellos ojos ¡se podían soñar tantas cosas tiernas! Pero la hermosa Eduvigis me amaba; porque, en cuanto me acercaba a ella, inclinaba la cabeza al suelo, y sus cabellos negros, cayéndole por el rostro que se llenaba de rubor, no dejaban ver más que los ojos, brillantes como estrellas que horadan un cielo sombrío. Sus labios pudibundos no decían palabra, y tampoco yo sabía qué decir. Tosía, y ella se echaba a temblar. A veces hacía que sus hermanas me rogasen que no subiera tan rápidamente por las peñas y que no me bañara en el Rhin cuando estaba sofocado y cuando había bebido. Un día escuché su piadosa oración ante la virgencita ornada de relumbrones de oro, e iluminada por una lámpara que ardía en un nicho, encima de la puerta, la oí claramente pedir a la madre de Dios que *le* librara de trepar, de bañarse y de beber. Me hubiera llegado a enamorar, ciertamente, de aquella hermosa muchacha si se hubiese mostrado indiferente, pero me quedé indiferente, porque me quería... Señora, cuando alguien quiera que yo le ame, ha de tratarme como a un perro.

La linda Juana, era prima de las tres hermanas y yo iba gustoso a sentarme a su lado. Sabía las más hermosas leyendas, y cuando, con su ma-

no blanca, iba señalando, por la ventana, las montañas en que ocurrían las cosas que estaba refiriendo, me tenía a merced del prestigio: los antiguos caballeros salían distintamente de las ruinas de sus castillos, y sus vestiduras de hierro resonaban a los tajos con que se herían; el hada del Rhin, la bella Loreley, aparecía en la cumbre de la montaña, cantando su dulce y peligrosa canción, y el Rhin murmuraba en tono tan grave, tan tranquilo y tan espantoso a la vez, y la linda Juana me miraba tan singularmente, con aspecto tan íntimo y misterioso, que aun ella parecía ser de aquel mundo fantástico cuyas maravillas me contaba. Era una muchacha pálida y alta; estaba enferma de muerte y siempre pensativa; eran claros sus ojos como la misma verdad, piadosamente torneados sus labios y en sus facciones se leía una larga historia, pero historia sagrada! ¿Alguna leyenda de amor? Lo ignoro, y nunca me atreví a preguntárselo. Cuando la miraba mucho tiempo, me ponía sereno y tranquilo: era como un apacible domingo de mi corazón.

En tales momentos, contábale yo historietas de mi infancia, y ella me oía siempre seria; y ¡extraña cosa! cuando no recordaba yo los nombres, ella me los traía a la memoria. Y cuando yo le preguntaba con asombro por dónde sabía aquellos nombres, me contestaba sonriendo que los aprendió de los pájaros que iban a picotear a los vidrios de su ventana, empeñada en hacerme creer que eran los mismos pájaros que, en mi niñez, había comprado yo con mis ahorros a los despiadados

aldeanuelos que los sacaban del nido, para devolverles la libertad. Pero yo creo que todo lo sabía porque estaba tan pálida, y en verdad se murió muy pronto. Sabía también cuándo se iba a morir, y quería que antes me alejase de ella. Al separarnos me dió las dos manos... Eran manos blancas, suaves, puras como la hostia... Y me dijo: "Eres bueno, pero cuando te vuelvas malo, piensa en la pobrecita Verónica que se murió".

Los pájaros parlanchines ¿le habían dicho también traidoramente aquel nombre? A menudo me había roto yo la cabeza en horas de recuerdo, sin acertar nunca con aquel nombre tan querido.

Ahora que lo he vuelto a encontrar, mi primera infancia torna a florecer con toda su frescura en mi memoria. He vuelto a ser niño, y juego con otros niños en la plaza del castillo, en Dusseldorf, a orillas del Rhin.

VI

Sí, señora, allí nací yo, y hago expresamente la advertencia por si, después de mi muerte, siete ciudades — Schilda, Krœhwinkel, Polkwitz, Bockum, Dülken, Gotinga y Schœppenstedt,—se disputaran el honor de ser mi patria.

Dusseldorf es una ciudad a orillas del Rhin, en que viven diez y seis mil personas y están además enterrados algunos centenares de miles de otras personas; entre estas últimas, como decía mi madre, algunas hay que sería mejor que viviesen; por ejemplo, mi abuelo y mi tío, el barón de Geldern viejo y el barón de Geldern joven, doctores

ambos muy famosos, que después de curar a mucha gente, no tuvieron, sin embargo, más remedio que morirse. Y la piadosa Ursula que me llevó en brazos de niño, también está allí enterrada, y un rosal crece sobre su tumba... ¡Tanto le gustaba en vida el olor de las rosas que su corazón no era más que dulzura y perfume de rosas! También está allí enterrado el viejo y prudente canónigo. ¡Dios mío, qué lastimoso aspecto tenía cuando le vi por última vez! No era más que espíritu y emplasto; pero estudiaba día y noche, como si temiera que los gusanos encontrasen a faltar ideas en su cerebro. Y tú, Guillermito, también descansas ahí, y es por causa mía. Eramos compañeros de escuela en el convento de los franciscanos, y nos pasábamos las horas jugando por aquella parte del claustro en que corre el Dussel entre paredones de piedra. Yo dije: Anda, Guillermo, ve a coger aquel gatito que se acaba de caer al agua".—Y con alegría puso el pie en la tabla que cruzaba el arroyo, sacó del agua al gatito, pero se cayó él, y cuando a él le sacaron estaba empapado y muerto... El gatito vivió hasta mucho después.

Hermosísima es la ciudad de Dusseldorf, y cuando la recuerda desde lejos el que por casualidad ha nacido allí, experimenta un sentimiento singular. Allí he nacido yo, y entonces me parece que tengo necesidad de volverme en seguida a mi patria. Y cuando digo mi patria, hablo de la calle de Bolker y de la casa en que vi la luz. Esta casa llegará a ser notabilísima y he mandado decir a la

vieja que es su dueña que por nada del mundo la venda. Hoy no sacará, por toda la casa, el provecho que han de obtener las criadas no más con las nobles inglesas de velo verde que vengan a ver la habitación en que vi la luz por vez primera, y el gallinero en que mi padre me encerraba por robar uvas, y la puerta pintada de obscuro en que mi madre me enseñaba a escribir las letras con yeso... ¡Ay, Dios mío, señora! si he llegado a ser gran escritor, harto trabajo le costó a mi pobre madre.

Pero todavía mi fama duerme en un bloque de mármol de Carrara. El laurel juvenil con que me adornaron la frente, no ha derramado aún su perfume por el universo, y cuando las nobles inglesas de velo verde llegan a Dusseldorf, pasan sin detenerse ante la célebre casa, y se van derechas a la plaza del Mercado, a ver la negra y colosal estatua que se eleva en su centro. La estatua quiere representar al Elector Juan Guillermo. Lleva armadura negra y larga peluca colgante... En mi niñez, oí contar que como el artista encargado de fundir la estatua advirtiera con espanto, durante la operación, que no había cantidad de metal suficiente, acudieron entonces los burgueses de la ciudad y echaron sus cucharas de plata para completar la fundición... Y yo me quedaba parado horas enteras ante la imagen de aquel jinete calculando el número de cucharas de plata que habrían entrado en él y cuántas tortas de manzanas se hubiesen podido comprar por el coste de todas aquellas cucharas. Las tortas de manzanas eran

entonces mi pasión... Ahora lo son el amor, la verdad, la libertad y la sopa de tortuga... Y no lejos de la estatua del Elector, en la esquina del teatro, solía estar un individuo amasado de manera singular, de piernas en forma de sable, delantal blanco, y con una canastilla colgada por delante, toda llena de las sabrosas tortas de manzanas que él sabía elogiar con voz de soprano y acento irresistible: "¡Tortas, fresquitas, recién sacadas del horno! ¡Cómo huelen, cómo huelen!..." Ciertamente, en mis años maduros, cada vez que el tentador ha querido sorprenderme, ha tenido que echar mano de esa voz seductora... Nunca me hubiera pasado yo doce horas en casa de la signora Giulietta, si no hubiese tenido ese dulce y aromado acento de las tortas de manzanas. Y, a la verdad, las tortas de manzanas no me hubieran tentado tan fuertemente, si Hermann el patizambo no las llevara con tal misterio cubiertas con su blanco delantal. Los delantales son lo que... Pero los delantales me apartarían mucho de mi texto. Iba hablando de la estatua ecuestre que tenía en la barriga tantas cucharas de plata, sin sopa, y que representa al Elector Juan Guillermo.

Debió ser un buen señor, muy amigo de las artes y habilísimo de por sí. Fundó la galería de cuadros de Dusseldorf, y aún se enseña en el Observatorio una copa de madera que cinceló artísticamente en sus horas de ocio... Veinticuatro le quedaban al día.

En aquel tiempo, no eran los príncipes persona-

jes atormentados como hoy. La corona les brotaba en la cabeza y se mantenía firme. Por la noche se ponían encima un gorro de algodón y dormían tranquilos, y tranquilos a sus pies dormían los pueblos, y cuando éstos, de mañanita, despertaban, decían: "¡Buenos días, padre!" Y los príncipes contestaban: "¡Buenos días, hijos queridos!"

Mas de pronto cambiaron las cosas. Una mañana, en Dusseldorf, cuando nos despertamos y fuímos a decir: "¡Buenos días, padre!", el padre se había largado y en toda la ciudad reinaba sorda estupefacción. Todos tenían aspecto fúnebre, y la gente se iba silenciosamente al mercado, a leer un largo papel puesto a la puerta del Ayuntamiento. El tiempo estaba encapotado, y a pesar de todo, el flaco sastre Kilian llevaba su blusa de nankín, que no se le veía más que en casa, y las medias de lana azul le caían sobre los talones, de modo que dejaban tristemente al descubierto sus piernecillas desnudas, y los estrechos labios le temblaban mientras iba leyendo aquel papel que en la puerta estaba. Un viejo inválido del Palatinado leía poco menos que en alta voz, y a cada palabra una lágrima muy clara le caía sobre los blancos y leales mostachos. Junto a él estaba yo, con él lloraba, y le pregunté por qué llorábamos. Me contestó: "El Elector da las gracias a sus súbditos por la leal adhesión que le han tenido." Siguió después leyendo, y a las palabras: "y los releva de su juramento de fidelidad", rompió a llorar más fuerte todavía. Es cosa inexplicable eso de ver a un anciano llorar tan fuerte, con un uni-

forme antiguo y una cara de soldado llena de cicatrices. Mientras leíamos, quitaron el escudo electoral que decoraba el Ayuntamiento. Todo adquirió una faz de inquietud y desolación: hubiérase dicho que se esperaba un eclipse. Los señores consejeros municipales paseábanse lentamente con caras desengomadas; hasta el omnipotente comisario de policía parecía no tener nada que prohibir, y miraba a todas partes con indiferencia pacífica, aunque Aloisius el loco bailase como de costumbre a la pata coja, haciendo muecas y salmodiando nombres de generales franceses. Entretanto, el borracho Gumpertz se revolcaba por el arroyo cantando: "Mambrú se fué a la guerra...! (1).

Yo me marché a casa y me eché a llorar diciendo: El Elector nos da las gracias. Mi madre querida intentó calmarme a fuerza de ternura, pero yo sabía lo que sabía y no me dejé persuadir; fuí a acostarme llorando, y soñé que el mundo iba a acabarse. Los hermosos jardines de flores y los prados verdes eran arrebatados de la tierra y arrollados como alfombras; el comisario de policía, subido en una alta escalera de mano, descolgaba el sol como si fuese una linterna; Kilian el sastre estaba cerca de allí y decía: "Tengo que ir a casa a arreglarme bien, porque estoy muerto y hoy me entierran." Y el cielo iba encapotándose más y más, brillaban con parsimonia algunas estrellas, y hasta llegaron a caerse al suelo como las

(1) *Malborough s'en va-t-en guerre*, dice la edición francesa la alemana, *Ça ira, ça ira!*

hojas amarillas del otoño; poco a poco, todos los hombres desaparecían; yo, pobre niño, vagaba de un lado para otro con inquietud. Me detuve al cabo ante una alquería y vi un hombre que removía la tierra con una pala, y junto a él una mujer fea que llevaba en el delantal algo semejante a una cabeza de hombre cortada. Era la luna; la dejó con cuidado en la fosa abierta, y detrás de mí oí al viejo inválido sollozar y deletrear estas palabras: "El Elector da las gracias a sus súbditos."

Cuando me desperté volvía el sol a mostrarse, como de ordinario, por la ventana; oíanse tambores en la calle, y cuando entré en el cuarto de mi padre para darle los buenos días, le vi con capote, empolvándose, y oí que su peluquero le decía que aquella misma mañana se había de prestar juramento al nuevo gran duque Joaquín en la casa de la ciudad; que era el duque de la mejor familia, por haberse casado con la hermana del emperador Napoleón; que tenía buen aire de veras, con aquellos hermosos rizos de cabello negro, que pronto haría su entrada y que ciertamente había de agradar a todas las mujeres. Entretanto el tambor se dejaba oir sin cesar en la calle; salí a la puerta de la casa, y vi el desfile de las tropas francesas, pueblo gozoso de la gloria, que cruzó el mundo cantando al son de su música; los rostros graves y serenos de los granaderos, los gorros de oso, las escarapelas tricolores, las bayonetas centelleantes, los gastadores llenos de jovialidad y pundonor, y el tambor mayor alto, inmenso,

bordado todo de plata, que sabía echar el bastón de pomo dorado hasta un primer piso, y las miradas hasta el segundo, a las muchachas que salían a las ventanas. Me causó regocijo el ver que tendríamos soldados alojados en casa (lo cual no era regocijo para mi madre), y corrí a la plaza del mercado. Tenía aspecto diferente en todo. Parecía que hubiesen blanqueado de nuevo el universo. Un nuevo escudo aparecía colgado en el Ayuntamiento, colgaduras de paño aterciopelado con bordados cubrían el balcón, daban la guardia granaderos franceses, y los señores consejeros antiguos habían vuelto a revestir los rostros reintegrados y los trajes de los días de fiesta; mirábanse como los franceses y se decían: *bonjour!* A todas las ventanas asomábanse las señoras; ciudadanos curiosos y relucientes soldados cubrían la plaza; y yo, como otros chicos, me subí al gran caballo del Elector para ver cómodamente toda aquella tumultuosa muchedumbre del mercado.

Pedro, el hijo del vecino, y Kurz el larguirucho estuvieron a punto de romperse la cabeza en aquella ocasión, y hubiera sido un buen negocio; porque el uno huyó más adelante de casa de sus padres, se fué con los soldados, desertó y le fusilaron en Maguncia. El otro hizo descubrimientos geográficos en los bolsillos ajenos, en atención a lo cual le nombraron miembro activo de una hilandería correccional; rompió un día las cadenas que le sujetaban a aquella casa y a la patria, pasó el mar, y murió en Londres a consecuencia de una corbata demasiado estrecha que se apretó por sí

misma en cuanto un funcionario real quitó la tabla que le sostenía los pies.

Kurz el larguirucho nos dijo que aquel día no habría escuela, a causa de la jura. Mucho tuvimos que esperar a que la jura se realizase. Al cabo quedó lleno el balcón de señores con muchos colorines, de banderas, de trompetas, y el señor burgomaestre, con su famoso vestido rojo, leyó un discurso que se iba alargando como un gorro de algodón hecho a punto de media cuando se le echa dentro una piedra... pero no la piedra filosofal. Oí las últimas palabras; dijo en tono claro que querían hacernos dichosos; y a esas palabras sonaron las trompetas, agitáronse las banderas, redoblaron los tambores, y los vivas resonaron por todas partes. Hasta yo grité *¡viva!* agarrándome con todas mis fuerzas a la peluca del viejo Elector, precaución necesaria porque la cabeza se me iba; ya creía yo verlos a todos andar de cabeza, porque el mundo se había vuelto del revés, cuando el viejo Elector me dijo por lo bajo:—Agárrate bien a la vieja peluca. Y no me recobré hasta oir los cañonazos que retumbaban en las fortificaciones; entonces me bajé poco a poco del caballo electoral.

De vuelta a casa, vi otra vez al loco Aloisius que bailaba a la pata coja salmodiando nombres de generales franceses, y a Gumpertz el borracho correr por las calles relinchando:—"¡Mambrú se fué a la guerra!" Dije a mi madre: "Quieren hacernos felices: por eso no hay escuela."

VII

Al día siguiente, todo había vuelto a entrar en caja; la escuela estaba abierta, como antes, y como antes se aprendían allí de carretilla los reyes de Roma, las fechas cronológicas, los nombres en *im*, los verbos irregulares, el griego, el hebreo, la geografía, el alemán, el cálculo... ¡Dios! aún me da vueltas la cabeza. Todo había que aprenderlo de memoria. Sin embargo, más de una cosa de aquellas me ha servido después de mucho; porque si yo no hubiese sabido de coro la historia de los reyes de Roma, me hubiera tenido sin cuidado saber si Niebuhr ha demostrado o no que nunca existieron; y si no hubiese sabido las fechas cronológicas ¿cómo hubiera podido habérmelas después en la gran ciudad de Berlín, en donde todas las casas se parecen unas a otras como gotas de agua, o como granaderos, y en donde no puede uno dar con sus amistades si no conserva los números en la cabeza? Para cada visita pensaba yo en un acontecimiento histórico cuya fecha correspondiese al número de la casa; así, cada persona me recordaba un hecho de la historia. Por ejemplo, cuando veía a mi sastre, pensaba en la batalla de Maratón; si veía al banquero Cristián Gumpel, de tiros largos, de repente acudía a mi memoria la destrucción de Jerusalén; al divisar a un amigo muy entrampado, pensaba en la huída de Mahoma; viendo al comisario de la Universidad, hombre de severa rectitud proverbial, pensaba en Anán ahorcado, etc., etc. Como llevo dicho, la cronología

es la ciencia más útil. Hombres conozco que sólo algunas fechas tenían en la cabeza y las empleaban hábilmente para encontrar ciertas casas de Berlín, que hoy son profesores numerarios. Para mí, la ciencia de los números constituía en la escuela una grave dificultad. Peor aún iba el cálculo propiamente dicho. No entendía muy bien la suma; la resta, en aritmética, iba algo mejor, porque en esta operación hay una regla principal. "De cuatro a tres, no se puede; hay que tomar prestada una decena"... Pero, en tal caso, aconsejo a todos que pidan prestados, además, algunos céntimos, porque nadie sabe lo que puede ocurrir.

Por lo que toca al latín, no podéis, señora, formaros idea de la complicación que ofrece. A los romanos, si se les hubiese obligado a aprender el latín, no les hubiera quedado tiempo bastante para conquistar el mundo. Aquel pueblo dichoso sabía ya desde la cuna qué sustantivos hacen el acusativo en *im*; yo, por el contrario, tenía que aprenderlo con el sudor de mi frente. Pero siempre está bien que se sepa; pues, por ejemplo, si al sostener el 20 de julio de 1825 en Gotinga, en la sala de actos, una tesis latina (y aquello, señora, valía la pena de oirse) hubiera dicho yo *sinapem* en lugar de *sinapim*, algunos pedantes recién salidos del cascarón que escuchaban lo hubiesen advertido, lo cual sería una vergüenza eterna para mí. *Vis, buris, lussis, cucumis, amussis, cannabis, sinapis*... Esas palabras, que tal sensación han causado en el mundo, se lo deben a que perteneciendo a una

clase determinada, forman empero una excepción. Por eso les profeso tanta estima, y el tenerlas siempre a mano en caso de necesidad, me proporciona, en muchos tristes momentos de la vida, tranquilidad y mucho consuelo.

Pero los verbos irregulares, señora, son de horrible dificultad; distínguense de los verbos regulares en que nos acarrean muchos más golpes. Bajo los arcos sombríos del claustro de los franciscanos, no lejos del aula, pendía entonces un gran crucifijo de madera pintado de gris, imagen de la desolación, que aún se me acerca a veces en sueños, y me mira tristemente con sus ojos fijos e inyectados en sangre. Solíame yo parar ante la imagen y rogaba: "¡Oh tú, pobre Dios, igualmente atormentado; haz, si te es posible, Dios mío, que mi memoria retenga los verbos irregulares!"

Del griego, no hablaré siquiera. No andaban del todo equivocados los monjes de la Edad Media cuando pretendían que el griego es invención del diablo. Dios sabe los sufrimientos que me hizo padecer. Con el hebreo me iba mejor, porque siempre tuve gran predilección por los judíos, aunque hasta ahora no hayan hecho más que crucificar mi reputación; pero no me entendía yo con el hebreo tan bien como mi reloj, el cual tuvo íntimas relaciones con los prestamistas, y hubo de hacerse, en largas permanencias entre ellos, a las costumbres judías. Por ejemplo, el sábado no andaba, aprendió la lengua sagrada y la aprendió gramaticalmente. Más tarde le oí con sorpresa en más de un

insomnio, repetir de continuo:—pokat (1), pokadeti, pikat... pik, pik...

Me las entendí, sin embargo, mucho mejor con la lengua alemana, que no es juego de niños, porque nosotros, los infelices alemanes, abrumados ya por alojamientos militares, quintas, impuestos personales y otros mil engorros, tenemos, encima, que cargar con Adelung (2) y padecer con el acusativo y el dativo. Mucho alemán aprendí del viejo rector Schallmeyer, buen eclesiástico que se tomó interés por mí desde la infancia. Pero recibí también buenas lecciones del profesor Schramm, hombre que escribió un libro sobre la paz universal (3) y en cuya clase mis compañeros se aporreaban de lo lindo.

Escribiendo de un tirón y pensando en toda clase de cosas, os he referido, sin querer, todas las viejas historias de la escuela, y aprovecho esta ocasión para demostraros que no fué mía la culpa si entonces aprendí, de geografía, lo menos que pude, tanto que luego no me pude orientar en el mundo. En aquel tiempo los franceses habían trastornado todas las fronteras. Cada día era necesario iluminar los países; los que antes eran azules, se volvieron de pronto verdes, y muchos hasta se tiñeron de un rojo de sangre; las almas, de que el manual daba cuenta exacta, por tantas veces se trastrocaron y confundieron que ni el dia-

(1) Pakat, en hebreo, quiere decir, buscar.
(2) 1732-1803. Autor de un diccionario y de una gramática de la Lengua alemana.
(3) *Kleiner Beitrag zum Weltfrieden.*

blo las hubiera conocido. Los productos de los países cambiaron de igual modo. La achicoria de café y las remolachas de azúcar brotaron allí donde antes no se veía más que liebres e hidalgüelos que corrían tras ellas. Los caracteres de los pueblos modificáronse también; los alemanes buscaron la comodidad, los franceses dejaron de gastar cumplidos, los ingleses de tirar el dinero por la ventana y los venecianos de ser los más ladinos. Hubo muchos ascensos entre los príncipes, y los reyes antiguos recibieron uniformes nuevos. Se amasaron realezas flamantes, y se despacharon tan bien como los panecillos de la última hornada; a muchos potentados, en cambio, se les puso a la puerta de su país, y tuvieron que ganarse el pan de otro modo. Algunos hasta habían aprendido de antemano un oficio, y, por ejemplo, se dedicaron a hacer lacre (1) o... En resumen, que con tiempos así no se puede adelantar mucho en geografía.

En mejor disposición estamos para la historia natural. Ahí no pueden sobrevenir cambios tan importantes; hay, además, grabados muy exactos de monos, kanguros, cebras, rinocerontes, etc., etcétera. Como esas figuras se me quedaron en la memoria, ha solido suceder luego que muchos hombres, a primera vista, me han parecido antiguos conocimientos.

También anduvo bien la mitología. Mucho gusto me daba conocer a aquellos hermosos dioses

(1) Alusión al emperador Francisco II, cuya ocupación favorita fué esa.

desnudos que tan alegremente gobernaban el mundo. No creo que haya habido jamás en la antigua Roma estudiante que supiese de coro mejor que yo los artículos principales de su catecismo, los amoríos de Venus, por ejemplo. Para hablar con franqueza, ya que nos tenemos qué aprender de memoria los dioses antiguos, hubiéramos debido conservarlos, y no hemos sacado quizá mucha ventaja con nuestros dioses modernos, tristes y aburridos. Quizá esa mitología no era en el fondo tan inmoral como se han empeñado en decir. Por ejemplo, es idea muy decente de Homero la de haber dado un marido a aquella Venus que tantos adoradores tuvo.

Pero me encontré del todo a mis anchas en la clase de francés del abate d'Aulnoi, emigrado francés que había escrito multitud de gramáticas y llevaba peluca roja, y accionaba muy cómicamente para explicar su *Arte poética* y su *Historia alemana*. En la escuela, era el único que enseñaba historia de Alemania. Sin embargo, el francés tiene también sus dificultades, y para aprenderlo, hacen falta muchos alojamientos militares, muchos tambores, y, sobre todo, no hay que ser una *bête allemande*, como decían nuestros maestros en el idioma que gastaban grandes charreteras de oro.

¡*Parbleu, madame*, que he adelantado mucho en francés! No sólo entiendo el *patois*, sino el francés de los cocineros y el de la nobleza alemana. Aun hace poco, en una noble reunión, entendí la mitad de la conversación de dos condesas alema-

nas, cada una de las cuales contaba más de sesenta y cuatro años y otros tantos abuelos. Sí, en el Café Real de Berlín, pude una vez oir hablar francés a Herr Hans-Michel Martens, y entendí todas las palabras, a pesar de que no tenían sentido. Hay que conocer el espíritu del idioma, y ese espíritu se llega a saber perfectamente con ayuda del tambor.

¡Parbleu! ¡qué no debo al tambor francés que tanto tiempo estuvo alojado en casa de mi padre, con boleta de alojamiento, con una cara de los diablos y bueno como un ángel, y, sobre todo, que tan bien tocaba el tambor!

Era una figurilla móvil, con negros y terribles mostachos, entre los cuales salían altaneros dos gruesos labios rojos; sus ojos de fuego tiroteaban a todos lados.

Yo, niño pequeño, me agarraba a él como una hiedra, y le ayudaba a sacar brillo a sus botones, dejándolos como espejos, y a blanquear con yeso el chaleco; porque al Sr. Legrand le gustaba agradar.—Y le seguía al cuerpo de guardia, al toque de llamada, a la formación... Entonces todo era júbilo y resonar de armas... *les jours de fête sont passés.*

El señor Legrand no sabía más que jirones de alemán, sólo las expresiones principales: "Pan... Un beso... El honor..." Pero sabía darse á entender perfectamente con su tambor. Así, cuando yo no sabía lo que significaba la palabra LIBERTÉ, me tocaba en el tambor la Marsellesa, y le entendía. Si ignoraba el significado de la palabra ÉGALITÉ,

redoblaba la marcha: *Ça ira, ça ira! les aristocrates à la lanterne!*, y le entendía. Desconocía yo la palabra BÊTISE, tocaba la marcha de *Dessau,* que nosotros, los alemanes, redoblamos en Champaña durante la revolución, y le entendía. Quiso un día explicarme la palabra ALLEMAGNE, y tocó esa melodía sencilla y primitiva que tocan en días de feria ante los perros bailarines y que suena así: *¡Dum, dum, dum!* (1). Me enfadé, pero también lo entendí.

Del mismo modo me enseñó la historia moderna. Yo no entendía, es verdad, las palabras que iba diciéndome; pero como siempre tocaba el tambor al hablar, ya sabía lo que quería decir. En el fondo, es el mejor método de enseñanza. Se entiende muy bien la historia de la toma de la Bastilla, de las Tullerías, etc., cuando sabe uno lo que los tambores dijeron en tales ocasiones. En nuestro compendio escolar se lee tan sólo:

"Sus Excelencias los Barones y Condes y sus Señoras esposas fueron decapitados.

"Sus Altezas los Duques y Príncipes y sus Altezas consortes fueron decapitados.

"Su Majestad el Rey y la Reina su esposa fueron decapitados."

Pero cuando se escucha el redoble de la sangrienta marcha de la guillotina, se llega fácilmente a comprender todo esto y se da uno cuenta de las razones. Es una marcha terrible, señora. Me daba estremecimiento hasta la médula, cada vez

(1) *Dumm,* en alemán, quiere decir *tonto.*

que la oía, y tuve gran satisfacción cuando la olvidé. Esas cosas las olvida uno cuando envejece, ¡pero ahora los jóvenes tienen tantas cosas que retener en la cabeza! ¡Whist, boston, heráldica, protocolos de la dieta, dramaturgia, liturgia, baile, arte cisoria!, y en verdad que me costaría trabajo retener por más tiempo una tonada. ¡Pero ya lo veis, señora! Un día estaba yo sentado a la mesa con toda una menagerie de condes, marqueses, príncipes, chambelanes, gentileshombres de cámara, sumilleres, grandes dignatarios de la corte, oficiales de boca y monteros, como se llama a los criados de distinción; y los criados subalternos acudían solícitos por detrás de sus sillas, a presentarles los platos llenos. Yo, que pasaba inadvertido, estaba sentado y ocioso, sin ocupación ninguna para mis mandíbulas, amasando una miga de pan y tocando el tambor con los dedos, de aburrido. De pronto, con gran asombro mío, me puse a tocar la sangrienta marcha de la guillotina, por tanto tiempo olvidada.

—¿Y qué pasó?

Aquella gente, señora, siguió imperturbable su comida, sin saber que otra gente, cuando nada tiene que comer, se pone de pronto a redoblar marchas por el estilo, que todos creyeron olvidadas.

¿Era innato en mí el talento de tambor, o lo perfeccioné pronto? Para decirlo de una vez, está en todo mi cuerpo, en cada miembro, en las manos, en los pies, y se manifiesta involuntariamente. Una vez estaba yo sentado, en Berlín, asistiendo al curso del consejero íntimo Schmalz, hombre

que salvó al Estado con su libro acerca del peligro de las capas negras y de las rojas... Ya recordaréis, señora, haber leído en Pausanias algo de una trama, igualmente peligrosa, que se descubrió tiempo atrás por los rebuznos de un asno; sabréis, asimismo, por Tito Livio, o por el manual de Becker, que los gansos salvaron el Capitolio, y por Salustio, que una cortesana locuaz, doña Fulvia, tiró de la manta en la terrible conspiración de Catilina... Sin embargo, para volver a los susodichos carneros, asistía yo al curso del consejero íntimo Schmalz que explicaba el derecho de las naciones, y era en una aburrida tarde de verano, y estaba sentado, en cierto banco, e iba oyendo menos cada vez... Se me había dormido la cabeza... cuando de pronto me despertó el ruido de mis propios pies, que se habían quedado despiertos, y llegaron a oir que se profesaba precisamente lo contrario del derecho de las naciones y que se insultaba a las ideas liberales; y mis pies indignados, aquellos pobres pies mudos, incapaces de expresar su opinión con palabras, quisieron darse a entender tocando el tambor, y tan fuerte tocaron que a poco me sale aquello mal.

¡Mozos imprudentes! ¡pies aturdidos! Igual jugarreta me hicieron una vez que en Gotinga asistía yo a una lección del profesor Saalfeld, que en su erguida movilidad, daba saltos de un lado a otro en su cátedra, calentándose, para poder injuriar acaloradamente al emperador Napoleón... No, pobres pies, no puedo guardaros rencor, y

ni siquiera me hubiese resentido con vosotros si os llegáis a expresar más enérgicamente; pero ¡con qué ardor os oyeron redoblar en el entarimado! ¡Yo, el discípulo de Legrand, iba a dejar que injuriasen al Emperador! ¡al Emperador! ¡al Emperador! ¡al gran Emperador!

Sólo al pensar en el gran Emperador, la memoria se me carga de imágenes doradas y verdes como la primavera; una larga avenida de tilos se abre de súbito ante mí, cantan ruiseñores entre las ramas frondosas, una cascada murmura; en redondeados parterres, flores brillantes doblan con aire pensativo las menudas cabezas; los tulipanes parece que me saludan altivos en su balanceo, las azucenas se inclinan con aspecto melancólico, me sonríen las rosas, la violeta suspira...; me veo transportado al Jardín Palatino de Dusseldorf, en donde tantas veces, tendido en el musgo, escuché piadosamente al señor Legrand, que me iba contando los hechos heroicos del gran Emperador, y me tocaba en el tambor las marchas que acompañaron a tales hechos; tan bien que, en realidad, todo me entraba por los ojos y por los oídos... Así pude ver el paso del Simplón... el Emperador delante, y detrás los valientes granaderos, que van trepando, mientras las aves de rapiña, espantadas, echan a volar con un graznido, y los ventisqueros truenan en la lejanía... Vi al Emperador, bandera en mano, en el puente de Lodi... Vi al Emperador, con su abrigo gris, en Marengo... Vi al Emperador a caballo, en la batalla de las Pirámides... ¡Humo de pólvora, Mame-

lucos nada más!... Vi al Emperador en la batalla de Austerlitz... ¡Oh, cómo silbaban las balas en la llanura helada!... Vi y oí la batalla de Iena: *¡Dum! ¡dum! ¡dum!*... Vi y oí las batallas de Eylau, de Wagram... No, apenas pude resistirlo. El señor Legrand redoblaba de manera que poco le faltaba para romperme el tímpano.

VIII

PERO ¿qué pasó por mí cuando pude verle en persona, con mis propios ojos, a él mismo, ¡hosanna!, al Emperador?

Acababa de entrar en la misma avenida del Jardín Palatino de Dusseldorf. Entre las apreturas de la muchedumbre atónita, pensaba yo en los hechos y en las batallas que el señor Legrand me había tocado en el tambor; mi corazón tocaba a generala... y a pesar de todo, al mismo tiempo, pensaba en las ordenanzas de policía que prohiben pasar a caballo por las avenidas, so pena de 5 thalers de multa. Y el Emperador con su séquito cabalgaba por el centro mismo de la avenida; los árboles, azorados, inclinábanse cuando pasaba él, los rayos del sol filtrábanse temblorosos, con aire de curiosidad, por el verde follaje, y en el cielo azul, veíase centellear claramente una estrella de oro. Llevaba el Emperador su sencillo uniforme verde, y el sombrerillo histórico. Montaba un caballito blanco, y el caballo andaba con tanta altivez, calma y seguridad, de manera tan distinguida... Si hubiera yo sido entonces príncipe real

de Prusia, hubiese envidiado la suerte de aquel caballito. Inclinábase con negligencia el Emperador sobre la silla, casi sin ostentación; con una mano sostenía la rienda y con la otra daba golpes amistosos en el cuello al caballo... Era una mano de mármol que resplandecía al sol, mano poderosa, una de las dos manos que habían domado la anarquía, monstruo de mil cabezas, y ordenado el combate de los pueblos, la que daba suaves golpes en el cuello del caballo. Su rostro tenía también ese color que vemos en las cabezas de mármol de las estatuas griegas y romanas; las facciones tenían la regular nobleza de las caras antiguas, y en ellas se leía: "No tendrás más Dios que yo." Una sonrisa que daba calor y tranquilidad revoloteaba por sus labios, y aun así todos sabían que aquellos labios no tenían más silbar... *et la Prusse n'existait plus.* No tenían más que silbar, aquellos labios, y el Vaticano se derrumbaba. No tenían más que silbar, y todo el sacro imperio romano se ponía en danza. Y los labios sonreían, y los ojos sonreían también. Eran unos ojos claros como el cielo, y podían leer en el corazón de los hombres; veía con rapidez, en una sola mirada, todas las cosas de este mundo, mientras que nosotros no las vemos sino una después de otra, y a menudo no distinguimos más que sus sombras coloreadas. No era tan serena la frente; en ella se cernía el genio de las batallas; en ella se reunían aquellos pensamientos con botas de siete leguas, merced a las cuales el genio del Emperador cruzaba el mundo y creo que cada uno de aquellos pensamientos

hubiera dado a un escritor alemán tela para escribir durante toda su vida.

Iba a caballo, apaciblemente, el emperador, por el centro de la avenida. No había agente de policía que le estorbase el paso. Tras él, montado en corceles espumantes, cargado de oro y de plumas, galopaba su séquito. Redoblaban los tambores, sonaban las trompetas. Cerca de mí danzaba Aloisius el loco, salmodiando sus nombres de generales; más allá, Gumperz el borracho berreaba y el pueblo gritaba con sus mil voces:—¡Viva el Emperador!

IX

El Emperador ha muerto! En una pequeña isla del mar de las Indias está su tumba solitaria, y *El*, para quien el mundo era demasiado estrecho, descansa tranquilamente bajo un menguado montículo, junto al cual cinco sauces llorones dejan colgar con desesperación su larga cabellera verde y un piadoso arroyuelo corre dejando escapar un quejumbroso murmullo. No se ve inscripción en su piedra tumular; pero Clío ha grabado en ella con caracteres invisibles palabras que han de resonar en los siglos más dilatados.

¡Gran Bretaña! tuyo es el mar; pero el mar no tiene agua bastante para lavar la vergüenza que el gran muerto te dejó al morir. No tu sir Hudson, tú fuiste el esbirro siciliano que los reyes conjurados apostaron para vengar secretamente en este hombre salido del pueblo lo que los pueblos ejecutaron en público con uno de ellos.—¡Y

era huésped tuyo, y se había sentado en tu hogar!

Hasta los siglos más remotos, los niños de Francia cantarán y repetirán la terrible hospitalidad del *Belerofonte,* y cuando esos cantos de ironía y de lágrimas resuenen del otro lado del canal, las mejillas de todos los hombres honrados de Inglaterra se teñirán de rubor. Pero día vendrá en que se deje oir ese canto, y entonces ya no habrá Inglaterra. Tendido estará en el polvo, el pueblo del orgullo; los sepulcros de Westmister, convertidos en ruinas y dispersos; el polvo regio que encierran, entregado a los vientos y olvidado. Y Santa Elena será el Santo Sepulcro adonde irán en peregrinación los pueblos de Oriente y de Occidente, en navíos empavesados, y su corazón se fortificará con el magno recuerdo del Cristo temporal, que padeció bajo el poder de Hudson Lowe, como está escrito en los evangelios de Las Cases, O'Meara y Antommarchi.

¡Extraña coincidencia! los tres mayores adversarios del Emperador han tenido una suerte igualmente triste. Londonderry se cortó el cuello, Luis XVIII se ha podrido en su trono, y el profesor Saalfeld sigue siendo profesor en Gotinga.

X

Era un día claro y frío de otoño. Un joven, con trazas de estudiante, paseábase lentamente por las avenidas del Jardín Palatino de Dusseldorf. A veces, como por impulso infantil, daba con el pie a las hojas caídas que cubrían el suelo; otras,

alzaba dolorosamente los ojos a las ramas secas de los árboles que sostenían aún algunas hojitas amarillentas. Aquello le recordaba las palabras de Glauco:

Como las hojas del bosque, así pasan las razas de los hombres;
arranca y seca las hojas el viento, y en primavera
vuelven hojas nuevas, salen brotes nuevos.
¡Así la raza del hombre! Uno viene, otro pasa.

Tiempo atrás, el joven levantó los ojos a los mismos árboles con otros pensamientos: era entonces un mozalbete, que buscaba nidos de pájaros y saltamontes, que le agradaban mucho cuando zumbaban, regocijándose con esta vida tan hermosa, contentos con una sabrosa hoja verde, con una gota de rocío, con un caliente rayo de sol y con el suave olor de las hierbas. En aquel tiempo el corazón del niño estaba tan alegre como esos insectillos. Luego, su corazón llegó a viejo; ya el sol no entraba en él ni las flores derramaban dentro de él sus aromas; hasta se había borrado su dulce sueño de amor. En aquel pobre corazón no había ya más que esfuerzo y pesar, y, para decirlo de una vez, para decir lo más doloroso, aquel corazón era el mío.

Aquel mismo día acababa yo de regresar a mi vieja ciudad nativa; pero no quería pasar allí la noche; mis deseos me llamaban a Godesberg, a sentarme a los pies de mi amiga y a hablar de la pequeña Verónica. Iba a visitar los sepulcros amados. De todos mis amigos, de todos mis parientes, a nadie encontré ya; se habían muerto o habían

salido de la ciudad. Si veía por las calles antiguos rostros conocidos, nadie me reconocía, y hasta la ciudad parecía mirarme con ojos extraños. Habían revocado gran número de casas; en las ventanas aparecían caras nuevas; en derredor de las chimeneas antiguas revoloteaban gorriones decrépitos. Todo parecía tan muerto y tan reciente, sin embargo, como las hierbas que brotan en un cementerio. Donde antes se hablaba francés, oíase ahora la lengua prusiana; hasta una reducida corte prusiana había hecho nido en aquel lugar, y la gente ostentaba títulos singulares. El peluquero de mi madre había llegado a ser el peluquero de la Corte. Lo que más se veía eran sastres de la Corte, zapateros de la Corte, taberneros de la Corte. La ciudad entera parecía una casa de locos de la Corte. Sólo el antiguo Elector hubo de reconocerme. Seguía en su lugar de antes, pero parecía enflaquecido; y era que en aquel lugar había visto todas las miserias del tiempo, y ese no es espectáculo para engordar. Yo estaba como quien sueña, y pensaba en la leyenda de las ciudades encantadas. Corrí a la puerta de la ciudad para no despertarme en seguida. Más de un árbol faltaba en el Jardín Palatino, más de uno se había podrido, y los cuatro grandes álamos que antes me parecían gigantes verdes, se habían vuelto chicos. Paseábanse por allí algunas muchachas compuestas, pintarrajeadas, que parecían tulipanes andantes. A esos tulipanes, los conocí cuando no eran más que cebollitas. Eramos chicos en la misma vecindad y con ellas jugué al corro. Pero las

lindas muchachas que yo conocí como botones de rosa eran ya rosas marchitas, y en más de una frente levantada cuya altivez era encanto de mi corazón, Saturno había recortado con su guadaña hondas arrugas. El humilde saludo de un hombre que conocí rico y distinguido y que había ido cayendo hasta la condición de mendigo, me conmovió profundamente. Como en todas partes, en cuanto los hombres empiezan a caer, experimentan las leyes de Newton y gravitan hacia la miseria con rapidez que va siempre en aumento. Sólo un personaje apenas parecía haber cambiado. Era el barón bajito que saltarineaba alegremente, como antaño, por el Jardín Palatino, recogiéndose con una mano el faldón de la chupa y moviendo con la otra el liviano bastón de junco. Seguía con la misma carita amistosa, cuyos colores habían ido a concentrarse en la nariz; llevaba el sombrero redondo, la coleta antigua y tan sólo unos pelitos blancos sustituían a los pelitos negros de que se formaba; pero, por grande que pareciese su alegría, supe que el pobre barón había sufrido muchos reveses. Aunque su rostro pretendiera ocultarlo, los pelitos blancos de su coleta lo revelaban por detrás; pero hasta la coleta parecía empeñada en el disimulo, tal era la libertad con que se movía.

No estaba cansado, pero sentí deseos de volverme a sentar en el banco de madera en que grabé, tiempo atrás, el nombre de la muchacha que yo quería. Trabajo me costó dar con aquellas letras; tantos eran los nombres que se habían escrito después. ¡Ay! un día me dormí en aquel banco, y

soñé con el amor y con la felicidad; "los sueños son mentira". Los antiguos juegos de mi infancia se presentaron otra vez a mi pensamiento, con las antiguas y hermosas leyendas; pero un juego nuevo y falso, una nueva y horrible leyenda se mezclaba a todos aquellos recuerdos. Era la historia de dos pobres almas que se fueron infieles, y que llevaron luego su deslealtad hasta el punto de hacer traición a Dios mismo. Es una enojosa historia, y cuando no hay cosa mejor que hacer, se puede hasta llorar por ella. ¡Oh Dios! tiempo atrás, la tierra era tan hermosa, y los pájaros cantaban tus loores eternos, y la pequeña Verónica me miraba con ojos tan tranquilos, e íbamos a sentarnos ante la estatua de mármol, a la plaza del castillo... A un lado, alzábase el viejo castillo devastado, adonde acuden los fantasmas, por el que, de noche, se pasea una dama sin cabeza, con vestido de seda negra de larga cola flotante; del otro, hay un vasto edificio blanqueado, cuyos pisos superiores están henchidos de cuadros con marcos brillantes, y abajo se alinean millares de libros que Verónica y yo examinábamos con curiosidad cuando la piadosa Ursula nos levantaba en brazos hasta la altura de las ventanas... Más adelante, ya mayor, subí por las altas escaleras, bajé los libros, y los leí tanto tiempo que a nada temí ya, sobre todo a las mujeres sin cabeza, y tan sabio llegué a ser, que se me olvidaron todos los antiguos juegos, y las leyendas, y los cuadros, y la pequeña Verónica, y hasta su nombre.

Mientras que sentado en el antiguo banco del

Jardín Palatino, volvía en sueños a lo pasado, oí detrás voces confusas que se condolían por la suerte de los pobres franceses presos en la guerra de Rusia y llevados prisioneros a Siberia, donde estuvieron por muchos años, aun después de hecha la paz, y que hasta entonces no volvían a su patria. Cuando alcé los ojos, vi efectivamente a aquellos huérfanos de la gloria. La desnuda miseria se mostraba por los agujeros de sus uniformes desgarrados; pero en sus caras deshechas, en sus ojos hundidos y quejumbrosos, en su andar vacilante, y aunque los más estaban mutilados o cojeaban, manteníase, no obstante, el porte y el paso militar, y ¡extraña cosa! un tambor con su caja iba arrastrándose a su cabeza. Mi primer pensamiento fué, con secreto terror, para la leyenda maravillosa de los soldados que, caídos de día en el combate, se levantan a media noche en los campos de batalla y emprenden, con el tambor a la cabeza, el regreso a su país, para la vieja y triste canción popular:

A media noche se alzan
los esqueletos, y forman:
va el tambor a la cabeza
tran, tran, rataplán, rataplán,
pasan por donde ella vive...

A la verdad, el pobre tambor francés, parecía salir medio consumido de la tumba. No era más que una menguada sombra, cubierta por un capote gris, sucio y grasiento; una faz amarilla de difunto, con unos largos bigotes que caían doloro-

samente sobre unos labios lívidos; los ojos parecían tizones apagados, en los que apuntaban aún algunas chispas, y no obstante, en una sola de aquellas chispas, reconocí al señor Legrand.

El también me reconoció; me atrajo junto a sí, sobre el césped, y nos encontramos otra vez como en aquel tiempo, cuando él me enseñaba en el tambor la lengua francesa y la historia francesa moderna. Era aún la antigua caja tan conocida, y yo no me cansaba de admirar cómo había podido defenderla contra la rapacidad rusa. Siguió tocando el tambor como entonces, pero sin hablar. Y si sus labios permanecían severamente apretados, sus anhelos, que brillaban con aire vencedor cuando hacía sonar las antiguas marchas, no hacían sino ganar en elocuencia. Los álamos se pusieron a temblar junto a nosotros cuando redobló la sangrienta marcha de la guillotina. Redobló también, como entonces, los antiguos combates de la libertad, las antiguas batallas, las proezas del Emperador, y parecía como si la caja fuese un ser animado que se llenase de regocijo al expresar su íntima ventura. Oí nuevamente el trueno del cañón, el silbo de las balas, el estruendo de las armas; volví a ver el valor heroico de la guardia, las banderas tricolores, volví a ver al Emperador a caballo... Pero insensiblemente se fué deslizando un tono siniestro por entre aquellos gozosos redobles; del fondo del tambor escapábanse sonidos en que se confundían el júbilo más vivo y el duelo más profundo; parecía a la vez una marcha triunfal y una marcha fúnebre; los ojos de Legrand

abríanse mucho, como ojos de espectro, y yo veía en ellos un vasto campo de hielo, blanco y liso y cubierto de cadáveres... Hacía resonar la batalla de la Moskowa.

Nunca hubiera yo creído que aquella antigua y ruda caja de tambor pudiese despedir acentos tan lastimeros como los que el señor Legrand sacaba en aquel momento de ella. Eran lágrimas tocadas al tambor y fueron resonando cada vez más dulcemente, y, como un eco sombrío, se repitieron en suspiros profundos en el pecho de Legrand. Y éste fué desmayando cada vez más; fué tomando, cada vez más, apariencia de espectro; sus manos flacas temblaban de frío; parecía soñar, y ya no agitaba más que el aire con los palillos. Al cabo prestó oído, como para escuchar voces lejanas, luego me miró con una mirada profunda, inquieta y suplicante... Le comprendí... Después, su cabeza cayó encima del tambor.

El señor Legrand no ha vuelto a tocar el tambor en esta vida. Su tambor no ha dado ya más sonidos en este mundo. No podía servir para llamar a los enemigos de la libertad... Bien comprendí la última mirada, la mirada suplicante de Legrand. Saqué al punto el estoque de mi bastón y agujereé el parche del tambor.

XI

SEÑORA, de lo sublime a lo ridículo sólo va un paso.

Pero la vida es tan fatalmente seria, que nadie la podría soportar sin esa alianza de lo patético y

lo cómico. Ya lo saben nuestros poetas. Aristófanes sólo nos muestra las pavorosas imágenes del delirio humano en el espejo de la burla; la gran desesperación del pensador que se da cuenta de su propia nulidad, no se atreve a mostrarla Goethe más que en los versos burlescos de una acción de marionetas, y Shakespeare pone los más tristes lamentos por las desdichas de la humanidad en boca de un loco, mientras hace sonar con júbilo sus cascabeles.

A todos les sirvió de modelo el poeta primitivo que en su tragedia universal de mil actos ha llevado ese humor al último extremo, como echamos de ver todos los días. Después de la marcha de los héroes, llegan los payasos y los graciosos con su gorra y su cetro de locura; después de las sangrientas escenas de la república y de los altos hechos del Emperador, aparecen de nuevo los gordos Borbones, con sus antiguas facecias legítimas y sus chistes malos, y viene a zancadas graciosamente la antigua nobleza con su sonrisa de hambre, y detrás, los devotos hipócritas, con sus cirios, cruces y estandartes. Hasta en lo más sublime de la tragedia del mundo se deslizan rasgos cómicos, y el republicano desesperado que se hunde, como Bruto, un cuchillo en el corazón, quizá se asegura antes de que la hoja no huele a sardina. En este gran escenario del mundo, todo ocurre como en las miserables tablas de nuestros teatros; hay en él, asimismo, héroes borrachos, reyes que no se saben el papel, bastidores que se quedan en el aire, apuntadores que apuntan en voz alta, trajes que son lo

principal del asunto... Y en el cielo, arriba, en fila primera, siéntase entretanto la buena sociedad de los ángeles que nos miran con gemelos a nosotros, los cómicos, y Dios ocupa gravemente su palco regio, aburriéndose quizá, o calculando que este teatro no ha de durar mucho tiempo, porque hay actores que cobran demasiado y otros poquísimo, y también porque todos representan muy mal.

De lo sublime a lo ridículo, señora, no va más que un paso. Mientras estaba escribiendo el final del capítulo precedente para contaros cómo murió el señor Legrand, y cómo ejecuté yo fielmente el *testamentum militare* que leí en su postrer mirada, llamaron a la puerta de mi habitación y entró una pobre vieja a preguntarme en tono amistoso si yo no era doctor. Ante mi respuesta afirmativa me suplicó, muy amistosamente también, que fuese a su casa para cortarle los callos a su marido.

XII

Los censores alemanes.....
.....
.....
..... mentecatos.....
.....
.....

XIII

Señora, bajo los calurosos hemisferios de Leda incubábase ya toda la guerra de Troya, y nunca podréis llegar a comprender las famosas lágri-

mas de Príamo si antes no os cuento la vieja historia de los huevos de cisne. Por esto os pido que no os quejéis de mis digresiones. No hay en los capítulos precedentes una sola línea que no tenga relación con nuestra historia; escribo ceñido, evito lo supérfluo, suelo privarme hasta de lo necesario; por ejemplo, no he hecho una sola cita decorosa (no diré ya de espíritus, antes al contrario, hablando estoy de escritores) y sin embargo las citas de escritores antiguos y nuevos son el placer favorito de un autor novel, y unas cuantas citas sabias, buen ornato para quien las hace. No vayais a creer, señora, que la culpa es mía porque desconozca bastantes títulos de libros. Poseo, por otra parte, la finura de los grandes ingenios que entienden muy bien eso de arrancar las pasas del racimo y las citas de los cuadernos de colegio. En caso de necesidad, podría pedir prestadas algunas citas a sabios amigos. Mi amigo Gans, es, por decirlo así, un Rotschild en pequeño por lo que a citas se refiere, y de buen grado me prestaría algunos millones, y, si no las tuviera en casa, fácilmente podría tomarlas a préstamo de otros capitalistas intelectuales. Y a propósito, señora, el Bökch (1) al 3 por 100 sigue estacionario, mientras que el Hegel al 5 por 100 está en alza. No necesito, sin embargo, por ahora préstamo ninguno; soy hombre sólido; tengo diez mil citas que comer al año; y hasta he hallado medio de hacer que pasen, como de buena ley, citas falsas. Si algún sabio,

(1) Augusto Bökch, célebre arqueólogo alemán (1785-1855).

grande y rico, Miguel Beer (1), de Berlín, pongo por caso, quisiera comprarme el secreto, de buen grado se lo cedería por 19.000 thalers, al contado; y hasta le haría rebaja. En interés de la literatura, no quiero tener callado otro invento y voy a publicarlo gratis.

Digo que tengo por cosa útil el citar a todos los autores desconocidos con el número de su casa.

Ciertas "buenas gentes y detestables músicos": (así apostrofa Ponce de León a la orquesta), los pobres autores, están siempre en posesión de un mezquino ejemplar, por lo menos, de aquel libro suyo hace tanto tiempo olvidado, y para dar con ese libro, es necesario saber el número de la casa. Si, por ejemplo, quisiera citar el *Librito de canciones para los compañeros de oficio*, de Spitta (2) ¿cómo os las arreglaríais, señora, para encontrarlo? Pero si hago la cita de este modo: *Vid. Librito de cantos para los compañeros de oficio, por el Sr. Spitta, Luneburgo, Luner-Strasse, n.º 2, a la derecha, junto a la tienda de comestibles*, ya podéis, señora, si creeis que vale la pena, descubrir el librejo; pero no vale la pena.

Por otra parte, señora, no tenéis idea de mi facilidad para las citas. Si hablo, por ejemplo, de comer, advierto en una nota que los romanos, los griegos y los hebreos también comían; cito los platos suculentos que guisaba la cocinera de Lú-

(1) Miguel Beer (1800-1833), autor dramático alemán, hermano del compositor Meyerbeer.

(2) Carlos Juan Felipe Spitta (1801-1850), poeta religioso alemán.

culo... ¡Lástima que haya nacido yo con unos dieciocho siglos de retraso!... Advierto igualmente que las comidas en común, se llamaban entre los griegos de esta o de la otra manera, y que los espartanos comían malas sopas negras... Suerte que yo no existiera en aquel tiempo... No conozco pensamiento más espantoso que el de haber sido yo, pobre infeliz, un espartano, porque la sopa es mi plato favorito... Señora, tengo intención de hacer pronto un viaje a Londres; pero si es cierto que allí no se come sopa, pronto la nostalgia me hará volver al patrio puchero. En cuanto a la cocina de los hebreos antiguos, pudiera extenderme hasta ser prolijo, para descender luego a la cocina judaica de los tiempos modernos... Citaría, con tal motivo, a toda la calle de la Judería (1). Pudiera referir también con qué tolerancia se han expresado muchos sabios de Berlín en la mesa de los judíos; llegaría a las demás ventajas y excelencia de los judíos, a los inventos que se les debe, por ejemplo, el de las letras de cambio, el del cristianismo... Pero ¡alto ahí! No hay que encarecer mucho su mérito en cuanto a la invención del cristianismo, porque a decir verdad, aún lo hemos practicado poco... Creo que a los propios judíos les salió con él peor la cuenta que con el invento de las letras de cambio. Pudiera, a propósito de los judíos, citar también a Tácito. Dice que adoraban a los asnos, en sus templos, y tratándose de asnos ¡cuán vasto campo de citas se abre delante

(1) El *Steinweg*, de Hamburgo, donde están casi todos los restaurantes.

de mí! ¡Qué de cosas notables puede uno decir sobre los asnos antiguos en contraposición con los modernos! ¡Cuán razonables eran aquéllos, y éstos cuán estúpidos! ¡con qué buen sentido habla, por ejemplo, el asno de Balaam!

Vid. Pentat., lib...

No tengo, señora, precisamente el libro a mano y dejo en blanco el lugar. Pero en cuanto a la insípida insignificancia de los asnos modernos puedo citar:

Vid.....

.....

No; quiero dejar también en blanco la cita; si no también me citarían a mí por difamación. Los asnos modernos son asnos. Los asnos antiguos, que tan alto grado de civilización tenían,

Vid. Gesneri: *De antiqua honestate asinorum.*

—In comment. Gœtting. t. II, p. 32.—

se agitarían en su sepultura si oyesen cómo se habla de sus descendientes. En otros tiempos la palabra *asno* era un título de honor, y tenía el valor que hoy tienen los de consejero áulico, barón, doctor en filosofía, etc. Jacob compara con un asno a su hijo Isacar, Homero a su héroe Ayax, y hoy se compara con ese animal al señor Stuhr, que quiere matarse por un amor desesperado!... Señora, a propósito de asnos semejantes, podría penetrar más aún en la literatura y citar a todos los grandes hombres que fueron enamorados: por ejemplo a Abailardus, Picus Mirandolanus, Borbonius, Cartesius, Angelus Politianus, Raymundus Lullus, y Henricus Heineus... A

propósito del amor, podría citar también a todos los grandes hombres no fumadores, por ejemplo, a Cicerón, Justiniano, Gœthe, Hugo (1), yo... Por casualidad, resulta que los cinco somos algo jurisconsultos. Mabillon no podía soportar el humo de una pipa extraña, y en su *Iter Germanicum* se queja, hablando de las hosterías alemanas: *quod molestus ipsi fuerit tabaci grave olentis fœtor*. En desquite, se atribuye a otros grandes hombres cierta predilección por el tabaco. Rafael Thorns escribió un himno al tabaco (no sabréis, quizá, señora, que Isaac Elzevirio lo imprimió en Leyden, *anno* 1628, tamaño en 4.º) y Ludovico Kinschot le puso un prólogo en verso. Grævius llegó a hacer un soneto al tabaco. A Boxhornius el grande le gustaba el tabaco. Bayle, en su *Diccionario crítico e histórico* dice de él que se dejó decir que Boxhornius el grande se ponía, para fumar, un sombrerón con un agujero en el ala, por delante, para meter la pipa sin que incomodase mientras estudiaba...

Ya veis, señora, que no carezco de solidez ni de profundidad. Sólo que no me las arreglo muy bien todavía con la sistematización. Como verdadero alemán, hubiera debido comenzar este libro con una explicación de su título, como es uso y tradición del sacro imperio romano. Cierto que Fidias no puso prefacio a su Júpiter, y que tampoco se halla cita ninguna en la Venus de Médicis, que he contemplado en todos sus aspectos...

(1) Consejero de justicia (1764-1844).

Pero los griegos antiguos eran griegos y nosotros, nosotros somos buenos alemanes; no podemos renegar por completo de la naturaleza alemana, y por lo tanto, aunque sea fuera de lugar, necesito explicarme acerca de la palabra *Ideas* que escribí en la cubierta de mi libro.

Hablaré, pues, señora,

1.º De las ideas,

A. De las ideas en general,

α. De las ideas razonables,

β. De las ideas no razonables,

a. De las ideas ordinarias,

b. de las ideas encuadernadas en piel de cerdo.

Estas secciones estarán subdivididas en... pero todo ello habrá de verse en tiempo y lugar oportunos.

XIV

PERO, ante todo, señora, ¿tenéis idea de una idea? ¿Qué es una idea? Algunas ideas buenas hay en ese traje,—me decía mi sastre contemplando con seria mirada de inteligente la levita que data de mis tiempos de elegancia en Berlín, y que había de convertirse ahora en bata respetable. Mi lavandera se queja de que el pastor Strauch ha imbuído ciertas ideas en la cabeza de su hija, volviéndola loca sin que haya medio de que se avenga a razones. El cochero Pattensen masculla a todas horas estas palabras: "¡Es una idea, es una idea!" Pero ayer se puso muy enfa-

dado cuando le pregunté qué era, para él, una idea. Y mal humorado, refunfuñaba: "¡Pues vaya, hombre, una idea es una idea! Una idea es una tontería que se le mete a uno en la cabeza..." En este sentido emplea la palabra el señor consejero áulico Heeren (1), de Gotinga, como título de un libro.

Pattensen el cochero es hombre capaz de encontrar camino de noche y con niebla por las vastas landas de Luneburgo. El consejero áulico Heeren es hombre cuyo instinto, igualmente sutil, sabe hallar las antiguas rutas de las caravanas de Oriente y las recorre de medio siglo a esta parte con tanta seguridad y paciencia como un camello de la antigüedad. En tales seres bien puede uno fiar y seguirlos con tranquilidad completa: por eso he dado el título de IDEAS a este libro.

El título de un libro significa, pues, tan poca cosa como el título del autor. No lo ha escogido éste a consecuencia de un orgullo de erudito, y de ningún modo ha de servir ese título para que se le acuse de vanidad. No soy yo vano, señora, podéis tener la seguridad más dolorosa de que no lo soy. Esta advertencia es necesaria, como veréis más abajo; no soy vano, y aunque brotara sobre mi cabeza un bosque de laureles y aunque un mar de incienso inundara mi corazón juvenil, no por ello me envanecería. Mis amigos y otros contemporáneos se han encargado cuidadosamen-

(1) Arnoldo Hermann Luis Heeren, célebre historiador alemán (1760-1842), autor de *Ideas acerca de la política, las relaciones y el comercio de los pueblos de la Antigüedad.*

te de destruir semejante vicio. Ya sabéis, señora, que las viejas comadres suelen denigrar un poco a sus hijos queridos cuando los alaban por guapos, para que la alabanza no eche a perder a las criaturitas... Ya sabéis, señora, que allá en Roma, cuando el triunfador llegaba del Campo de Marte, coronado de gloria, vestido de púrpura, y hacía su entrada en un carro de oro arrastrado por blancos corceles, dominando, como un dios, el cortejo solemne de lictores, músicos, danzantes, sacerdotes, esclavos, elegantes, portadores de trofeos, cónsules, senadores y soldados, la canalla, tras él, iba cantando fescenias y sátiras insultantes; y ya sabéis, señora, que hartas viejas comadres y canalla hay en nuestra querida Alemania..

Ya lo véis, señora; las ideas de que se trata aquí, tan alejadas están de las ideas platónicas como Atenas de Gotinga, y tan poco bueno podéis esperar de este libro como de su autor. A decir verdad, que pueda éste haber despertado tales esperanzas, es tan incomprensible para mí como para mis amigos. La condesa Julia pretende explicarlo y asegura que cuando al autor susodicho se le ocurre algo verdaderamente ingenioso y verdaderamente nuevo, no hace más que fingir, y que en el fondo es tan necio como los demás. Ello es falso; yo no disimulo; hablo como me lo pide el pico, escribo inocentísimamente, con toda sencillez lo que se me viene a las mientes, y no es mía la culpa si hay en ello sentido común. Pero siempre he tenido mejor suerte en literatu-

ra que con la lotería de Altona (¡ojalá fuese a la inversa!) y de la pluma me salen muchos ambos de sentimientos, muchas cuaternas de pensamientos, y Dios es quien lo hace; pues EL, que niega a los piadosos cantores de Eloha y a los poetas edificantes los pensamientos hermosos y la gloria literaria, para que no se les alabe demasiado por la criatura, lo cual les haría olvidarse del cielo, en donde ya les preparan los ángeles morada... EL nos gratifica, a nosotros los escritores profanos, pecadores y heréticos, para quien el cielo ha de permanecer cerrado, EL nos gratifica con tanto más de pensamientos notables y gloria terrenal, todo ello por gracia y misericordia divinas, para que nuestra pobre alma no se vaya del todo en ayunas y pueda saborear en la tierra un poco de las delicias que se le negarán en las alturas

Vid. Gœthe y la Sociedad de los buenos libros.

Ya veis, pues, señora, que podéis leer sin riesgo mis escritos, que precisamente dan testimonio de la gracia y de la misericordia de Dios. Escribo con una confianza ciega en su omnipotencia y soy, en este respecto, escritor enteramente religioso, y, para confesar la verdad, en el momento de dar principio a este período, aún no sé cómo voy a terminarlo y lo que en él voy a decir, al cuidado de Dios lo dejo. ¡Y cómo pudiera, además, escribir, sin esta piadosa confianza en la voluntad divina! En mi habitación está ahora el aprendiz del impresor Langhoff, en espera de original; la palabra, recién nacida, corre, ardorosa y húmeda,

hacia la prensa, y lo que estoy pensando, lo que siento en este instante, puede ser ya maculatura esta noche.

Fácil os será, señora, recordarme el *nonumque prematur in annum,* de Horacio. Esta regla podrá, como tantas otras, ser muy buena en teoría, pero en la práctica nada vale. Cuando Horacio daba al autor la regla famosa de que dejase dormir la obra durante nueve años en su gaveta, hubiera debido darle al mismo tiempo una receta para vivir nueve años sin comer. Cuando a Horacio se le ocurrió regla semejante, estaría, quizá, sentado a la mesa de Mecenas, comiendo capones trufados, pudín de faisán con salsa, alondras persas con nabos de Teltow, lenguas de pavo real, nidos de aves índicas, y Dios sabe cuántas cosas más, todas ellas gratis. Pero nosotros, rezagados infelices, vivimos en otros tiempos; nuestros Mecenas tienen muy distintas convicciones: creen que los autores y los nísperos se sazonan cuando se les deja por algún tiempo sobre pajas; creen además que los perros literarios nada valen para cazar imágenes e ideas si engordan demasiado, y cuando por casualidad alimentan bien a un pobre perro, es ¡ay! al que menos lo merece, por ejemplo, al de aguas, que lame la mano, o al falderillo bolonés que sabe acurrucarse en el seno perfumado de la señora de la casa, o al perrillo paciente que sabe recoger lo que se le echa, bailar y tocar el tambor... En el momento en que escribo estas líneas mi galguito se empina por detrás de mí y ladra...—Cállate, amigo, no quise hablar

de ti, porque tú me quieres, acompañarías a tu amo en el infortunio y por entre los peligros, y morirías sobre su tumba con tanta fidelidad como tantos otros perros alemanes que, desterrados a país extranjero, se tienden a las puertas de Alemania, gimen y mueren... Perdonadme, señora, que haya hecho una digresión para ofrecer un desagravio a mi pobre perro; torno a la regla de Horacio y a su impractibilidad en el siglo XIX, en que los poetas han de comer... A fe mía, señora, que no pudiera yo resistir ni aun venticuatro horas, y mucho menos nueve años: a mi estómago no le hace mucha gracia la inmortalidad. Considerándolo bien todo, no quiero ser inmortal más que a medias, y tener una comida entera; y si Voltaire consentía en ceder, por la buena digestión de una comida, trescientos años de su gloria eterna, yo ofrezco el doble por la comida en sí. ¡Ay! ¡qué hermosas, qué apetitosas comidas puede uno hacer en este mundo! Razón tiene el filósofo Pangloss: es el mejor de los mundos posibles. Pero hay que tener dinero en el bolsillo, y no un manuscrito en la gaveta. El fondista del *Roi d'Angleterre,* es escritor y conoce la regla de Horacio, pero no creo que me diese de comer nueve años seguidos si yo quisiera aplicarla.

¿Y por qué he de aplicarla, en el fondo? Tengo tantas buenas cosas que escribir, que no necesito mucho tiempo para escoger. Mientras mi corazón esté lleno de amor y la cabeza del prójimo llena de tontería, no ha de faltarme tema para escribir Y mi corazón no dejará de amar mientras existan

mujeres; si con ésta se enfría, aquella le inflamará, y así como en Francia el rey nunca muere, así no muere nunca la reina de mi corazón, y escucho en él el grito de: ¡La reina ha muerto! ¡viva la reina! Otro tanto ocurre con la tontería del prójimo, que no ha de perecer nunca; porque discreción sólo hay una y tiene límites marcados, pero hay mil locuras inconmensurables. El sabio casuísta y confesor Schupp (1) hasta llega a decir: "En el mundo hay más locos que hombres..."

Vid. Schuppi doctu Opera, p. 1.121.

Cuando uno recuerda que Schuppius el grande vivió en Hamburgo, no se halla exageración en ese dato estadístico. Yo vivo en la misma ciudad, y puedo decir que siento completa satisfacción cuando pienso que de todos los tontos que aquí veo, puedo sacar partido en mis obras; son honorarios contantes, oro en lingotes. Ahora estoy en plena recolección. El Señor me ha bendecido; los tontos han producido mucho este año, y, como buen ecónomo, no consumo de una vez más que unos cuantos, escojo la mejor especie y la dejo apartada para lo porvenir. Se me ve con frecuencia de paseo, alegre y de buen humor. Como rico negociante que, de entusiasmo, va frotándose las manos al pasar por entre las filas de cajones, toneles y fardos de su almacén, me paseo yo entre los míos. Todos me pertenecéis, a todos igualmente os quiero, y os quiero como queréis al dinero vosotros, lo cual es mucho decir. De buena gana

(1) Juan Baltasar Schuppius (1610-1661), célebre escritor y predicador alemán. Fué también gran satírico.

me eché a reir cuando supe, no hace mucho, que uno de mis tontos había manifestado con inquietud que él es tonto tan capital que podría yo vivir de él como de un capital consolidado. Muchos tontos hay de esa especie, que no sólo son para mí dinero contante, sino que tengo destinado a determinado uso el dinero que me puedan producir. Por ejemplo, con el precio de cierto millonario gordo y bien relleno, me he de hacer cierto sitial bien almohadillado, de los que los franceses llaman *chaise percée*. Por la gorda millonaria, tendré un caballo. Cuando veo al rollizo... (antes entraría un camello en el reino de los cielos que pasara este hombre por el ojo de una aguja), cuando le veo pavonearse pesadamente en el paseo, me pongo de un humor singular, y aunque para él soy totalmente desconocido, le saludo involuntariamente y me devuelve el saludo con aire tan cordial, tan atractivo, que sin tardanza sacaría provecho de su bondad si no fuese por lo que me azoran los hombres endomingados que pasan. Su señora esposa no es mujer a quien haya que desdeñar... Sólo un ojo tiene, pero tanto más verde es. La nariz parece una torre vuelta hacia Damasco. Grande como el océano es su seno y en él flota toda guisa de cintas, como las banderolas de los navíos que navegan por aquel océano... Se marea uno sólo de verla. Tiene la nuca gorda y abundante como un... (Más abajo está la imagen comparativa.) Y para tejer la cortina morada que cubre esa imagen comparativa, millares de gusanos de seda se han pasado la vida hilando. ¡Ya

veis, señora, el caballo que me puedo proporcionar! Cuando encuentro a esa dama en el paseo, el corazón se me pone a dar saltos; me parece que monto, que hago silbar el látigo, chascar los dedos, sonar la lengua, que llamo a las piernas en mi ayuda... ¡Jop, jop!... ¡brr! ¡brr!... y la excelente criatura me mira con tanta inteligencia, relincha con los ojos, resopla con la nariz, coquetea con la grupa, y emprende de pronto un trotecillo... Y yo, con los brazos cruzados, la miro complaciéndome, y medito si la llevaré de la brida o con freno, si le pondré silla inglesa o silla polaca, etcétera, etc. La gente que me ve así, no comprende qué es lo que de tal modo puede cautivarme en mujer de su especie. Lenguas entrometidas disponíanse ya a molestar a su señor esposo, dándole a entender que yo miraba a su compañera con ojos de pícaro. Pero mi respetable y muelle *chaise percée* contestó, según me han dicho, que me tenía por un mozo inocente y hasta un poco tímido, que le contemplaba con cierta benignidad como quien sientiese necesidad de desahogarse con él y sólo le retuviera un obstáculo entorpecedor. Mi noble corcel pensaba, en cambio, que yo tenía aspecto desprendido y caballeresco, y que mi oficiosa cortesía tan sólo anunciaba el deseo de que me invitasen una vez a comer con ellos.

Ya veis, señora, que puedo sacar provecho de todos los hombres, y que el almanaque de señas es, a decir verdad, el inventario de mi activo. Tampoco, por la misma razón, puedo hacer bancarro-

ta, porque convertiría en fuentes de productos a mis propios acreedores. Además, como dije, vivo con mucha economía, con desesperante economía. Por ejemplo, en el punto en que esto escribo, vivo en un cuarto sombrío y triste de la calle de las Tinieblas, pero con gusto me acomodo en él; podría, además, si quisiera, establecerme en el más hermoso jardín, de igual modo que mis amigos y parientes: para ello no tendría que hacer más que realizar mis prácticas matinales. Estas, señora, se componen de barberos descañonados, alcahuetes venidos a menos y fondistas que no tienen qué comer, verdadera escoria que sabe dar muy bien con mi casa; por una propina contante, me cuentan la crónica escandalosa de sus barrios respectivos. ¿Os maravilla, señora, que no haya puesto, de una vez para siempre, de patitas en la calle a toda esa caterva?... Pues ¿qué os habéis figurado, señora? Esas son mis flores. Algún día las describiré en un hermoso libro que ha de producirme lo bastante para comprar un hermoso jardín, y en sus caras rojas, amarillas, azules y amazorcadas, creo ver ya las flores de ese jardín. ¡Qué me importa si la nariz ajena pretende que esas flores no huelen más que a aguardiente, a tabaco, a queso y a vicio! Mi nariz, chimenea de mi cabeza, por la cual sube y baja la imaginación a guisa de deshollinador, sostiene lo contrario, y no encuentra en ellos más que olor a rosas, a jazmines, a violetas, a claveles, a alelíes... ¡Ah, qué bien he de hallarme, por la mañana, en mi jardín, oyendo el cantar de los pájaros, calentando mi

cuerpo al sol tibio, respirando el hálito fresco del verdor, y recordando, a la vista de las flores, a esa canalla matinal!

Mas por ahora vivo aún en la sombría calle de las Tinieblas, en mi obscuro cuartito, y me contento con colgar en el medio al mayor obscurantista del país.—*Mais, y verrez-vous plus clair alors?*...—Ya lo creo, señora... Pero no se engañe, que no es el hombre en persona lo que cuelgo, sino la lámpara de cristal que he de comprar con lo que él me produzca. Sin embargo, creo que sería mejor y que caería de pronto una gran claridad sobre el país, si se colgase *in natura* a los obscurantistas.

. . . . . .

Señora, de pronto me acometen unas ganas muy grandes de almorzar, porque estoy sentado, escribiendo, desde las siete, y ya empieza a hacer frío en mi estómago y en mi cabeza. No me siento, esta mañana, en muy feliz disposición para escribir; advierto que Dios me abandona... Temo, señora, que lo hayáis echado de ver antes que yo... Sí, noto que la asistencia divina no me ha sostenido ni una vez en esta mañana... Voy a almorzar, señora, y después de almorzar empezaré un capítulo nuevo para contaros cómo, después de la muerte de Legrand, llegué a Godesberg.

Tengo un hambre colosal. Me parece que podría devorar en mi almuerzo todos los elefantes del Indostán, y que la catedral de Estrasburgo podría servirme de mondadientes. Siempre tengo más hambre por la mañana que por la tarde. Pero de

noche me entra una sed tan sentimental, que de buena gana me echaría al coleto, enterita, la vía láctea del cielo.

XV

LLEGADO a Godesberg, fuí a sentarme a los pies de mi hermosa amiga—su perrazo pardo se echó junto a mí—y nos miramos a los ojos.

¡Dios mío! en aquellos ojos se hallaba toda la felicidad de la tierra y un cielo entero. Hubiera podido morirme de ventura al contemplar aquellos ojos, y si en aquel instante me hubiese muerto, mi alma había volado derecha a meterse bajo sus párpados. ¡No, no puedo describir aquellos ojos! Haré que de la casa de orates venga el poeta aquel que perdió cabeza de amor para que me busque en el abismo de su locura una imagen con que pueda comparar aquellos ojos... Dicho sea entre nosotros, harto loco estoy yo para no necesitar de ayuda en cuestión semejante.

¡God d. m!—dijo cierta día un inglés—cuando os mira con esa tranquilidad, de arriba a abajo, sus miradas harían derretir los botones de cobre del frac y el corazón con ellos.

¡F—e!—dijo un oficial francés—son ojos del calibre más grueso, que os disparan miradas de a treinta y seis; y si dan en el blanco, ¡crac!, caeis enamorados.

Estaba allí cierto abogado de Maguncia, pelirrojo, y dijo:—Sus ojos parecen dos tazas de café

puro. Creía decir algo muy dulce, porque siempre echaba una cantidad horrible de azúcar en el café.

¡Tristes comparaciones!

Yo y el perro pardo, estábamos sentados silenciosamente a los pies de la hermosa dama; la mirábamos, escuchando. Sentábase ella junto a un veterano canoso, figura caballeresca, que tenía una temible frente cubierta de cicatrices. Ambos hablaban de las Siete Montañas coloreadas de rojas tintas por el sol poniente, y ante las cuales las ondas azules del Rhin pasaban majestuosas y apacibles. ¡Qué nos importaban a nosotros las Siete Montañas, y el sol poniente, y las ondas azules del Rhin, y las barcas de velas blancas que flotaban en su superficie, y la música que en una de aquellas embarcaciones sonaba, y aquel pánfilo de estudiante que cantaba tan amorosamente en aquella barca!... Yo y el perro pardo nos mirábamos en los ojos de nuestro amiga, admirando su rostro que brillaba entre sus trenzas y sus rizos negros, como la luna cuando se muestra sonrosada y argentina entre nubes obscuras. Eran nobles rasgos griegos, labios atrevidamente curvos, con sello de melancolía, de ternura y de alegría infantil, y cuando hablaba, resonaban profundamente las palabras, como suspiros, aunque saliesen vivas e impacientes. Y cuando habló, cuando las palabras cayeron de su boca como cálida y risueña lluvia de flores, ¡ah!, entonces los rojos destellos de la tarde colorearon mi alma, y todos mis recuerdos infantiles desfilaron con la música a la

cabeza; al cabo, por encima de todo, la voz de la gentil Verónica resonaba como el tañido de una esquila; cogí la mano de mi hermosa amiga y la oprimí contra mis ojos hasta que aquellos acordes se extinguieron en mi alma. Luego nos levantamos, riendo yo, ladrando el perro, y la frente del veterano general se ensombreció más todavía.

Y volví a sentarme, cogí de nuevo la manecita, la besé, y comencé a hablar de la pequeña Verónica.

XVI

DESEÁIS, señora, que os describa el porte de la pequeña Verónica; pero no quiero. A vos, señora, no se os puede obligar a leer en este libro una línea más de las que queráis; yo, por lo que a mí toca, tengo el derecho de no escribir más que lo que guste. Tengo, pues, gusto ahora en describiros la bella mano que besé en el capítulo precedente.

Ante todo, he de reconocerlo, no era yo digno de besar aquella mano. Era una bella mano, tan tierna, tan transparente, tan suave, tan perfumada, tan sedosa, tan aterciopelada... A decir verdad, ganas me entran de mandar a la botica por dos reales de epítetos.

En el dedo corazón había un anillo con una perla... ¡Nunca he visto perla que representara más desairado papel! En el anular, llevaba una sortija con un lapislázuli antiguo en que he estudiado ar-

queología durante horas enteras. En el índice llevaba un diamante; era un talismán, pues mientras lo miraba me sentía dichoso, porque donde estaba él allí estaba también el dedo con sus cuatro colegas. Y ella, con los cinco dedos, solía darme un golpe en la boca. Desde que me vi tratado así tengo seria y firme creencia en el magnetismo. Pero no daba fuerte, y siempre lo tenía yo merecido por alguna palabra impía. Cuando me daba un golpe, arrepentíase al momento; cogía un pastel, lo partía en dos pedazos y me daba la mitad, dándole al perro pardo la otra y diciendo con dulce sonrisa: "Ninguno de los dos tiene religión, y no iréis con los elegidos; de modo que, en este mundo, hay que daros pasteles, porque en el cielo no ha de haber mesa puesta para vosotros." Algo de razón tenía; entonces era yo muy irreligioso; estaba leyendo a Tomás Payne, el *Sistema de la Naturaleza,* el *Indicador Westfaliano,* y a Schleiermacher; me dejaba crecer la barba y la razón y quería alistarme como racionalista. Pero cuando la bella mano pasaba sobre mi frente, se me paraba la razón, me sentía henchido de dulces sueños, creía oir cánticos y pensaba en la pequeña Verónica.

Señora, no podéis figuraros cuán linda estaba Verónica en su ataúd tan chico. Los cirios que encendieron en derredor suyo, echaban su resplandor sobre aquella carita pálida y sonriente, y sobre las rositas de seda roja y las hojas de similor que adornaban su cabecita y su camisilla mortuoria. La piadosa Ursula me llevó al anochecer a

aquel aposento tranquilo, y al ver el pequeño ataúd, los cirios y las flores que había sobre la mesa, creí al pronto que era una linda imagen de santita de cera; pero pronto reconocí aquel rostro querido y, riendo, pregunté por qué se estaba tan quieta la pequeña Verónica. Y Ursula me dijo: "Eso es la muerte".

Cuando dijo: "Eso es la muerte"... Pero no quiero contar ahora esa historia, porque se alargaría demasiado. Antes tendría que hablar de la urraca coja, que daba saltitos por la plaza del castillo y que tenía más de trescientos años, y eso me pondría melancólico.

Ganas me dan de contaros otra historia. Es muy interesante y viene muy a cuento en este lugar, porque es precisamente la historia que quería referir cuando empecé.

XVII

Sólo tinieblas y dolor había en el seno del caballero. Harto bien herido estaba por el dardo de la calumnia, y al cruzar la plaza de San Marcos parecióle que su corazón iba a derramar sangre y a romperse. Le flaqueaban de laxitud las piernas y era día bochornoso de verano. El sudor le corría por la frente, y cuando entró en la góndola dió un hondo suspiro. Permaneció sentado maquinalmente en la negra cámara de la góndola, miró con aire distraído a las ondas muelles de las lagunas, que le transportaron a un lugar sobrado

conocido del Brenta, y cuando bajó ante aquel palacio que tan bien conocía, oyó que le decían: "La signora Laura está en el jardín."

Estaba en pie, apoyada en la estatua de Laocoonte, junto a una mata de rosas rojas, al extremo de la terraza, no lejos de los sauces llorones que melancólicos se inclinan sobre el río; allí estaba, como risueña y dulce imagen del amor, rodeada de rosas. El se despertó como de un mal sueño y se halló sumergido en delicias y deseos.

—Signora Laura, dijo, soy un desventurado, perseguido por el odio, la miseria y la mentira.

Vaciló después y balbució:

—Pero os amo.

Luego se le escurrió de los ojos una lágrima de alegría, y con los ojos húmedos, ardientes los labios, exclamó:

—¡Se mía! ¡quiéreme!

Un velo misterioso cayó sobre aquella hora. No hay mortal que sepa lo que contestó la signora Laura, y cuando se le pregunta a su buen ángel de la guarda en el cielo, esconde la cabeza, suspira y calla.

Mucho tiempo hubo de permanecer solo el caballero junto a la estatua de Laocoonte. Tenía el rostro, como ella, blanco y deshecho. Deshojaba, maquinalmente, todas las rosas y hasta rompió los capullos nuevos... El árbol no ha vuelto a dar flores... A lo lejos, un ruiseñor enfermo dejaba oir melodías quejumbrosas; agitados estaban los sauces; las negras ondas del Brenta murmuraban sordamente; se alzó la noche en el cielo con su

luna y sus estrellas, y una estrella hermosa, la más hermosa de todas, cayó cortando el cielo y desapareció.

XVIII

Vous pleurez, Madame?

¡Ah! ¡iluminen todavía por mucho tiempo al mundo con sus rayos esos ojos que tan hermosas lágrimas vierten, y ciérrelos un día tierna mano al llegar la hora suprema! Una suave almohada, buena cosa es aun a la hora de la muerte, señora, y ojalá no os falte; y cuando en ella se recline vuestra cabeza fatigada, y vuestros cabellos negros se esparzan sobre vuestras pálidas mejillas, Dios quiera devolveros entonces las lágrimas que por mí corrieron... porque soy el caballero andante del amor, el caballero de la estrella caída.

—*Vous pleurez, Madame?*

¡Ay, conozco esas lágrimas! ¿A qué fingir más tiempo? Vos misma sois, señora, la hermosa dama que tan amargamente lloró en Godesberg al relato de esta triste historia de mi vida... Como perlas sobre rosas os corrían las lágrimas por las mejillas... El perro pardo seguía inmóvil; sonaba el *angelus* en Kœnigswinter; el Rhin murmuraba con mayor dulzura; la noche cubría la tierra con su manto negro; y yo estaba sentado a vuestros pies, señora, mirando al cielo estrellado. Por un momento, pareciéronme vuestros ojos dos estrellas. Pero ¿cómo confundir con estrellas ojos tan be-

llos? No pueden esas frías luces del cielo llorar por la miseria de un hombre, de un hombre tan miserable que ya ni lágrimas tiene.

Y tenía yo, además, razones particulares para no dejar de reconocer esos ojos. En esos ojos moraba el alma de la pequeña Verónica.

He calculado, señora, que nacisteis precisamente el día en que murió la pequeña Verónica. Johanna de Andernacht me prometió que de nuevo hallaría en Godesberg a la pequeña Verónica... y en seguida os reconocí. Mal pensamiento tuvisteis entonces, señora, al morir cuando vuestros lindos ojos empezaban a estar tan bien. Desde que la piadosa Ursula me dijo: "Eso es la muerte", paseábame yo solo y grave por la galería de pinturas; pero las figuras aquellas no me gustaban ya como antes: me parecían haber perdido del todo el color. Sólo un cuadro conservaba su colorido y su brillantez... Ya sabéis, señora, de qué cuadro hablo yo.

Es el del sultán y la sultana de Delhi.

¿Recordáis, señora, cómo nos estábamos parados horas enteras ante aquel cuadro? ¿Y de qué modo singular hacía muecas la piadosa Ursula cuando la gente advertía que las figuras del cuadro tenían tal parecido con nosotros? Señora, hallo que estabais muy parecida, y es inconcebible que el pintor haya podido pescar hasta el traje que llevabais en Delhi. Dicen que estaba loco y que había soñado aquella imagen. ¿O residió acaso su alma en aquel mono sagrado que tras de vos estaba como un jockey? En tal caso, debió acordarse.

de aquel velo gris plata en que vertió vino, manchándolo. Me alegré al ver que os lo quitaban; no os sentaba del todo bien. Por lo general, el traje europeo os está mejor que el traje indio... Sin duda, las mujeres bonitas están bonitas con cualquier traje...

Recordaréis, señora, que un galante Brahmán (se parecía a Ganesa, el dios con trompa de elefante, montado en un ratón) os echó un día este piropo: "La divina Maneka, cuando bajó de la ciudad de oro de Indra junto al rey Wiswamitra, no era, ciertamente, más hermosa que vos, señora."

¿No os acordáis ya? Tres mil años han pasado apenas desde que os lo dijeron, y las mujeres bonitas no suelen olvidar tan pronto un piropo tierno.

En cuanto a los hombres, el traje indio les sienta mejor que el traje de Europa. ¡Oh pantalones míos de Delhi, pantalones míos color de rosa, bordados de flores de loto! Si os hubiese llevado cuando estaba de rodillas ante la signora Laura, suplicándola que me amase, el capítulo precedente hubiera terminado de otro modo. Pero ¡ay! llevaba yo entonces pantalón pajizo que un chino prosaico tejiera en Nankin... Tejida estaba en él mi perdición... Y fuí desgraciado.

A menudo un joven va a sentarse a la mesa de un modesto café alemán; apura tranquilamente su taza de café, y, mientras tanto, en el remoto imperio de la China, brota y florece su desventura; la tejen, la rematan, y a despecho de la gran muralla se abre camino hasta el joven, que la toma por pantalón de Nankin, se lo pone inocentemente

y se hace infortunado para todo lo que le queda de vida... Sí, señora, un infortunio grande puede hacer nido en el estrecho corazón de un hombre, y permanecer allí tan bien oculto que el pobre nada sienta durante días enteros, y vaya, y venga, y silbe, y cante, tra la la, tra la la, la.

XIX

—Ella era amable y él la quería; pero él no era amable y ella no le quería.

(*Comedia antigua.*)

Y ¿por esa tontería quisisteis saltaros la tapa de los sesos?

—Señora, cuando un hombre quiere levantarse la tapa de los sesos, buenas razones le asisten, ya lo podéis creer. Pero ¿conoce él las razones? Eso es lo dudoso. Hasta el postrer momento representamos la comedia con nosotros mismos. Disfrazamos nuestra miseria, y mientras expiramos heridos en el pecho, nos quejamos de dolor de muelas.

Señora ¿sabéis de algún remedio seguro para el dolor de muelas?

Yo tenía dolor de muelas en el corazón. Terrible dolor es, y su mejor remedio, el plomo y la pólvora negra que inventó Bertoldo Schwartz.

El dolor, como un gusano, me roía y devoraba el corazón... No era la culpa de aquel pobre chino; yo mismo traje al mundo tal dolor. Germinaba ya en mi cuna, y cuando mi madre la mecía, mecíase conmigo, y cuando ella cantaba para adormecer-

me, se adormecía conmigo, y se despertaba en cuanto abría yo los ojos. Cuando fuí mayor, creció también el dolor mío y al cabo me rompió...

Hablemos de otra cosa, de guirnaldas de flores, de muchachas, de bailes de máscaras, de placeres y alegrías... Trala la, trala la la, la la la,—la,—la,—la...

LOS DIOSES EN EL DESTIERRO

¡OFICIO singular el de escritor! Afortunado para unos; desgraciado para otros; pero, entre todos los autores, ninguno más desdichado que el pobre Enrique Kitzler, *Magister Artium* en Gotinga. No hay en aquella ciudad nadie que sea tan sabio, tan rico en ideas, tal laborioso como él, y, con todo, en la feria literaria de Leipzig no se ha presentado aún el menor opúsculo suyo. El anciano bibliotecario Stiefel no podía contener la risa cada vez que Enrique Kitzler iba a pedirle un libro, que, según decía, necesitaba grandemente para terminar una obra que tenía "en los puntos de la pluma".—"Ya se ha de estar tiempo *en los puntos de la pluma*", murmuraba entonces el viejo Stiefel subiendo por la clásica escalera que daba acceso a los estantes más altos de la biblioteca.

A Kitzler teníasele, en general, por tonto, y a decir verdad no era más que un buen hombre. Todos ignoraban los motivos de que no se publicara jamás un libro suyo, y yo los descubrí por casualidad una noche en que fuí a pedirle candela —porque vivíamos en cuartos contiguos. Acababa de poner fin a su gran obra acerca de la *Magnificencia del cristianismo*; pero lejos de mostrarse

satisfecho de ella, contemplaba el manuscrito con melancolía.

—¿Con que tu nombre—exclamé—va por fin a figurar en el catálogo de libros presentados en la feria de Leipzig?

—¡Ay, no!—me contestó lanzando un profundo suspiro—voy a verme en la obligación de echar al fuego este libro, lo mismo que los otros...

Y luego me confió el terrible secreto: en cuanto escribía un libro, la mayor desventura caía sobre él. Cuando había agotado las pruebas favorables a su tesis, creíase obligado a desarrollar de igual modo todas las objeciones de que podía valerse un adversario. Buscaba entonces los argumentos más sutiles, desde el punto de vista contrario, y como éstos, insensiblemente, iban arraigando en su espíritu, sucedía que, terminada la obra, sus ideas habían ido modificándose poco a poco, hasta el punto de formar juntas un cuerpo de convicciones diametralmente opuesto a sus opiniones primeras; pero aun entonces llegaba su honradez al extremo de quemar los laureles de la gloria literaria en aras de la verdad, es decir, a echar animosamente al fuego el manuscrito.—Por eso lanzó un suspiro desde lo profundo del corazón, pensando en el libro en que demostrara la magnificencia del cristianismo.—He sacado—me dijo—notas de los Padres de la Iglesia bastantes para llenar veinte cestos. He pasado noches enteras de codos en una mesa leyendo los Hechos de los Apóstoles, mientras en tu habitación bebíais ponche o cantabais el *Gaudeamus igitur*. He pagado a

la librería de Vanderhoek y Ruprecht, al precio de 38 escudos duramente ganados, folletos teológicos que me hacían falta para mi obra, cuando con ese dinero hubiera podido comprarme la más hermosa pipa de espuma de mar. He trabajado fatigosamente dos años seguidos, dos años preciosos de mi vida, total, para ponerme en ridículo y bajar los ojos como un mentiroso descubierto cuando la señora consejera áulica Blank me pregunte: "¿Y cuándo sale su *Magnificencia del cristianismo*?" ¡Ay! el libro está terminado, prosiguió el infeliz, y mi obra sin duda agradaría al público, porque he glorificado en ella el triunfo del cristianismo sobre el paganismo y he demostrado que, por tal hecho, la razón y la verdad han prevalecido sobre la mentira y el error; pero, infortunado de mí, en el fondo de mi alma sé que ha ocurrido lo contrario; que el error y la mentira...

—¡Silencio! — exclamé, justamente alarmado por lo que iba a decir—¡silencio! ¿Te atreves, ciego de ti, a rebajar lo más sublime y a ennegrecer la luz? Aun cuando negaras los milagros del Evangelio, no podrías negar que el triunfo del Evangelio ya fué, en sí, un milagro. Un reducido rebaño de hombres sencillos penetró victorioso, a pesar de los esbirros y de los sabios, en el mundo romano, sin valerse de más arma que la palabra... ¡Pero qué palabra!... El paganismo apolillado crugió por todas partes a la voz de aquellos extranjeros, hombres y mujeres, que anunciaban al mundo antiguo un nuevo reino celestial y que no temían ni a las garras de las fieras, ni a los cuchi-

llos de los verdugos, más feroces aún, ni a la espada, ni a la hoguera... porque ellos eran a la vez espada y llama, la espada y la llama de Dios!—Esa espada derribó la hojarasca marchita y las ramas secas del árbol de la vida, salvándole así de la putrefacción. ¡La llama dió calor al tronco helado y verde follaje y flores odoríferas han brotado de las ramas nuevas! ¡De cuantos espectáculos ha ofrecido la historia, ninguno tan grandioso, tan arrebatador como esos comienzos del cristianismo, sus luchas y su completo triunfo!

Iba yo pronunciando estas palabras con solemnidad tanto mayor cuanto que, por haber bebido aquella tarde mucha cerveza de Eimbeck, mi voz había ganado mucho en sonoridad.

A Enrique Kitzler no le conmovió en lo más mínimo semejante discurso.—Hermano,—me contestó con doliente e irónica sonrisa—no te tomes tanto trabajo; lo que me estás diciendo, lo he profundizado con mayor madurez y me lo he expuesto a mí mismo mejor de lo que tú pudieras. En este manuscrito he pintado, con los más vivos colores, la época corrompida y abyecta del paganismo. Hasta me lisonjearé de haber igualado por lo audaz de la pincelada a las mejores obras de los Padres de la Iglesia. He hecho ver cómo griegos y romanos estaban caídos en el libertinaje, seducidos por el ejemplo de sus divinidades, que, a juzgarlas por los vicios de que se les acusa, apenas fueron dignas de pasar por seres humanos. He pronunciado irrevocablemente que el primero de los dioses, Júpiter en persona, según el código pe-

nal de Hanover, hubiera merecido mil veces galeras, si no el patíbulo. Para buscar contraste, he parafraseado a continuación la doctrina y las máximas del Evangelio, y he demostrado que los primeros cristianos, por seguir el ejemplo de su maestro divino, nunca practicaron ni enseñaron sino la moral más pura y santa, pese al desprecio y a las precauciones de que eran objeto. La parte mejor de mi obra es aquella en que, henchido de noble celo, hago entrar en liza al cristianismo con el paganismo, y que, semejante a un nuevo David, derribe aquel a este nuevo Goliath... Pero ¡ay! el duelo se presenta ahora a mi espíritu con aspecto extraño... Todo mi amor, todo mi entusiasmo por tal apología se extinguió en cuanto reflexioné acerca de las causas a que los adversarios del Evangelio atribuyen su triunfo. Ocurrió, por desgracia, que algunos escritores modernos, Eduardo Gibbon (1) entre otros, vinieron a mis manos. Como son poco favorables a las victorias evangélicas, muéstranse aun menos edificados por la virtud de aquellos cristianos vencedores que más adelante, a falta de espada y de llama espiritual recurrieron a las espadas y a las llamas temporales... ¿Tendré que confesarlo? Acabé por sentir, yo mismo, no sé qué simpatía profana por los despojos del paganismo, por los hermosos templos y las bellas estatuas que, mu-

(1) Eduardo Gibbon, célebre historiador inglés (1737-1794), publicó en francés su *Ensayo sobre el estudio de la literatura* (Londres, 1761). Su obra más notable es la *History of the decline and fall of the Roman Empire* (Londres, 1782-1788, 6 vol.).

cho antes del nacimiento de Cristo pertenecieron no ya a una religión muerta sino al arte que vive eternamente. Un día que huroneaba por la biblioteca se me subieron las lágrimas a los ojos cuando leí la defensa de los templos griegos por Libanio. El antiguo heleno conjuraba a los bárbaros devotos en términos sumamente conmovedores, para que respetasen las preciosas obras maestras con que el espíritu plástico de los griegos había engalanado el mundo.—¡Inútil ruego! —Las flores de la primavera de la humanidad, monumentos de un período que no volverá a florecer, perecieron para siempre al esfuerzo de un celo destructor...—No, exclamó mi sabio amigo prosiguiendo su oración—nunca me asociaré, con la publicación de obra tal, a semejante fechoría; no, la quemaré, como he quemado las demás. ¡Oh vosotras, estatuas de la belleza, y vosotros, manes de los dioses muertos, sombras amadas que pobláis el cielo de la poesía, yo os invoco! ¡Aceptad esta ofrenda expiatoria, que a vosotros sacrifico este libro!

Y Enrique Kitzler echó el manuscrito al fuego que chisporroteaba en la chimenea, y pronto de la *Magnificencia del Cristianismo* no quedó más que un montón de cenizas.

Ocurrió esto en Gotinga, en el invierno de 1820, unos días antes de aquella noche fatal de año nuevo en que el ujier académico Doris, recibió tan temible rociada de golpes, y en que se cambiaron ochenta y cinco carteles de desafío entre los dos partidos opuestos de la Burschenschaft y de

la Landmannchaft. Buenos garrotazos cayeron, como granizo, sobre las anchas espaldas del pobre Doris; pero se consoló como buen cristiano, convencido de que un día, en el reino celestial, nos desquitaremos de los golpes que hayamos recibido en la tierra.

Vuelvo al triunfo del cristianismo sobre el paganismo. No soy ni mucho menos del parecer de mi amigo Kitzler que con tanta amargura vituperaba el celo iconoclasta de los primeros cristianos. Por el contrario, pienso que no debían ni podían éstos respetar los templos antiguos ni las antiguas estatuas porque en tales monumentos vivían aún la antigua serenidad griega y las regocijadas costumbres que, a ojos de los fieles, caen todavía en el dominio de Satán. En las estatuas y en los pueblos, no sólo veía el cristiano los signos de un culto vacuo y de un vano error, no; miraba los templos como fortalezas de Satán y a los dioses representados en las estatuas los veía animados de existencia real; en su opinión, demonios eran todos ellos. Así los primeros cristianos negáronse siempre a ofrecer sacrificio a los dioses y a hincarse de rodillas ante sus simulacros y cuando por ello los acusaban y los arrastraban ante el tribunal, respondían constantemente que no tenían que adorar a los demonios. Prefirieron padecer martirio a mostrar la más leve veneración por el diablo Júpiter, la diablesa Diana y la archidiablesa Venus.

¡Pobres filósofos griegos que nunca llegasteis a comprender tan rara negativa! tampoco llegas-

teis a comprender que, en vuestra polémica con los cristianos, no teníais que defender una doctrina muerta sino realidades vivas. Nada importaba dar valiéndose de sutilezas neoplatónicas un significado más profundo a la mitología, infundir vida nueva, nueva sangre simbólica a los dioses difuntos, matarse para refutar la polémica grosera y material de aquellos primeros Padres de la Iglesia que atacaban con chanzas casi volterianas la moralidad de los dioses.—Más importaba defender la esencia del helenismo, la manera de pensar y de sentir, toda la vida de la sociedad helénica, y oponerse con fuerza a la propaganda de las ideas y de los sentimientos sociales que procedían de Judea. La verdadera cuestión consistía en saber si el mundo pertenecería en adelante al judaismo espiritualista que predicaban los nazarenos melancólicos que desterraron de la vida todas las fruiciones humanas, relegándolas a los espacios celestes, o si el mundo había de continuar sometido al jubiloso poderío del espíritu griego, que erigiera el culto de lo bello e hiciera florecer todas las magnificencias de la tierra! Poco importaba la existencia de los dioses; nadie creía ya en esos habitantes de un Olimpo perfumado de ambrosía; pero, en cambio, ¡cuán divinos entretenimientos se hallaban en sus templos, en los días de fiestas y misterios! Danzábase suntuosamente, ceñida la frente de flores; tendíanse todos en lechos de púrpura para saborear los placeres del sagrado reposo, y a veces para probar también goces más dulces... Esos goces, esas risas bulliciosas, desvane-

ciéronse tiempo ha. En las ruinas de los templos viven aún las antiguas deidades, pero en la creencia popular perdieron todo su poder con el triunfo del Cristo; ya no son más que demonios malos, ocultos durante el día, que salen, al llegar la noche, de sus moradas y revisten agraciada forma para extraviar a los pobres viajeros y tender lazos a los temerarios.

A esta creencia popular se refieren las tradiciones más maravillosas. En su fuente han bebido los poetas alemanes asuntos para sus más bellas inspiraciones. De ordinario, el fondo que eligen es Italia, y el héroe de la aventura un caballero alemán que tanto por los atractivos de su juventud como por su inexperiencia se ve solicitado por bellos demonios y cogido en sus engañadoras redes. Cierto hermoso día de otoño, el caballero se pasea solitario, lejos de toda habitación, soñando con los bosques de su país y con la doncella que dejó en la tierra natal, el muy botarate. De pronto encuentra una estatua y se detiene absorto. ¿No será la diosa de la hermosura? La tiene frente a sí, y su corazón juvenil siente la atracción del encanto antiguo. ¿Dará crédito a sus ojos? Nunca vió formas tan agraciadas. Bajo el mármol presiente una vida más ardiente que la que corre bajo las mejillas purpúreas de las mozas de su tierra. Aquellos ojos blancos le flechan miradas tan voluptuosas y a la vez tan lánguidamente tristes que el pecho se le hincha de amor y de piedad, de piedad y de amor. Desde entonces suele vagar por las ruinas y causa asombro no verle ya en orgías de bebe-

dores ni en ejercicios de caballeros. Pronto sus paseos dan lugar a rumores extraños; una mañana, el joven, enloquecido, vuelve precipitadamente a su hostería; paga el gasto, lía la maleta y se apresura a pasar de nuevo los Alpes.

¿Qué le ha ocurrido?

Dicen que un día se encaminó más tarde de lo acostumbrado a las ruinas que tanto quería. Habíase puesto el sol, y las sombras de la noche le velaban los lugares en que cada día contemplaba durante horas enteras la estatua de la hermosa deidad. Después de haber errado mucho tiempo a la ventura, se halló frente a una quinta que no había visto nunca en aquel país. ¡Cuál sería su asombro cuando vió salir unos criados con antorchas que le invitaron a pasar allí la noche! El asombro se redobló cuando en medio de una sala vasta e iluminada vió que se paseaba sola una mujer que en su estatura y sus facciones ofrecía la más íntima semejanza con la hermosa estatua de sus amores. Tanto más se le parecía cuanto que llevaba un vestido de muselina radiante de blancura y tenía el rostro extremadamente pálido. Como el caballero la saludara con cortesía, miróle ella largo tiempo con silenciosa gravedad y le preguntó después si tenía hambre. Aunque el caballero sintiese palpitar fuertemente su corazón, no por ello dejaba de tener estómago germánico. Después de tan prolongada andanza sentía deseos de alimentarse un poco, y no rehusó las ofertas de la hermosa dama. Tomóle ésta amistosamente de la mano, y la siguió él por estancias vastas y

sonoras que, a pesar de todo su esplendor, dejaban ver quién sabe qué desolación espantosa. Los candelabros arrojaban lívida luz sobre las paredes, en las cuales unos frescos de muchos colorines representaban toda suerte de historias paganas, como los amores de Paris y Helena, de Diana y Endimión, de Calipso y Ulises. Altas flores fantásticas mecían sus tallos en macetas de mármol puestas en fila ante las ventanas, y despedían un olor cadavérico y vertiginoso. Gemía el viento en las chimeneas con estertor de moribundo. Llegados al comedor, sentóse la hermosa dama frente al caballero, le acarició, y le presentó sonriente los más exquisitos manjares. ¡Qué de cosas hubieron de parecer extrañas a nuestro sencillo alemán! Cuando pidió sal, que no había en la mesa, un estremecimiento poco menos que repugnante contrajo la blanca faz de su huéspeda, y sólo a instancias reiteradas del caballero y visiblemente contrariada ordenó a sus servidores que trajesen el salero. Colocáronlo ellos temblorosos en el centro de la mesa, vertiendo casi la mitad. Entretanto, el vino generoso que se deslizaba como fuego por el gaznate tudesco de nuestro mozo, apaciguó los secretos terrores de que a veces sentíase presa. Pronto adquirió confianza, el humor tornósele jovial, y cuando la hermosa dama le preguntó si sabía lo que es amor, contestó con besos de llama. Como se le subiese a la cabeza el amor, y quizá también el vino, pronto se adormeció sobre el seno de la hermosa. Sueños confusos, semejantes a las visiones que se nos aparecen en el delirio

de una alta fiebre, no tardaron en cruzar por su espíritu. Ya era su anciana abuela, sentada en el amplio sillón, mascullando precipitadamente un rezo. Ya eran las risas burlonas de murciélagos enormes que, con antorchas entre las garras, revoloteaban en derredor suyo y en los que, mirados de cerca, creía reconocer a los criados que le habían servido a la mesa. Soñó por fin que su hermosa huéspeda se había transformado en monstruo innoble, y que él mismo, presa de las vivas angustias de la muerte, era quien le cortaba la cabeza. Hasta la mañana siguiente, muy avanzado el día, no salió el caballero de su sopor letárgico; pero en lugar de la soberbia quinta en que creyó pasar la noche, no halló más que las ruinas que visitara a diario, y advirtió con espanto que la estatua de mármol tan amada había caído del pedestal y que la cabeza, separada del tronco, yacía a sus pies.

El relato que sigue ofrece, poco más o menos, igual carácter.—Un caballero joven que jugaba a la pelota en compañía de varios amigos en una ciudad cercana a Roma, se quitó un anillo que le molestaba y se lo puso en el dedo a una estatua para que no se perdiese. Como cesara el juego, volvió el mozo a la estatua, que representaba una diosa pagana; pero ¡cuál no sería su espanto! El dedo de aquella mujer se había doblado, y sólo rompiéndole la mano, cosa que una secreta compasión le impedía hacer, hubiera podido recobrar la sortija. Fué corriendo a contar el prodigio a sus compañeros, invitándolos a que fuesen a juz-

gar del acontecimiento por sus propios ojos; pero cuando llegó con ellos junto a la estatua, advirtió que el dedo se había enderezado y la sortija había desaparecido. Algún tiempo después, decidióse nuestro caballero a recibir el sacramento del matrimonio; celebráronse las bodas, pero aquella misma noche, en el momento de acostarse, una mujer que en la estatura y en las facciones se parecía del todo a la estatua de que hemos hablado, se acercó a él diciéndole que por la sortija puesta en su dedo desposados estaban y que desde entonces le pertenecía como esposo legítimo. En vano el caballero se defendió contra aquel aserto singular; la mujer pagana se colocó entre él y su esposa cuantas veces quiso acercarse a ésta, de modo tal que por aquella noche hubo de renunciar a los goces nupciales. Lo mismo ocurrió la segunda noche y la tercera. El caballero llegó a preocuparse hondamente. Nadie podía darle ayuda, y aun los más devotos agacharon la cabeza; oyó hablar por fin de un sacerdote llamado Palumno que en muchas ocasiones había prestado ya buenos servicios contra los maleficios del demonio. Buscóle, pues, pero el sacerdote se dejó rogar mucho antes de prometer asistencia, porque, según pretendía, su misma persona iba a quedar expuesta a los mayores peligros. Trazó al cabo ciertos caracteres desconocidos en un pedacito de pergamino y dió a nuestro hechizado las necesarias instrucciones. Según éstas, el caballero había de apostarse a media noche en cierta encrucijada por los alrededores de Roma, donde vería pasar las apariciones más ra-

ras; pero tenía que permanecer impasible, sin que le asustase nada de lo que pudiera ver u oir. Sólo en el instante en que viese a la mujer en cuyo dedo había colocado su anillo tendría que adelantarse hacia ella y mostrarle el trozo de pergamino. Sometióse el caballero a tales mandatos. Palpitábale el corazón con fuerza cuando, al dar las doce de la noche, se halló en la encrucijada que le designaron, y vió desfilar el extraño cortejo. Eran hombres y mujeres pálidos, magníficamente vestidos con trajes de fiesta de la época pagana; llevaban unos coronas de oro, otros coronas de laurel, con la frente tristemente inclinada sobre el pecho; otros caminaban con inquietud, cargados con toda suerte de vasos de plata y otros utensilios pertenecientes a los sacrificios de los antiguos templos. En medio de aquella muchedumbre alzábanse enormes toros de cornamenta de oro, adornados con guirnaldas de flores, y después, en un magnífico carro triunfal, guarnecido de púrpura, y coronada de rosas acercábase una diosa alta de estatura y deslumbradora de belleza. Aproximóse a ella el caballero y le presentó el pergamino del sacerdote Palumno, porque acababa de reconocerla como a la poseedora de su anillo. Apenas hubo entrevisto la diosa los caracteres trazados en el pergamino, alzó las manos al cielo y lanzó un grito lamentable. Corrieron lágrimas de sus ojos, y desesperadamente exclamó: "¡Cruel sacerdote Palumno! ¡conque no estás aún satisfecho con los males que anteriormente nos causaste! ¡Pues pronto han de llegar a su término tus persecuciones, cruel sacer-

dote Palumno!" Y devolvió la sortija al caballero que a la noche siguiente no halló ya obstáculos para su unión nupcial. En cuanto al sacerdote Palumno, murió de allí a tres días.

Leí por vez primera esta historia en el *Mons Veneris* de Kornmann. Hace poco tiempo la vi citada en un libro absurdo sobre la hechicería, por Delrío, que la tomó de una obra española; probablemente será de origen ibérico. La obra de Kornmann es la fuente de consulta más importante para el asunto que vengo tratando. Mucho tiempo hace que no lo tengo a mano, y sólo de memoria puedo hablar de él; pero aquel opúsculo de doscientas a doscientas cincuenta páginas, con sus viejos y encantadores tipos góticos, no se me aparta de la mente. Debió imprimirse a mediados del siglo XVII. El capítulo de los *Espíritus elementales* está tratado en él de manera muy profunda y el autor ha reunido en ese lugar los relatos maravillosos acerca de la montaña de Venus. A ejemplo de Kornmann, he tenido yo que hablar, a propósito de espíritus elementales, de la transformación de las divinidades antiguas. ¡No, éstas no son meros aparecidos! porque, como más de una vez he proclamado, esos dioses no son muertos, sino seres increados, inmortales, que después del triunfo de Cristo se vieron obligados a acogerse a la tinieblas subterráneas. La tradición alemana relativa a Venus, como diosa de la belleza y del amor, presenta un carácter particularísimo; es clásico-romántico. Según las leyendas germánicas, Venus, después de destruídos sus

templos, hubo de refugiarse en el fondo de una montaña misteriosa en donde hace vida alegre en compañía de los silvanos y sílfides más avispados, de las driadas y hamadriadas más seductoras, y de tantos y tantos héroes que desaparecieron del escenario del mundo de manera misteriosa. Cuando empezáis a acercaros a esa morada de Venus, oís carcajadas ruidosas y sones de guitarra que, semejantes a redes invisibles, os prenden el corazón y os atraen a la montaña encantada. Por suerte vuestra, un anciano caballero llamado Eckart el fiel, está de centinela a la entrada de la montaña. Inmóvil como una estatua, apóyase en un recio mandoble de combate; pero su cabeza blanca como la nieve siempre está temblorosa y os avisa tristemente los peligros voluptuosos que os aguardan. Hay quien se asusta cuando aun es tiempo; otros no escuchan la voz temblorosa de Eckart el fiel y se arrojan perdidamente al abismo de los goces condenados. Durante algún tiempo todo sale a medida del deseo, mas al hombre no le agrada siempre reir; a menudo se pone silencioso y grave y piensa en el tiempo pasado, porque lo pasado es el país natal de su alma. Echa de menos ese país natal, quisiera volver a experimentar los sentimientos de entonces, aunque no fuesen más que sentimientos de dolor. Eso es lo que le ocurrió a Tannhauser, según lo relata una canción que es uno de los monumentos lingüísticos más curiosos que la tradición ha conservado en boca del pueblo alemán. Leí esta canción por primera vez en la obra de Kornmann. Pretorius la tomó de allí casi li-

teralmente y según su texto la reimprimieron los recopiladores del *Wunderhorn* (1). Difícil es fijar de manera positiva la época en que se origina la tradición del Tannhauser. Ya se encuentra en hojas sueltas de las más antiguas que se imprimieron. Existe una versión moderna que no tiene más de común con el poema original que cierta verdad de sentimiento. Como yo, sin duda, poseo el único ejemplar, daré aquí este Tannhauser modernizado:

Buenos cristianos no dejeis que os prendan las redes de Satán; para que os edifique el alma entono la canción de Tannhauser.

El noble Tannhauser, buen caballero, quería gozar de amores y placeres y se fué a la montaña de Venus, donde estuvo siete años seguidos.

«¡Oh Venus, señora mía! de ti me despido. Mi amada graciosa no puedo estar más junto a ti; deja que me vaya.

—Tannhauser, mi buen caballero, no me diste hoy un beso. Corre, ven a besarme y dime por qué te quejas.

»¿No te llené cada día la copa de los vinos más exquisitos y no te coroné cada día la cabeza de rosas?

—¡Oh Venus, señora mía! los vinos exquisitos y los besos tiernos hartaron mi corazón; sed de padecer tengo.

»Harto bromeamos, harto reímos juntos; las lágrimas echo de menos ahora, y de espinas, no de rosas, quisiera coronar mi cabeza.

—Tannhauser, mi buen caballero, me buscas querella; y más de mil veces me juraste que no me dejarías nunca.

»Ven, entremos en mi cámara; en ella nos entregaremos a amorosos esparcimientos. Mi hermoso cuerpo blanco como las azucenas alegrará tu desconsuelo.

---

p *Des Knaben Wunderhorn*, colección de poesías populares ublicada por L. Achim von Arnim y Clemente Brentano.

—¡Oh Venus, señora mía! tus encantos permanecerán eternamente jóvenes; tantos corazones como ya ardieron arderán todavía por ti.

»Pero si pienso en todos esos dioses, en todos esos héroes que tus atractivos hechizaron, entonces tu hermoso cuerpo blanco como las azucenas empieza a serme repulsivo.

»Tu hermoso cuerpo blanco como las azucenas casi me inspira repugnancia, cuando pienso cuántos han de gozarlo todavía.

—Tannhauser, buen caballero, no debieras hablarme así; antes quisiera ver que me pegabas, como muchas veces lo hiciste.

»Sí, antes quisiera ver que me pegabas, cristiano frío e ingrato, que oir en mi cara insultos que humillan mi altivez y me rompen el corazón.

»Porque te amé demasiado me dices sin duda tales palabras. Ea, vete, permiso te doy; yo misma te abriré la puerta.»

***

En Roma, en Roma, en la ciudad santa, hay cánticos y tañidos de campana; la procesión avanza solemne y va el papa en ella.

Es Urbano, el piadoso pontífice; lleva la tiara y altivos barones sostienen la cola de su capa de púrpura.

«¡Oh santo padre, papa Urbano! de este sitio no has de pasar sin haberme oído en confesión, sin haberme librado del infierno.»

El círculo de la muchedumbre se ensancha; cesan los cánticos religiosos. ¿Quién es ese peregrino pálido y azorado que se arrodilla delante del papa?

»¡Oh santo padre, papa Urbano! tú que puedes atar y desatar, líbrame de los tormentos infernales, del poder del espíritu malo.

»Me llaman Tannhauser el noble. Quise probar amores y placeres y me fuí a la montaña de Venus, en donde permanecí siete años.

»Es doña Venus hermosa mujer, llena de gracias y encantos; suave es su voz como el aroma de las flores.

»Así como una mariposa revolotea en torno a una flor para aspirar su suave perfume, así el alma mía revoloteaba en derredor de sus labios de rosa.

»Los rizos de sus cabellos negros e indómitos le caían por la dulce faz: y cuando sus ojos rasgados me miraban, perdía yo el respiro.

»Cuando sus ojos rasgados me miraban, quedábame como encadenado, y a duras penas pude huir de la montaña.

»Huí de la montaña; pero el mirar de la dama hermosa por todas partes me persigue, diciéndome: «¡Vuelve, vuelve!»

»De día soy semejante a un infeliz aparecido; de noche la vida se me despierta, y el sueño me lleva otra vez junto a la dama hermosa; sentada a mi lado está y se ríe.

»¡Se ríe, tan dichosa y enloquecida, y con dientes tan blancos! ¡Ah! cuando pienso en su risa, corren mis lágrimas al punto.

»La quiero con amor sin límites. No hay freno para ese amor; es como el caer de un torrente cuyas olas nadie puede contener.

»Va cayendo de roca en roca, mugiente y espumeante, y mil veces se rompería la cerviz, antes que refrenar su carrera.

»Si poseyera yo el cielo todo, diéraselo a Venus, mi señora; diérale el sol, diérale la luna, diérale todas las estrellas.

»El amor me consume y sus llamas carecen de freno. ¿Será ya el fuego infernal y las penas abrasadoras de los condenados?

»¡Oh santo padre, papa Urbano! tú que puedes atar y desatar, líbrame de los tormentos infernales, del poder del espíritu malo!»

Alza el papa las manos al cielo y suspirando dice: «¡Desgraciado Tannhauser! el encanto de que estás poseído no es posible romperlo.

»El diablo que se llama Venus es el peor de todos los diablos y nunca te podré arrancar de sus garras seductoras.

»Con el alma tienes que rescatar ahora los placeres de la carne. Réprobo eres de aquí en adelante y condenado estás a los tormentos eternos.»

***

El noble caballero Tannhauser anda de prisa, tan de prisa que se le desuellan los pies y al mediar la noche llega a la montaña de Venus.

Doña Venus despiértase sobresaltada, salta presta del lecho y al punto enlaza al amado en sus brazos.

Sus narices manan sangre, lágrimas vierten sus ojos y de sangre y de lágrimas cubre la faz del amado.

Acuéstase el caballero sin decir palabra, y doña Venus pasa a la cocina para hacerle la sopa.

Le sirve la sopa, le sirve el pan, le lava los pies lastimados, le peina los erizados cabellos y se echa a reir dulcemente.

»Tannhauser, mi buen caballero, mucho tiempo estuviste ausente. Dime ¿qué tierras has recorrido?

—Doña Venus, amada mía, he visitado Italia; tenía que hacer en Roma y allá me fuí; luego torné presuroso a tu lado.

»Roma está edificada sobre siete colinas; corre por ella un río que llaman Tíber. En Roma ví al Papa; el Papa te envía muchos recuerdos.

»Para volver de Roma, pasé por Florencia; crucé por Milán y escalé atrevido los Alpes.

»Mientras atravesaba los Alpes la nieve caía, sonreíanme los lagos azules, daban graznidos las águilas.

»Desde la cumbre del San Gotardo oí roncar a la buena Alemania; dormía allá en el fondo el sueño de los justos, bajo la santa y digna guarda de sus amados reyezuelos.

»Yo me daba prisa para volver a tu lado, doña Venus, amada mía. Bien se está aquí y nunca más dejaré tu montaña.»

No me gusta engañar al público ni en verso ni en prosa, y declararé francamente que el poema que acabáis de leer es de propia cosecha y no pertenece a ningún Minnesinger medieval. Tentaciones me entran, en cambio, de dar a continuación el poema primitivo en que el antiguo poeta trató el mismo asunto. Tal aproximación ha de ser muy instructiva para el crítico que quiera ver de cuán diferente modo trataron una misma leyenda dos poetas de épocas muy distintas conservando empero la misma factura, el mismo ritmo y casi el mismo marco. El espíritu de ambas épocas ha de

patentizarse necesariamente con tal aproximación, que vendría a ser, por decirlo así, anatomía comparada en literatura. Efectivamente, al leer juntas las dos versiones se echa de ver cuánto predomina la fe antigua en el viejo poeta, al paso que en el poeta moderno, nacido al comenzar el siglo XIX, revélase el escepticismo de su época; se echa de ver cómo este último, no sometido a autoridad ninguna, deja libre vuelo a su fantasía, y no tiene más fin al cantar que el expresar en sus versos sentimientos puramente humanos. El viejo poeta, en cambio, cae bajo el yugo de la autoridad clerical; se propone un fin didáctico, quiere ilustrar un dogma religioso, predica la virtud de la caridad y la última frase de su poema tiende a demostrar la eficacia del arrepentimiento para la remisión de todo pecado; al Papa mismo se le vitupera por haberse olvidado de tan alta verdad cristiana, y por el cayado seco que verdea en sus manos, reconoce, aunque sobrado tarde, la inconmensurable profundidad de la misericordia divina. He aquí las palabras del poeta antiguo:

Pero ahora quiero comenzar; cantaremos a Tannhauser y las maravillas que le pasaron con doña Venus.

Buen caballero fué Tannhauser; grandes maravillas quiso ver; fuése entonces a la montaña de Venus, donde había hermosas mujeres.

«Tannhauser, mi buen caballero, no habéis de olvidar que os amo, me jurasteis que nunca me abandonariais.

—Venus, mi bella señora, no hice yo tal, fuerza es que os contradiga; porque nadie sino vos lo dice, así Dios me ayude.

—Tannhauser, mi buen caballero ¿qué me decís? Con nos habéis de quedaros; una de mis compañeras os daré por esposa.

—Si tomare mujer distinta de la que llevo en el corazón, fuerza será que arda eternamente en el fuego infernal.

—Harto me hablas del fuego infernal y nunca lo probaste, Piensa en mi boca sonrosada que nunca deja de reir.

—¿De qué me ha de servir tu boca sonrosada? Gran peligro hay en ella. ¡Déjame ir, oh Venus, mi tierna señora! Te lo ruego por el honor de todas las mujeres.

—Tannhauser, mi buen caballero, si queréis que os deje ir, no he de daros licencia. ¡Ay! quedaos, noble y dulce caballero, y solazad vuestra alma.

—Enferma tengo el alma. No más quiero permanecer aquí. ¡Dadme licencia, tierna señora! dejad que me aleje de vuestro cuerpo esplendoroso.

—Tannhauser, mi buen caballero, no habléis así, no estáis en vuestro juicio. Vamos a mi estancia y entreguémonos a los íntimos escarceos de amor.

—Penoso es ya vuestro amor para mí. He pensado, oh Venus, noble y tierna damisela mía, que sois diablesa.

—¡Ay, Tannhauser! ¿por qué habláis así? ¿queréis injuriarme? Si habéis de quedaros más tiempo con nosotros, pagaréis ese dicho.

«Tannhauser, si queréis licencia, que licencia os den mis caballeros, o por donde quiera que vayáis tendréis que celebrar mis loores.»

Salió Tannhauser a la montaña, lleno de pesar y arrepentimiento: «Iré a Roma, la ciudad pía, y me confiaré por entero al Papa.»

«Gozoso emprendo el camino, y Dios me guarda, para ir a buscar al papa, Urbano de nombre, y ver si quiere tomarme bajo su santa protección.»

«¡Oh santo papa Urbano, mi padre espiritual! ante vos me acuso de los pecados que cometí, como voy a deciros:

«Un año entero estuve en casa de Venus, la dama hermosa; quiero ahora confesarme y hacer penitencia para recobrar la gracia de Dios.»

Un cayado blanco el papa tenía, hecho de una rama seca:

«Cuando este cayado de hojas, te serán perdonadas tus culpas.»

—Si sólo hubiese de vivir un año, un año en esta tierra, quisiera arrepentirme y hacer penitencia para recobrar la gracia de Dios».

Salió otra vez el caballero de la ciudad todo apesadumbrado, lleno de sufrimientos. ¡Oh María, oh santa Madre, Virgen inmaculada, ya que he de apartarme de ti,

«Volver quiero a la montaña, para siempre y sin fin, junto a Venus, mi tierna dama, a donde Dios me envía!

—Seáis bienvenido, mi buen Tannhauser; mucho tiempo os eché de menos: seáis bienvenido, mi caballero amado, héroe mío que tan fiel tornáis a mí.

Pronto, al tercer día, el cayado del papa empezó a verdear; envió al punto mensajeros a todos los países por donde pasara Tannhauser.

Ya se había vuelto a la montaña, en donde ha de permanecer hasta el jucio final, cuando Dios le llame.

Nunca debe hacer eso un sacerdote—lanzar a la desolación a un hombre; cuando quiera arrepentirse y hacer penitencia, séanle perdonadas sus culpas.

¡Qué magnífico es esto! Ya, en el principio del poema, encontramos un efecto maravilloso. El poeta nos da la contestación de doña Venus sin haber referido primero la petición de Tannhauser que provocó tal respuesta. Con esta elipsis, nuestra imaginación abarca más libre campo, sugiriéndonos cuanto hubiese podido decir Tannhauser, y acaso lo que hubiera sido muy difícil resumir en pocas palabras. Pese a su candor y piedad medievales, supo el pintor antiguo pintar las fatales seducciones y los modales desvergonzados de doña Venus. No hubiera trazado mejor un autor moderno la fisonomía de aquella mujer endemo-

niada, de aquella diablesa de mujer, que no deja, con todas sus ínfulas olímpicas y la magnificencia de su pasión, de revelarse como mujer galante; es una cortesana celestial, perfumada de ambrosía, una deidad de las camelias, y por decirlo así, una diosa entretenida. Si hurgo en mis recuerdos, he de haberla encontrado un día al pasar por la plaza de Breda, que cruzaba con andar deliciosamente ágil; llevaba una capotita gris de sencillez refinada, e iba envuelta desde la barbilla a los talones en un magnífico chal de las Indias, cuya punta rozaba el pavimento. "Defíname a esa mujer—dije al señor de Balzac que me acompañaba.—Es una mujer entretenida—contestó el novelista". Yo opinaba más bien que era una duquesa. Por las noticias de un amigo que llegó, hubimos de reconocer que los dos estábamos en lo cierto.

Tan bien como el carácter de doña Venus, supo trazar el antiguo poeta el de Tannhauser, el buen caballero que fué el Des Grieux de la Edad Media. ¡Qué hermoso rasgo, también, cuando, a mitad del poema, empieza de pronto Tannhauser a hablar al público en nombre propio, contándonos lo que el poeta quería contar, es decir, cómo va recorriendo el mundo, desesperado! Tiene para nosotros carácter de torpeza de poeta inculto, pero tales acentos, en su ingenuidad, llegan a producir efectos maravillosos.

El poema de Tannhauser se escribió, según todas las apariencias, poco antes de la Reforma; la leyenda que le sirve de asunto no es mucho más

antigua y quizá no le lleva un siglo. Así, doña Venus, no aparece hasta muy tarde en las tradiciones populares de Alemania, al paso que a las demás deidades, Diana, por ejemplo, se las conoce desde los comienzos de la Edad Media. En los siglos VI y VII, Diana figura ya como genio maléfico en los decretos episcopales. Desde entonces se la suele representar a caballo, a ella que, en los tiempos antiguos, graciosamente calzada y ligera como la cierva que perseguía, iba recorriendo a pie los bosques de la antigua Grecia. Durante quinientos años se obliga a esa deidad a ir tomando las más diversas figuras, y su carácter, al propio tiempo, experimenta el cambio más completo.—Aquí se me viene a las mientes una observación cuyo desarrollo ordinario daría suficiente materia para las más interesantes investigaciones. Me limitaré, empero, a indicarla, y a abrir camino a eruditos desocupados, obreros del pensamiento ocioso. Me contentaré con advertir en pocas palabras que, cuando triunfó definitivamente el cristianismo, esto es, en los siglos III y IV, los dioses del paganismo antiguo se vieron metidos entre los apuros y necesidades que pasaron ya en los tiempos primitivos, es decir, en aquella época revolucionaria en que los Titanes, forzando las puertas del Tártaro, amontonaron el Pelión sobre el Osa y escalaron el Olimpo. Tuvieron entonces que huir ignominiosamente, aquellos dioses y diosas infelices, con toda su corte, y vinieron a ocultarse en la tierra, entre nosotros, con toda suerte de disfraces. Refugiáronse los más de ellos en

Egipto, donde, para mayor seguridad, revistieron forma de animales, como nos enseña Herodoto. De modo enteramente igual hubieron de emprender la fuga las deidades del paganismo buscando su salvación merced a toda especie de disfraces y en los escondrijos más obscuros, cuando se presentó con la cruz el Dios verdadero y los iconoclastas fanáticos, la banda negra de los monjes. derrocaron los templos y fulminaron anatema contra los dioses proscritos. Gran número de aquellos emigrados olímpicos, ya sin asilo ni ambrosía, tuvieron que recurrir a un honrado oficio terrenal para ganar siquiera algo con qué vivir. Algunos de ellos, en cuyos bienes y bosques sagrados había hecho presa el fisco, hasta se vieron en la obligación de trabajar como meros jornaleros entre nosotros, en Alemania, y de beber cerveza en lugar de néctar. Llegado a tal extremo, Apolo parece que se resignó a entrar al servicio de unos ganaderos; así como en tiempos antiguos guardó las vacas del rey Admeto, hizo vida de pastor en el Austria Baja; pero sus cantos armoniosos despertaron sospechas en un monje sabio que, reconociéndole por antiguo dios pagano, le entregó a los tribunales eclesiásticos. Sometido a tormento, declaró que era el dios Apolo. Pidió licencia para tañer la lira y cantar por última vez antes de ir al suplicio. Y de manera tan enternecedora tocó, puso en su canto un hechizo tan poderoso, y era además de tan buen talle y rostro que todas las mujeres lloraron y hasta las hubo que enfermaron de emoción. Al cabo de algún tiempo, quisie-

ron sacar el cuerpo de la tumba para clavarle una estaca en el vientre; creíanle vampiro, y que las mujeres enfermas se curarían con esa medicina casera, de eficacia generalmente reconocida; pero cuando fueron a abrir el sepulcro lo hallaron vacío.

Por lo que toca a Marte, antiguo dios de la guerra, estaría yo muy dispuesto a creer que en tiempos del feudalismo siguió con sus antiguos hábitos de caballero salteador. Schimmelpfenning el largo, sobrino del verdugo de Munster, se lo encontró en Bolonia de maestre de altas obras. Algún tiempo después, Marte sirvió de lansquenete a las órdenes del general Frondsberg y asistió al saco de Roma. A buen seguro que hubo de sentir crueles pesares al ver tan ignominiosamente destruida su amada ciudad y los templos en que habían sido adorados él y los dioses primos suyos.

La suerte de Baco, el bello Dionysos, después de la gran derrota, fué más feliz que la de Marte y Apolo. He aquí lo que a este propósito refiere la leyenda de la Edad Media:—Hay en el Tirol lagos muy extensos rodeados de selvas cuyos árboles se levantan hasta el cielo y se reflejan magníficos en las ondas azuladas. Rumores tan misteriosos salen de aquellas aguas y bosques, que quien pasea solo por aquellos lugares se ve extrañamente conmovido. A la orilla de uno de aquellos lagos hallábase la cabaña de un pobre que vivía del producto de la pesca, ejerciendo además el oficio de barquero cuando un viajero quería atravesar el lago. Tenía una barca grande, amarrada

a un viejo tronco, no lejos de su casa. Un día, por el equinoccio de otoño, oyó a eso de media noche que alguien llamaba a su ventana. Cuando pasó el umbral de su puerta, vió tres monjes que llevaban echada la capucha y que le parecieron tener mucha prisa. Uno le rogó que con toda urgencia les prestase la barca y le prometió volver a traerla. pasadas algunas horas, al mismo lugar. Tres eran los monjes; el pescador, que en tales circunstancias no podia tener vacilación, desamarró la barca y cuando los tres viajeros, ya en ella, empezaron a bogar por el lago, se volvió a la cabaña y se acostó. Como era joven no tardó en quedarse dormido; pero unas horas después le despertaron los monjes, ya de vuelta. Cuando les salió al encuentro, uno de ellos le puso en la mano una moneda de plata en pago de la travesía, y luego los tres se alejaron presurosos. Fué el pescador a ver la barca y la encontró amarrada sólidamente; se sacudió con fuerza, como se suele hacer en invierno para desentumecer los miembros ateridos, porque se sintió presa de un temblor, pero no por influjo del aire fresco de la noche. Una extraña sensación de frío le corrió por todo el cuerpo y le dejó casi transido el corazón en el momento en què el monje le tocó la mano al entregarle la moneda; el monje tenía los dedos fríos como el hielo. Por mucho tiempo recordó el pescador aquella circunstancia; pero la juventud siempre acaba por desprenderse de recuerdos siniestros, y ya no pensaba el pescador en suceso tal cuando, al año siguiente, en el mismo día del equinoccio, golpea-

ron otra vez, hacia media noche, a la ventana de su vivienda. Eran los monjes del año anterior, y llevaban igual prisa que entonces. Volvieron a requerir la barca, y el joven se la confió de nuevo con menor vacilación entonces. Cuando al cabo de algunas horas estuvieron de vuelta los viajeros y uno, en pago del pasaje, puso en la mano del pescador una moneda de plata, el pescador volvió a sentir con espanto los dedos helados del monje, y el mismo suceso se renovó todos los años en el mismo equinoccio.

Al séptimo año, cuando ya se acercaba esa época, el joven pescador sintió los más vivos deseos de penetrar el misterio que se ocultaba en los tres sayos, y quiso a cualquier precio dejar su curiosidad satisfecha. Colocó en el fondo de la barca un montón de redes que le sirvieran de escondrijo para deslizarse en él mientras subían á bordo los monjes. Los tres viajeros misteriosos llegaron en efecto a la hora en que se les aguardaba y nuestro pescador consiguió escurrirse hábilmente bajo las redes y tomar parte en la travesía. Con gran asombro suyo duró ésta muy poco, siendo así que de ordinario echaba más de una hora en llegar a la orilla opuesta del lago. Creció su asombro cuando en aquella comarca, que conocía perfectamente, vió un claro que antes no había visto nunca, rodeado de árboles que parecían pertenecer, por su especie, a una vegetación extraña. Innumerables lámparas pendían de las ramas de aquellos árboles y en altos zócalos estaban colocados unos vasos en qué llameaba resina del bos-

que; además, la luna enviaba tan viva claridad, que el mozo pudo ver tan distintamente como a la luz del día la muchedumbre que se hallaba reunida en aquel lugar. Habría allí algunos centenares de hombres y mujeres jóvenes, todos de notable hermosura, a pesar de que sus rostros tenían el blancor del mármol. Esta circunstancia, unida a la elección de vestiduras—eran túnicas blancas, muy recogidas, con orla de púrpura—les daba aspecto de estatuas ambulantes. Las mujeres engalanábanse la cabeza con pámpanos naturales, fabricados con hilo de plata; sus cabellos, trenzados a manera de corona, dejaban caer una cascada de bucles ondulantes sobre los hombros. Los mancebos llevaban asimismo la frente ceñida de pámpanos. Hombres y mujeres, agitando dorados bastones a los que se arrollaban cepas de vid, acudieron a dar la bienvenida a los recién llegados. Uno de estos se quitó la capucha y el sayal, y se le vió entonces surgir como un grotesco personaje cuyo rostro, horrorosamente lúbrico y lascivo, se llenaba de muecas entre dos orejas puntiagudas semejantes a las de un macho cabrío, a la vez que su cuerpo ostentaba una exageración de virilidad tan risible como repulsiva. El segundo monje se despojó igualmente de sus hábitos monacales y se vió un hombretón cuya obesidad enorme excitó la hilaridad de las mujeres, que le pusieron, riéndose, una corona de rosas en la cabeza calva. Eran los rostros de ambos monjes de una marmórea blancura, como los de los demás asistentes, y el mismo blancor se echó de ver en la cara del tercer

monje, cuando se levantó la capucha con aire chocarrero. En cuanto desató la mísera cuerda que le servía de cíngulo, y echó lejos de sí, con un ademán de repugnancia, su pío y sucio hábito de capuchino, así como el rosario y el crucifijo prendidos en él, vióse surgir, cubierto a medias por una túnica en que centelleaban los diamantes, un hermoso mancebo de formas bellísimas; sólo sus caderas redondeadas y su talle harto esbelto tenían algo femenino. Unos labios levemente gruesos, unas facciones de indecisa molicie, daban asimismo al doncel cierta expresión afeminada; pero, al mismo tiempo, llevaba en el rostro la huella de una intrepidez altiva, de un alma varonil y heroica. En el frenesí del entusiasmo prodigáronle sus caricias las mujeres, pusiéronle en la cabeza una corona de hiedra, y le echaron sobre los hombros una magnífica piel de leopardo. En el punto mismo llegó un carro triunfal de oro, de dos ruedas, del que tiraban dos leones; lo ocupó el mancebo con majestad de rey, pero siempre con ojos serenos y despreocupados. Iba guiando el tronco feroz con riendas de oro. A la derecha del carro caminaba uno de sus compañeros sin sayal, el de cara lúbrica y lasciva y orejas de macho cabrío, en tanto que a la izquierda, iba el gordo ventrudo de cabeza calva a quien las mujeres en su burlona inventiva habían montado en un asno; en la mano tenía una copa de oro que le llenaban constantemente de vino. El carro avanzaba lentamente; venían detrás, en torbellino, los coros de los hombres y de las mujeres, coronados de pám-

panos, entregados al delirio de la danza. Al carro del triunfador, precedíale su capilla; veíase en ella un lindo doncel mofletudo, que echaba el aliento en la doble flauta; una doncella vestida con túnica atrevidamente recogida por encima de las rodillas, que golpeaba el parche del tamboril con el reverso de la mano y otra, de gracia igual, arremangada de la misma manera, que hacía sonar el triángulo; luego los trompetas, alegres mocetones de pies bisulcos, de faz agradable, pero impúdica, lanzando sus tocatas en raros cuernos de animales o en caracolas marinas; y después los tañedores de laud.

Olvidábaseme, querido lector, que asististe a clase y estás perfectamente instruído; habrás comprendido por lo tanto desde las primeras líneas que se trata aquí de una bacanal, de una fiesta de Dionysos. En bajo relieves o en grabados de obras arqueológicas habéis visto a menudo el pomposo cortejo que sigue a aquel Dios pagano. Estando versados como lo estáis en antigüedades clásicas, no os asustariais mucho si a media noche en la soledad de una selva, la magnífica y fantástica aparición de una marcha triunfal de Baco se os presentara de pronto ante la vista, y oyeseis la bulla de ese hatajo de espectros tan divertidos. Cuando más, sentiríais una especie de rapto voluptuoso, un estremecimiento estético, ante el aspecto de aquellos graciosos fantasmas surgidos de sus sarcófagos seculares y de las ruinas de sus templos para celebrar una vez más los sagrados misterios del culto de los placeres! Sí, es una or-

gía póstuma. Esos aparecidos mocetones, quieren festejar una vez más con juegos y cánticos la bienaventurada venida del hijo de Semele, redentor de la alegría; una vez más quieren bailar las danzas de los antiguos tiempos, la polka del paganismo, el cancán de la antigüedad, las danzas risueñas que se bailaban sin faldas hipócritas, sin garantía de un guardia municipal de la virtud pública, y en que todos se entregaban a la divina embriaguez, a toda fogosidad descabellada, desesperada, frenética; *Evoé Bacché!* Como dije, querido lector, eres hombre instruído e ilustrado que no se espantaría ante una aparición nocturna de tal género, ni más ni menos que si se tratase de una fantasmagoría de la Academia imperial de música, evocada por el genio poético de don Eugenio Scribe en colaboración con el genio musical del célebre *maestro* Giacomo Meyerbeer. Pero ¡ay! nuestro infeliz barquero del Tirol no sabía ni jota de mitología. No había hecho ni los más mínimos estudios clásicos; y se sobrecogió de espanto y de terror cuando vió al bello triunfador en el carro de oro con sus singulares acólitos; se estremeció a la vista de los ademanes indecentes, de los desvergonzados brincos de bacantes, faunos y sátiros que con los pies bisulcos y los cuernos tenían particularmente aspecto diabólico. Toda aquella pálida reunión, parecióle no más que un congreso de vampiros y demonios, que con maleficios tramaban la perdición de los cristianos. Creció de punto su estupor al ver a las ménades, en sus posturas imposibles, y que tienen algo de he-

chiceras cuando, suelto el pelo, echada la cabeza hacia atrás, sólo merced al torso pueden conservar el equilibrio. El pobre pescador sintió vértigo cuando vió el éxtasis siniestro de los coribantes, que se herían con sus propias espadas cortas, buscando el placer en el dolor de la carne. El espanto del mozo trocóse en estupefacción cuando vió una partida de silvanos, faunos y sátiros ebrios, al frente de los cuales salió una moza despechugada y reluciente de lujuria, que llevaba en una alta pértiga aquel famoso símbolo egipcio que sabéis; aquel símbolo, ó, por mejor decir, aquella hipérbole, iba coronada de flores, y la hermosa desvergonzada lo agitaba con movimientos impúdicos, salmodiando a voz en grito un cántico infame, coreado por sus compañeros velludos con sus espesas risas y sus burlescas zancadas. Al mismo tiempo, los acordes de la música de la procesión triunfal, acordes muellemente tiernos y desesperados a la vez, penetraron en el corazón del pobre mozo como si fuesen blandones encendidos; se creyó abrasado por el fuego infernal, y corrió a todo correr hacia su barco, agazapándose entre las redes. Los dientes le castañeteaban, temblaba ya con todo su cuerpo como si Satanás le agarrase por una pierna. Poco después los tres monjes volvieron en busca de la navecilla y se hicieron al agua. Cuando, ya en la orilla opuesta, echaron pie a tierra, el pescador supo escurrirse con tanta agilidad de su escondrijo, que los monjes creyeron que los había estado esperando entre los sauces; uno de ellos, con sus dedos helados, le dejó como de cos-

tumbre en la mano una moneda de plata, y los tres se alejaron apresuradamente.

Celoso de su propia salvación, que se imaginaba comprometida, y solícito también por todos los buenos cristianos a quien quería preservar del riesgo, nuestro pescador creyóse obligado a denunciar el misterioso acontecimiento ante los tribunales eclesiásticos. El prior de un convento de franciscanos de la vecindad gozaba de gran consideración como presidente de uno de aquellos tribunales y sobre todo como sabio exorcista. El pescador resolvióse a ir inmediatamente en busca de tan digno varón. Muy de mañana le vió el sol encaminarse al convento, y pronto, con los ojos humildemente bajos, se halló delante del reverendísimo prior, que, vestido con el sayal y baja la capucha sobre el rostro, estaba sentado en su gran sillón de madera tallada. El juez eclesiástico permaneció en su actitud meditabunda mientras el barquero relataba la terrible historia, y cuando hubo terminado, levantó la cabeza; con lo brusco del movimiento cayó hacia atrás la capucha, y el pescador, estupefacto, vió que su Reverencia era uno de los tres monjes que todos los años cruzaban el lago. Reconoció precisamente al que había visto el día antes, en forma de demonio pagano, en el carro de triunfo tirado por dos leones; era la misma faz pálida, las mismas facciones de hermosura regular, los mismos labios levemente gruesos. Una benévola sonrisa jugaba en derredor de la boca, y pronto salieron de ella, con el acento más melodioso, estas palabras de unción: "Carísimo hijo en Jesucristo:

dispuestos estamos a creer que pasaste la noche última en compañía del dios Baco; tu fantástica visión lo prueba de modo suficiente. Nos libraremos mucho de hablar mal de semejante dios, que tantas veces nos hace olvidar nuestras penas y regocija el corazón del hombre; pero otros son los dones que la bondad divina concede a los humanos: muchos son los llamados, pocos los escogidos. Hombres hay que no se dejarían vencer por una docena de botellas. Confieso, con toda humildad cristiana, que yo soy uno de esos seres elegidos, por lo cual doy gracias al Señor. Hay asimismo naturalezas deficientes y flacas, que dan en tierra a un solo vaso, y parece, carísimo hijo en Jesucristo, que en ese número te cuentas. Aconsejámoste, pues, que sólo mesuradamente absorbas el zumo dorado de la vid, y que no vuelvas a molestar a las autoridades eclesiásticas con alucinaciones de aprendiz de borracho. Aconsejámoste además que no des viento a la historia de la última hazaña y que tengas cuidado con la lengua; en caso contrario, el Santo Oficio ha de hacer que el brazo secular te administre veinticinco azotes bien contados. Ahora, carísimo hijo en Jesucristo, pásate por la cocina del convento, en donde el hermano cillerero y el hermano cocinero harán que te sea servida la colación de la mañana." Con lo cual dió su Reverencia la bendición al barquero, que se dirigió a la cocina como atolondrado. Cuando vió al hermano cillerero y al hermano cocinero, a poco se cae de espaldas: eran, en efecto, los dos compañeros nocturnos del prior, los

dos monjes que con él habían cruzado el lago; el pescador pudo reconocer el bandullo y la cabeza monda del uno, lo mismo que la cara del otro de facciones lascivas y lúbricas y orejas de macho cabrío. No dijo palabra, sin embargo, y sólo mucho tiempo después, cuando tenía ya blanco el cabello, refirió la historia a su prole, reunida junto al hogar en torno suyo.

Crónicas antiguas que refieren una leyenda análoga ponen el lugar de la escena en Espira del Rhin. Rastréanse en ella las reminiscencias paganas que se refieren al pasaje de los muertos, que allí también se efectúa en una barca funeraria.

En cierta tradición extendida por las costas de la Frisia oriental, las ideas antiguas referentes al pasaje de los difuntos al reino de las sombras aparecen acusadas con mayor precisión. A decir verdad, en parte ninguna se habla de un barquero llamado Caronte. Por lo general, esa extraña figura ha desaparecido de las tradiciones populares, conservándose tan sólo en los teatros de marionetas; pero la tradición frisona nos permite reconocer a un personaje mitológico de muy distinta importancia en el negociante holandés que se cuida de pasar a los muertos al lugar de su destino póstumo y paga el peaje ordinario al barquero o pescador que sustituye a Caronte. A través de su barroco disfraz, no tardaremos en descubrir el verdadero nombre de tal personaje; voy, pues, a referir la propia tradición con la mayor fidelidad posible.

En la Frisia oriental, a orillas del mar del Nor-

te, hay unas bahías que forman como puertos de no mucha extensión, a los que se da el nombre de *Siehl*. En uno de los parajes más avanzados de esas costas, álzase la solitaria mansión de un pescador que allí vive con su familia contento y dichoso. La naturaleza es triste en aquellos lugares; no hay pájaros que canten, y sólo se oye a las gaviotas, que de tiempo en tiempo salen de sus nidos ocultos entre la arena y anuncian la tempestad con sus gritos agudos y quejumbrosos. En ocasiones vese también algún pajarraco marino de mal agüero que revolotea sobre el mar desplegando las blancas alas espectrales. El chapotear monótono de las olas que van a romper en la playa o sobre las dunas, concierta muy bien con las sombrías hileras de nubes que cruzan el cielo. Tampoco cantan allí los hombres. En aquella costa melancólica, nunca resuena el estribillo de un canto popular. Los habitantes de Frisia son graves, probos, más razonadores que religiosos, y a pesar de haber perdido sus instituciones democráticas del tiempo que fué, no por ello han dejado de conservar un espíritu de independencia, heredado de sus intrépidos antecesores, que combatieron heroicos contra las invasiones del océano y de los príncipes septentrionales. Gente así no se suele abandonar a ensueños místicos, y apenas tiene cosa que le turbe, como no sea la tormenta del pensamiento. Para el pescador que mora en el *Siehl* solitario, lo esencial es la pesca, y, de vez en cuando, el peaje que le pagan los viajeros porque los transporte a una de las próximas islas.

En determinada época del año, según dicen, a las doce del día en punto, cuando el pescador está sentado a la mesa comiendo con su familia en la habitación principal, llega un extraño y pide al dueño de la casa que le conceda unos instantes para hablar de negocios. El pescador, después de invitar inútilmente al extranjero a compartir su modesta refacción, acaba por acceder a lo que le pide y van los dos a sentarse, distantes de la familia, a una mesa, en el hueco de una ventana. No describiré el porte del viajero con detalles ociosos, a la manera de los novelistas de hoy; para la tarea que me he impuesto, bastará con sus señas. Estas son, en pocos rasgos. El extranjero es hombre entrado en años, pero ágil todavía, en una palabra un vejete juvenil, metido en carnes sin que llegue a la obesidad, con carrillitos turgentes y colorados como las manzanas, unos ojos escrutadores que hacen guiños con vivacidad a uno y otro lado y una cabecita empolvada y cubierta por un sombrerillo de tres picos. Bajo una hopalanda de color amarillo claro, guarnecida de infinidad de esclavinas, lleva nuestro hombre el añejo vestido que vemos en los antiguos retratos de los negociantes holandeses, revelador de cierto bienestar; frac de seda verde-manzana, chaleco bordado de flores, pantalón de satén negro, mediás a rayas y zapatos con hebilla de acero. Tan limpio y reluciente lleva el calzado, que no se comprende cómo pudo arreglárselas para cruzar a pie los caminos pantanosos del *Siehl* sin llenarse de barro. Su voz asmática tiene un filo

agudo y en determinados momentos parece que aulla; con todo, el hombrecillo afecta un lenguaje y unos movimientos graves y mesurados, como cumple a un negociante holandés. Revélase su condición de negociante, no sólo en el vestir, sino en la exactitud y circunspección mercantil con que intenta cerrar el trato de la manera más ventajosa para su comitente. Anúnciase, en efecto, por comisionado-expedidor, encargado de hallar en la costa oriental de Frisia un barquero que se preste a transportar a la isla Blanca cierto número de almas, es decir, todas las que su barca pueda contener. A este propósito, continúa el holandés, quisiera enterarse de si el pescador estaría dispuesto a trasladar aquella noche dicha cantidad de almas a dicha isla; en tal caso, él estaría dispuesto a pagar el pasaje por adelantado, en la persuasión de que el barquero, como buen cristiano, le haría el precio más reducido posible. El negociante holandés — lo cual es un pleonasmo, puesto que todo holandés es negociante—hace la proposición con tranquilidad indolente, como si se tratase de un cargamento de quesos y no de almas de difuntos. La palabra *almas,* produce en el primer momento cierta impresión en la mente del pescador; siente correr un escalofrío por la espalda, porque en seguida se da cuenta de que se trata de almas de difuntos, y de que tiene delante al fabuloso holandés de que tan a menudo le hablaron los marineros compañeros suyos, al anciano que alguna vez fletó su barca para transportar almas de difuntos a la isla Blanca, pa-

gándoselo siempre tan bien. Pero, como advertí más arriba, los habitantes de aquellas costas son valerosos, sanos de cuerpo, razonadores, faltos de imaginación, y, por lo tanto, poco accesibles a los terrores vagos que nos inspira el mundo de los espíritus. Así, pues, el espanto secreto, el estremecimiento súbito del pescador frisón, no duran más que unos instantes; pronto se repone y afectando la mayor indiferencia, ya no piensa sino en sacar el precio más alto posible por la travesía. Después de regatear algo, llegan las dos partes a un acuerdo; cierran el trato y se estrechan la mano, como es costumbre. El holandés saca del bolsillo una bolsa de cuero mugrienta, henchida de moneditas de plata, de las más chicas que en Holanda se acuñaron jamás, y paga el precio total de la travesía en aquella moneda enana. Después de mandar al pescador que esté con la barca por la noche, hacia las doce, a la hora del plenilunio, en cierto lugar de la costa para tomar el cargamento de almas, el holandés se despide de toda la familia, que en vano le ha invitado repetidamente a comer, y se aleja con paso vivo y saltarín que contrasta de modo singular con el aspecto de gravedad y compunción neerlandesa que trató de afectar.

A la hora de la cita el barquero está en el lugar convenido, con su barca. Las olas, primeramente, la hacen saltar; pero en cuanto la luna sale, nota el barquero que su embarcación se mueve con menos facilidad y va hundiéndose poco a poco, de tal suerte que al fin no sobresale del agua más

que en lo ancho de una mano. Tal circunstancia le hace comprender que sus pasajeros, es decir, las almas, han de estar ya a bordo, y se apresura a hacerse a la vela. Por mucho que se canse los ojos en mirar, no ve en su barca más que algunos copos de niebla que se mueven y se mezclan entre sí sin poder tomar una forma determinada. En vano escucha con los oídos muy abiertos: no oye más que un chirrido y un chisporroteo casi imperceptible. Sólo, a intervalos, cruza sobre su cabeza una gaviota lanzando gritos lúgubres, o, a su lado, saca un pez la cabeza del agua y clava en él sus ojazos temerosos. Bosteza la noche y el cierzo se torna frío. Mar, luna y silencio por doquier. Mudo como cuanto le cerca, el barquero acaba por llegar a la isla Blanca, en la que detiene la barca. A nadie ve en la costa, pero oye una voz jadeante, con aullidos asmáticos, en que reconoce la del holandés. El personaje, invisible, parece como que lea una relación de nombres propios con el monótono tonillo de un veedor que fuese pasando lista. El pescador conoce muchos de aquellos nombres, como pertenecientes a personas muertas durante el año. Mientras se lee aquella lista de nombres propios, la barca va aligerándose poco a poco de peso. Un momento antes estaba atracada en la arena de la playa, y he aquí que va subiendo a medida que la relación se va acabando. Esto le avisa al barquero que su carga llegó a buen puerto, y tranquilamente se vuelve junto a su mujer y sus hijos, a la amada casita del *Siehl.*

De igual manera se efectúa cada vez el paso de las almas a la isla Blanca. Un detalle peculiar llamó un día la atención del barquero encargado del pasaje. La persona invisible que en la orilla iba leyendo la lista de nombres propios, interrumpiéndose de pronto, exclamó: "¿Y Pitter Jansen? ¿No está Pitter Jansen?" A lo cual una vocecilla aflautada contestó: "Yo soy la mujer de Pitter Jansen, y he hecho que me inscribieran con el nombre de mi marido."

Inmediatamente se me puso en la cabeza descubrir a través de su astuto disfraz al importante personaje mitológico que figura en esta leyenda. No es otro que el dios Mercurio, conductor de almas, en tiempos antiguos, que por especialidad tal llevó el nombre de Hermes *Psychopompos*. Sí, bajo aquella humilde hopalanda, bajo aquella lamentable cara de tendero, se oculta uno de los más soberbios y brillantes dioses paganos, el noble hijo de Maya. En su tricornio chico no flota ni el más leve penacho que pueda recordar las alas del tocado divino, y en los zapatos con hebilla de acero no se ve la menor huella de sandalia alada. Semejante plomo neerlandés difiere por completo del movible azogue a que puso el dios su nombre propio; pero el contraste mismo descubre el intento de la astuta deidad: ese disfraz lo eligió para asegurarse todo lo posible de que no le reconocerían. Y no fué por casualidad ni por capricho por lo que fué a elegir ese disfraz. Mercurio era, como sabéis, dios de los ladrones y de los mercaderes y ejercía con éxito ambas in-

dustrias. Era, por consiguiente, muy natural que, en la elección de disfraz con que tratara de disimularse y de profesión para ganarse la vida, tuviese en cuenta sus antecedentes y sus aptitudes. Sólo le quedaba calcular cuál de ambos oficios, que difieren no más en matices, le ofrecería mayores probabilidades de éxito. Decíase que el robo, por prejuicios seculares, estaba abominado por la opinión pública, que los filósofos no habían logrado aún rehabilitarlo asimilándolo a la propiedad, que era mal mirado por la policía y por la Guardia civil y que, en recompensa de todo el valor y la habilidad desplegados, al ladrón se le solía enviar a galeras, cuando no a la horca; que, por el contrario, los negocios gozaban de la mayor impunidad, que el público los honraba y las leyes los protegían, que se condecoraba a los negociantes, que iban a palacio y que hasta llegaban a presidentes del Consejo. En consecuencia, el más astuto de los dioses hubo de decidirse por la profesión más lucrativa y menos peligrosa, por el comercio, y para ser negociante por excelencia se hizo negociante holandés. Así le hemos visto en calidad de tal entregado a la expedición de almas para el imperio de Plutón, empresa para la que tenía especial aptitud el antiguo Hermes Psychopompos.

A la isla Blanca se la suele llamar también *Brea* o *Britinia.* ¿Aludirá este nombre a Albión la blanca, a las rocas calizas de la costa inglesa? Sería en verdad pensamiento por demás humorístico el de hacer a Inglaterra país de los muertos, impe-

rio de Plutón, infierno. Muy posible es, en efecto, que la Gran Bretaña se presente a más de un extranjero con aspecto semejante.

En mi estudio sobre la leyenda de Fausto, hablé extensamente del imperio de Plutón y de las creencias populares que a él se refieren; hice ver cómo el reino de las sombras ha llegado a ser infierno perfectamente organizado, y cómo se ha asimilado por entero a Satán el antiguo monarca de las tinieblas; pero sólo el estilo oficial de la Iglesia regala a las divinidades antiguas nombres tan espantosos. A pesar del anatema, la posición de Plutón sigue siendo en el fondo la misma. Plutón, dios del mundo subterráneo, y su hermano Neptuno, dios de los mares, no emigraron como los demás dioses parientes suyos; aún después del triunfo de Cristo permanecieron ambos en sus dominios, en su propio elemento. En vano corrían por la tierra las más absurdas fábulas a propósito de ellos; el viejo Plutón estaba sentado al rescoldo, allá abajo, junto a su hermosa Proserpina. Neptuno es el dios que menos vejámenes tuvo que soportar; ni sonido de campanas, ni armonías de órgano podían ofender su oído allá en el fondo de su océano, donde residía en paz al lado de Anfitrite, su buena esposa, rodeado de blancas nereidas y mofletudos tritones. Sólo de tiempo en tiempo, cuando un marinero joven pasaba por primera vez la línea, salía el dios del seno de las olas tridente en mano, coronada la cabeza de algas y cayéndole en argentadas ondas la luenga barba hasta el ombligo. Administraba entonces al

neófito el terrible bautismo de agua salada; pronunciaba a la vez un largo discurso lleno de chanzas de marinero, escupiendo más que pronunciando las palabras, sazonadas con el jugo acre y amarillo del chicote, con gran regocijo de sus alquitranados oyentes. Un amigo me contó no hace mucho cómo se celebra a bordo de los navíos ese misterio oceánico, y me aseguró que los marineros, que se ríen con la mayor hilaridad al aspecto de la burlesca figura de carnaval que representa a Neptuno, no tienen en el fondo del corazón la menor duda sobre la existencia de aquel dios cuya asistencia invocan aún en los grandes peligros.

Siguió siendo, pues, Neptuno soberano del imperio de los mares, así como Plutón, a pesar de su metamorfosis diabólica, conservó el trono del Tártaro. Más felices fueron uno y otro que su hermano Júpiter, el cual hubo de sufrir de modo muy particular las vicisitudes de la suerte. Aquel hijo tercero de Saturno que, después de la caída de su padre se arrogó la soberanía de los cielos, ocupó durante una larga serie de siglos el trono en lo más alto del Olimpo, rodeado de una risueña corte de altos y altísimos dioses y semidioses, así como de altas y altísimas diosas y ninfas, sus celestes azafatas y doncellas de honor, todos los cuales se daban buena vida, hartos de ambrosía y de néctar, y despreciaban a los pelgares atados aquí a la gleba, sin preocupación ninguna por el mañana. ¡Ay! cuando se proclamó el reinado de la Cruz, del sufrimiento, el gran Cronida emigró

y desapareció en medio del tumulto de los pueblos bárbaros que invadieron el mundo romano. Perdióse el rastro del ex dios, y en vano interrogué a las viejas crónicas y a las mujeres viejas: nadie pudo darme dato ninguno acerca de su destino. Revolví muchas bibliotecas, hice que me enseñaran los códices más magníficos, enriquecidos con oro y pedrería, verdaderas odaliscas del harén de la ciencia, y, según es costumbre, doy aquí públicamente las gracias a los eunucos eruditos que sin gruñir demasiado y a veces hasta con afabilidad, me dejaron libre acceso a los luminosos tesoros confiados a su custodia. He llegado a persuadirme de que la Edad media no nos legó tradición ninguna acerca de la suerte de Júpiter después de la caída del paganismo. Lo único que he podido desenterrar que tenga alguna relación con el asunto es la historia que me refirió hace tiempo mi amigo Niels Andersen.

Acabo de nombrar a Niels Andersen, y su bondadosa faz, tan graciosa y tan amable al mismo tiempo, surge risueña en mi memoria. Quiero consagrarle aquí unas cuantas líneas. Además, me gusta dejar indicadas mis fuentes, y hacer ver sus cualidades buenas o malas, para que el lector esté en disposición de juzgar por sí mismo hasta qué punto le merecen confianza esas fuentes.

Niels Andersen, natural de Drontheim, Noruega, era un ballenero de los más hábiles e intrépidos que yo he conocido. A él le debo cuanto sé tocante a la pesca de la ballena. Me reveló, en confidencia, todas las tretas del oficio, me dió a

conocer todas las estratagemas, todas las habilidades que emplea el inteligente animal para burlar añagazas y escaparse del cazador. Niels Andersen fué quien me enseñó el manejo del arpón: me hizo ver cómo hay que apoyar la rodilla derecha en la borda de la barca para lanzarlo, y cómo con la izquierda se suelta un famoso puntapié al marinero imbécil que no sabe largar con presteza bastante la cuerda que va atada al arpón. Todo se lo debo a él, y si no he logrado ser célebre como ballenero, no es la culpa de Niels Andersen ni mía, sino de mi mala estrella que no me ha dejado encontrar, en las peripecias de mi vida, una mala ballena con que sostener digna lucha. No he encontrado más que vulgares bacalaos o miserables arenques. ¿Para qué sirve un arpón, aun siendo el mejor de todos, si tiene uno que habérselas con un arenque? Hoy tengo las piernas paralíticas y he de renunciar para siempre a la caza de la ballena. Cuando trabé conocimiento con Niels Andersen en Ritzebuttel, cerca de Cuxhaven, tampoco él podía salvarse mucho de sus piernas, porque en las costas del Senegal, un tiburón novicio, tomando sin duda su pierna derecha por caña de azúcar, se la arrancó de una dentellada; desde aquel momento, el pobre Niels Andersen andaba cojicojea con una pierna artificial hecha de abeto de su país, ponderándola como si fuese la obra maestra de la carpintería noruega. Su mayor placer, por entonces, consistía en encaramarse en un tonel vacío y golpearle la panza con la pata de palo. Yo solía ayudarle a subirse al tonel;

pero, en ocasiones, para bajar, no le prestaba yo auxilio como no me contara una de sus curiosas tradiciones del mar del Norte.

Así como Mahomet-Ebn-Mansur da principio a todas sus poesías por un elogio del caballo, así Niels Andersen comenzaba todos sus relatos por una elogiosa enumeración de los méritos de la ballena. Por tal panegírico empezó igualmente la leyenda que referimos aquí.

—La ballena—decía—no era sólo el mayor, sino el más magnífico de los animales. Los dos chorros de agua que le salían de las narices puestas en lo alto de su cabeza, dábanle apariencia de fuente y producían mágico efecto, sobre todo de noche, a la luz de la luna. Además era animal simpático, de muy buen genio y aficionadísimo a la vida conyugal.—Es un espectáculo enternecedor — añadía —el de ver a una familiá de ballenas agrupada en derredor de su venerable jefe y tendida a tomar el sol en un enorme carámbano. A veces la prole empieza a juguetear y a hacer travesuras, y por fin todos se echan al mar para jugar al escondite entre témpanos inmensos. La pureza de costumbres y la castidad de la ballena han de atribuirse no tanto a principios de moral como al agua helada en que continuamente bullen. Tampoco, por desgracia, se puede negar, prosiguió Niels Andersen, que no tienen ningún sentimiento piadoso, que están enteramente desprovistas de religión...

—Me parece que hay error en eso—exclamé interrumpiendo a mi amigo.—Hace poco leí la re-

lación en que un misionero holandés describe la magnificencia de la Creación, y, según él, se manifiesta aún en las regiones polares, a la hora en que el sol acaba de salir, y cuando los destellos del día, iluminando las gigantescas rocas de hielo, las asemejan a los castillos de diamante que vemos en los cuentos de hadas. Toda la hermosura de la creación prueba, para el buen *dómine,* la existencia de Dios que actúa sobre todo ser animado, de suerte que no sólo el hombre, sino hasta un animalote de pescado, en el éxtasis del espectáculo, adora al Creador y le dirige sus preces. El *dómine* asegura que con sus propios ojos ha visto una ballena que se mantenía en pie, apoyada contra un muro de hielo, y balanceaba la parte alta del cuerpo, a manera de hombre en oración.

Convenía Niels Andersen en que él mismo llegó a ver ballenas que, alzándose apoyadas en una roca de hielo, se entregaban a meneos muy semejantes a los que echamos de ver en los oratorios de las distintas sectas religiosas; pero sostenía que nada tenía la devoción que ver con ello. Lo explicaba por razones fisiológicas; me hizo notar que la ballena, Chimborazo de los animales, tiene bajo la piel yacimientos de grasa de tan prodigiosa profundidad, que bastaría una ballena para llenar de ciento a ciento cincuenta barriles de aceite y de sebo. Tienen esas capas de grasa tal espesor, que, mientras duerme el coloso, tendido cuan largo es en un carámbano, centenares de ratas de agua pueden hacer nido en ellas. Tales convidados, infinitamente más gordos y voraces que las

ratas del continente, se dan la gran vida bajo la piel de la ballena, donde se atracan día y noche de la grasa más exquisita, sin tener necesidad siquiera de abandonar a su huésped involuntario, y aun le causan excesivos dolores. Como carece de manos, a diferencia del hombre, que, gracias a Dios, puede rascarse cuando siente picores, la ballena trata de aliviar sus sufrimientos poniéndose contra las esquinas salientes y cortantes de las rocas heladas y frotándose las espaldas en ellas con verdadero fervor y muchos movimientos ascendentes y descendentes, como vemos hacer a los perros, que se despellejan contra la madera de la cama cuando las pulgas les pican demasiado. Pues en tales balanceos el buen *dómine* creyó ver el acto edificante de la oración, y a devoción atribuía los sobresaltos que ocasiona la orgía de los ratones. Por enorme que sea la cantidad de aceite contenida en una ballena, no hay en ella el más mínimo sentimiento religioso. La religión no se encuentra más que en animales de mediana estatura; los grandullones, los seres gigantescos como la ballena, no están dotados de semejante cualidad. ¿Por qué razón? ¿Será que no hallen iglesia bastante espaciosa para acogerse a su seno? Tampoco las ballenas tienen inclinación por los profetas, y la que se tragó a Jonás no pudo digerir al gran predicador; atacada de náuseas, lo vomitó a los tres días. Ello, a buen seguro, demuestra la falta de sentimiento religioso en monstruos tales. No será, pues, la ballena quien vaya a elegir un témpano por reclinatorio y a hacer balan-

ceándose esos devotos dengues. Tan poco adora al verdadero Dios que reside allá en el cielo, como a la falsa divinidad pagana que mora cerca del polo ártico, en la isla de los Conejos, adonde el buen animal va en ocasiones de visita.

—¿Qué *isla de los Conejos* es ésa?—pregunté a Niels Andersen. Este, tocando el tambor en el tonel con su pata de palo, me contestó: "Precisamente en esa isla ocurre la historia que le voy a contar. No puedo indicarle con exactitud su situación geográfica. Desde que la descubrieron, nadie ha podido volver allá; las enormes montañas de hielo amontonadas en derredor de la isla, dificultan toda aproximación. Sólo la tripulación de un ballenero ruso, arrojada por la tempestad a aquellos parajes septentrionales, pudo visitarla, y más de cien años han pasado ya desde entonces. Cuando los marineros arribaron en su barca, se encontraron con un país desierto y sin cultivo. Míseros tallos de retama balanceábanse tristes en las arenas movedizas; aquí y allá, diseminábanse algunos arbustos enanos y unos desmedrados abetos se encaramaban por un suelo estéril. Por todas partes corrían los conejos en número considerable, razón por la cual los viajeros llamaron al islote aquel *isla de los Conejos*. Una cabaña, la única que allí había, denunciaba la presencia de un ser humano. Cuando los marineros entraron en la choza, vieron a un anciano que tocaba a la más alta decrepitud, miserablemente ataviado con pieles de conejo; sentábase en un sitial de piedra, y se calentaba las manos enflaquecidas y las rodi-

llas temblorosas al hogar en que llameaban unos brezos. A la derecha de él, manteníase en pie un ave de magnitud desmesurada, que parecía un águila; pero la muda del tiempo la habia despojado tan cruelmente, que sólo había conservado las grandes plumas tiesas de sus alas, con lo que el animal desnudo tenía un aspecto a la vez risible y tremendamente feo. A la izquierda del anciano estaba tendida una cabra vieja de pelaje ralo, pero con aire bonachón, que, no obstante su avanzada edad, conservaba ubres repletas de leche con pezones frescos y sonrosados.

Algunos griegos había entre los marineros que arribaron a la isla de los Conejos; uno de ellos, por creer que el amo de la cabaña no entendería su idioma, dijo a los otros en griego: "Este viejo pillastre debe ser un aparecido o un demonio malo." A tales palabras el anciano se estremeció, levantóse bruscamente de su asiento, y los marineros pudieron ver, con gran asombro, una alta e imponente figura que con dignidad imperiosa y aun majestuosa se mantenía erguida, no obstante el peso de los años, de tal suerte que con la cabeza tocaba las vigas del techo. Sus facciones, aunque estragadas y desoladas, tenían aún rasgos de antigua hermosura; eran nobles y de regularidad perfecta. Escasos mechones de cabellos plateados le caían sobre una frente arrugada por el orgullo y por la edad; sus ojos, fijos y empañados, lanzaban no obstante miradas de acero, y su boca fuertemente arqueada pronunció en lengua griega, empleando muchos arcaismos, estas armonio-

sas y sonoras palabras:—"Te engañas, mozo; ni fantasma soy ni espíritu malo; soy un desdichado que conoció tiempos mejores. Pero vosotros, ¿quiénes sois?"

A tal pregunta, los marineros enteraron a su huésped del siniestro que les aparatara de su camino y le rogaron que les informase de todo lo que tenía relación con la isla; pero el anciano apenas pudo satisfacer sus deseos. Díjoles que desde tiempo inmemorial vivía en la isla aquella, cuyas murallas de hielo le ofrecían asilo seguro contra sus implacables enemigos, usurpadores de sus legítimos derechos; que vivía principalmente de la caza de conejos, que rebosaban en la isla; que todos los años, a la época en que los hielos flotantes constituían una masa compacta, llegaban hasta allí en trineos gentes salvajes que le compraban sus pieles de conejo y en cambio le daban toda clase de objetos de primera necesidad. Dijo que las ballenas que de tiempo en tiempo se encaminaban a la isla eran sus relaciones predilectas. Añadió, sin embargo, que en aquel instante le causaba mucho placer hablar su lengua natal, puesto que era griego de nacimiento. Pidió a sus compatriotas noticias acerca del estado actual del país. Supo con maligno gozo mal disimulado que estaba rota la cruz que coronaba las torres de las ciudades helénicas; menor fué su satisfacción cuando le dijeron que al símbolo cristiano había sustituído la media luna. Lo más singular del caso era que ningún marinero conocía los nombres de las ciudades por las cuales él les pre-

guntaba, y que, a decir suyo, habían sido muy florecientes en sus tiempos. Por el contrario, los nombres con que los marineros designaban las ciudades y pueblos de la Grecia de hoy, eran totalmente extraños para él; así, el anciano meneaba a menudo la cabeza con aire de aplanamiento, y los marineros se miraban con sorpresa; bien se les alcanzaba que el anciano conocía perfectamente las localidades del país, aun en sus más nimios pormenores, porque describía de manera justa y exacta los golfos, lenguas de tierra, cabos y a veces hasta las más pequeñas colinas y ciertos grupos aislados de rocas; pero su ignorancia de los nombres topográficos más corrientes sólo servía para dejarlos más estupefactos.

Informóse el viejo con el más vivo interés y aun con cierta ansiedad de un templo antiguo, que, según decía, fué en otros tiempos el más hermoso de toda Grecia. Ninguno de sus oyentes conocía tal nombre, que él pronunciaba con tierna emoción; al cabo, cuando hubo descrito con toda minuciosidad el paraje en que debía estar el monumento, un marinero joven lo reconoció de pronto.—Precisamente—exclamó—el lugar en que he nacido está situado en ese paraje; de niño, guardé allí durante mucho tiempo los cerdos de mi padre. Hay, efectivamente, en aquel sitio restos de edificaciones muy antiguas, que revelan una magnificencia inaudita; aquí y allá se ven todavía columnas que siguen en pie; están aisladas o unidas entre sí por trozos de techumbre, de los que cuelgan gallardetes de madreselva y de lianas ro-

jas. Otras columnas, y las hay de mármol rosa entre ellas, yacen entre las hierbas, partidas. La hiedra ha invadido sus soberbios capiteles, formados de flores y hojas delicadamente cinceladas. Dos vastas losas de mármol, unos trozos cuadrados de pared, restos de techumbres de forma triangular están dispersos y hundidos a medias en el suelo. Muchas horas he pasado—continuó el joven—en examinar luchas y juegos, danzas y procesiones, hermosas y grotescas figuras allí esculpidas; por desgracia, las esculturas están muy echadas a perder por el tiempo y además cubiertas de musgo y de plantas trepadoras. Mi padre, cuando un día le pregunté qué significaban aquellas ruinas, me contestó que eran los restos de un templo antiguo en que residió tiempo atrás un dios pagano, que no sólo se entregó al más crapuloso libertinaje, sino que se mancilló además con el incesto y los vicios infames; que, en su ceguedad, los idólatras, no por ello habían dejado de inmolar bueyes, en ocasiones a centenares, al pie de su altar. Mi padre me aseguraba que aun se veía allí el cubo de mármol que sirvió para recoger la sangre de las víctimas, y que precisamente era el dornajo en que yo daba de beber a mis cerdos agua de lluvia, que se concentraba en él, y en que conservaba también los desperdicios que con tanta gana devoraban mis animales.

Cuando el joven marinero hubo hablado así, lanzó el viejo un profundo suspiro en que se revelaba el dolor más punzante; dejóse caer, sin fuerzas, en su sitial de piedra, y tapándose la cara

con ambas manos, se echó a llorar como un niño. El ave que tenía al lado dió unos gritos terribles, desplegó sus alas enormes, y amenazó a los extranjeros con pico y uñas. La cabra vieja dejó oir unos gemidos y fué a lamer las manos de su amo, cuyas penas parecía querer calmar con sus humildes caricias. A tal aspecto, el corazón se les encogió a los marineros de modo singular; salieron apresuradamente de la cabaña y no estuvieron a gusto hasta que dejaron de oir los sollozos del viejo, los graznidos del pajarraco y los balidos de la provecta cabra. Cuando se hallaron a bordo del navío, de vuelta, contaron la aventura. Había entre la tripulación un sabio que atribuyó al suceso la más alta importancia. Llevándose con aire sagaz el índice de la mano derecha a uno de los agujeros de la nariz, aseguró a los marineros que el anciano de la isla de los Conejos, era, sin duda alguna, el antiguo dios Júpiter, hijo de Saturno y Rhea, soberano señor de los dioses en el tiempo que fué; que el ave que a su lado vieron era evidentemente el águila famosa que llevó entre sus garras el rayo, y, según todas las apariencias, que la cabra era la vieja nodriza Amaltea que amamantó al dios en la isla de Creta y que seguía alimentándole con su leche en la isla de los Conejos.

Tal fué el relato de Niels Andersen, que me llenó de pena el corazón. No lo he de ocultar; ya sus revelaciones acerca de los sufrimientos secretos de la ballena me habían entristecido de la manera más honda. ¡Pobre animal!, contra esa cana-

lla de ratas que hace nido en tu cuerpo y te roe sin cesar, no hay remedio; siempre has de arrastrarla contigo hasta el fin de tus días; ¡por mucho que vayas de norte a sur y te frotes contra los témpanos de ambos polos, no podrás desprenderte de las malditas ratas! Pero, cualquiera que fuese mi dolor ante las vejaciones de las pobres ballenas, de muy distinto modo se conmovió mi alma por la trágica suerte del anciano que, según la hipótesis mitológica del sabio ruso, era el mismo que fué rey de los dioses, Júpiter el *Cronida*. Sí, él también hubo de someterse a la fatalidad del destino, del que no pudieron escapar ni los mismos inmortales, y el espectáculo de calamidades por el estilo nos espanta, llenándonos de compasión y amargura. Sea usted Júpiter, sea usted el señor soberano del mundo que al fruncir el ceño ponía temblor en el universo, cántele a usted Homero, escúlpale Fidias en oro y marfil, adórenle cien pueblos durante largos siglos, sea usted amante de Semele, de Dánae, de Europa, de Alcmena, de Leto, de Io, de Leda, de Calisto!—para venir a parar a la postre tan sólo en un anciano decrépito, que para ganarse la vida miserable tiene que hacerse vendedor de pieles de conejo como un pobre saboyano! Tal espectáculo causara indudablemente placer a la vil muchedumbre, que insulta hoy lo que ayer adoraba. Quizá entre esas gentes honradas se hallen los descendientes de aquellos desdichados bueyes inmolados en hecatombes sobre el ara de Júpiter; regocíjense de su caída. mófense de él a sus anchas para vengar la sangre

de sus antepasados, víctimas de la idolatría; por lo que a mí toca, singularmente conmovida está mi alma y transido yo de conmiseración dolorosa a la vista de tan augusto infortunio.

Tal enternecimiento quizá me ha de haber impedido lograr en mi relato la seria serenidad que tan bien le sienta al historiador y la gravedad austera que no se adquiere más que en Francia. Confieso, por lo tanto, con modestia, toda mi inferioridad junto a los maestros sumos del género, y encomendando mi obra a la indulgencia del benévolo lector, para quien siempre tuve los mayores respetos, termino aquí la primera parte de mi historia de *los Dioses en el destierro.*

EL RABINO DE BACHARACH

I

En el valle del Rheingau, por la parte baja, pierden las orillas del río su aspecto sonriente; montañas y rocas, con sus ruinas románticas de viejos castillos, adquieren porte más altanero; se ve formarse una comarca espléndida, de carácter más selvático y más serio. Allí está situada la antigua y oscura ciudad de Bacharach, semejante a una de esas leyendas de tiempos atrás, que todavía nos causan estremecimiento. Aquellos muros de almenas melladas, de torreones sin ventanas, con claraboyas en las que el viento silba y los gorriones hacen nido, no siempre aparecieron tan venidos a menos, tan desmantelados. Las calles que se ven por la arruinada puerta son miserables, feas y fangosas; hosco silencio reina en ellas, tan sólo interrumpido a intervalos por el griterío de los chicuelos, la voz penetrante de las comadres y el mugir de las vacas. Pero aquellas murallas fueron en otros días altivos y sólidos baluartes, y por las estrechas calles se agitaba una población libre, vivaz y activa; veíase que reinaban allí el poderío y el lujo, el placer y el sufrimiento, mucho amor y muchos odios. Bacharach fué en otros tiempos un municipio de los que fun-

daron los romanos cuando llegaron a dominar el Rhin, y aunque las épocas posteriores hayan sido muy tormentosas, aunque la ciudad haya caído más tarde bajo la soberanía de los Hohenstaufen, y por último bajo los Wittelsbach, sus habitantes supieron, sin embargo, seguir el ejemplo de otras ciudades ribereñas del Rhin y mantener una constitución bastante libre. Fundábase ésta en la alianza de dos clases distintas, la de los habitantes antiguos, los patricios, con las corporaciones, que se subdividían en diferentes gremios. Cada una de estas dos clases aspiraba por su parte al goce exclusivo del poder; de modo que si, al exterior, aparecían sólidamente unidas en alianza ofensiva y defensiva contra la nobleza rapaz que los rodeaba, permanecían, por dentro, constantemente divididas por intereses contrarios. Había asimismo entre ellas poco trato social, mucha desconfianza, y a menudo hasta explosiones de cólera que pasaban a vías de hecho. Habitaba el bailío señorial en el alto castillo de Sareck, y, lo mismo que su halcón, se lanzaba sobre la ciudad en cuanto le llamaban y a veces aunque no le llamasen. El clero reinaba en la sombra por el obscurantismo. Y había, por último, una casta en total aislamiento, impotente, excluída poco a poco del derecho de ciudadanía; era una reducida comunidad judía, que se estableció en Bacharach al mismo tiempo que los romanos, y que más tarde, en los días de la gran persecución de los judíos acogió en su seno a considerable multitud de correligionarios fugitivos.

La gran persecución de los judíos dió comienzo con las cruzadas; el encarnizamiento frenético de que se les hacía objeto, llegó al colmo a mediados del siglo XIV, al final de la peste magna, que, como todas las calamidades públicas, se atribuyó a la presencia de los judíos; afirmábase que la raza maldita atraía la cólera de Dios y envenenaba las fuentes valiéndose de los leprosos. El populacho irritado y sobre todo las hordas de los Flagelantes, hombres y mujeres que recorrían, medio desnudos, las orillas del Rhin y la Alemania meridional descargando sobre sí mismos azotes, para hacer penitencia, y cantando un himno loco en honor de María, asesinaron entonces a millares de judíos; cuando no los mataban, dábanles tormento o los bautizaban contra su voluntad. Otra acusación que desde tiempo atrás y durante todo el siglo pasado hizo derramar mucha sangre y causó no pocas angustias, fué un cuento ridículo que crónicas y leyendas repetían hasta la saciedad: los judíos, decían, roban las hostias consagradas, las acribillan a puñaladas hasta que sangran e inmolan niños cristianos para emplear la sangre en sus ceremonias nocturnas. Los judíos, tan detestados ya por su creencia, por sus riquezas y sus créditos, estaban por entero, cuando tales fiestas se celebraban, a merced de sus enemigos que fácilmente podían llevarlos a la perdición; bastábales hacer que se extendiese el rumor de uno de aquellos infanticidios o introducir furtivamente el cadáver ensangrentado de una criatura en casa de un judío condenado

por una especie de wehma secreta; luego, llegada la noche, atacaban a la familia mientras estaba en oración, y asesinaban, saqueaban, bautizaban y obrábanse grandes milagros por el niño que hallaron muerto y que la Iglesia misma acababa por canonizar. Uno de estos es San Werner, y para honrar su memoria se edificó la magnificente abadía de Oberwesel, que es hoy una de las más hermosas ruinas que hay a orillas del Rhin y nos encanta por la majestad de su estilo gótico, por sus amplias ventanas ojivales, sus esculturas y sus pilares que se levantan altivos al cielo; la belleza de la abadía nos seduce cuando, en día estival verde y sereno, pasamos junto a ella sin conocer su origen. Tres iglesias más se alzaron a orillas del Rhin y multitud innumerable de judíos fueron muertos o maltratados para honrar la memoria de aquel santo. Ocurría esto en 1287 y en Bacharach, donde se edificó una de las iglesias consagradas a San Werner hubieron de sufrir los judíos muchos tormentos y penalidades; por fortuna, dos siglos llevaban ya sin sufrir tales acometidas del furor popular, aunque seguían siendo blanco de amenazas y rencores todavía muy vivos.

Pero cuanto más los oprimía el odio de afuera, tanto más íntima iba volviéndose su unión, tanto más se estrechaban los lazos familiares, tanto más profundas raíces echaban la piedad y el temor de Dios en los corazones de los judíos de Bacharach. Era el rabino de aquella ciudad modelo de vidá grata a Dios. Llamábanle rabbi Abra-

ham; era hombre joven todavía, pero renombrado ya por su mucho saber en veinte leguas a la redonda. Había nacido en la ciudad, y su padre, que también fué rabino de ella, le prescribió, en sus últimas voluntades, que se consagrara a las mismas funciones y no saliese nunca de Bacharach, a no ser que corriera peligro su vida. Esta orden y un armario repleto de libros raros fué lo único que le dejó su padre, el cual vivió pobre, sin ocuparse más que del estudio de las Escrituras. Sin embargo, el rabino Abraham era muy rico, porque se casó con la única hija de su tío paterno, joyero de profesión que fué; y como muriera éste, heredó sus grandes riquezas. Algunos mal pensados de la comunidad solían aludir a este hecho, para dar a entender que el Rabino se había casado con su mujer por el dinero que ella aportaba. Pero todas las mujeres convenían en protestar contra acusación semejante; buscaban en la memoria historias antiguas y contaban que el Rabino, antes de ir a España, estaba ya enamorado de Sara, de Sara la hermosa (porque la llamaban así), y que Sara tuvo que esperar siete años a que volviese de España; que él se había casado con ella contra la voluntad de su padre, y que hasta le puso en el dedo el anillo nupcial sin pedirle su asentimiento. Todos los judíos, en efecto, pueden convertir a una doncella en su esposa si consiguiese ponerle una sortija en el dedo mientras dicen estas palabras: "Te tomo por esposa según la costumbre de Moisés y de Israel." Cuando se mentaba el viaje a España los mal pen-

sados sonreían con risa de conejo de modo muy particular, y era sin duda a causa de ciertos confusos rumores. En la Universidad de Toledo, el rabino Abraham cultivó, es verdad, con harto celo, el estudio de la ley divina, pero también, según decían, se acomodó exteriormente a los usos cristianos, imbuyéndose opiniones librepensadoras, como aquellos judíos españoles que tan extraordinario grado de cultura alcanzaron; pero, allá en su fuero interno, aquellos mal pensados no hacían mucho caso, en verdad, de los rumores a que aludían. Porque la vida del Rabino, desde que regresó de España, fué extremadamente pura, piadosa y llena de gravedad; cumplía con exactitud llevada hasta el escrúpulo con las prácticas más minuciosas de su religión, ayunando los lunes y los jueves, y no comiendo carne ni bebiendo vino más que los días de fiesta. Los años se le pasaban en la oración y el estudio; de día, explicaba la divina ley rodeado de los discípulos que le atría la celebridad de su nombre, y por la noche contemplaba los astros del cielo o los ojos de Sara la hermosa. No tuvo descendencia el Rabino, pero no faltaban en torno suyo vida y movimiento. El salón grande de su casa, que se hallaba junto a la sinagoga, estaba abierto para la comunidad entera; todos entraban y salían en él sin ceremonia; iban a orar brevemente, a buscar las noticias diarias; allí jugaban los niños, en la mañana del sábado, mientras en la sinagoga se leía el capítulo de la semana; allí se reunía el acompañamiento de las bodas o los entierros; había quere-

llas y reconciliaciones; el que tenía frío, hallaba estufa que le diera calor, y el hambriento, mesa puesta. En derredor del Rabino agitábase una muchedumbre de parientes, hermanas y hermanos, con sus mujeres y sus hijos, tíos y tías que también lo eran de su mujer. Formaban, entre todos, una larga procesión de parientes, y todos ellos consideraban al Rabino como a cabeza de familia, entraban y salían a todas horas en su casa, y en los días de fiesta grande, se reunían en torno a su mesa. Aquellas comidas, aquellas reuniones familiares en casa del Rabino, ocurrían principalmente en tiempo de la fiesta anual de la Pascua, fiesta antigua y maravillosa, que los judíos celebran aún en el mundo entero la víspera del décimocuarto día del mes de Nisén, para conservar eterna la memoria de su liberación de la servidumbre de Egipto, he aquí de qué modo:

En cuanto anochece, la dueña de la casa enciende los candelabros; extiende el mantel en la mesa, deja en medio tres panes chatos y sin levadura, que llaman ázimos, los cubre con una servilleta y pone en aquel lugar elevado seis platillos que contienen manjares simbólicos, a saber: un huevo, lechuga, rábano, un hueso de carnero y una masa oscura de pasas, canela y nueces. El padre de familia se sienta a la mesa con todos sus parientes y todas las personas de su casa, y les lee algunos pasajes de un libro extraño que llaman la Hagada, rara mezcla de leyendas antiguas, historias maravillosas referentes a la estancia en Egipto, relatos sigulares, controversias, ple-

garias y cánticos para las festividades. En tal solemnidad se intercala una abundante cena, y durante la misma lectura, en momentos determinados, pruébanse los manjares simbólicos; según el mismo rito, cómense también pedazos pequeños de pan sin levadura y se apuran cuatro copas de vino tinto. La ceremonia, que se celebra de noche, está impregnada de melancólica serenidad, de gravedad jovial; hay algo en ella que es misterioso y mágico, y el tono tradicional de canturia con que el padre de familia va leyendo la Hagada tiene tal intimidad y penetración, os mece de manera tan maternal y os despierta tan bruscamente, que hasta los judíos que desde tiempo atrás dejaron abandonada la fe de sus padres para correr tras los placeres y honores de gentes extrañas, se sienten conmovidos hasta lo más hondo del corazón cuando los antiguos acentos familiares de la Pascua llegan por ventura a herir sus oídos.

Una noche, el rabino Abraham se hallaba sentado en la sala grande de su casa, rodeado de sus parientes, alumnos y demás convidados para celebrar la festividad de la Pascua. Todo lucía en la sala con esplendor más vivo que el ordinario. Sobre la mesa extendíase un tapiz de seda bordado de diversos colores cuyos flecos de oro llegaban al suelo; dilatábase el corazón a los suaves reflejos de los platillos que contenían los manjares simbólicos y de las altas copas colmadas de vino adornadas con sencillos asuntos labrados a cincel, con escenas de la Historia Sagrada. Los hombres iban de manto negro, sombrero bajo,

negro también, y cuello blanco; las mujeres, con vestidos singularmente lujosos, de telas de Lombardía, se adornaban la cabeza y el cuello con sus aderezos de oro y de perlas; y la lámpara de plata consagrada a los días de sábado vertía su luz deslumbradora en los rostros satisfechos y recogidos de los ancianos y de los jóvenes. Sentábase el rabino Abraham en almohadones de terciopelo purpúreo, y ocupaba un sitial más alto que los otros, recostándose en él, como es de costumbre, y leía la Hagada cantando; y la abigarrada reunión le acompañaba o contestaba al llegar a determinados pasajes. Llevaba igualmente el Rabino sus negras vestiduras de las festividades; su fisonomía, noble y algo severa, tenía mayor dulzura que de ordinario; salíanse sus labios sonrientes de la barba oscura, como si tuviesen que contar muchas cosas de gracia, y en sus ojos se veía dibujarse vagamente recuerdos vagos y presentimientos felices. Sara la hermosa, sentada junto a él, en un sitial de terciopelo tan alto como el suyo, no lucía, por ser el ama de la casa, joya ninguna; sólo un paño de blanca tela envolvía su esbelto talle y rodeaba su faz piadosa. Era una faz de enternecedora belleza; la hermosura de las mujeres judías suele ofrecer un carácter particularmente conmovedor; la conciencia que tienen de la miseria profunda, de la amarga ignominia y de los peligros de toda suerte en medio de los cuales viven sus padres y amigos, derrama en su graciosa fisonomía una expresión de ternura doliente, de atento y afectuoso temor,

que produce singular encanto. Tal era Sara la hermosa, sentada junto a su marido cuyos ojos iban constantemente a buscar sus miradas. De vez en cuando miraba también la Hagada que tenía delante, abierta. Era un hermoso libro de pergamino encuadernado en terciopelo y oro, antigua herencia de su abuelo, en el que se advertían añejas manchas de vino medio borradas por los años y que contenía muchedumbre de estampas iluminadas con mano atrevida, estampas que con tanto placer contemplaba ella de niña, en la noche de la festividad de la Pascua, en que se veía toda clase de historias sacadas de la Biblia: Abraham destrozando a golpe de martillo los ídolos de piedra de su padre; los ángeles que llegaban hasta él; Moisés, dando muerte a Mizri; Faraón sentado en un trono magnífico; las ranas, que no le dejaban en paz ni sentado a la mesa; el mismo Faraón, ahogándose, gracias a Dios, entre las olas; los hijos de Israel que cruzaban con precaución el mar Rojo, y se detenían después, boquiabiertos, ante el monte Sinaí, con sus ovejas, vacas y bueyes; y luego el piadoso rey David tocando el arpa, y por último Jerusalén con las torres y el pináculo de su templo, resplandecientes a los rayos del sol.

Vacía estaba ya la segunda copa; los rostros iban poniéndose cada vez más alegres y las voces más vibrantes; tomó el Rabino uno de los panes sin levadura, lo levantó en alto, saludando con júbilo a la reunión, y leyó en la Hagada las palabras que siguen: "¡He aquí el alimento que nuestros pa-

dres comieron en Egipto! ¡Que cuantos tienen hambre se lleguen y coman! ¡Que cuantos están afligidos vengan a ser partícipes de nuestra alegría pascual! Este año celebramos aquí la fiesta; pero el año que viene será en el país de Israel. ¡Este año, la celebramos todavía en la esclavitud; pero el año que viene la celebraremos como hijos de la libertad!"

Abrióse entonces la puerta de la sala y se vió entrar a dos hombres altos y pálidos envueltos en capas muy amplias.

"¡La paz sea con vosotros!—dijo uno de ellos—somos correligionarios; vamos de viaje, y quisiéramos celebrar la Pascua en vuestro hogar."

El Rabino les contestó en seguida, en tono afable:

"¡Sea la paz con vosotros! Venid a sentaros cerca de mí."

Sentáronse a la mesa en seguida los dos extraños y el Rabino prosiguió la lectura. A veces, mientras que los otros seguían ocupados en repetir sus palabras, dirigía a su mujer algunas frases afectuosas. Aludiendo a la antigua chanza según la cual todo padre de familia israelita se tiene en tal noche por rey, le dijo: "Alégrate, reina mía". Pero ella le contestó sonriendo melancólicamente: "¡Ay! nos falta un príncipe"; y quería decir: el hijo de la casa, aquel que, según exige cierto pasaje de la Hagada, ha de preguntar a su padre, usando las palabras sacramentales: "¿Cuál es el sentido de esta fiesta?" El Rabino, sin decir nada, se contentó con señalarle con el dedo, en la

página misma por donde el libro estaba abierto, una estampa de gracia infinita: en ella se veían los tres ángeles que se dirigían a Abraham para anunciarle que Sara, su esposa, le daría un hijo, mientras ella, con expresión de sutileza femenina, estaba en pie, detrás de la puerta, espiando la conversación. Al signo mudo, las mejillas de Sara la hermosa se tiñeron del más vivo carmín; bajó los ojos y los volvió a levantar después graciosamente para mirar a su marido, que seguía leyendo y cantando la historia maravillosa de los cuatro rabinos, Jesua, Eliezer, Akiba y Tarphen, que se mantuvieron recostados en los respaldos de sus sitiales una noche entera, hablando de la salida de Egipto y de la liberación de los hijos de Israel, hasta el punto en que sus discípulos acudieron a decirles que era de día y que ya se estaba leyendo en la sinagoga la oración principal de la mañana.

La bella Sara, que oía con recogimiento, fijos constantemente los ojos en su marido, vió de pronto que la faz de éste se contraía, como helada de espanto; la sangre se le retiró de las mejillas y de los labios; los ojos se le salían de las órbitas, la mirada se le quedaba fija; pero casi en el momento mismo vió que sus facciones recuperaban calma y serenidad, que volvía el color a labios y mejillas; que paseaba gozosamente la vista en derredor, y que hasta un humor loco, del todo extraño a él, parecía haberse apoderado de su ser por entero. Sara la hermosa se quedó espantada como no lo estuvo jamás; un terror se-

creto le heló la sangre en las venas, no tanto a causa de las señales de mudo terror que había visto un instante en el rostro de su marido como a causa de la alegría a que se entregó después, e iba poco a poco cambiándose en transportes de júbilo extravagante. El Rabino se echaba, jugando, el birrete de una oreja a la otra; se tiraba de las barbas, rizándolas de manera enteramente cómica; cantaba el texto de la Hagada con una tonadilla callejera; y, cuando llegó a la enumeración de las plagas de Egipto, en que, después de mojar el dedo índice en la copa llena se deja caer al suelo la gota que queda colgando, el Rabino roció a las muchachas con vino tinto; ¡qué lamentos entonces por las gargantillas echadas a perder, y luego, qué ruidosas carcajadas! Sara la hermosa sentía mayor alarma cada vez ante aquel júbilo convulsivo e inagotable de su marido, y opreso el corazón por inexplicable ansiedad, contemplaba la mescolanza confusa que le zumbaba en los oídos de aquellos hombres y mujeres iluminados por reflejos multicolores, columpiándose unos muellemente en sus asientos, mascullando éstos otros los delgados panes de la Pascua o saboreando su vino, hablando aquéllos entre sí o cantando en alta voz, todos extremadamente satisfechos.

Llegó el momento de la cena; levantáronse todos para lavarse las manos, y Sara la hermosa fué en busca de la gran jofaina de plata con ricas figuras de oro cincelado que tuvo delante de cada uno de los huéspedes mientras que le echaban el agua en las manos. Cuando le llegó la vez al Ra-

bino, mientras ella le prestaba servicio igual, hízole él un guiño muy expresivo y se escurrió por la puerta. En seguida fué tras él Sara la hermosa; el Rabino cogió vivamente a su mujer por la mano, la arrastró a toda prisa por las calles oscuras de Bacharach, franqueó con paso rápido la puerta de la ciudad y llegó a la carretera que, a lo largo del Rhin, va hasta Bingen.

Era una de esas noches de primavera, muy tibias y centelleantes de estrellas, pero que dejan llena el alma de estremecimientos extraños. Las flores exhalaban olor de cadáver; gorjeaban los pájaros en tono a la vez burlón e inquieto; la luna echaba a hurtadillas ojeadas de lívida luz sobre el río oscuro que corría murmurando; las altas masas de rocas de la orilla parecíanse a un gigante que balanceaba la cabeza con aire amenazador; el guarda de la torre del castillo de Strahleck sacaba de su trompa acentos melancólicos, en tanto que, por su parte, la campanita de la iglesia de San Werner dejaba oir las notas claras y rápidas de su tañido fúnebre. Sara la hermosa llevaba en la mano derecha la jofaina de plata; el Rabino la cogía aún de la mano izquierda, y ella sentía que los dedos de su marido estaban helados, que su brazo temblaba; pero le seguía en silencio, ya fuera que estaba acostumbrada a obedecerle ciegamente y sin preguntar, ya que la ansiedad le quitara el uso de la palabra.

Al pie del castillo de Sonneck, enfrente de Lorch, casi en el mismo lugar donde hoy se halla el pueblecillo de Niederrheinbach, hay una mese-

ta formada por rocas que se levantan en línea curva por encima del Rhin. Subió a ella el Rabino con su mujer, miró en derredor a todas partes, y, alzando los ojos, contempló fijamente las estrellas. Transida y agitada por una angustia mortal, Sara la hermosa, de pie junto a su marido, contemplaba su rostro pálido que a la luz de la luna parecía el de un espectro, y en el que se dibujaban con movimientos convulsivos el dolor, el miedo, el recogimiento y la furia. Mas de repente cogió el Rabino la jofaina de plata que llevaba ella y la echó al Rhin, donde cayó, después de rebotar resonando en las rocas. Entonces, sin poder soportar más tiempo tan horrible ansiedad, exclamó ella echándose a los pies de su marido:—"¡Schadai (1), Dios misericordioso! acaba de explicarme este enigma sombrío."

El Rabino, incapaz de hablar, agitó varias veces los labios sin poder proferir un sonido. Por último exclamó:

"¿Ves el Angel de la muerte? ¡Allá, cerniéndose sobre la ciudad! Pero nosotros nos hemos librado de su acero."

Y con voz que aún temblaba de espanto le contó lo que había ocurrido. Mientras que él, de buen humor, entonaba la Hagada, sentado y apoyándose en el respaldo de su sitial, como mirara por casualidad debajo de la mesa, vió a sus pies el cadáver ensangrentado de un niño.

"Entonces advertí — prosiguió el Rabino—que

(1) En hebreo *Todopoderoso.*

dos huéspedes nuestros, los últimos que llegaron, no eran de la familia de Israel, sino que pertenecían a la asamblea de los impíos concertados para introducir furtivamente el cadáver en nuestra casa con el fin de acusarnos de infanticidio y excitar al pueblo para que nos saqueara y nos asesinara. No podía yo dejar ver que me había dado cuenta de la maquinación tenebrosa; no hubiera hecho sino apresurar mi perdición, y sólo la astucia podía salvarnos a los dos. Mi sangre querían beber esos infames; a mí sólo me odiaban; pero escapé y tendrán que contentarse con mi oro y mi plata. Ven conmigo, Sara hermosa; vamos a otro país. Dejemos la desgracia detrás; para que no nos persiga, le arrojé la jofaina de plata, último resto de mi fortuna, destinado a aplacarla. ¡No ha de abandonarnos el Dios de nuestros padres!... Bajemos, estás cansada; abajo, hallaremos en su barca al silencioso Guillermo; él nos llevará Rhin arriba."

Sara la hermosa se había quedado sin voz; tenía los miembros quebrantados; se desplomó en brazos del Rabino, que la llevó hacia la orilla, bajando poco a poco. Allí estaba el silencioso Guillermo, mancebo sordomudo de singular gallardía. Se dedicaba a pescar para acudir a las necesidades de su madre adoptiva, que moraba en la vecindad del Rabino, y solía tener amarrada su barca en aquel lugar. Pareció adivinar en el mismo instante la intención del Rabino; hasta se hubiese dicho que le esperaba; sus labios juntos expresaban la más dulce compasión; sus ojazos

azules se posaron con expresión profunda en Sara la hermosa y la llevó con precaución a su barca.

La mirada del mancebo mudo despertó a Sara la hermosa de su estupor; en un instante se dió cuenta de que no era un sueño vano lo que su marido le contara, y torrentes de lágrimas amargas le corrieron por la faz que se le había puesto tan blanca como el vestido. Estaba ya sentada en medio de la barca, semejante a estatua de mármol llorosa; a su lado, sentábanse su marido y el silencioso Guillermo y los dos remaban con ardor.

Atribúyase al ruido monótono de los remos, al balanceo del esquife, o a los aromas balsámicos de los montes de la orilla, ornados de risueña vegetación, ocurre siempre que aun el hombre más afligido siente aliviársele extrañamente sus dolores cuando en noche de primavera va bogando en un leve barquichuelo por las aguas límpidas de aquel hermoso río. En verdad, se parece el viejo Rhin a un buen padre que no puede sufrir que sus hijos lloren; les enjuga las lágrimas; los mece en sus brazos fieles; les cuenta los cuentos más bonitos; les promete su oro, sus tesoros más ricos, y acaso hasta el antiguo tesoro perdido de los Nibelungos. Las lágrimas de Sara la hermosa corrían, más dulces cada vez; llevábanse las murmurantes ondas sus dolores más violentos; iba perdiendo la noche su horror sombrío y los montes del país natal saludábanla como para enviarle tierna despedida. Pero la montaña que le daba saludo más afectuoso era el Kedrich, su montaña favorita. Iluminada de extraña manera por los rayos de la

luna, parecía sostener en su cumbre a una dama que tendía los brazos en señal de angustia; hubiérase dicho que multitud de enanillos ágiles salían rastreando de las hendiduras de las peñas y que un jinete a galope tendido iba subiendo la montaña. Abandonándose a estas impresiones, Sara la hermosa sentíase niña de nuevo; veíase sentada a las rodillas de su tía de Lorch, la cual le refería la linda aventura del osado caballero que libertaba a la pobre damisela, arrebatada por los enanos, con otras verídicas historias referentes al maravilloso valle de Wisperthal, frente al que pasaba, donde los pájaros hablan un idioma enteramente razonable; le hablaba de aquel país de pasta de almendras adonde van los niños obedientes; contábale historias de princesas encantadas, árboles cantores, castillos de cristal, puentes de oro y sonrientes ondinos. Pero entremedias de todos aquellos bonitos cuentos que empezaban a vivir, a resonar en sus oídos y a brillar a sus ojos, Sara la hermosa oía la voz regañona de su padre, vituperando a la pobre tía por meter tan locas ideas en la cabeza de la niña. En seguida le pareció que la sentaban en la banqueta, ante el sillón de terciopelo de su padre, que le pasaba la mano en dulce caricia por los largos cabellos, y luego sonreía paseando en derredor miradas satisfechas y balanceándose muellemente dentro de la amplia bata de seda azul reservada para los días de sábado... Sí, debía ser día de sábado, porque el mantel de flores estaba tendido en la mesa, y en la habitación, todos los muebles relucían de tal modo que uno hubiera po-

dido mirarse en ellos, y el servidor de la comunidad, con su barba blanca, estaba sentado junto a su padre, comiendo pasas de Corinto y hablando en hebreo; y luego Abraham, niño, entraba con un tomazo enorme y pedía modestamente a su tío licencia para explicar un capítulo de la Sagrada Escritura, con el fin de que su tío pudiera convencerse por sí mismo de que había aprendido mucho durante la semana y merecía bastantes elogios y un buen pedazo de torta. El muchachito apoyaba entonces el libro en el ancho brazo del sillón y explicaba la historia de Jacob y de Raquel; Jacob, alzando la voz y llorando abundantemente cuando por vez primera vió a su primita Raquel, sus charlas familiares con ella en la fuente, los siete años que hubo de servir para obtenerla, la rapidez con que para él pasaron y sus bodas con Raquel, su amor a ella, amor que duró siempre, siempre... De pronto Sara la hermosa recordó también que en aquel momento su padre exclamó en tono alegre: "Y tú, ¿no quieres también casarte con tu primita Sara?" A lo que contestó con aire serio el pequeño Abraham: "Sí, quiero, y tendrá que esperarme siete años." Estas imágenes atravesaban como fulgores indecisos el alma de Sara la hermosa; se veía a sí misma y a su primito, tan grande ahora y su marido ya, jugando los dos a juegos infantiles al pie del tabernáculo, entretenidos en mirar los tapices, las flores, los espejos y los pomos dorados; Abraham hablando con ella, de chico, cada vez más tiernamente, y después volviéndose más grande y más

gruñón, y por último, grande y gruñón del todo... Por fin, un sábado por la noche, sentada ella sola en su cuarto, viendo por la ventana brillar la luna, la puerta que se abre de pronto y su primo Abraham que entra brusco, en traje de camino y pálido como la muerte; la coge de la mano, le pone un anillo de oro en el dedo, y dice con tono solemne: "Al darte este anillo, te tomo por esposa según las leyes de Moisés y de Israel... Pero ahora, añade temblando, ahora he de marchar a España. ¡Adiós! ¡Siete años has de esperarme!" y sale precipitadamente, y Sara la hermosa va a contárselo todo, llorando, a su padre... Este se pone furioso y lanza fuertes gritos: "¡Córtate el cabello, que ya eres mujer casada!"—Pide un caballo y sale en seguimiento de Abraham para arrancarle por fuerza carta de divorcio, pero él ya está lejos; vuelve a su casa el padre sin proferir palabra, y mientras Sara la hermosa le ayuda a quitarse las botas de camino, para calmarle, le dice que Abraham ha de volver cuando pasen siete años; el padre, entonces, le contesta abandonándose a violentas imprecaciones: "¡Siete años te pasarás pidiendo limosna!" y, poco después, muere.

Así las historias viejas, cual juego de sombras, cruzan rápidamente por el alma de Sara la hermosa; las imágenes se confunden en rara mezcla, en medio de la cual aparecen rostros barbudos semifamiliares, semiextraños, y grandes flores con hojas de fabulosas dimensiones; también le parecía que el Rhin murmuraba las melodías de la Hagada, y que todas las figuras de que hablan esas

melodías iban surgiendo del seno de las olas, de tamaño natural, pero gesticulantes, extravagantes. Abraham, el patriarca, rompía tímidamente los ídolos que se volvían a formar por sí solos; Mizri se defendía desesperado contra Moisés furioso; del monte Sinaí brotaban relámpagos y llamas; el rey Faraón hendía las olas del mar Rojo llevando en la boca, entre los dientes, la diadema de oro, abierta; nadaba tras él unas ranas de humano rostro, y se cubrían de espuma las olas, y la resaca mugía, y una negra mano de gigante salía de las aguas con amenazador ademán.

Aquella mano era la *Torre de las ratas* (1) del obispo Hatton, y la barca hendía en aquel momento el remolino de Bingen. Medio arrancada a su divagación por la sacudida, Sara la hermosa dirige sus miradas a los montes ribereños, en cuya cumbre centelleaban las luces del castillo, en tanto que a sus pies corrían las nieblas de la noche, blancas de luna. De repente, se le figura ver a sus amigos, a sus parientes (¡visión espantosa!) correr a lo largo del río, con rostros de cadáver y largos sudarios blancos que flotan... un velo negro le cae sobre los ojos, un torrente glacial se vierte en su alma, y oye, como en sueños, la oración de la noche que va recitando con voz lenta el Rabino, con

(1) La «torre de las ratas» *(Mæuseturm)* fué edificada en una islilla del Rhin, río abajo de Bingen, en el siglo X, por Willigis, arzobispo de Maguncia. Dice la leyenda que por castigo divino, por haber establecido un impuesto sobre el pan, el obispo Hatton (que vivía en el siglo IX) fué devorado por las ratas en aquella torre.

voz preñada de angustia, como cuando se dice junto a un enfermo que está a punto de morir Balbuce todavía estas palabras: "Diez mil a su derecha, diez mil a su izquierda, que protejen al rey contra las asechanzas de la noche..."

Pero, de pronto, terrores y tinieblas se desvanecen; desgárrase la sombría cortina del cielo; en las alturas, aparece la ciudad santa, Jerusalén, con sus torres y sus puertas; allí está el templo, el templo de oro, magnífico, deslumbrador, y en el vestíbulo ve Sara la hermosa a su anciano padre, vestido con sus vestiduras amarillas del sábado, triunfante de placer, con el júbilo en los ojos. A las ventanas cintradas del edificio, sus parientes, sus amigos la saludaban de lejos; en el santuario, estaba de rodillas el piadoso rey David con su manto de púrpura y su corona centelleante; resonaban su canto y su arpa melodiosamente, y Sara la hermosa se quedó dormida con sonrisa de beatitud.

II

CUANDO abrió los ojos Sara la hermosa, casi la deslumbraron los rayos del sol. Alzábanse a los aires las torres de una gran ciudad, y el silencioso Guillermo, de pie en medio de la barca, la conducía, remo en mano, a través de la jubilosa multitud de las embarcaciones empavesadas con

flámulas de todos colores; aquí, la tripulación ociosa los miraba pasar; allá, centenares de manos ocupábanse en descargar cajones, fardos, barricas, que otros barcos menores llevaban a la orilla, todo ello entre un ruido ensordecedor, llamadas de los marineros, pregones de los vendedores, gritos de los aduaneros que con sus vestiduras rojas, sus bastones blancos y sus caras descoloridas iban saltando de embarcación en embarcación.

"Sí, hermosísima Sara — dijo el Rabino a su mujer con sonrisa de satisfacción—tienes delante la ciudad de Francfort, famosa en el mundo entero, la imperial ciudad libre de Francfort del Mein, y por el Mein vamos navegando. Aquellas casas risueñas, rodeadas de verdes colinas, son las de Sachsenhausen adonde Gumpertz el cojo iba a buscar la mirra para la fiesta de los tabernáculos. Aquí ves el sólido puente del Mein con sus trece arcos, por donde circulan en seguridad millares de hombres a pie, caballos, coches; en medio se levanta la casita en que vive el Judío bautizado (tía Täubchen es quien nos lo contó) un judío bautizado que paga seis denarios en nombre de la comunidad judía a todo el que le lleva una rata muerta, porque la comunidad judía tiene la obligación de entregar cada año cinco mil colas de rata en el concejo. (1)"

La guerra que los judíos de Francfort se ven

(1) Este impuesto llamado Rattenpfennig exigíaseles a los judíos de Francfort del Mein por haber asistido uno de ellos con disfraz al torneo que se dió en 1498 en honor del joven Landgrave Guillermo de Hesse.

obligados a hacer a las ratas hizo reir a carcajadas a Sara la hermosa. La clara luz del sol y el mundo tan nuevo, tan vario, que ante ella surgía, le habían borrado del alma todas las sombrías y horribles impresiones de la noche anterior; y cuando, al abordar la barca a la orilla, su marido y el silencioso Guillermo la llevaron a tierra, se sintió como penetrada de una seguridad gozosa. En cuanto al silencioso Guillermo, tuvo durante mucho rato sus hermosos ojos de color azul profundo puestos en el rostro de ella, con una expresión mitad inquieta, mitad jubilosa, y lanzando después al Rabino una mirada significativa, saltó a la barca y no tardó en desaparecer.

"Mucho se parece el silencioso Guillermo al hermano que perdí" dijo Sara la hermosa.—"Todos los ángeles se parecen", contestó dulcemente el Rabino; y tomando luego de la mano a su mujer, la guió a través de la muchedumbre que llenaba las orillas del río. Era la feria de Pascua y para aquella festividad se habían construído muchos barracones de madera. Cuando entraron en la ciudad por la sombría puerta del Mein, no hallaron allí ruido y animación menores. En una calle desierta, veíanse tan sólo tiendas, muy apretadas unas contra otras. Las casas, como en toda la ciudad, estaban exclusivamente dispuestas para el comercio, sin ventanas en la planta baja, pero con ambas puertas a toda cimbra que abrían paso a la mirada hasta el interior y dejaban ver al que pasaba las mercaderías expuestas. ¡Cuál sería la sorpresa de Sara la hermosa al ver aquella enor-

me cantidad de objetos preciosos cuya magnificencia ni siquiera sospechaba! Aquí, los venecianos desplegaban todo el lujo de Oriente y de Italia; Sara la hermosa, inmóvil y como encadenada por el éxtasis, no se cansaba de contemplar tantas maravillas, aderezos y joyas, tocas y corpiños de mil colores, pulseras y collares de oro, todo el espejuelo de la coquetería que tan a gusto admiran las mujeres y que más a gusto aún llevan encima. Las telas de terciopelo y de seda, cubiertas todas de ricos bordados, parecía como si quisieran entrar en conversación con Sara la hermosa, trayéndole de nuevo a la memoria toda suerte de maravillas; parecíale que se había vuelto muchacha, que su buena tía Täubchen, cumpliendo por fin su promesa, la había llevado a la feria de Francfort y que se encontraba allí, ante los lindos trajes de que le hablaban. Preguntábase ya con íntimo gozo qué se llevaría a Bacharach, a cuál de sus dos primitas le sentaría mejor el cinturón de seda celeste: ¿sería a Blümchen o a Vögelchen? Preguntábase si las calcitas verdes le irían bien al pequeño Gottschalk... Pero, de pronto, se dijo: "¡Ay, señor Dios, desde que no los he visto, crecieron, y ayer los degollaron!" Se estremeció y los prestigios de la noche con sus espantos iban a surgir ante sus ojos; pero los vestidos bordados de oro le dirigían con sus millares de destellos, millares de picarescas miradas borrándole del corazón las impresiones siniestras. Cuando levantó los ojos a la cara de su marido, la vió despejada, sin sombra, mostrando la gran dulzura

habitual. "Cierra los ojos, Sara hermosa" dijo el Rabino; y se llevó a su mujer atravesando la muchedumbre.

¡Qué vida! ¡qué movimiento! En primera fila, los negociantes que trafican entre sí a voz en grito, o hablan solos, contando con los dedos, o, seguidos de mozos cargados hasta más no poder, que trotan como gozquecillos, se llevan a la posada sus compras. Luego, gente que sólo acude por curiosidad, como se ve en sus caras. Aquí, por el manto rojo, y el áureo collar, se reconoce al senador fornido. Allí, el jubón negro y de buen paño revela al honorable y altivo práctico. El morrión de hierro, la casaca de cuero amarillo, las enormes espuelas que resuenan en el pavimento indican al soldado de caballería pesada. Más lejos, bajo unas tocas de terciopelo recortadas en punta sobre la frente, se oculta la faz sonrosada de una doncella, detrás de la cual acuden, como lebreles corredores, varios petimetres, caballeros cumplidos, con birretes empenachados, zapatos en punta que meten ruido, trajes de seda bicolores, verdes por un lado, rojos por otro, o bien aquí rayados con los colores del arco iris, allá recortados en cuadros de todos colores de tal modo que los muy pillos parecían partidos en dos. Arrastrada por la corriente de la muchedumbre el Rabino con su mujer llegó al *Roemer*. Es la plaza mayor de la ciudad rodeada de casas de alto piñón; toma nombre de una vasta posada cuya enseña es un *Romano* (*Zum Roemer*) que los magistrados compraron para convertirla en Ayuntamiento. En

aquel edificio se celebraba la elección de los emperadores de Alemania y en la plaza solía haber torneos. El emperador Maximiliano que tenía pasión por los juegos de la caballería encontrábase a la sazón en Francfort y la víspera habían organizado en su honor una gran parada ante el *Roemer*. Junto a las vallas de madera que unos carpinteros iban quitando, muchos bausanes en grupos contábanse aun los incidentes de la víspera; cómo el duque de Brunswick y el margrave de Brandenburgo se lanzaron uno contra otro a son de trompetas y clarines; cómo micer Gualterio el Pordiosero desarmó al caballero del Oso de un bote tan terrible que las astillas de su lanza volaron por los aires, en tanto que el rey Max, de rubios cabellos y esbelto talle, estaba en pie al balcón entre sus cortesanos y se frotaba las manos con aire gozoso. Las colgaduras de brocado de oro pendían aún de las barandillas del balcón y de las ventanas ojivales del Ayuntamiento. Las otras casas de la plaza veíanse igualmente engalanadas y cubiertas de escudos; llamaba la atención sobre todo el hotel de Limburgo con una bandera en que aparecía una doncella con un halcón en la mano y un mono que le presentaba un espejo. Estaban al balcón de aquella hostería muchos caballeros y damas hablando, sonriendo, dejando vagar los ojos por la multitud que formaba toda suerte de grupos variados y de raros cortejos. ¡Qué muchedumbre de paseantes de toda condición y edad se estrujaba en la plaza para dejar su curiosidad satisfecha! Reían, lloraban.

sobaban, se daban pellizcos, se lanzaban mil exclamaciones y en medio de todo aquel ruido resonaba la trompeta sorda del médico, que envuelto en su manto rojo, de pie en un estrado con su bufón y su mono proclamaba por sí mismo sus talentos a son de trompeta (nunca se dirá con mayor motivo) exaltando sus opiadas y sus drogas o examinando con aire grave un orinal que le presentaba una vieja o preparándose a sacar una muela a un pobre aldeano. Dos maestros de armas en el torbellino de sus banderolas multicolores agitando los floretes, encontrábanse como por casualidad y cerraban uno contra otro con fingida cólera. Después de haber batido muchos hierros declaráronse mutuamente invencibles y recogieron algunos *pfennings*. Ved llegar ahora con tambores y pífanos a la cabeza, a la corporación de arqueros recién organizada. Luego guiada por el *Stoecker* que lleva en la mano una bandera roja, desfila un tropel de damiselas nómadas. Vienen de Wurtzburgo, de la enseña del Asno y se dirigen hacia el Rosenthal donde las honorabilísimas autoridades les han dispuesto cuartel general para todo el tiempo de la feria. "Cierra los ojos, Sara hermosa" decía el Rabino. Porque aquellas criaturas fantásticas y poco vestidas (las había bastante guapas) permitíanse los ademanes más libertinos. Hacían ostentación de sus blancas gargantas impúdicas, provocaban a los transeuntes con palabras cínicas. Agitaban sus largos bastones de viaje y montándose en ellos como si fuesen caballos de palo bajaban por la puerta de Santa Cata-

lina, cantando con voz chillona la canción de las brujas:

> ¿En dónde está el chivo, el negro animal?
> ¿No viene a la fiesta el chivo infernal?
> Pues, ea, montemos, montemos, montemos
> en estos bastones largos que traemos.

Aquella algarabía que se escuchaba a lo lejos acabó por perderse en la solemne salmodia de una procesión que se aproximaba. Era un cortejo lúgubre de monjes descubiertos y descalzos, unos con cirios encendidos, otros con estandartes que tenían imágenes de santos y otros con crucifijos de plata. Iban a la cabeza unos mancebos vestidos de sobrepellices blancas por encima de sus sotanas rojas, balanceando humeantes incensarios. A mitad del cortejo, bajo un palio magnífico, veíase a unos eclesiásticos con blanco roquete guarnecido de ricos encajes, con estolas de seda de muchos colorines; llevaba uno de ellos, un vaso de oro en forma de sol, y cuando llegó a un nicho consagrado en la esquina de la plaza, levantó el vaso de oro frente a la santa imagen, pronunciando unas palabras latinas, medio a gritos, medio cantando... al mismo tiempo sonó una campanilla; calló la muchedumbre, se hincó de rodillas, e hicieron todos la señal de la cruz. Pero el Rabino dijo a su mujer: "Cierra los ojos, Sara hermosa".—Y con movimiento rápido, la arrastró hacia una callejuela, le hizo cruzar un laberinto de calles estrechas y tortuosas, y la guió hacia

una plaza desierta, lugar casi salvaje que separaba el barrio nuevo de los judíos, del resto de la ciudad.

Antes de aquella época, los judíos vivían entre la catedral y las orillas del Mein, es decir, desde el puente hasta el Lumpen-Brunnen y desde la Mehlwage hasta la iglesia de San Bartolomé; pero como los sacerdotes católicos obtuvieran del Papa una bula en que se prohibía a los hijos de Israel vivir tan cerca de la catedral, el magistrado les concedió en el Wollgraben, un terreno donde edificaron la actual judería. Rodeábanla sólidas murallas, con cadenas de hierro tendidas ante las puertas para resguardar a Israel contra las irrupciones del populacho, porque lo mismo allí que en todas partes, vivían los judíos en opresión y angustia, sin haber olvidado como hoy sufrimientos muy recientes todavía. En 1240, la plebe desencadenada, hizo una espantosa carnicería; aquello fué lo que se llamó *primera matanza de judíos.* En 1240, los Flagelantes, después de pegar fuego a la ciudad, al cruzarla, acusaron a los israelitas; el pueblo exasperado, degolló a muchos e hizo morir a los restantes entre las llamas de sus habitaciones incendiadas: fué la *segunda matanza de judíos.* Más tarde amenazaron a los judíos con nuevas matanzas semejantes; durante las disensiones intestinas que perturbaron la ciudad, principalmente con motivo de alguna diferencia surgida entre el senado y las corporaciones, a pique estuvo el populacho cristiano varias veces de tomar por asalto la ciudad judía. La judería te-

nía dos puertas; cerrábanse por fuera los días de fiesta católica; cerrábanse por dentro, los días de ceremonia israelita. En cada una de ellas, alzábase un cuerpo de guardia, con un retén de soldados de la ciudad.

En el momento en que el Rabino llegaba con su mujer a una de las puertas, los lansquenetes, como podía verse por las ventanas abiertas, estaban tendidos cual largos eran en los camastros del cuerpo de guardia, en tanto que el tambor, sentado en el umbral redoblaba fantasías en su caja. Era un tipo recio y rechoncho. El jubón y el cinto de paño color de fuego, abullonado por los brazos y el torso, estaban salpicados de arriba a abajo, de flámulas rojas, como si de la tela saliesen agitándose innumerables lenguas humanas. Guarnecíale pecho y espalda, un coginete de paño negro, del que colgaba el tambor; cubríase con un gorro llano, redondo y negro; su cara también redonda y chata, era de color amarillo de limón, salpicada aquí y allá de granitos rojos, y la mueca de su sonrisa parecía un bostezo. Estaba el pícaro sentado, tocando al tambor la cancioncilla que cantaban los Flagelantes, en la época de la matanza de los judíos, y en voz ronca, enronquecida por la cerveza, iba lanzando estas palabras en tono gutural:

Nuestra Señora en Galilea
sobre el rocío se pasea.
Kyrie Eleison!

—"Feo cantar es ese, Hans—gritó una voz detrás de la puerta cerrada de la judería;—feo can-

tar, fea tonada, poco digna de un tambor, nada digna por mi alma y en día de feria, y en mañana de Pascua; feo cantar, peligroso cantar, te digo, Hans, mi pequeño Hans, tamborcillo mío; estoy solo, y si quieres al amigo Stern, a Stern el larguirucho, a Stern el narizotas, no redobles más esa tonada!"

El interlocutor invisible profirió estas palabras ya con precipitación llena de angustia, ya con voz lenta entrecortada por suspiros; los sonidos arrastrados y suaves, alternaban en contraste agudo con los sonidos roncos y duros como en los tísicos. Permaneció impasible el tambor y sin dejar de redoblar la misma tonada siguió cantando:

Un mozo a su encuentro salía;
pelo de barba no tenía.
Alleluia!

"Hans—volvió a gritar la voz de antes—Hans, estoy solo y ese cantar es peligroso y no me gusta oirlo y mis motivos tengo y si eres amigo mío cantarás otra cosa. Y mañana iremos a beber juntos".

A las palabras "beber juntos" dejó Hans de redoblar en el parche y de cantar y exclamó en seguida con voz alegre:

"¡Llévese el diablo a los judíos! Pero, tú, querido Stern el narizotas, eres amigo mío y te protejo. Si seguimos bebiendo juntos acabaré por convertirte. Seré tu padrino: en cuanto te bauticen, ya estás salvado y a poco talento que tengas, y a poco que aproveches mis lecciones podrás

ser tambor. Sí, amigo Stern el narizotas, podrás hacer carrera; todo el catecismo te lo redoblaré en mi parche cuando vayamos mañana a beber juntos... pero por ahora abre la puerta que hay aquí dos extranjeros, que quieren entrar.

—¡Que abra la puerta!—exclamó Stern el narizotas con voz que se le estrangulaba en el fondo de la garganta.—Hoy no se puede ir tan deprisa. Nadie puede saber... nadie puede saber... y estoy solo. Veitel Cabeza de Buey es el que tiene la llave y ahí se está acurrucado en un rincón mascullando sus *dieciocho preces*; al que las reza no hay que interrumpirle. También está aquí Jaquete el Loco, pero está soltando aguas y me ha dejado solo.

—"¡Llévese el diablo los judíos!"—dijo Hans el tambor; y después de esta chanza que le hizo soltar la carcajada volvióse al cuerpo de guardia y fué a tenderse en el camastro.

Ahora bien, mientras el Rabino permanecía solo con su mujer ante el portón cerrado, alzóse detrás una voz aguda, nasal, irónicamente arrastrada.

—"Vaya, Stern, hijo mío, no tanta bulla. Saca la llave del bolsillo de Veitel Cabeza de Buey o coge tu nariz y abre la puerta con ella que ya hace mucho que esas personas están esperando.

—¡Esas personas!—exclamó con voz de espanto el personaje a quien llamaban Stern el narizotas.—Creí que no había más que una. Ay, loco mío, por favor, Jaquete el Loco mío, anda a ver quién es".

Abrióse entonces en el postigo un ventanillo enrejado y se vió asomar un gorro amarillo de dos cuernos y bajo el gorro la cara de grotescas facciones de Jaquete el Loco. El ventanillo se cerró al momento y una voz estridente lanzó estas palabras en tono de mal humor:

—"¡Abre, abre! no hay fuera más que un hombre y una mujer.

—¡Un hombre y una mujer! — continuó gimiendo Stern el narizotas—y una vez abierta la puerta la mujer se quita el traje y se convierte en hombre, y ya son dos hombres y aquí sólo estamos tres.

—Ea, corazón de liebre, conviértete tú en hombre—exclamó Jaquete el Loco.—¡Ea, valor!

—¡Valor—respondió Stern el narizotas echándose a reir con una risa dolorosa y amarga.—¿Liebre yo? ¡Liebre! mala comparación es esa: la liebre es animal impuro. ¡Valor! no me han puesto aquí para que tenga valor sino para que tenga prudencia. Si viene mucha gente a la vez, orden tengo de gritar; pero no tengo encargo de detenerlos, que mi brazo es débil y sufro un cauterio y estoy solo. Perdido estoy si me sueltan un tiro. Y luego, Mendel Reiss el Ricacho, sentado a la mesa el día del sábado puede que diga limpiándose la boca untada de salsa con pasas de Corinto y acariciándose la barriga: "Pues era un valiente aquel pobre Stern el narizotas; a no ser por él echan la puerta abajo. ¡Se ha dejado matar por nosotros! ¡Bravo mozo a fe mía! Lástima que esté muerto..."

En esto la voz se fué enterneciendo por grados hasta hacerse lacrimosa y luego de repente adquirió un movimiento rápido con un leve tinte de cólera:

"¡Valor! ¡y voy a dejarme matar para que Mendel Reiss el Ricacho, se limpie los labios de salsa con vino de Corinto y se acaricie la barriga y me llame bravo mozo! ¡Animo! ¡corazón! Corazón tenía Strauss, el chico, que ayer se fué a la plaza del *Roemer* a ver el torneo. imaginándose que nadie le reconocería, porque llevaba traje de terciopelo morado, de a tres florines la vara, con colitas de zorro, todo recamado de encajes, muy resplandeciente...—y bien le sacudieron el polvo al vestido morado, a bastonazos y se lo sacudieron tanto y tan bien que acabó por desteñirse y ahora tiene morados los hombros, que ya no parecen hombros humanos. ¡Valor! Lázaro el Bancal sí que tenía valor; llamó por su nombre al mendigo que tenemos por alcalde, le llamó "mendigo" y le colgaron de los pies entre dos perros, en tanto que Hans redoblaba en el parche. ¡Valor! ¡sé hombre y no liebre! pero la liebre se ve perdida cuando la jauría le va a los alcances, y yo como ella, estoy solo. Tengo miedo, tengo miedo.

—¡Jura que tienes miedo!—gritó Jaquete el Loco.

—Te digo que tengo miedo—repitió suspirando Stern el narizotas.—El miedo lo lleva uno en la sangre, ya lo sé, y yo lo recibí de mi pobre madre.

—Sí, sí—interrumpió Jaquete el Loco,—y tu madre lo había recibido de su padre, y éste del suyo, y tus abuelos unos de otros, y así se llega hasta el primero de tu raza que en tiempos del rey Saúl guerreó con los Filisteos y a todos los aventajó en salir de estampía... ¡Pero, mira! Cabeza de Buey acabará de rezar en seguida; ya se prosterna por cuarta vez; ya salta como una pulga pronunciando por tres veces la palabra *santo*, y ya escudriña prudentemente su bolsillo...

Oyóse, en efecto, sonar de llaves; un postigo se abrió rechinando, y el Rabino, acompañado de su mujer, entró en la calle de los judíos, que estaba totalmente desierta. El que acababa de abrir, hombrecillo de rostro bonachón y preocupado, movía la cabeza como en sueños, con aspecto de hombre que no quiere verse interrumpido en sus meditaciones; cerrando de nuevo, en seguida, cuidadosamente, la puerta, volvió a ponerse en movimiento, como arrastrándose, y se dirigió sin decir palabra a un rincón del portal, para seguir mascullando sus preces. Jaquete el Loco no guardaba tanto silencio; era un mocetón grueso, con piernas ligeramente arqueadas, faz rubicunda y risueña, y una mano carnosa y enorme, monstruosa, que sacó de debajo de las vastas mangas de su chaqueta de colorines, para tendérsela a los que llegaban en son de bienvenida. Tras él mostrábase, o, por mejor decir, se escondía, una cara flaca y larguirucha, de cuello estrecho y como emplumado en una gola de leve muselina blanca, rostro pálido que decoraba extrañamente una na-

riz de longitud fabulosa que se movía a uno y otro lado con inquieta curiosidad.

"¡Bien venidos seais, y felices!—gritó Jaquete el Loco.—No os asombre ver la calle tan desierta y tan silenciosa. Todos los nuestros están ahora en la sinagoga y con el tiempo justo llegáis para oir leer la historia del sacrificio de Isaac. Ya conozco yo esa historia; es interesante, y si no la hubiese oído ya leer treinta y tres veces, iría este año a oirla una más (1). ¡Ah! es historia de la mayor importancia; porque si Abraham hubiese inmolado realmente a Isaac y no al macho cabrío, ahora hubiera más chivos y menos judíos en el mundo!" Y haciendo una mueca de loco regocijado, Jaquete empezó a entonar este canto, tomado de la Hagada:

«Un chivito, un chivito, mi padrecito compró un chivito; dió por él dos escudos. ¡Un chivito! ¡Un chivito!

«Vino un gatito, se comió al chivito que mi padrecito compró en dos escudos. ¡Un chivito! ¡Un chivito!

»Vino un perrito, mordió al gatito que se comió al chivito que mi padrecito compró en dos escudos. ¡Un chivito! ¡Un chivito!

»Vino un palito, pegó al perrito que mordió al gatito que se comió al chivito que mi padrecito compró en dos escudos ¡Un chivito! ¡Un chivito!

»Vino un fueguito, que abrasó el palito que pegó al perrito que mordió al gatito que se comió al chivito que mi padrecito compró en dos escudos. ¡Un chivito! ¡Un chivito!

»Vino una agüita, que apagó el fueguito que abrasó el palito

---

(1) El pasaje de la Biblia referente al sacrificio de Isaac, no es lee en las sinagogas por la fiesta de Pascua sino por año nuevo.

que pegó al perrito que mordió al gatito que se comió al chivito qne mi padrecito compró en dos escudos. ¡Un chivito! ¡Un chivito!

»Vino un bueyecito, se bebió el agüita que apagó el fueguito que abrasó el palito que pegó al perrito que mordió al gatito que se comió al chivito que mí padrecito compró en dos escudos. ¡Un chivito! ¡Un chivito!

»Vino un carnicerito, que mató al bueyecito que se bebió el agüita que apagó el fueguito que abrasó el palito que pegó al perrito que mordió al gatito que se comió al chivito que mi padrecito compró en dos escudos. ¡Un chivito! ¡Un chivito!

»Vino un angelito que mató al carnicerito que mató al bueyecito que se bebió el agüita que apagó el fueguito que abrasó el palito que pegó al perrito que mordió al gatito que se comió al chivito que mi padrecito compró en dos escudos. ¡Un chivito! ¡Un chivito!

"¡Sí, hermosa dama!—añadió el cantor — día vendrá en que el ángel de la muerte derribe al carnicero, y toda nuestra sangre caerá sobre Edom, porque nuestro Dios es Dios de venganza..."

Pero, de pronto, sacudiéndose con violencia aquel acceso de seriedad, Jaquete el Loco, volvió a sumergirse de cabeza en sus bufonadas y continuó en tono estridente, con voz de payaso:

"Nada temáis, hermosa dama; el amigo Stern el narizotas no ha de haceros mal. Sólo es peligroso para la vieja Schnapper-Ellé, que se ha enamoricado de sus largas narices, bien merecedoras de ello, ciertamente. Hermosas son como la torre que mira hacia Damasco; altas como los cedros del Líbano; por fuera relucen como mica y jarabe; por dentro gracia y melodía son, únicamente; en verano retoñan; se hielan en invierno;

y en verano y en invierno las acarician las blancas manos de Schnapper-Ellé. Sí, Schnapper-Ellé se ha enamorado de ellas, Schnapper-Ellé se ha vuelto loca por ellas. Las mece, las alimenta y cuando las haya cebado bien, con ellas se casará; para los años que tiene, aún está joven y el que de aqui a trescientos años visite Francfort, hallará tantos Stern narizotas, que oscurecerán el cielo (1).

—Jaquete el Loco sois—exclamó el Rabino, riéndose,—por el habla os lo he conocido. Mucho oí hablar de vos.

—Sí, sí—replicó el otro con modestia cómica.—¡Ya ve lo que es la gloria! De lejos pasa uno por loco más grande de lo que es en realidad. Sin embargo mucho me cuesta desempeñar bien mi oficio; salto, me revuelco, para que suenen mis cascabeles. Otros hay que no necesitan tomarse tales fatigas... pero, dígame, Rabino, ¿por qué viajáis en día de fiesta?

—Mi justificación—dijo el Rabino—está en el Talmud, puesto que allí está escrito: "El peligro vence al sábado".

—¡El peligro!—exclamó de pronto Stern el narizotas con ademanes de espanto.—¡Hay peligro! ¡Hay peligro! ¡Tambor Hans, redobla en el parche, redobla en el parche, que hay peligro! ¡Peligro, tambor Hans!"

Pero, afuera, Hans el tambor gritó con su vozarrón enronquecido: "¡Mil truenos de Dios! ¡Llévese el Diablo a los judíos! ¡va por tres veces

(1) Juego de palabras: *Stern* quiere decir *estrella*.

que me despiertas, Stern el narizotas! ¡no acabes con mi paciencia! Cuando me irrito, soy un verdadero Satanás; ¡si vuelves, como soy cristiano que disparo la carabina por la mirilla de la puerta, y que cada cual tenga cuidado con sus narices!

—¡No dispares! ¡No dispares que estoy solo! exclamó con quejumbrosa voz Stern el narizotas; y pegando la cara a la pared más próxima, permaneció en aquella actitud, temblando y rezando en voz baja.

"Dígame, dígame, ¿qué pasa?" exclamó Jaquete el Loco, en ese tono precipitado, con ese ímpetu de curiosidad que ya eran rasgos característicos de la población judía de Francfort.

Pero el Rabino se desprendió de él y entró con su esposa en la calle de los Judíos.

"Ya ves, Sara hermosa—dijo suspirando—lo mal defendido que está Israel: por fuera, falsos amigos vigilan sus puertas; por dentro velan la locura y el miedo".

Iban los dos con lento paso por la calle larga y desierta, a la cual, sólo de trecho en trecho se asomaba por las ventanas una moza curiosa de frescatez, mientras el sol festivo se reflejaba gozoso en los vidrios relucientes. Estaban, en efecto, por aquella época, las casas del barrio judío nuevas y limpias, y eran más bajas que ahora; sólo más tarde, cuando la población judía hubo crecido mucho en Francfort sin lograr derecho de acrecentar su territorio, pusiéronse los desgraciados a construir piso sobre piso, amontonándose como sardinas y marchitándose de alma y de cuerpo. La

parte de la Judería que siguió en pie después del gran incendio y que se llama la calle vieja, con esas altas casas negras, por donde va y viene en su ajetreo un pueblo gesticulante y húmedo, es un espantable monumento a la Edad Media. Ya la Sinagoga antigua no existe; no era tan espaciosa como la actual, porque ésta se construyó en la época en que los correligionarios de Nurenberg fueron admitidos en la comunidad. La antigua estaba sita más al norte. No tuvo el Rabino necesidad de que se la indicaran; de lejos oyó múltiples voces sonoras y confusas. En el patio de la casa de Dios, apartóse de su mujer; luego de haberse lavado las manos en la fuente, entró en la planta baja de la Sinagoga, donde hacen oración los hombres; Sara la hermosa subió por una escalera y penetró en la parte reservada a las mujeres.

Era esta parte superior una especie de galeria con tres filas de asientos de madera pintada de oscuro tirando a rojo, cuyos respaldos tenían en lo alto una tabla movible que se podia desplegar muy cómodamente para poner los libros de oraciones. Las mujeres, sentadas una junto a otra, conversaban o se mantenían en pie, rezando con fervor. A veces acercábanse curiosas a una gran verja que corría a lo largo de la galería por el lado de Oriente, con débiles barrotes verdes que dejaban llegar las miradas a la parte baja de la Sinagoga, en la cual, ante elevados atriles, manteníanse los hombres en pie, envueltos en sus capas negras; veíanse sus barbas puntiagudas caer

sobre las blancas gorgueras, y sus cabezas, tocadas con sombreros bajos, más o menos envueltas en un paño de forma cuadrada en que destacaban los Schaufoeden prescritos por la ley. Era un paño de seda blanco, adornado a trechos con galones de oro. Las paredes de la Sinagoga, semiflamantes, blanqueadas, no ofrecían más ornato que la reja de barrotes de hierro dorados puesta en derredor de la tribuna cuadrada en que se da lectura a las tablas de la ley, y el arca santa, cofre precioso, que descansaba al parecer sobre columnas de mármol con espléndidos capiteles de flores y hojas graciosamente entrelazadas, cubierta por una cortina de terciopelo morado que ostentaba una inscripción piadosa bordada en lentejuelas de oro, perlas y piedras finas. Allí colgaba la lámpara de plata simbólica; allí se alzaba también una tribuna con su verja cuya balaustrada sostenía los diversos utensilios del culto, y entre ellos el candelabro de siete brazos. De pie ante el candelabro estaba el cantor, a quien sus dos acólitos acompañaban a guisa de instrumentos, haciendo uno de bajo y otro de tiple. Los judíos, en efecto, han proscrito de su iglesia la música instrumental, por creer más edificantes las alabanzas de Dios que salen vivas de pecho de hombres que las de los fríos tubos del órgano. Sara la hermosa sintió un júbilo enteramente infantil cuando el cantor, en voz de tenor excelente, alzó el tono, y las viejas, graves melodías que tan familiares le eran, surgieron con una gracia fresca y juvenil que jamás hubiese ella sospechado; el bajo,

por contraste, mezclaba con ellas notas sombrías y profundas, y en los intervalos y pausas lanzaba el tiple trinos suaves y delicados. Nunca semejante canto resonó en los oídos de Sara la hermosa en la Sinagoga de Bacharach; el jefe de la comunidad, Daniel Leví, tenía allí funciones de cantor, y cuando, con su voz temblona, el infeliz, cayéndose de viejo, quería lanzar trinos de muchacha, cuando se le veía esforzarse con violencia y agitar febrilmente el brazo que volvía a caer flojo e inerte, tal espectáculo antes movía a risa que a devoción.

Una simpatía piadosa en que se mezclaba un tanto de curiosidad femenina llevó a Sara la hermosa hacia la verja desde donde podía descubrir la parte inferior vulgarmente llamada escuela de los hombres. Nunca había visto número tan grande de correligionarios suyos, y su corazón en medio de aquella multitud de hombres que tan estrechamente ligados le estaban por comunidad de origen, creencias e infortunios, se abrió a un sentimiento de satisfacción más íntima. Pero más hondamente se emocionó aún cuando tres ancianos se acercaron con respeto al arca santa, descorrieron la suntuosa cortina, abrieron el cofre y sacaron de él cuidadosamente el libro que Dios mismo trazó con sus manos sagradas, y por la conservación del cual los judíos han soportado, tanta miseria y odio, ignominia y muerte, y diez siglos de martirio. El libro aquel—un gran rollo de pergamino—estaba envuelto, como un regio infante, en un paño de terciopelo rojo bordado.

En lo alto, sobre las dos varillas de madera que sujetaban el pergamino, hallábanse dos capsulitas en que se agitaban y resonaban graciosamente cascabeles y campanillas de todas clases; por delante colgaban de cadenitas de plata, unos escudos enriquecidos con piedras preciosas. Tomó el cantor el libro y como si fuese en realidad una criatura, un niño por el cual se ha sufrido y a quien por ello se quiere más, lo meció entre sus brazos, empezó a bailar con él a uno y otro lado, lo estrechó contra su pecho y por último, tembloroso por el contacto lanzó en su piadosa embriaguez tal cántico de acción de gracias que Sara la hermosa, arrebatada también en éxtasis creyó que las columnas del arca santa comenzaban a abrirse, las hojas y las flores maravillosas de los capiteles a crecer, a crecer cada vez más, los trinos del tiple a convertirse en otros tantos ruiseñores, las bóvedas de la Sinagoga a romperse con los acentos formidables del bajo y las divinas beatitudes a derramarse sobre la multitud desde el fondo del cielo. Era un hermoso salmo; el concurso repetía a coro el postrer versículo, y el cantor con el libro sagrado en la mano avanzó a pasos lentos hacia la tribuna levantada en medio de la Sinagoga en tanto que varones y mancebos se estrechaban en torno de él para tocar siquiera la cubierta de terciopelo. En la tribuna quitaron al libro santo su cubierta roja, así como unas telas llenas de inscripciones de todos colores en que iba fajado y después en ese tono de salmodia que se emplea de modo muy singular en la fiesta de

Pascua el cantor recitó la historia edificante de la tentación de Abraham...

Sara la hermosa se había retirado modestamente de la verja y una mujer corpulenta muy cargada de adornos, ni vieja ni joven, cuya fisonomía expresaba benevolencia, le dió permiso haciéndole señas con la cabeza para que leyese con ella en su libro de oraciones. No debía ser mujer muy versada en las escrituras, porque cuando se puso a murmurar las preces según es uso entre las mujeres judías a quien se prohibe cantar con los hombres, Sara la hermosa advirtió que muchas palabras pronunciábalas de modo arbitrario en demasía y que en ocasiones hasta solía saltarse un renglón entero. No pasó mucho tiempo sin que la dama levantase con languidez sus ojos incoloros como el agua; una sonrisa inexpresiva se deslizó por su faz blanca y sonrosada, con blanco y rosa de porcelana y adoptando un tono desmayado que trató de hacer lo más distinguido posible, dijo a Sara la hermosa:

"Canta bien, pero he oído cantar mejor en Holanda. Como sois forastera ignoraréis quizá que es el cantor de Worms; quieren que se quede aquí si se contenta con cuatrocientos florines de sueldo. Es hombre amable y tiene manos de alabastro. A mí me gusta mucho una mano bonita; una mano bonita es ornamento de la persona entera".

Diciendo así, la buena señora puso complacida su mano que en verdad era aún bonita sobre el atril, y con un gracioso movimiento de cabeza,

como para decir que no le gustaban interrupciones cuando hablaba, añadió:

"El tiple es un niño aún y tiene aspecto bastante desmedrado; y lo que es el bajo es feo de veras. Nuestro amigo Stern ha dicho de él con mucha gracia; es más tonto de lo que se le puede exigir a un bajo. Los tres comen en mi posada. No sabréis quizá que yo soy Ellé-Schnapper."

Sara la hermosa le dió gracias por sus indicaciones; entonces Schnapper-Ellé volvió a coger el hilo de la palabra y le contó por extenso que había vivido en Amsterdam, los peligros que había corrido allí a causa de su hermosura, que había llegado a Francfort tres días antes de Pentecostés, que se había casado con Schnapper, el cual acabó por marcharse de este mundo, que en su lecho de muerte le dijo las cosas más conmovedoras y que era muy difícil conservar las manos blancas cuando una está al frente de un figón. De tiempo en tiempo lanzaba una desdeñosa mirada de costado en dirección sin duda de algunas mujeres jóvenes y risueñas que pasaban revista a sus galas. Notables eran en verdad aquellas galas: un amplio vestido abullonado de raso blanco en el que tenían representación todos los animales del Arca de Noé, bordados en colores llamativos; un justillo de paño de oro, tieso como una coraza; unas mangas de terciopelo carmesí acuchilladas de amarillo; en la cabeza una gorra de altura piramidal; en derredor del cuello una enorme gorguera almidonada y una cadena de plata que caía hasta más abajo del pecho y de la que colgaba toda

suerte de medallas, camafeos y curiosidades, entre otras una gran vista de la ciudad de Amsterdam. Pero el traje de las demás mujeres no era menos curioso; era una mezcolanza de moda de todas las épocas, y mujercita había allí cubierta de oro y de diamantes que parecía una tienda ambulante de joyero. Por entonces se había prescrito un traje oficial para los judíos de Francfort; así, para distinguirse de los cristianos los hombres tenían que llevar unos anillos amarillos en la capa y las mujeres un velo listado de azul en el sombrero. Pero en el barrio de los judíos poco caso se hacía de tales prescripciones; en día de fiesta y sobre todo en la Sinagoga las mujeres hacían ostentación de lujo en sus galas, primero para que las envidiasen y después para dar prueba de holgura y afirmar el crédito mercantil de sus maridos.

Ahora bien, cuando en la parte baja de la Sinagoga se van leyendo en alta voz los capítulos de la ley, tomados de los libros mosaicos, suele aflojar un poco la devoción, se pone cada cual a sus anchas, se sienta, habla con el vecino de negocios temporales, o sale al patio a tomar el fresco. Los niños se permiten ir a ver a sus madres a la parte reservada, en la cual hay un decrecimiento de la devoción todavía más perceptible. Todas charlan, se agitan, ríen; las jóvenes, como en todas partes, se burlan de las viejas, y éstas, a su vez, duélense de la ligereza de la juventud y de la corrupción de los tiempos. Y así como abajo había un maestro cantor, en la parte alta de la Sinagoga de Francfort había una que llevaba la

voz cantante. Era a la sazón Hündchen Reiss, criatura seca, de tez verduzca, que husmeaba a lo lejos cualquier desgracia y tenía siempre en la punta de la lengua una anécdota escandalosa. Blanco habitual de sus sarcasmos era la pobre Schnapper-Ellé; sabía imitar de manera cómica sus pretensiones remilgadas y el aire de dignidad desmayada con que acogía los piropos de los jóvenes.

"Oigan — exclamó Hündchen Reiss, — lo que ayer decía Schnapper-Ellé: "si yo no fuese bella, ingeniosa y amada, para nada querría estar en el mundo."

A estas palabras creció más aún el rumor de las risas; Schnapper-Ellé que estaba cerca, al ver que se divertían a costa suya, levantó los ojos afectando soberano desprecio, y como un navío de alto bordo singló altiva hacia un lugar más apartado. Vögele Ochs, mujer redondita y bastante grosera, advirtió caritativamente que Schnapper-Ellé sería vanidosa y estúpida, pero que tenía corazón excelente y hacía mucho bien a cuantos lo necesitaban.

"Sobre todo a Stern el narizotas", dijo Hündchen Reiss silbando como una víbora; y cuantas estaban al corriente del lío soltaron la carcajada.

"Ya saben—añadió solapadamente Hündchen Reiss—que Stern el narizotas va ahora a dormir a casa de Schnapper-Ellé... Pero miren allá a Susanita Flörsheim, con el collar que Daniel Flæsch entregó en prenda a su marido. La de Flæsch está furiosa... Miren, ahora habla con la de Flör-

sheim... ¡Con qué cariño se dan la mano! ¿Quién diría que se odian lo mismo que Madian y Moab? ¡Qué graciosas sonrisas se dirigen! ¡Con tal que no vayan a comerse a caricias!... Tengo que oir lo que se dicen..."

Y como animal de presa en acecho, Hündchen Reiss se desliza detrás de ambas mujeres para oir sus recíprocas lamentaciones. La semana pasada se reventaron para dejarlo todo en orden en sus casas, para limpiar los utensilios de cocina, como es de estricta obligación antes de Pascua, porque no ha de quedar en ellos ni la más leve migaja de pan de levadura. Las dos mujeres hablaron después del trabajo que cuesta la cocción de los panes ázimos. La de Flæsch tenía agravios particulares; había encontrado toda suerte de tropiezos en el horno comunal; la suerte no le había señalado su vez hasta los últimos días, hasta la víspera de la fiesta, y sólo pudo meter sus panes en el horno por la tarde. muy tarde ya; la vieja Hanne había amasado mal; las criadas con sus rodillos la habían extendido hasta formar panes muy delgados y la mitad se habían quemado en el horno; además llovía tanto, que el agua no dejaba de escurrir gota a gota del techo de madera, y habían tenido que estarse allí, molidas y mojadas, rompiéndose el espinazo hasta media noche.

"Y usted, querida Flörsheim — añadió la de Flæsch en tono de amistad que no parecía de muy buena ley,—usted tiene parte de culpa, porque no me envió criados suyos que me ayudasen."

—Ya me dispensará—contestó la otra;—¡tie-

nen tanto que hacer mis criados! Había que embalar las mercancías para la feria; estamos ocupadísimos en estos momentos. Mi marido...

—Ya sé—interrumpió la de Flæsch con acento de penetrante ironía,—ya sé que tienen muchas ocupaciones, muchas prendas y buenos negocios, y collares..."

Los labios de la que hablaba iban a soltar un dardo venenoso, y ya la de Flörsheim se había puesto colorada como un cangrejo, cuando de repente Hündchen Reiss exclamó con voz sonora:

"¡En el nombre del cielo, que se muere esta forastera!... ¡agua, agua!..."

Sara la hermosa se había desmayado y estaba pálida como una muerta. Muchas mujeres agitábanse en torno de ella, oficiosas, desoladas. Sosteníale una la cabeza, otra el brazo. Unas viejas la rociaban con el agua de los frasquitos, colgados detrás de sus reclinatorios, que les servía para lavarse las manos, si acaso tocaban alguna parte de su cuerpo; otras le ponían junto a la nariz un limón viejo, lleno de clavos de especia, procedente del último día de abstinencia, en que lo aspiraban para fortalecerse los nervios. Al cabo, Sara la hermosa, volviendo en sí, abrió los ojos con un profundo suspiro, y sus miradas silenciosas expresaron el agradecimiento por los cuidados de que había sido objeto. En aquel instante entonáronse con voz solemne las diez y ocho preces, que a nadie se dispensan; volvieron presurosas las mujeres a sus puestos a rezar las plegarias como el rito prescribe, de pie, vueltas de cara a Orien-

te, donde está situada Jerusalén. Vögele Ochs, Schnapper-Ellé y Hündchen Reiss quedáronse más tiempo junto a Sara la hermosa, la primera para seguir prestándole sus servicios, y la última para preguntarle una vez más la causa de aquel súbito desvanecimiento.

El desvanecimiento de Sara la hermosa fué producido por una causa muy particular. Es costumbre en la Sinagoga que todo el que se libra de un grave peligro salga de las filas de la muchedumbre después de leídas las tablas de la Ley, y dirija a la Providencia públicas acciones de gracias. Cuando el rabino Abraham se levantó para cumplir tal deber y Sara la hermosa conoció la voz de su marido, echó de ver que el tono de su habla iba pasando insensiblemente a la lúgubre salmodia de las preces por los muertos; oyó los nombres de los seres queridos, de sus parientes, acompañados de los piadosos epítetos que se aplican a los difuntos; el último destello de esperanza se extinguió entonces en el alma de Sara la hermosa; desgarrósele el corazón ante la certidumbre de que todos los seres queridos, todos sus parientes, habían sido degollados en realidad, de que su sobrinita estaba muerta, de que el pequeño Gottschalk estaba muerto también, todos degollados, todos muertos. A tal pensamiento hubiera caído muerta igualmente, si un desfallecimiento saludable no se hubiese derramado por todo su ser.

III

Cuando Sara la hermosa, terminados los oficios bajó a la Sinagoga, allí estaba el Rabino esperando a su mujer. Hízole seña con rostro sereno y la guió a la calle, en que el silencio de antes había cedido el puesto al tumulto de la muchedumbre. Veíanse vestidos negros y largas barbas, tan numerosos como un hormiguero; mujeres que daban vueltas aquí y allá con brillantes galas, como escarabajos de alitas de oro; muchachos con vestidos nuevos, detrás de sus padres, llevándoles los libros de oraciones; enjambres de muchachas que, por no tener entrada en la Sinagoga, salían de sus casas, corrían al encuentro de sus padres e inclinaban delante de ellos las frentes de bucles sedosos para recibir la bendición paterna; todos serenos, gozosos, iban y venían por la calle, saboreando con el pensamiento la suculenta comida que les esperaba. Haciaseles agua la boca, al aspirar los deliciosos perfumes que salían de las negras ollas marcadas con tiza, que las criadas traían riendo del gran horno comunal.

En medio de la muchedumbre destacábase principalmente un caballero español, cuyas facciones juveniles mostraban las huellas de esa palidez encantadora, que las mujeres suelen atribuir a pasión desgraciada y los hombres achacan, por el contrario, a amor satisfecho. Su porte, en apariencia lánguido y apático, no carecía de cierta

gracia artificiosa. Más que por el soplo del aire agitábanse las plumas de su gorra por el balanceo coquetón de su cabeza. Sus espuelas de oro y el tahalí de su espada resonaban más de lo necesario; la guarda del acero asomaba espléndida por debajo de la capa blanca, que parecía echada con negligencia en derredor de su talle esbelto, pero que delataba en sus pliegues el esmero más cuidadoso. De vez en cuando, ya con aire de curiosidad, ya dándoselas de entendido, acercábase a las mujeres que pasaban, las miraba a la cara con frío aplomo, prolongaba el examen cuando la cara valía la pena, echaba rápidamente algún piropo, ya a ésta, ya a aquélla, y seguía su camino sin preocuparse del efecto que pudiera producir. Ya había dado algunas vueltas en derredor de Sara la hermosa, pero habíanle contenido siempre las imperiosas miradas de la joven y también la sonrisa enigmática del marido. Al cabo, sacudiendo con altivez todo escrúpulo, se atravesó en el camino de ambos esposos, y con la seguridad de un caballero aguerrido y el tono dulzón de un galán, pronunció las palabras que siguen:

"¡Señora, os lo juro!—escuchad, señora;—¡os lo juro! ¡por las rosas de ambas Castillas, por los jacintos de Aragón y las flores de los granados de Andalucía! ¡por el sol que alumbra a España entera, con sus flores, sus ajos, sus sopas, sus bosques, sus montañas, sus mulas, sus machos cabríos y sus cristianos viejos! ¡por la alfombra del cielo en que el sol no es más que una borla de oro! ¡y por Dios, que sentado en esa alfombra se

ocupa de día y de noche en crear mujeres bonitas... os lo juro señora: sois la más hermosa mujer que vi en toda Alemania, y si estáis dispuesta a aceptar mis servicios, os pido el favor, la merced, el permiso de poder llamarme vuestro caballero y llevar vuestros colores para bien y honor de todos!"

Un dolor repentino hizo salir los colores a la cara de Sara la hermosa; con mirada tanto más penetrante cuanto más dulces eran los ojos que la lanzaban, con acento tanto más abrumador cuanto más suave y tímida su voz era, la joven cruelmente ofendida contestó en estos términos:

"Noble señor, si queréis ser mi caballero tendréis que combatir con naciones enteras, y en semejante lucha escasa gratitud y menos honor todavía se puede ganar; y si queréis llevar mis colores, mandaos coser unos aros amarillos a la capa, o usad cinto a rayas azules, pues tales son los colores de mi casa, de la casa que llaman Israel; ¡harto miserable ha de ser esa casa, ya que por las calles la befan los hijos de la fortuna!"

Un rubor súbito de púrpura cubrió las mejillas del español; un azoramiento indecible agitó convulsivamente sus facciones, y balbuciente contestó:

"Señora... me entendisteis mal..., fué una broma inocente...; pero, vive el cielo..., insulto no lo es, ah, no, ¡no es un insulto a Israel!... también yo desciendo de la casa de Israel...; judío era mi abuelo y quizá también mi padre...

—Y de fijo, señor, que vuestro tío también lo

es—dijo el Rabino, que había sido hasta entonces testigo impasible de la escena, e interrumpió de pronto al español, añadiendo con alegre malicia:

"Apostara yo a que D. Isaac Abarbanel, sobrino del gran Rabino, es originario de la mejor sangre de Israel, y aun ¿quién sabe? de la estirpe real de David" (1).

A tales palabras resonó el tahalí bajo la capa del español; cubriéndose de lívida palidez sus mejillas, plegóse su labio superior en una mueca de desdén que parecía luchar con el sufrimiento, relampagueó la muerte en sus ojos irritados, y mudando con rapidez de continente exclamó en tono fríamente altanero, cortando sus frases:

"Me conocéis, señor Rabino. Pues, ea, ya sabéis quién soy. Y puesto que el zorro sabe que soy de raza de leones, guárdese de arriesgar el hocico y provocar mi cólera. ¿Puede el zorro juzgar al león?; sólo el que tiene sentimientos de león es capaz de comprender sus flaquezas.

—¡Ah, bien me doy cuenta—contestó el Rabino, mientras le pasaba por la frente una expresión de melancólica gravedad,—bien me doy cuenta de que puede el león por altivez desechar sus regias pieles y disfrazarse con coraza de escamas de cocodrilo, si está de moda ser cocodrilo llorón, solapado y voraz! ¿Y qué harán los animales de

(1) Isaac Abravanel (1437-1508). se las daba de descendiente de la casa real de David. Su nieto Isaac Abravanel, fué bautizado por orden de Juan II, rey de Portugal y recibió cristiana educación.

raza inferior, cuando el león reniega de sí mismo? Ponte en guardia, D. Isaac, que no naciste para el elemento del cocodrilo. El agua (ya sabes lo que quiero decirte), el agua no te trae buena suerte; perecerás en ella. No es el agua tu reino; la más mezquina trucha puede prosperar en ella mejor que el rey de los bosques. ¿No te acuerdas del día en que el remolino del Tajo iba a devorarte?"

De repente, soltando la risa, D. Isaac echó los brazos al cuello del Rabino, le cerró la boca con sus besos, se puso a saltar de alegría, haciendo resonar las espuelas de tal modo, que los judíos que pasaban retrocedieron espantados, y en tono sencillo y cordial exclamó alegremente:

"¡En verdad que tú eres Abraham de Bacharach! Bien estuvo la broma y mejor aún la amistad, cuando en Toledo desde lo alto del puente de Alcántara te echaste al río, y cogiendo por los pelos a tu amigo, que mejor sabía beber que nadar, le sacaste a la orilla. A punto estaba yo de hacer profundas investigaciones para saber si hay, verdaderamente, arenas de oro en el fondo del Tajo, y si tienen los romanos razón para llamarlo río de oro. No te quepa duda; todavía me constipo hoy al acordarme de aquella excursión por debajo del agua."

Diciendo así, el español se sacudía las vestiduras, como para que resbalasen sobre ellas las gotas. La cara del Rabino expresaba serenidad llena de alegría. Estrechó varias veces la mano de su amigo, repitiendo sin cesar:

"¡Cuánto me alegro de esta aventura!

—También yo me alegro—dijo el otro.—Siete años hace ya que no nos vemos; cuando nos separamos yo era todavía un pipiolo, y tú, tan grave, tan reposado... Pero ¿qué fué de la hermosa dama que te costaba entonces tantos y tan bien rimados suspiros, que acompañabas a son de guitarra?

—Chitón, chitón, que nos oye. Es mi mujer, y tú mismo acabas de ofrecerle muestra de tu buen gusto y de tu talento poético."

No sin resentirse todavía de su primer azoramiento, saludó el español a la hermosa dama; y ésta, con bondad llena de gracia, le expresó cuánto sentía haber causado pena a un amigo de su esposo con palabras un tanto vivas.

"¡Ay, señora!—respondió D. Isaac.—El que con mano torpe quiere coger una rosa, no tiene derecho a quejarse si se clava una espina. Cuando el lucero de la tarde se refleja, dorado y centelleante, en el río de ondas azules...

—Te lo suplico en el nombre del cielo, no sigas—dijo el Rabino interrumpiéndole.—Si hemos de esperar a que el lucero de la tarde haya acabado de reflejarse, dorado y centelleante, en el río de ondas azules, mi mujer va a morirse de hambre. No ha comido nada desde ayer, y ha tenido que soportar muchas penalidades y sacudidas.

—Pues, ea, voy a llevaros al mejor figón de Israel—exclamó D. Isaac.—A casa de mi amiga Schnapper-Ellé, que está a un paso. Ya aspiro sus perfumes deliciosos, los del figón quiero decir. ¡Ah, si supieses, Abraham, cómo me embriaga ese perfume! Desde que vivo en la ciudad, ese per-

fume es el que me atrae hacia las tiendas de Jacob. Te confesaré que no siento placer muy vivo en el trato con el pueblo de Dios, y, a la verdad, no para orar, sino para comer vengo a la calle de los judíos.

—Nunca nos quisiste, D. Isaac...

—En efecto — prosiguió el español, — más me gusta vuestra cocina que vuestra creencia. No es guiso muy de mi agrado vuestra creencia, y a vosotros no pude nunca digeriros. Ni en nuestros días mejores, aunque fuesen los del reinado de David, mi abuelo, que reinó en Israel y en Judá, hubiera yo podido vivir entre vosotros; de fijo que me hubiera escapado de la ciudadela de Sión para emigrar a Fenicia o a Babilonia, en que la copa de los placeres terrenales vertía su espuma en el templo de los Dioses...

—Isaac, blasfemas del Dios único—murmuró sombríamente el Rabino, — eres cien veces peor que un cristiano; eres un pagano, un idólatra...

—Sí, pagano soy, y tanto horror me inspira el triste nazareno, que se tortura con ardor a sí mismo, como el hebreo de mente oscura y corazón sin alegría. Que nuestra Señora de Sidón, Santa Astarté, me perdone si me arrodillo rezando ante la Dolorosa, madre del Crucificado... Mis rodillas son, y mis labios, lo único que presenta tributo a la muerte; el corazón sigue fiel a la vida... Pero no pongas esa cara de tristeza—dijo el español al ver que su lenguaje parecía escandalizar al Rabino.—No me mires con horror, que todavía mi nariz no ha dado en la apostasía. Una vez que

el azar me trajo a esta calle a eso de las doce, y que los perfumes conocidos que salen de las cocinas judías se me subieron a la nariz, me vi presa de la aspiración ardiente que se apoderaba de nuestros antepasados al recuerdo de las marmitas y de los manjares de Egipto. Sabrosos recuerdos de juventud despertáronse dentro de mí; vi de nuevo con la imaginación las carpas en salsa oscura, con pasas de Corinto, que tan bien guisaba mi tía los viernes para edificación nuestra; torné a ver el guiso de carnero con rábano y ajo, condimentado de modo que era capaz de resucitar a un muerto; volví a ver la sopa, en que nadan poéticamente las albondiguillas... Y el alma se me derritió en delicia, como el cantar del ruiseñor enamorado; desde entonces vengo a comer a la hostería de mi amiga doña Schnapper-Ellé"

Conversando de esta suerte habían llegado a la hostería en cuestión. En pie a la puerta, Schnapper-Ellé acogía con saludos amistosos a los forasteros que la feria atría a Francfort, y que acudían hambrientos a su casa. Detrás de ella, asomando la cabeza por encima de su hombro, aparecía Stern el narizotas, que con expresión de inquieta curiosidad iba pasando revista a los que llegaban. Con ademán de grandeza maliciosamente cómica acercóse D. Isaac a la huéspeda, que contestó con inacabables genuflexiones a sus reverencias profundas; quitándose luego el guante de la mano derecha y envolviéndola en los pliegues de la capa, cogió la de Schnapper-Ellé, la pasó lentamente por los pelos del bigote, y habló así:

"¡Señora: vuestros ojos rivalizan con los rayos del sol!; pero, a diferencia de los huevos que se ponen tanto más duros cuanto más tiempo se les tiene a cocer, el corazón se me ablanda cada vez más a medida que lo van cociendo los rayos fulgurantes de vuestros ojos; de las entretelas del corazón, revoloteando, se me escapa el Dios alado, el Dios amor, para buscar un nido familiar en vuestro seno... Vuestro seno, señora, ¿con qué lo compararé?; en toda la creación inmensa no veo flor ni fruto que se le parezca. Es planta única en su género. La tempestad deshoja las rosas delicadas; mas vuestro seno, rosa invernal, desafía todo el furor de los vientos. El ácido limón amarillea y se arruga conforme envejece; vuestro seno riñe en matiz y delicadeza con la piña más dulce. ¡Oh, señora, aun cuando la villa de Amsterdam fuese todo lo hermosa que me dijisteis ayer, y anteayer, y todos los días, el terreno en que descansa es mil veces más bello!..."

Pronunció el caballero estas últimas palabras con azoramiento hipócrita, contemplando con fingida languidez la medalla enorme colgada del cuello de Schnapper-Ellé. Stern, el narizotas dejaba caer desde lo alto una escrutadora mirada, y el seno a que tantos halagos se dirigían levantábase con un movimiento ondulatorio, que ponía en vaivén continuo a la villa de Amsterdam.

"¡Ay!—suspiró Schnapper-Ellé—la virtud vale más que la hermosura, ¿de qué me sirve la hermosura? Mi juventud se va pasando, y desde que

Schnapper murió —¡qué bonitas manos tenía!— ¿de qué me sirve la hermosura?"

Y empezó a suspirar de nuevo, y tras ella, como eco casi imperceptible, suspiraba Stern el narizotas.

"¿De qué os sirve la hermosura?—exclamó don Isaac;—¡oh, doña Schnapper-Elle, no ofendáis la bondad de la naturaleza creadora! ¡no ultrajéis sus dones más preciados! Se vengaría de modo terrible. Esos ojos embriagadores, se apagarían empañados y vidriosos; esos labios hechiceros, se encogerían hasta la insipidez; ese casto cuerpo que aspira al amor, se volvería pesado tonel de sebo; la villa de Amsterdam descansaría sobre un pantano que exhalara mefíticos olores..."

Y en el mismo tono siguió describiendo, detalle por detalle, el exterior de Schnapper-Ellé, de modo tal que la pobre empezó a temblar de espanto y a buscar medio de esquivar las inquietadoras palabras del caballero. Doble fué su felicidad en aquel instante al ver a Sara la hermosa y preguntarle, con la más atenta solicitud, si estaba ya del todo repuesta de su desmayo. Se enfrascó luego en animadísima conversación, desplegando a la vez sus vanas ínfulas de grandeza y su indudable bondad de alma. Con más prolijidad que prudencia púsose a contar la fatal historia de su desmayo en Amsterdam; apenas llegada, sin conocer a alma viviente, un pícaro mozo le llevó el baúl, no a una honrada hostería, sino a una casa infame, de lo que no tardó en darse cuenta por las copiosas libaciones de aguardiente que allí se hacían y

las proposiciones vergonzosas de que fué objeto... Decía que, a no dudar, hubiera caído en culpa si durante las seis semanas que pasó en aquel lugar de perdición hubiera cerrado los ojos un solo instante...

"El cuidado de mi virtud—añadió Schnapper-Ellé—me lo prohibía imperiosamente, ¡y todo me ocurrió por causa de mi hermosura!; pero la hermosura pasa y la virtud persiste."

Ya iba D. Isaac a someter a examen crítico los pormenores de esta historia, cuando por dicha Aarón Hissch-Kuh, el bizco, natural de Homburgo de Lahn, al brazo la blanca servilleta, saliendo del interior de la hostería, dijo en tono malhumorado que la sopa estaba, hacía ya mucho tiempo, servida, los invitados a la mesa, y que sólo esperaban a la señora de la casa...

El final y los capítulos siguientes se han extraviado (1).

---

(1) Este relato se empezó a escribir mucho antes de la conversión de Heine al cristianismo. Si se ha de creer al poeta, el manuscrito entero desapareció en el incendio de la casa de su madre en 1824, sin que el autor conservara copia, más que de los tres primeros capítulos que publicó en 1840. Según la *Allgemeine Deutsche Biograpie*, el *Rabino de Bacharach* nunca se terminó: Heine, hubo de considerar que, abjurada la religión de sus padres, (en 1825), ya no le correspondía, mayormente, tomar la defensa de los judíos en contra de los cristianos.

EL QUIJOTE (1)

Primera lectura.

VIDA y hechos del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, escritos por Miguel de Cervantes Saavedra" (2). Este es el primer libro que leí, en cuanto supe pronunciar corrientamente las letras. Recuerdo aún perfectamente el tiempo aquel en que me escapaba, de mañanita, de la casa paterna e iba a refugiarme en el jardín Palatino para leer, sin que nadie me molestara, el *Quijote*. Era una hermosa mañana de Mayo; la primavera, en sus comienzos, brillaba ya en una aurora apacible y se dejaba loar por el ruiseñor, su suave adulador, el cual cantábale loores en voz tan muelle y acariciadora, que las rosas más púdicas abrían sus capullos, los céspedes enamorados y los rayos del sol se daban besos tiernos y vivos, y árboles y flores estremecíanse maravillados. Sentábame yo en un viejo banco de piedra ornado de

(1) Escribió Heine este trozo para que sirviese de introducción a una edición ilustrada del *Quijote* que se publicó en Stuttgart.

(2) Así, conforme a la traducción alemana, cita Heine el título del Quijote.

musgo, en el paseo que llamaban Avenida de los Suspiros, no lejos del surtidor, y mi corazón juvenil se regocijaba ante las grandes aventuras del atrevido caballero. En mi candor infantil, yo lo tomaba en serio todo. Comoquiera que la suerte zarandease al pobre héroe, decíame yo que así tenía que ser, que tal era el destino de los héroes, verse derrotados y al mismo tiempo apaleados, lo cual me afligía de veras. Era yo niño, e ignoraba la ironía que puso Dios en su universo, y que el gran poeta imitó en el suyo; y me sentía capaz de verter las más amargas lágrimas cuando el noble caballero no recogía más que ingratitud y trompazos por su grandeza de alma; y como, poco hecho a la lectura, iba pronunciando cada palabra en voz alta, pájaros y árboles podían oirme. Lo mismo que yo, aquellos inocentes seres de la naturaleza, nada entendían de ironía; ellos también lo tomaban todo en serio y vertían lágrimas por los sufrimientos del caballero infeliz. Por lo menos me pareció oir sollozar a un roble, y al grave surtidor sacudirse más violentamente las barbas ondulosas para gemir por la dureza de los hombres. Hallábamos que no menos admiración merecía el heroísmo del caballero cuando el león, poco dispuesto a la pelea, le volvió la espalda, y que tanto más gloriosos y meritorios eran sus actos cuanto era menguado y seco su cuerpo, desvencijada la armadura que lo protegía y descarnado el rocín en que cabalgaba. Despreciamos al populacho vil que atacaba cobardemente al héroe, apaleándole. pero más todavía al populacho altivo que, engalanado

con vestiduras de seda, con hermosas frases elegantes y con un título ducal, se burlaba de un hombre que tanto le sobrepujaba en nobleza e inteligencia. Cada vez, más se elevaba en nuestra estimación el paladín de Dulcinea, y cada vez más iba ganándose mi afecto a medida que leía yo este libro maravilloso, lo cual ocurrió todos los días en aquel jardín hasta fines de otoño, en que llegué al final de la historia; pero nunca se me olvidará el día en que leí el relato de aquel malaventurado combate en que el caballero quedó tan tristemente vencido.

Era un día triste: feas nubes grises tapaban un cielo gris; las hojas amarillentas se desprendían dolorosamente de los árboles; densas lágrimas de lluvia colgaban de las últimas flores, que inclinaban melancólicas la cabeza moribunda. Los ruiseñores habían dejado de cantar mucho antes; la imagen de la decadencia de todo me rodeaba por doquiera, y a punto estuvo de rompérseme el corazón cuando leí cómo el noble caballero se halló tendido, lleno de polvo y molido, en el suelo, y cómo, sin alzarse la visera, levantando hacia su vencedor una voz hueca y debilitada como si hablara dentro de una tumba, le dijo: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida..."

¡Ay! aquel deslumbrante paladín de la Blanca Luna que venció al más esforzado y noble caballero, era un barbero disfrazado.

OCHO años hace que escribí estas líneas (1) en que contaba la impresión que la lectura del *Quijote* me dejó en la mente desde mucho tiempo antes. ¡Justo cielo! con qué rapidez pasan los años. Me parece que fué ayer cuando terminaba yo el libro en la Avenida de los Suspiros del jardín Palatino de Dussedorf, y que tengo todavía el corazón conmovido de admiración por las hazañas y desventuras del gran caballero. ¿Se me quedó inmóvil durante todo ese tiempo el corazón, o hubo de volver maravillosamente a los sentimientos de la infancia? Bien pudiera ser así, porque recuerdo que, en cada lustro de mi vida, he leído de nuevo el *Quijote* con impresiones cada vez diferentes. Cuando iba granando en la edad juvenil y llevaba con avidez las manos inexpertas hacia los rosales de la vida, y trepaba a las más altas rocas para estar más cerca del sol, y, de noche, no soñaba más que con águilas y con vírgenes puras, entonces era para mí el *Quijote* libro muy poco recreativo, y, al verlo, echábalo bruscamente a un lado. Más adelante, cuando fuí hombre, me reconcilié un tanto con el infortunado campeón de Dulcinea, y empecé a reirme de él. "Loco está el valiente" me dije. Sin embargo, es cosa singular que

(1) Hállase este pasaje en el libro *De Alemania*, t. I, p. 228 y sig. (París, M. Lévy fr., edit., 1863). Allí lo trasladó Heine desde un capítulo de los *Reisebilder (la ciudad de Lucca)* que falta en la edición francesa.

por todos los caminos de la vida me han ido persiguiendo los fantasmas del flaco caballero y de su gordo escudero, sobre todo cuando me he hallado vacilante entre dos caminos diversos. Recuerdo así que, cuando llegué a Francia, al despertar una mañana en el coche de un medio-sueño febril, divisé entre la niebla dos figuras muy conocidas que a ambos lados míos cabalgaban: una, la de mi derecha, era Don Quijote de la Mancha en su abstracto Rocinante; otra, la de mi izquierda, Sancho Panza en su positivo rucio. Precisamente, llegábamos a la frontera francesa. El noble caballero inclinó respetuosamente la cabeza ante la bandera tricolor que delante de nosotros flotaba en el alto poste que indica la frontera, mientras el buen Sancho saludaba más friamente, con una sencilla inclinación de cabeza, a los primeros gendarmes franceses que veía; pero pronto los dos amigos me dejaron atrás, los perdí de vista, y ya no oí más a lo lejos que los relinchos entusiastas de Rocinante y los afirmativos acentos (1) del burro.

Pensaba entonces que la ridiculez del quijotismo consistía en que el noble caballero quería volver a la vida un pasado desvanecido mucho tiempo ha y en que sus pobres miembros, y sobre todo sus espaldas, caían en dolorosas colisiones con las realidades presentes. ¡Ay! después he sabido que es locura igualmente ingrata la de querer introducir

(1) Dice Heine «afirmativos acentos» y la traducción francesa «el i-a, i-a» del burro. El sentido de la expresión de Heine se aclarará recordando que *sí*, en alemán, se dice *ja*.

con demasiada premura lo porvenir en lo presente, cuando, en lucha semejante contra los rudos intereses del día, no tenemos más que un flaco rocín, una quebradiza armadura y un cuerpo no menos frágil. A propósito de este quijotismo, tanto como del otro, el sabio agacha la cabeza... Pero Dulcinea del Toboso es, sin embargo, la más hermosa mujer del universo; y aunque yazga yo miserablemente en tierra, nunca he de retirar mis palabras... ¡Apretad la lanza, caballeros de la Blanca Luna, barberos disfrazados!

CUÁL fué el pensamiento esencial del Gran Cervantes cuando escribió su obra maestra? ¿Quería dar sólo el golpe mortal a los libros de caballerías, cuya lectura, en aquel tiempo, era para España un azote contra el que todas las instituciones eclesiásticas y civiles eran impotentes? ¿O pretendía más bien ridiculizar todas las manifestaciones del entusiasmo, y, ante todo, el heroísmo de los que arrastran espada? Evidentemente, no se proponía más que satirizar aquellos libros, para entregarlos a la rechifla universal, sacando a plena luz sus absurdos. Y lo consiguió del modo más brillante; porque lo que no lograron exhortaciones del púlpito ni amenazas del brazo secular, un pobre escritor con su pluma lo hizo: tan bien derribó los libros de caballerías que, poco después de publicarse el *Quijote*, desapareció en España el gusto por aquellos relatos y no volvieron a impri-

mirse. Pero la pluma del genio es siempre mayor que el genio mismo. Tiene alcance más alto que sus propósitos actuales y, Cervantes, sin echarlo de ver claramente, escribió la mejor sátira contra el entusiasmo humano. Nunca lo presintió él, héroe que había pasado lo más de su vida en combates caballerescos, y en la vejez, aún se gloriaba de haber peleado en Lepanto, aunque pagara su gloria con la pérdida de la mano izquierda.

Poco tiene que decir el biógrafo acerca de la persona y de la vida del poeta que escribió el *Quijote*. Poco que perder tenemos en esa falta de pormenores biográficos, que suelen recogerse entre las comadres de la vecindad. Estas, sólo ven la envoltura; pero nosotros vemos al hombre mismo, su verdadera y fiel imagen.

Hombre arrogante y vigoroso fué Don Miguel de Cervantes Saavedra. Tenía la frente espaciosa y el corazón grande; maravillosa era la fuerza mágica de su mirada. Así como hay quien ve a través de la tierra y distingue los tesoros o los cadáveres enterrados, los ojos del gran poeta penetraban hasta el corazón de los hombres y veían distintamente lo que en él se ocultaba. Para los buenos, era su mirada como rayo de sol que les iluminaba jubilosamente el alma; para los malos, era un acero que destrozaba sin compasión sus sentimientos secretos. Sus ojos investigadores entrábanse hasta el alma de un hombre para hablar con ella, y, cuando no quería contestarle, la sometía a la cuestión, y ya estaba el alma ensangrentada en el banco de la tortura cuando quizá todavía su en-

voltura corporal afectaba un aire de condescendencia digna. ¿Cómo ha de asombrar a nadie que se haya enajenado así la voluntad de muchos, y que, en su carrera terrestre no haya encontrado más que flaco apoyo? Nunca llegó al rango ni al bienestar, y, de todas sus laboriosas peregrinaciones, a casa no trajo sino conchas vacías. Suele decirse que no estimó en lo que vale el dinero; pero yo os aseguro que sabía muy bien apreciarlo, puesto que no lo tenía. Empero nunca lo tuvo en tanto como a su honor. Contrajo deudas y en cierta carta que él compuso y que Apolo otorga a los poetas, el primer apartado establece que cuando un poeta afirma que no tiene dinero, hay que creerle bajo palabra y no se le ha de exigir juramento. Gustaba de la música, de las flores y de las mujeres; pero, en ocasiones, su amor por éstas se le volvió mal, sobre todo cuando era joven todavía. ¿Era el sentimiento de su grandeza capaz de consolarle en su mocedad, si unas rosas desdeñosas le punzaban con sus espinas?

Un día, cuando adolescente, paseaba a orillas del Tajo, en clara tarde de estío, con una hermosa de diez y seis años que sin cesar se burlaba de su ternura. Aún no se había puesto el sol, y todavía brillaba esplendoroso; pero ya se veía la luna en el cielo, delgada y pálida como blanca nubecilla. "Mira—dijo el poeta a su amada,—¿ves allí aquel redondelito blanquecino? Ante nosotros, el río en que se refleja, parece que sólo por compasión soporta la breve imagen en sus ondas altaneras, que más de una vez la echan irónicamen-

te a la orilla. Pero deja que la luz desaparezca; con la creciente obscuridad, ese pálido redondel resplandecerá con brillo cada vez más hermoso, el río entero reverberará su luz, y las ondas, un momento antes tan desdeñosas y altivas, se estremecerán a la vista del astro deslumbrador, alzándose, voluptuosamente hinchadas, hacia él".

En las obras de los poetas es donde se ha de buscar su historia; en ella están sus más secretas confesiones. En toda ella, y más todavía en sus comedias que en el *Quijote,* vemos, como antes dije, que Cervantes fué mucho tiempo soldado. De hecho, el proverbio romano "vivir es guerrear" tiene doble aplicación a él. De soldado raso, peleó en la mayor parte de aquellos terribles dramas de guerra que el rey Felipe II hizo representar en todos los países para gloria de Dios y de sus propios caprichos. Esta circunstancia de que Cervantes consagrara toda su juventud al gran campeón del catolicismo y combatiera personalmente por los intereses católicos deja presumir que esos intereses le tocaban con cariño al corazón, y basta para refutar la opinión harto extendida de que sólo el miedo a la inquisición pudo impedir que abordara en el *Quijote* las ideas protestantes de su tiempo. No; Cervantes fué hijo sumiso de la Iglesia romana, y no sólo fué su cuerpo el que vertió sangre en los combates caballerescos por su bandera bendita, sino que por ella sufrió en el alma el martirio más cruel durante su prolongado cautiverio entre infieles.

Al azar debemos más pormenores de la vida de

Cervantes en Argel, y por aquí reconocemos que el héroe era tan grande como el poeta. La historia de su cautividad es la refutación más brillante de la melodiosa mentira de aquel pico de oro distinguido que hizo creer al emperador Augusto y a todos los pedantes alemanes que era poeta y que los poetas son cobardes. No, el verdadero poeta es también héroe verdadero, y en su corazón mora la paciencia, que es, al decir de los españoles, un segundo valor. No hay espectáculo más hermoso que el de ver a este noble castellano, esclavo del bey de Argel, ocupado constantemente en la liberación, fraguando infatigablemente planes valerosos, dando cara a todos los peligros, y, cuando fracasa la empresa, sometiéndose a muerte y tortura antes que traicionar con una sola sílaba a sus cómplices. El señor sanguinario de su cuerpo, queda desarmado ante tanta grandeza y virtud; el tigre respeta al león encadenado, y tiembla delante del manco terrible a quien, con una palabra, podría enviar a la muerte. Con este nombre de "manco" se le conoce a Cervantes en todo Argel y el bey confiesa que puede dormir tranquilo, seguro del reposo de su ciudad, de su ejército y de sus esclavos, con tal que el manco esté en lugar seguro.

Antes recordé que Cervantes no fué más que soldado raso; pero, como supo, en posición tan humilde, señalarse y hacerse distinguir por su general don Juan de Austria, cuando quiso volver a España desde Italia recibió para el rey, de quien se solicitó vivamente su ascenso, las más honrosas recomendaciones. Así, cuando corsarios argeli-

nos le cautivaron en el Mediterráneo, le tomaron por personaje de la más alta importancia y exigieron por él tan debido rescate que su familia, a pesar de todos los sacrificios, no logró salvarle y el pobre poeta hubo de permanecer tanto mayor tiempo en cautividad tanto más dura. Su mérito no fué, por lo tanto, más que una causa nueva de infortunio para él, y de igual modo, hasta el fin de sus días, la Fortuna, cruel deidad, que nunca perdona al genio si ha prescindido de su patronato para alcanzar gloria y honores, hizo mofa de él.

Pero ¿es la desgracia del genio obra siempre de un ciego azar, o resultado inmediato de su naturaleza íntima y de lo que le rodea? ¿es que su alma entra en lucha con la realidad, o es la realidad dura quien empieza con su grande alma un desigual combate?

La sociedad es una república. Cuando el individuo quiere elevarse, la comunidad le rechaza valiéndose del ridículo y de la difamación. Nadie ha de ser más virtuoso, nadie ha de tener mayor ingenio que los demás. Pero a aquel cuya cabeza, por el poderío inflexible del genio, sobresale por encima de la multitud adocenada, la sociedad le condena a ostracismo; le persigue con befas y calumnias tan crueles, que al cabo, fuerza le es retirarse a la soledad de sus pensamientos.

Sí, la sociedad, en esencia, es republicana. Toda soberanía le es odiosa, ya en el orden espiritual, ya en el material. Este descansa en el otro más a menudo de lo que se suele creer. Bien lo hemos visto después de la revolución de Julio, cuan-

do el espíritu de republicanismo se manifestó en todos los aspectos sociales. Los laureles de un gran poeta eran tan odiosos a nuestros republicanos como la púrpura de un gran rey. Querían también suprimir las diferencias intelectuales entre los hombres, y, como tenían por bien común todos los pensamientos que brotaran en el territorio del Estado, no les quedaba más que hacer sino decretar asimismo la igualdad del estilo. Y, en efecto, un estilo bueno llegó a caer en descrédito como cosa aristocrática, y con frecuencia hemos oído afirmar que "el verdadero demócrata escribe como el pueblo, cordial, sencilla y malamente". Fácil era para los más de los hombres de aquel movimiento prestar obediencia al decreto; pero no todos pueden escribir mal, sobre todo cuando se tiene ya la costumbre del buen estilo, y en tales casos no dejaban de decir: "Es un aristócrata, un amante de la forma, un amigo del arte, un enemigo del pueblo." Iban ciertamente de buena fe, como San Jerónimo, que tenía por pecado su buen estilo, y se castigaba por ello flagelándose a conciencia.

Así como no hay anticatolicismo, tampoco hay en el *Quijote* nada que huela a antiabsolutismo. Los críticos que han husmeado algo así están evidentemente en un error. Cervantes era hijo de la escuela que había llegado a idealizar poéticamente la obediencia absoluta al soberano. Y aquel soberano era rey de España en un tiempo en que su majestad resplandecía sobre el mundo entero. El último soldado, sentíase dentro de la irradiación

de aquella majestad, y sacrificaba gustoso su libertad individual a una tal satisfacción del orgullo castellano.

La grandeza política de España, no era entonces para levantar y engrandecer medianamente el alma de sus escritores. Como en el imperio de Carlos Quinto, en la mente de un poeta español, no se ponía el sol tampoco. Habían terminado las fieras luchas contra los moros, y así como después de una tempestad las flores exhalan aroma más intenso, siempre, tras una guerra civil, es cuando logra la poesía su más soberana floración. Lo mismo vemos en la Inglaterra del tiempo de Isabel; una escuela de poetas, contemporáneos de los poetas españoles, aparece y suscita comparaciones interesantes: aquí Shakespeare, allí Cervantes son flor de la escuela.

Como los poetas españoles del tiempo de los tres Felipes, los poetas ingleses del tiempo de Isabel tienen cierto aire de familia, y ni Shakespeare ni Cervantes, pueden, a nuestro parecer, tener pretensiones de originalidad. En nada se distinguen de sus contemporáneos por una peculiar manera de sentir, de pensar o de escribir, sino tan solo por una profundidad, por una intimidad, por una ternura, por una fuerza más considerables: sus composiciones se hallan penetradas y envueltas en más alto grado por el éter de la poesía.

Pero no sólo son uno y otro flor de su tiempo,

sino que asimismo fueron raíces de lo porvenir. Del mismo modo que se ha de estudiar a Shakespeare por la influencia de sus obras, particularmente en la Alemania y en la Francia de hoy, como fundador del arte dramático que después vino, hay que honrar también en Cervantes al fundador de la novela moderna. Permítaseme alguna observación de pasada.

La novela antigua, el libro de caballerías, salió de la poesía de la edad media; fué primero una elaboración en prosa de aquellos poemas épicos cuyos héroes pertenecían al cielo legendario de Carlo Magno y del Santo Grial: el asunto se buscaba siempre en las aventuras caballerescas. Fué la novela de la clase noble, y los personajes que en ella figuraban o eran creaciones fabulosas de la fantasía o caballeros con espuelas de oro; por ninguna parte se veían huellas del pueblo. Estos libros de caballerías que degeneraron hasta lo absurdo, fueron los que Cervantes destronó con su *Quijote*. Pero, además de escribir una sátira que echó a pique la novela antigua, dió el molde para una nueva invención que llamamos novela moderna. Así proceden siempre los poetas grandes; a la vez que destruyen lo antiguo, fundan algo nuevo; nunca niegan, sin afirmar otra cosa. Cervantes fundó la novela moderna introduciendo en el libro de caballerías la distribución fiel de las clases inferiores, llevando a él la vida popular. El gusto por describir el género de vida del pueblo más bajo, de la canalla más abyecta, no es peculiar de Cervantes, sino de toda la literatura del tiempo;

y, lo mismo que en los poetas, se ve en los pintores españoles; Murillo, que robó a los cielos los colores más santos para pintar sus hermosas vírgenes, reprodujo con igual amor los objetos más repelentes de la tierra. Quizá fué entusiasmo por el arte en sí mismo lo que hizo hallar algunas veces a los nobles de España en la reproducción de un chicuelo mendigo entregado a la caza de piojos, igual placer que en la de la Virgen bendita entre todas las mujeres. O fué el atractivo del contraste lo que llevó a los caballeros más empingorotados, por ejemplo, a un cortesano como Quevedo, puesto siempre de veinticinco alfileres, o a un poderoso ministro como Mendoza, a escribir novelas de pícaros o de mendigos harapientos; querrían, acaso, trasladarse, con la fantasía, desde el lugar de su monótono círculo a una esfera del todo diferente, como lo hacen, poco más o menos, algunos escritores alemanes que sólo ponen en sus novelas pinturas de la alta sociedad y hacen condes o barones a todos sus héroes. No encontramos en Cervantes esa tendencia exclusiva a no pintar más que lo innoble; mezcla, únicamente, lo ideal con lo vulgar, y lo uno sirve de reverbero o de luz para lo otro y las personas de calidad ocupan tanto espacio como la gente del pueblo. Pero el elemento hidalgo, caballeresco, aristocrático, desaparece por completo en las novelas de los ingleses que imitaron, antes que todos los demás, a Cervantes, y que aun hoy siguen sirviéndonos de modelos. Naturalezas prosaicas son las de esos novelistas ingleses, desde el advenimiento

de Richardson; el espíritu paciente de su tiempo rechaza toda pintura enérgica de la vida popular y del lado de allá del estrecho han nacido esas novelas inglesas en que se retrata la menuda existencia de una burguesía honrada y llena de moderación. En esa lamentable literatura se anegaba el público inglés hasta el momento en que surgió el gran escocés que ha hecho en la novela una revolución, o, por mejor decir, una restauración. En efecto, así como Cervantes introduce en la novela el elemento caballeresco, Walter Scott, ha vuelto a integrarla con el elemento aristocrático, desaparecido para dejar el puesto libre al prosaísmo burgués. Por un procedimiento enteramente distinto, Walter Scott ha devuelto a la novela el hermoso equilibrio que admiramos en el *Quijote* de Cervantes.

A esta luz creo que no se ha apreciado aún en lo justo el mérito del segundo gran poeta inglés. Sus inclinaciones conservadoras, su predilección por lo pasado, han sido beneficiosas para la literatura, en esas obras maestras de su genio que han hallado por doquiera un eco e imitadores, y han relegado a los más sombríos rincones de los gabinetes de lectura los tipos incoloros de la novela burguesa. Es erróneo resistirse a reconocer a Walter Scott como inventor de la novela histórica, y buscar la derivación de ésta en inspiraciones alemanas. Se echa en olvido que, lo característico de las novelas históricas es precisamente la armonía de los elementos aristocrático y democrático; que Walter Scott, devolviendo su rango al primero,

restableció admirablemente la armonía perturbada durante el reinado exclusivo del segundo, en tanto que nuestros románticos alemanes renegaron por completo de éste en sus obras para meterse por las falsas rodadas de la novela caballeresca que florecía antes de Cervantes. Nuestro La Motte-Fouqué es un rezagado de aquellos poetas que dieron al mundo el *Amadís de Gaula* y otras aventuras semejantes, y yo admiro no sólo el talento sino también el valor que el noble barón ha necesitado para escribir sus relatos caballerescos dos siglos después del *Quijote*. Extraño período fué para Alemania aquel en que aparecieron tales libros y el público les cobró afición. ¿Qué significaba en la literatura esa predilección por la caballería y por las estampas de los antiguos tiempos feudales? En mi opinión, el pueblo alemán quería despedirse para siempre de la edad media; pero, con lo fáciles que somos de conmover, nos despedimos con un beso. Por última vez apretamos nuestros labios contra las vetustas piedras sepulcrales. Más de uno, entre nosotros, verdad es, tuvo entonces la más desatentada conducta. Luis Tieck, el niño terrible de la escuela, exhumó del sepulcro a todos los antepasados, meció su féretro como si fuese una cuna, y con balbuceo inocente, infantil, cantó: *¡Nana, abuelito, nana!*

Segundo gran poeta de Inglaterra he llamado a Walter Scott y obras maestras a sus novelas. Pero sólo a su genio quisiera tributar homenaje tan alto. De ningún modo puedo emparejar sus obras con la novela de Cervantes. Le sobrepuja éste en espí-

ritu épico. Cervantes, ya lo dije, era un poeta católico, y a tal circunstancia debe acaso la gran serenidad épica que, como un cielo de cristal, cubre el mundo coloreado de sus creaciones. Por ninguna parte entra en él la duda. Añádase a esto la tranquilidad del carácter nacional español. Pero Walter Scott pertenece a una iglesia que somete a discusión rigurosa aun las cosas divinas; escocés y abogado, tiene el hábito de la acción y de la discusión, y así como en su vida y en su ingenio, el drama es lo que predomina en sus novelas. Por eso nunca podrán ser sus obras consideradas como un modelo puro de esa especie de composición que llamamos novela. A los españoles cabe la gloria de haber producido la mejor novela, como la de haberse elevado a la altura mayor en el drama toca a los ingleses.

Y a los alemanes ¿qué palma les quedará? ¿No sería la de los líricos mejores de esta tierra? Ningún pueblo posee cantos tan hermosos como éste. Hartos negocios de política tienen ahora los pueblos encima de sí; pero, cuando esos negocios por fin se arreglen todos, alemanes, britanos, españoles, franceses, italianos, hemos de darnos cita en el verde bosque, para cantar, y que sea el ruiseñor nuestro juez supremo. Convencido estoy de que en ese torneo lírico ha de salir premiado el *lied* de Wolfgang Goethe.

Cervantes, Shakespeare y Goethe forman el triunvirato poético que en las tres formas de la poesía, épica, dramática y lírica se ha elevado a mayor altura. Quizá el que esto escribe sea el

más especialmente calificado para elogiar a nuestro gran compatriota como el poeta lírico más cumplido. Goethe se mantiene a igual distancia entre las dos escuelas que caracterizan la doble degeneración de la poesía, la escuela a que se da desgraciadamente mi nombre y la que llama escuela de Suabia. Cierto que ambas tienen sus méritos: han contribuído indirectamente a la fortuna de la poesía alemana. La primera movió una reacción saludable contra el idealismo exclusivo de nuestra poesía, tiró del espíritu hacia la vigorosa realidad y desarraigó el petrarquismo sentimental que siempre nos pareció quijotismo lírico. En cuanto a la escuela de Suabia, también ha contribuído indirectamente a la salud de la poesía alemana. Si en la Alemania del norte pudieron producirse obras sanas y vigorosas, debióse quizá a la escuela suaba, que atrajo sobre sí todos los humores enfermizos, cloróticos y piadosamente sentimentales de la Musa alemana. Stuttgart vino a ser como el derivativo de la Musa alemana.

Al atribuir el más alto puesto en el drama, la novela y la poesía lírica al triunvirato antedicho, lejos estoy de disminuir el valor de otros grandes poetas. Nada más extravagante que la pregunta: "¿Qué poeta es más grande que otro?" La llama es la llama y su peso no se cuenta por onzas ni por libras. Sólo la insignificancia del espíritu horteril pudiera meterse a pesar el genio en su sórdida balanza del queso. No ya los antiguos, también los modernos han escrito poemas en que la llama de la poesía se levanta con tanta

magnificencia como en las obras maestras de Shakespeare, de Cervantes y de Goethe. Pero estos nombres aparecen unidos como con lazos misteriosos. De sus creaciones irradia el espíritu de una misma raza; respírase en ellas una dulzura eterna, como el aliento de Dios; así como en la naturaleza, florece en ellas una discreta reserva. Lo mismo que a Shakespeare, Goethe recuerda sin cesar a Cervantes, y se le parece hasta en las particularidades del estilo, en la prosa fácil, coloreada por la ironía más suave e inocente. Cervantes y Goethe se asemejan hasta en sus defectos, en lo prolijo de los discursos, en los largos períodos que en ellos se suele encontrar, comparables a un séquito de carrozas regias. Con frecuencia no se halla más que un solo pensamiento sentado en un período semejante, de extensión desmesurada, que anda gravemente, como una gran carroza de corte, dorada y tirada por seis caballos con plumeros. Pero este pensamiento único es siempre cosa digna de ponderación, si no es el mismo pensamiento soberano.

No he podido hablar más que con unas cuantas indicaciones del espíritu de Cervantes y de la influencia de su libro. Menos aún pudiera extenderme sobre el valor de la novela en lo que toca al arte, porque habría que llegar a discusiones que nos llevarían muy lejos en los dominios de la estética. No puedo hacer aquí más que llamar la

atención en general hacia la forma de la novela y hacia las dos figuras centrales. La forma es como una descripción de viaje, forma que fué siempre el marco más natural para esta clase de composiciones; sólo recordaré aquí *El asno de oro,* de Apuleyo, la primera novela de la antigüedad. Más tarde, los poetas quisieron remediar lo uniforme del género por lo que llamamos hoy fábula de la novela. Pero, por pobreza de inventiva, los más de los novelistas pidieron prestadas a los otros sus fábulas; por lo menos, siempre utilizaron unos, con escasas modificaciones, las fábulas de otros, de tal manera que la repetición de los mismos caracteres, de las mismas situaciones y de los mismos enredos ha logrado echar a perder en cierto modo para el público la lectura de novelas. Para evitar el fastidio de las fábulas novelescas de segunda mano se volvió durante algún tiempo a la forma antigua y original de la descripción de viaje. Pero ésta se abandona otra vez en cuanto aparece un poeta original con fábulas nuevas y vivas. Así en la literatura como en la política todo se mueve según la ley de la acción y de la reacción.

En cuanto a las dos figuras llamadas don Quijote y Sancho Panza que se parodian sin cesar y no obstante se completan por tan maravillosa manera que ambas forman a decir verdad el héroe de la novela vienen a probar tanto el arte como la profundidad de espíritu del poeta. Mientras en otros libros que hacen correr mundo al héroe solo, han tenido los escritores que recurrir a mo-

nólogos, a unas cartas, a un diario para dar a conocer los pensamientos e impresiones del héroe Cervantes puede introducir a cada momento un diálogo natural; y como una de las figuras parodia siempre los razonamientos de la otra no hace sino revelar mejor las intenciones del poeta. Desde entonces ha sido imitada de muchas maneras la doble figura que tan ingeniosa naturalidad presta al libro de Cervantes y de la cual como de un germen único sale toda entera la novela con sus hojas exuberantes, sus flores olorosas, sus brillantes frutos, los monos y las aves maravillosas que se columpian en sus ramas, semejante a un árbol gigantesco de la India.

Pero fuera injusto ponerlo aquí todo a la cuenta de una imitación servil; tan natural era la introducción de dos figuras como las de don Quijote y Sancho, una de las cuales, la figura poética, se lanza en los de aventuras y la otra, en parte por apego, en parte por egoismo, va trotando detrás, llueva o haga sol, ¡tantas veces las hemos encontrado nosotros mismos en la vida! Para reconocerlas a cada momento, lo mismo en el arte que en el mundo, bajo los más variados disfraces, cierto que hay que poner los ojos en lo esencial, en las señas interiores y no en los accidentes de su apariencia exterior. Innumerables ejemplos pudiera citar. ¿No hallamos de nuevo a don Quijote y a Sancho lo mismo en las figuras de don Juan y de Leporello que en la persona de lord Byron y de su criado Fletcher? ¿No reconocemos a esos mismos tipos y sus relaciones mutuas lo mismo

en la figura del caballero de Waldsee y de su Gaspar Larifari, que en la de tal escritor y su librero, el cual, bien al tanto de las locuras de su autor, no deja de acompañarle fielmente en todas sus correrías vagabundas e ideales para sacar sólidas ventajas? Y el señor editor Sancho, aunque a veces no saque más que golpes, sigue gordo, al paso que el noble caballero enflaquece más cada día.

Y no sólo entre los hombres, también entre las mujeres he solido encontrar los tipos de don Quijote y de su escudero. Recuerdo, sobre todo, a una linda inglesa, rubita entusiasta que se escapó con su amiga de cierta pensión de señoritas, de Londres, y quería recorrer el mundo entero en busca de un corazón de hombre que tuviese la nobleza del que había soñado en las dulces noches de luna. Su amiga, morenita, algo metida en carnes, tenía la esperanza de conquistar en aquella ocasión, ya que no algo particularmente ideal, siquiera un marido presentable. Aún la veo en la playa de Brighton, a aquella figura esbelta, con sus ojos azules que llamaban al amor, echar miradas lánguidas en dirección de las costas francesas... Entretanto su amiga cascaba avellanas, encontraba la almendra excelente y tiraba las cáscaras al mar.

Sin embargo, ni en las obras maestras de otros artistas ni aun en la propia naturaleza encontramos los dos tipos presentados con tanta exactitud en sus relaciones mutuas como en Cervantes. Cada rasgo del carácter y de la persona del uno

corresponde en el otro a un rasgo opuesto aunque similar. Aquí cada particularidad tiene valor propio porque es al mismo tiempo parodia y aun existe entre Rocinante y el rucio de Sancho igual paralelismo irónico que entre el escudero y su señor; ambos animales son en cierto modo portadores simbólicos de las mismas ideas. Como en su manera de pensar, amo y servidor ofrecen en su lenguaje la contraposición más señalada, y no puedo dejar de señalar aquí las dificultades que el traductor ha tenido que vencer para trasladar a lengua alemana la dicción familiar escabrosa y villanesca del buen Sancho. Con su manera cortada y muy a menudo grosera de hablar por refranes, hace pensar Sancho en el loco del rey Salomón, Markulf, que como él expresa en breves máximas la sabiduría experimental del pueblo común frente a un idealismo patético. Don Quijote, por el contrario, habla la lengua de las clases superiores y cultas y hasta en la grandeza de sus períodos muy redondeados se representa su hidalguía. A veces, la construcción de tales períodos cobra extensión desmesurada y la lengua del caballero parece una altanera dama de la corte con vestidos de seda muy huecos y larga cola que arrastra ruidosamente. Pero las gracias con disfraz de pajecillo le llevan sonriendo la cola; los largos periódicos rematan en los giros más agraciados.

Así resumimos el carácter de la lengua de don Quijote y de Sancho Panza: el primero, al hablar parece montado siempre en su alta cabalgadura;

el otro, habla como si estuviese a lomos del humilde rucio.

UNA palabra me queda por decir aún de las ilustraciones que adornan la traducción nueva del *Quijote* cuyo prefacio escribo. Esta edición es la primera obra de literatura que aparece en Alemania con ilustraciones así. En Inglaterra y sobre todo en Francia, las ilustraciones de este género están a la orden del día y logran un éxito casi entusiasta. En Alemania, donde siempre se mira concienzudamente al fondo de las cosas, alguien preguntará sin duda si tales publicaciones son favorables de veras para el arte. Yo no lo creo. Hacen ver, es cierto, cómo puede la mano ingeniosa y fácil de un pintor apoderarse de las creaciones del poeta y reproducirlas; son también agradable descanso en la fatiga de la lectura, pero ante todo son signos de la degeneración del arte que, arrancado del pedestal de su independencia, ha descendido a siervo del lujo. Y además hay aquí para el artista, no ya sólo una ocasión y una tentación, sino también una obligación de tocar sólo con mano rápida al asunto, cuidándose muy bien de no agotarlo. Los grabados en madera de los libros antiguos tenían otros fines y no pueden compararse con estas ilustraciones.

Se han hecho las de la presente edición según dibujos de Tony Johannot por los primeros grabadores en madera de Inglaterra y de Francia; es-

tán concebidas y dibujadas con toda la elegancia y el carácter que se puede esperar de Tony Johannot; a pesar de la rapidez del trabajo se advierte que el artista ha logrado penetrar en el espíritu del poeta. Iniciales y viñetas están imaginadas con mucho ingenio y fantasía y el artista, con intención verdaderamente poética, ha escogido casi exclusivamente para su compostura dibujos moriscos. ¿No vemos, efectivamente, resplandecer por doquiera en el *Quijote* las memorias del tiempo feliz de los moros, como hermosa lejanía de último término? Tony Johannot, uno de los artistas más excelentes de París, es alemán de nacimiento.

Asombra que un libro tan pródigo en materia pintoresca como el *Quijote* no haya encontrado aún pintor capaz de aprovecharlo como asunto de una serie de obras independientes. Quizá el espíritu del libro es sobrado fácil y fantástico para que, al tocarlo el artista, no se desvanezca el polvillo tornasolado de sus colores. No lo pienso yo así. Porque el *Quijote,* por leve y fantástico que sea, descansa, no obstante, en el terreno sólido de la realidad, como era, efectivamente, necesario para que fuese libro popular. ¿Será tal vez porque debajo de las figuras que el poeta hace pasar por delante de nosotros hay ideas más profundas que el artista plástico no puede representar, de modo que no podría coger y reproducir más que la apariencia exterior, por saliente que sea, pero no su más profundo sentido? Esto ya es verosímil.—Por lo demás, muchos son los artistas que se han pues-

to a dibujar el *Quijote*. Cuanto he visto anterior, dibujos ingleses, españoles y franceses, era horrible. De los artistas alemanes, he de recordar aquí a nuestro gran Daniel Chodowiecki. Dibujó para el *Quijote* una serie de láminas que, grabadas al agua fuerte según el espíritu de Chodowiecki, por Berger, acompañaban a la traducción de Bertuch. La falsa idea convencional y teatral que se formó el artista, al igual de sus contemporáneos, del vestido español, le perjudicó mucho. Mas por todas partes se ve que Chodowiecki llegó a comprender perfectamente el *Quijote*. Esto me ha regocijado, tanto por el artista como por el propio Cervantes; porque siempre me fué grato el cariño mutuo de dos amigos míos, así como siempre me encantó ver que dos enemigos míos cerraban uno contra otro. El tiempo de Chodowiecki, período de una literatura que estaba aún formándose, que necesitaba todavía entusiasmo y tenía que rechazar la sátira, no era precisamente favorable para la inteligencia del *Quijote* y ello depone en favor de Cervantes, porque sus personajes aun entonces fueron comprendidos y estimados, y depone asimismo en favor de Chodowiecki, porque entendió figuras como don Quijote y Sancho Panza, él que acaso más que ningún otro artista era hijo de su tiempo y fué comprendido y estimado por él.

Entre las obras más recientes tomadas del *Quijote*, mencionaré aquí con gusto unos bosquejos de Decamps, el más original de los pintores franceses vivos.—Pero sólo un alemán puede entender

del todo el *Quijote,* y así hube de sentirlo hace unos días, con la más viva satisfacción, al ver en el escaparate de una tienda de estampas del bulevar de Montmartre una lámina que representa al noble manchego en su cuarto de estudio, tomada de un dibujo de Adolfo Schröter, un gran maestro.

(Escrito en París, durante el carnaval de 1837.)

PRÓLOGO

AL PRIMER TOMO DEL *SALÓN* (1)

"COMPADRE, os aconsejo que no me mandéis pintar en esa muestra un ángel de oro, sino más bien un león encarnado; tal es la costumbre que tengo, que si os pinto un ángel de oro, ya veréis cómo parece, de todas maneras, un león encarnado."

Refiero aquí estas palabras de un artista compañero mío, porque responden por anticipado y con toda franqueza, a los reparos que se podrían poner a esta obra. Para decirlo todo, advertiré que este libro se compuso durante el verano y el otoño de 1831, época en que trabajaba yo de preferencia en los cartones de un futuro león encarnado. Todo era entonces rugido y cólera, dentro y en derredor de mí.

¿No soy ya bastante modesto?

Podéis fiaros, porque la modestia de las personas siempre tuvo razones excelentes. El Dios bue-

(1) Con el título general de *Salón*, publicó Heine los escritos siguientes: *De los pintores franceses; Memorias de Schnabelewopski; Contribuciones a la historia de la Religión y de la Filosofía en Alemania; Noches florentinas; Los Espíritus elementales; El Rabino de Bacharach; Del teatro en Francia*, y algunas poesías.

no ha solido facilitar mucho a los suyos la práctica de la modestia y otras virtudes semejantes. Fácil es, por ejemplo, perdonar al enemigo cuando le falta a uno casualmente el ingenio necesario para hacerle mal, y del mismo modo es también facilísimo no ponerse a seducir mujeres cuando el cielo os ha regalado una nariz sobremanera innoble.

Profundamente van a suspirar, asimismo, los santos de todos colores, por muchas palabras de este libro...; pero no ganarán con ello gran cosa. Una nueva generación que se acerca ha comprendido que mis palabras y mis cantos eran emanación de una gozosa y primaveral idea, si no mejor tan respetable por lo menos como esa idea tristona y gris del Miércoles de Ceniza, que marchitó lúgubremente las flores de nuestra bella Europa, poblándola de espectros y de tartufos. Allí, donde tiempo atrás armé pelea con dardos ligeros, hacen hoy guerra abierta y seria; y ni siquiera estoy en las primeras filas.

¡A Dios gracias! La revolución de Julio desató las lenguas que parecían mudas durante tanto tiempo, y como toda esa gente al despertar sobresaltada quiso revelar de golpe lo que hasta entonces tuvo callado, resultó un griterío que llegó a ensordecerme de modo harto desagradable. Más de una vez me entraron ganas de resignar enteramente mi oficio de tribuno; pero no es ello tan fácil como el abandonar un puesto de consejero íntimo de Estado, aun cuando éste produzca más que los más altos empleos del tribunal público.

Cree la gente que nuestras acciones y nuestras obras son cosas voluntarias, que del depósito de ideas nuevas hemos sacado una en pro de la cual nos hemos decidido a hablar, a obrar, a luchar y a sufrir con propósito determinado, como lo haría, por ejemplo, un filólogo que escogiera un autor clásico, al comentario del cual dedicase toda la vida... No, ciertamente, no tomamos nosotros la idea; ella es la que nos coge, nos esclaviza, nos echa a latigazos en la arena donde por ella hemos de combatir como gladiadores forzados. Dolorosa confesión era la de Amós cuando dijo al rey Amasías: "No soy profeta, ni hijo de profeta, sino que soy boyero y cogedor de cabrahigos: y Jehová me tomó de tras el ganado, y me dijo: Ve y profetiza." Dolora confesión fué la del pobre monje que compareció acusado en Worms, ante el emperador y todo el imperio, y declarando imposible toda retractación de su doctrina, pese a la profunda humildad de su corazón, terminó con estas palabras: "En vuestras manos estoy y nada puedo ya; venga Dios en mi ayuda ¡amén!"

Si conocierais esa santa violencia, dejaríais de insultarnos, de calumniarnos, de difamarnos... No somos, en verdad señores, sino siervos de la palabra. Dolorosa confesión fué la de Maximiliano Robespierre, cuando dijo: "Soy esclavo de la libertad."

También yo quiero hacer hoy una confesión. No fué vano capricho de mi corazón el que me hizo dejar cuanto amaba, cuanto era mi encanto, y me sonreía en la patria. Más de un ser me que-

ría allí...; por ejemplo, mi madre..., y con todo hube de alejarme sin saber por qué me alejé, porque era necesario. Más tarde sentí mucho cansancio en el alma. De tanto hacer oficio de profeta antes de las jornadas de Julio, casi me dejé consumir por el fuego interior; tenía el corazón tan agotado por las palabras poderosas de él arrancadas, como el vientre de una mujer que acaba de librar.

He reflexionado que ya no necesitabais de mí, que puedo al cabo vivir para mí; que puedo componer hermosas poesías, comedias y novelas, tiernos y entretenidos juegos de ingenio, que se han ido amontonando en la caja de mi cerebro, y que puedo pacíficamente volver al país de la poesía, en que viví dichoso tanto tiempo ha.

Y, además, nunca hubiera podido escoger lugar en que mejor me hallase para llevar a cabo mi proyecto. Era en una breve campiña, a la orilla misma del mar, junto al Havre-de-Grâce, en Normandía. Vista admirable al amplio mar del Norte, aspecto eternamente mudable y sencillo a la vez; hoy tempestad desatada, mañana calma acariciadora; y arriba, en el cielo, blancas caravanas de nubes gigantescas y maravillosas, como si fuesen los fantasmas de aquellos normandos que pasearon tiempo atrás por estas aguas sus vidas audaces. Debajo de mi ventana crecían las plantas y las flores más amables, rosas que me miraban con enamorada expresión, claveles rojos de perfume modesto y suplicante, y laureles que trepaban por la pared hasta mí, irrumpiendo casi en

mi habitación, como una gloria que nos persigue. Si yo anduve en tiempos, consumido de amor, detrás de Dafne, hoy es Dafne la que me solicita, como una prostituta, metiéndose en mi alcoba. Lo que antes deseaba, ya me es importuno; quisiera vivir tranquilo; y anhelaría de buen grado que ningún hombre hablara de mí, por lo menos en Alemania. Y quería componer cantos apacibles para mí sólo, o cuando más para leérselos a algún ruiseñor escondido. Esto al pronto me salió bien; el espíritu de la poesía meció de nuevo mi alma. Nobles formas familiares, imágenes doradas fueron apuntando en mi memoria; encontrábame tan soñador, con tal embriaguez de visiones, tan encantado como en otro tiempo, y no tenía más que ponerme a garrapatear tranquilamente en el papel todo lo que sentía y pensaba: y ya me había puesto a ello.

Ahora bien; nadie ignora que en tales disposiciones no puede uno permanecer constantemente tranquilo en su habitación, y suele echarse a correr campo, henchido el corazón de entusiasmo, ardorosas las mejillas, sin reparar en sendero ni camino. Esto me ocurrió; y sin saber cómo, me hallé de repente en la carretera del Havre viendo pasar por delante de mí, altos y lentos, varios carros de campesinos cargados con toda suerte de miserables cofres, cajones, utensilios de formas góticas, mujeres y niños. Unos hombres caminaban detrás, y no fué leve mi sorpresa cuando les oí lo que hablaban...; iban hablando en alemán, en dialecto suavo. Comprendí en seguida que eran

emigrantes, y cuando los contemplé más atentamente, un sentimiento súbito que jamás había sentido hasta entonces, corrió por mi cuerpo; toda la sangre se me agolpó violentamente al corazón y me hirió en el pecho como si tuviese prisa por escaparse de mí, con toda la premura posible, y perdí el respiro. Sí, era la patria misma que me salía al encuentro en aquel camino; en aquellos carros sentábase la blonda Alemania, con sus ojos de color azul oscuro y sus rostros confiados, reflexivos en demasía; y en la comisura de la boca, la deplorable simplicidad limitada, que tiempos atrás me causara tanto pesar y enojo, y en aquellos momentos me afectaba de melancólica manera: porque si allá en los hermosos días de la juventud hube de mofarme de buena gana de las tonterías y *filisteadas* nacionales; si varias veces tuve que solventar con la patria dichosa, y abotagada como un burgomaestre, lenta como un caracol, alguna leve rencilla doméstica, como puede ocurrir en todas las grandes familias, todo recuerdo de esta naturaleza se me extinguió dentro del alma cuando vi a la patria en el infortunio, en suelo extranjero, desterrada. Hasta sus propios defectos volviéronseme queridos y preciosos en un instante; me reconciliaba con sus hábitos mezquinos, y le estreché la mano, estreché la mano de aquellos emigrantes alemanes como si diese a la patria el apretón de manos de un tratado de amistad renovada, y hablamos en alemán. Alegráronse aquellos hombres al oir los acentos de su país, en una carretera de un país extraño; desvaneciόse

la nube de zozobra que les oscurecía el rostro, y a poco más hubieran sonreído. También las mujeres, entre las cuales había algunas muy lindas, gritáronme desde arriba de los carros su sentimental *Dios te guarde,* y los chicos me saludaron cortésmente subiéndoseles los colores a la cara, y hasta los niños pequeños me enviaron vagidos de amistad, de sus boquitas sin dientes.

—¿Y por qué salisteis de Alemania?—pregunté a aquellos pobres.

—El país es bueno, y bien hubiéramos querido seguir en él—me contestaban;—pero ya no podíamos sufrir más aquello.

¡No! no soy yo como esos demagogos que sólo tratan de excitar las pasiones, y no he de repetir todo lo que en la carretera del Havre, bajo la bóveda del cielo, oí contar acerca de las enormidades de los nobles y muy serenísimos opresores de nuestra patria; y lo verdaderamente grande del lamento no estaba ya en las palabras, sino en el tono sencillo y recto con que se decían, o, mejor dicho, se suspiraban. Aquellos pobres tampoco eran demagogos; el estribillo final de cada una de sus quejas era éste:

—¿Y qué íbamos a hacerle? ¿Nos íbamos a sublevar?

Lo juro por todos los dioses del cielo y de la tierra; con la décima parte de lo que ha soportado en Alemania esa gente, se hubiesen hecho en Francia treinta y seis revoluciones, que hubieran costado la corona con la cabeza a treinta y seis reyes.

—Nosotros bien lo hubiéramos sobrellevado

todo, sin llegar a marcharnos—dijo un suavo octogenario;—pero no lo hemos hecho por los niños. No están todavía muy fuertemente avezados a las cosas de Alemania, y acaso puedan llegar a ser dichosos en el extranjero; mas de seguro que tendrán también mucho que soportar en Africa.

Iban aquellos pobres a Argelia, donde se les había prometido, en condiciones favorables, cierta cantidad de terreno para establecerse.

—El país ha de ser bueno; pero nos han dicho que hay muchas serpientes venenosas que pueden causar mucho daño, y que molestan mucho los monos, que roban los frutos en el campo o cargan con los niños y se los llevan a los bosques. Es una crueldad; pero también en casa es venenoso el bailío cuando no se paga el impuesto; y la caza y los cazadores echan a perder más todavía los campos, y además nos quitan a nuestros hijos para que sean soldados.—¿Qué íbamos a hacerle? ¿Íbamos a sublevarnos?

Para honor de la humanidad, he de hablar aqui de la simpatía que, a decir de aquellos emigrantes, iban encontrando por toda Francia, en todos los altos de su doloroso trayecto. Son los franceses no sólo el pueblo más espiritual, sino también el más caritativo. Hasta los más pobres se esforzaban por mostrar a los infelices extranjeros alguna amistad, ayudábanlos activamente a cargar y descargar los carros, prestábanles sus calderos de cobre para que cocinaran, cortaban leña con ellos, sacaban agua y les daban auxilio en el lavado de la ropa. Vi con mis propios ojos a una mendiga fran-

cesa dar a un pobre niño suavo un pedazo del pan que tenía, por lo que fuí a darle gracias cordialmente. Hay que advertir, además, que los franceses conocen tan sólo la miseria material de estos pobres, y no pueden comprender por qué han salido de su patria estos alemanes. Cuando las vejaciones de los altos y poderosos señores llegan a hacerse insoportables del todo para los franceses, o éstos las encuentran demasiado incómodas, no por ello se les ocurre marcharse; antes bien, prefieren dar pasaporte a sus opresores y ponerlos a la puerta del país en que ellos siguen viviendo muy a gusto; en resumen, hacen una revolución.

A mí, de aquel encuentro me quedó un humor sombrío y en el corazón un decaimiento de plomo, que nunca podría dar a entender con palabras. Yo, que un momento antes me tambaleaba de embriaguez arrogante como un vencedor, volvía abatido y quebrantado como hombre deshecho. A decir verdad, no era efecto de un súbito despertár del patriotismo; lo que yo sentía era algo más noble y mejor. Por otra parte, cuanto lleva nombre de patriotismo me causa pena desde hace ya tiempo. Sí, en otros días pude hasta sentir repugnancia por la cosa misma, cuando vi la mascarada de negros imbéciles, que han hecho oficio regular y ordinario del patriotismo, se han puesto encima un traje apropiado al oficio, se han dividido realmente en maestros, compañeros y aprendices, y tienen su saludo y su santo y seña con los que van a hacer esgrima en el país. Digo a hacer esgrima, en el sentido más canallesco de nuestros patriotas

teutómanos, porque la verdadera y noble esgrima, acero en mano, nunca formó parte de los usos y costumbres de semejante corporación. Su padre Jahn, Jahn el padre, maestro de esa arte, se mostró, como saben todos, tan cobarde como absurdo en la guerra con Francia. Lo mismo que el maestro, los más de los compañeros no eran sino entes vulgares, hipócritas mal repulidos, en que ni siquiera la grosería era de buena ley. Harto sabían que la simplicidad alemana sigue considerando hoy la rudeza como indicio de valor y de lealtad, aunque baste una mirada a nuestros correccionales para demostrar que también los pillos son rudos, así como muchos cobardes. En Francia, el valor es civilizado y cortés, la lealtad calza guantes y se os quita el sombrero. En Francia, el patriotismo consiste en el amor al país natal, porque es al mismo tiempo patria de la civilización y de los progresos de la humanidad. El susodicho patriotismo alemán consistía, por el contrario, en el odio a Francia, en el odio a la civilización y al liberalismo. ¿Verdad que no soy patriota yo, que alabo a Francia?

Algo de particular tiene el patriotismo, el verdadero amor a la patria. Puede uno amar a su país, y no haberse dado cuenta de ello ni aun a los ochenta años de edad; mas para ello es necesario no haber dejado nunca el hogar. Sólo en invierno se reconoce lo que es la primavera, y junto a la estufa se encuentran las mejores canciones de Mayo. El amor a la libertad es flor que nace en la prisión; allí se siente lo que vale la libertad. Así,

el amor a la patria alemana comienza en las fronteras de Alemania, sobre todo a la vista del infortunio alemán en tierra extranjera. Tengo delante en este momento un libro que contiene las cartas de una amiga muerta, y ayer me conmoví todo al leer el siguiente pasaje en que describe la impresión que le causara el aspecto de sus compatriotas en el extranjero, durante la guerra de 1813:

"¡Toda la noche he estado vertiendo lágrimas amargas de ternura y de dolor!; ¡ah, nunca supe que amaba tanto a mi país! Es como el que no aprendió por la filosofía a conocer el precio de su sangre: si se la quitan se cae".

Eso es. Alemania somos nosotros. Por eso me sentí súbitamente abatido y enfermo a la vista de aquellos emigrantes, de aquellos grandes arroyos de sangre que manan de las heridas de la patria y van a perderse en los arenales africanos. Eso es; era como una pérdida corporal, y yo sentia en el alma un dolor casi físico. En vano traté de calmarme con razones excelentes: también Africa es buen país, y sus serpientes no silban en tono de devoción, ni claman el beso del amor cristiano, y sus monos no son tan repugnantes como los monos alemanes. Me puse, para distraerme, a tararear una canción; pero resultó ser una antigua canción de Schubert:

Wir sollen über Land und Meer
Ins Heisse Afrika.

(Tendremos que ir cruzando tierras y mares, al Africa ardiente.)

.....

An Deutschlands Grenzen füllen wir
Mit Erde noch die Hand;
Und küssen sie, das sei dein Dank
Für Schirmung, Pflege, Speis'und Trank,
Du liebes Vaterland!

(En la frontera de Alemania, volvemos a coger la tierra con la mano y la besamos, para darte gracias por el refugio, los cuidados de la infancia, la comida y la bebida que nos diste, ¡oh patria amada!)

No pude conservar en la memoria más que estos versos de la canción que oí en mi infancia; y vuelven a mi imaginación cada vez que paso la frontera alemana. Tampoco sé gran cosa del autor, sino que era un pobre poeta alemán que estuvo detenido la mayor parte de su vida en una fortaleza, y que amaba la libertad. Muerto y podrido está hace tiempo, pero su canción vive aún; porque no se puede echar la palabra a una fortaleza y que allí se pudra.

Os juro que no soy patriota; y si aquel día lloré, fué por la niña; caía la tarde, y una niñita alemana que yo había visto ya entre los emigrantes, de pie en la playa como absorta en sus reflexiones, miraba a la lejanía del vasto mar. La pobrecilla podría tener ocho años; llevaba dos lindas trenzas y una faldita suava, corta, de franela a listas; su cara tenía enfermiza palidez, sus ojos eran grandes y serios, y con voz que temblaba de inquietud y a la vez de curiosidad, me preguntó si aquel no era el *Océano*...

Permanecí a la orilla del mar hasta muy entrada la noche, llorando. No me avergüenzan esas

lágrimas. También lloró Aquiles a la orilla del mar, y su madre, la diosa de pies de plata, tuvo que surgir de las olas para consolarle. También oí yo en las olas una voz, pero no tan consoladora, más excitante y prudente, sin embargo, en el fondo. Porque el mar lo sabe todo: las estrellas le confían durante la noche los misterios más escondidos del cielo; en sus profundidades yacen, con los imperios fabulosos devorados, las viejas tradiciones que desaparecieron de la tierra. Pega a toda ribera los mil oídos curiosos de sus olas, y los ríos que a él acuden le llevan todas las noticias que oyeron en las honduras lejanas de los continentes, o recogieron de la charla de los arroyuelos y de los manantiales de la montaña... Pero si el mar os revela sus secretos y os murmura dentro del corazón la palabra grande, redentora del universo, entonces ¡adiós tranquilidad! ¡adiós divagaciones apacibles! ¡adiós novelas y comedias, que comencé tan lindas y que ya no he de concluir tan pronto por ahora!

Los colores del ángel se han secado desde entonces en mi paleta casi del todo, y sólo ha quedado líquido, un rojo crudo que parece sangre, y con el que no se puede pintar más que leones encarnados. Así, pues, mi próximo libro será, pura y simplemente, un león encarnado, por lo cual ruego al respetabilísimo público que me perdone, en vista de la confesión que antecede.

París, 17 Octubre de 1833.

PENSAMIENTOS

—Los últimos destellos de la luna del siglo diez y ocho y la primera aurora del diez y nueve jugaron en derredor de mi cuna.

—Cuenta mi madre que, por el tiempo en que me llevaba en su seno, vió una manzana en un árbol del jardín vecino; pero que no quiso cogerla por temor de que su hijo llegara a ser ladrón. Me he pasado la vida codiciando en secreto manzanas hermosas; pero dentro de mí hablaban de igual modo el respeto a la propiedad y el horror al latrocinio.

—Tengo, más que nadie, humor pacífico. Mis deseos: una modesta choza con techo de bálago, pero buena cama, buena comida, lecho y mantequilla muy fresca; flores en la ventana; ante la puerta, unos árboles lozanos. Si, encima, quiere colmarme, haga el Dios bueno que de esos árboles ahorquen a cinco o seis enemigos míos. Con alma conmovida les perdonaré, antes que mueran, todo el mal que me hayan hecho en este mundo.—Sí, hay que perdonar a los enemigos; pero no antes de verlos ahorcados.

—Vengativo, no lo soy, y quisiera amar a mis enemigos; pero no lo podré lograr antes de vengarme de ellos: sólo entonces ha de abrírseles mi

corazón. Mientras no se ha tomado venganza, queda en el corazón amargura.

—No he querido naturalizarme, para no amar menos a Francia, como se enfría uno con su querida después que la ha convertido legalmente en esposa suya. He de vivir en concubinato con Francia.

—En Francia, mi espíritu se siente como desterrado, relegado a una lengua extranjera.

—Dios ha de perdonarme las insanias que con él he cometido, como yo perdono a mis adversarios las que han escrito contra mí, aunque estén tan lejos y tan por bajo de mí como yo estoy lejos y por debajo de ti ¡oh Dios mío!

—El Dios de los espiritualistas mejores viene a ser un espacio vacío en el dominio del Pensamiento, iluminado por el Amor, y que no es más que un reflejo de la Sensualidad.

—El Pensamiento, es la naturaleza invisible; la Naturaleza, el pensamiento visible.

—Nada ha manifestado Dios que pueda hacernos creer en una supervivencia; tampoco Moisés habla de ello. Quizá no le agrada a Dios que los devotos lo crean tan firmemente. Su bondad paternal quiere, acaso, tenernos preparada una sorpresa.

—En ningún pueblo fué tan viva la creencia en la inmortalidad como entre los celtas. Se les hubiera podido pedir dinero con promesa de devolvérselo en la otra vida. Nuestros usureros cristianos debieran tomarlos por modelo.

—El cristianismo nos trae consuelo. Aquellos

que en esta vida hubieren sido colmados de felicidad, la tendrán hasta la indigestión en la otra. A los que hubieren tenido hambre, se les servirá una fastuosa comida, y los ángeles nos frotarán allí los *cardenales* que aquí nos hayan hecho.

—Los que en esta tierra hubieren apurado la copa de la felicidad, tendrán en la otra vida dolor de cabellos.

—En el cristianismo, el hombre llega a tener conciencia de su espíritu por el dolor; la enfermedad, a los mismos animales espiritualiza.

—Los locos opinan que, para tomar el Capitolio, habría que apoderarse primero de los gansos.

—Los escritores católicos tienen buenas armas de guerra; pero no saben usarlas. Tienen, como los chinos, cañones, pólvora y balas; pero lo de tirar, ya es otra cosa. Son niños armados con enormes sables que les pesan demasiado, cubiertos con cascos que les aplastan la cabeza. ¡Y qué inhabilidad en el manejo de los cañones!

—La Iglesia romana desconfía de los seides modernos. Teme que uno, demasiado celoso, en lugar de besar la sandalia, en su fanática devoción, le muerda el pie.

—Judea, el Egipto protestante.

—B.—Si yo fuese de la raza de que ha salido Nuestro Señor, más lo tendría a gloria que a vergüenza.—A.—¡Ah! y yo también, si fuese el Redentor el único que de ella ha salido; pero esa raza ha producido además tantos canallas, que lo miraría dos veces antes de declarar el parentesco.

—Los judíos, cuando son buenos, son mejores

que los cristianos; pero cuando son malos, son peores.

—Los filósofos, por combatir a la Religión, derribaron el paganismo; pero entonces salió de ella el cristianismo. Este va también tocando a su fin; pero lo cierto es que otra religión vendrá a reemplazarle, y que aún les quedará quehacer a los filósofos—quehacer, de resultados asimismo inútiles.—El mundo es un gran establo, más difícil de limpiar que el de Augías. A cada escobazo que se da, los animales que quedan dentro acumulan porquería nueva.

—En las épocas oscuras, los pueblos necesitaban una Religión que los guiara, así como en una oscuridad profunda no hay mejor guía que un ciego. Sabe caminos y sendas mejor que otro alguno. Pero fuera insensato que, al llegar la luz, el viejo ciego siguiera siendo nuestro guía.

—El esplendor del mundo es siempre adecuado al esplendor del espíritu que lo contempla. El hombre bueno encuentra en él su paraíso; el malo padece ya su infierno.

—Un libro exige tiempo, enteramente lo mismo que una criatura. Obra que se escribe rápidamente, en unas semanas, despierta en mí cierta desconfianza contra su autor. Una mujer honrada no pare antes de los nueve meses.

—En arte, la forma lo es todo, la vestidura no tiene valor. El sastre Staub cobra lo mismo por un traje, ponga o no la tela. Sólo hace pagar el corte; el paño lo da de balde.

—La solución del problema de las ideas inna-

tas es quizá ésta: hay gente que todo lo recibe de afuera, y es la de *talento*—como Lessing,—que no deja de traer a la memoria el mono, en quien la imitación de lo externo se sobrepone a todo; nada hay en la mente que antes no hayan percibido los sentidos. Pero hay también hombres en que todo viene del alma, y son los *genios*—como Rafael, Mozart, Shakespeare,—en que la gestación es más penosa que en los otros: hay, en los primeros, una acción sin vida, sin alma, mecánica; en los últimos, una génesis orgánica.

—El Daguerreotipo es un testimonio contra la errada opinión de que el Arte consiste en la imitación de la Naturaleza. La Naturaleza viene a probar por sí misma lo poco que entiende de Arte, y el lastimoso resultado a que llega cuando se mete a producirlo.

—El historiador literario Filaretes Charles no clasifica a los escritores según datos externos (nacionalidad), épocas o géneros (obra épica, dramática o lírica), sino por su principio espiritual, por sus afinidades. Así Paracelso clasificaba las flores por su aroma, lo cual era más sensato que clasificarlas, como Linneo, por estambres. ¿Sería, en realidad, cosa rara clasificar a los escritores por su perfume? Los que huelen a tabaco, los que huelen a cebolla, etc.

—Alaban al autor dramático que sabe arrancar lágrimas, talento que posee de igual modo la cebolla más mísera. Uno y otra comparten la misma gloria.

—No he leído a Auffenberg; pero tengo idea

de que se parece a D'Arlincourt, a quien tampoco he leído.

—Buscábamos la India material, y encontramos a América. Ahora buscamos la India espiritual; ¿qué encontraremos?

—Los Mahâbârata, los Ramayâna y los demás fragmentos gigantescos, son osamentas de mamut olvidadas en el Himalaya.

—Al poeta inocente, a quien de pronto se le ocurre meterse en política, le gritaría yo como aquel niño en la cuna: ¡Papá, no te comas la cocina de mamá!

—La democracia es el fin de la literatura: libertad e igualdad de estilo. Cada cual será libre para escribir como guste, todo lo mal que quiera; pero nadie tendrá derecho a escribir mejor que uno mismo.

—De la *Historia de la literatura,* por Gervinus: Lo que E. Heine dió en un librito lleno de gracia, había que darlo en un librote, sin gracia ninguna;—ya está resuelto el problema.

—Es necesario que esa gente reciba bastonazos en vida, porque, después de muerta, será imposible castigarla insultando su nombre, denigrándolo, estigmatizándolo—puesto que no lo dejará.

—¿Por qué había yo de contradecirme ahora? Dentro de pocos años estaré muerto, y entonces tendré que aceptar todas las mentiras que se sueltan acerca de mí. Lo que es X... no tiene por qué temer que digan mentiras a cuenta suya.

—Voltaire, como águila de raza, se eleva a las

alturas y mira fijo al sol.—Rousseau es una noble estrella que mira a la tierra: ama a los hombres que están debajo de él.

—En la literatura francesa reina hoy un *plagiarismo* admirablemente organizado. Tal ingenio tiene la mano en el bolsillo de tal otro, y así logran unidad. Cuando el talento de birlar las ideas está tan desarrollado—uno toma la idea de otro antes de que haya nacido por entero,—el ingenio cae en el dominio público. La república de las letras es hoy el comunismo de las ideas.

—Los autores franceses de hoy se parecen a los restaurantes a dos francos. Al pronto sus manjares halagan el gusto; pero más tarde se descubre que los ingredientes son de segunda o de tercera mano, o ya no muy frescos, o podridos.

—Dice Buffon que el estilo es el hombre. Villemain es una viva refutación de este axioma. Su estilo es bello, alto, limpio.

—Cuando, como a Carlos Nodier, le han guillotinado a uno muchas veces en su juventud, muy natural es que de viejo ya no le quede a uno cabeza.

—Blaze de Bury mira con cristal de aumento a los escritores chicos; para los grandes usa lente cóncava.

—Amaury es el patrono de las escritoras; socorre a las indigentes, es su paño de lágrimas, su confesor; sus artículos son una estrecha sacristía, en que se cuelan echado el velo por la cara; hasta las muertas le confían sus pecados: Eva le ha confesado cosas que sabe por la serpiente, y que

nosotros ignoramos porque no quiso decírselas a Adán. No es crítico para escritores grandes; únicamente lo es para los chicos; no caben las ballenas bajo su lente, pero estudia con ella las pulguitas interesantes.

—En León Gozlán, lo que mata no es la letra, sino el espíritu.

—A Thierry le compararía yo con Merlin. Está enterrado vivo, ya no existe su cuerpo y sólo queda su voz. El historiador es siempre un Merlin, es voz de un tiempo sepulto; le preguntan y contesta; es un profeta que mira hacia atrás.

—En todos los cuadros de Ary Scheffer hay como un vivo deseo de huir de la realidad, sin creer de veras en un más allá; un escepticismo vaporoso.

—Los hidalgos de Hanover, son burros que no saben hablar más que de caballos.

—Perro con bozal, muerde con el trasero. El pensamiento obligado a desviar su camino, se vuelve maloliente por la perfidia de la expresión.

—Los alemanes intentan ahora constituir su nacionalidad; pero empiezan muy tarde. Cuando lo hayan conseguido, todas las nacionalidades habrán dejado de ser, y ellos tendrán que abandonar la suya sin sacarle provecho—al contrario que los franceses y los ingleses.

—Cuando hablo de populacho, exceptúo: 1.°, a todos los que figuran en el libro de señas; 2.°, a todos los que no figuran en él.

—Cuando se enriquece, a caballo quiere guardar sus animales el porquero joven. Aunque mon-

ten altos corceles, los banqueros nunca dejan de ejercer el sucio comercio de antaño.

—También Rothschild podría edificar un Walhalla, un Panteón para todos los príncipes a que ha prestado dinero.

—Visión: Plaza de Luis XVI. Un cadáver, y al lado la cabeza. Un médico se esfuerza por hallar remedio; pero es inútil. Y se va. Unos cortesanos tratan de unir con ligaduras la cabeza al tronco; pero siempre se cae.—Cuando pierde un rey la cabeza, es para siempre.

—No era Napoleón de la madera de que se hacen los monarcas, sino del mármol de que se hacen los dioses.

—Napoleón abomina de tenderos y de abogados; a aquéllos los ametralla, y a éstos los arroja del templo. Se le someten llenos de rencor. (¡Pues no creían haber hecho la Revolución en provecho suyo, y Napoleón la utiliza para sí mismo y para el pueblo!) Así ven llegar con gozo la Restauración.

—El Emperador fué casto como el hierro.

—Madame de Staël era suiza. Los suizos tienen sentimientos elevados, como sus montañas, pero su manera de ver la sociedad es estrecha, como sus valles.

Carecía de ingenio. Hizo la tontería de llamar a Napoleón, un Robespierre a caballo, ignorando que Robespierre no era más que un Rousseau activo, y ella otro, pasivo. Hubiera sido mucho más justo llamarla a ella un Robespierre con faldas.

Habla en todas partes de religión y de moral, sin decir lo que entiende por esas palabras.

Alaba nuestra honradez, nuestra virtud, nuestra cultura intelectual; pero no ha visto nuestras cárceles ni nuestros cuarteles; no conoce a nuestros editores, a nuestros Clauren (1), a nuestros tenientes.

—Para demostrar los méritos de la República, podría emplearse el argumento que usó Boccacio en materia de religión: Persiste, a pesar de sus funcionarios.

—Como pasa con la cerveza, los alemanes exportados no mejoran de calidad.

—Entre los profetas que aquí viven, pocos alemanes hay. Los más de estos últimos vienen a Francia para demostrar que aun fuera de su patria no son profetas.

—Aquella muchacha decía: "¡Muy rico debe ser ese señor, porque es tan feo!"—de esta manera juzga el público: "¡Muy sabio debe ser ese hombre, porque es tan aburrido!"—En eso consiste el éxito de tantos alemanes en París.

—Parece que la misión de los alemanes en París, no es otra que la de librarme de la nostalgia.

—Donde acaba la mujer, empieza el hombre malo.

—Que el marido de Xantipa haya llegado a ser tan gran filósofo, es para asombrarnos. ¡Te-

(1) H. Clauren (1771-1854), autor de infinidad de novelas del género frívolo y sentimental, que llegaron a tener gran éxito en Alemania.

ner ideas al lado de una mujer chillona! En todo caso le fué imposible escribir; Sócrates no ha dejado ni una sola obra.

—La música en una boda me hace siempre pensar en la que acompaña a los soldados que se van a la guerra.

—La mujer alemana es peligrosa por su periódico, que puede caer en manos del marido.

—Los sabios emiten ideas nuevas; los necios las extienden.

—Apenas comprendemos las ruinas, hasta el día en que nosotros mismos llegamos a serlo.

—*De mortuis nil nisi bene*—de los vivos no hay que hablar si no se habla mal.

—Hay quien cree conocer perfectamente el pájaro, por haber visto el huevo de que salió.

—"Da a Dios lo que es de Dios, y a César lo que es de César."—Aquí se trata de dar, y no de tomar.

—Leía yo un libro aburrido, y me dormí; pero dormido soñé que seguía leyendo y de aburrimiento me desperté; y así tres veces.

—Las inglesas bailan como si montaran en burro.

—No sé si fué virtuosa, pero fué siempre fea, y tratándose de virtud la fealdad es la mitad del camino.

—En el pueblo había un buey que llegó a ser tan viejo, que volvió a la infancia; cuando le mataron, su carne sabía a ternera entrada en años.

—El vicio, cuando es enorme, parece menos repulsivo. A una inglesa que sentía horror por la

desnudez en el arte, no le molestó tanto la vista de un Hércules monstruso. "Con esas dimensiones, la *cosa* no me parece ya tan indecente."

—Aquí o allá he tenido un gran pensamiento, pero se me olvidó. ¿Qué sería? Me atormento por adivinarlo.

—Idea para un cuadro: La casa de San José. Está sentado junto a la cuna, mece al niño y le canta: "Ea, nanita, ea"; es la prosa.—Rodeada de flores, María está sentada junto a la ventana acariciando a su paloma.

—Escribía ella cartas anónimas, y las firmaba así: "Un alma hermosa."

—Dicen de *** que desciende de *varios* judíos.

ALGUNAS CARTAS

I

A MOISÉS MOSER

Ritzebüttel, 3 *Agosto* 1823.

... Los judíos son aquí asquerosa ralea; no conviene mirarlos de cerca si quiere uno interesarse por ellos, y hallo más provecho en mantenerme alejado...

... Lo que piensen de mí no ha de ser nada extraordinario, pero no me es indiferente. Ya les he hecho abandonar la locura de tenerme por entusiasta de la religión judía. Que llegue a entusiasmarme por el derecho de los judíos y por la reivindicación de su igualdad social, no he de discutirlo; y en los tiempos malos que son irremediables, el populacho alemán oirá resonar mi voz en las tabernas y en los palacios alemanes. Pero quien es enemigo nato de todas las religiones positivas, no ha de constituirse nunca en defensor de la que antes que todas introdujo este tráfico de hombres, que aún nos hace sufrir de tal modo; o si tal ocurre será por razones particulares: sentimentalis-

mo, testarudez, prudencia que se provee de un contraveneno. Pero nunca dejaré que el Steinweg (1) sepa lo que me propongo hacer por él; nunca podrá esperar nada mío, ni decir que no pude cumplir lo que esperaba.

II

A MOISÉS MOSER

Luneburgo, 27 Septiembre 1823.

QUERIDO Moser: Ya estoy otra vez en Luneburgo, residencia, del aburrimiento. Mi estado de salud es singular: nervios más firmes, y dolor de cabeza persistente y que me desespera, porque he vuelto al estudio de la jurisprudencia. Tantas cosas tengo que escribirte, que no sé verdaderamente por dónde empezar. Si no estuviera convencido de tu amistad, antes te hubiera escrito; nuestro amigo Cohn no dejará de decirte, para hacer más sólida la amistad que me profesas, muchas cosas bonitas y buenas acerca de mí. No creas que esté yo lleno de amargura para con él, aunque él pueda estar en contra mía. Te habrás reído, ciertamente, al saber que rompí con él por lo del Tem-

(1) Véase la nota de la página 217.

plo. Cuando estuve por primera vez en Hamburgo, le dije lealmente mi opinión acerca de ello; pero mitigando en lo posible todas las expresiones. La última vez me acusó (y sin razón ninguna, por mi honor) de haberme expresado en casa de Salomón Heine, con respecto a Kley y a Bernays, de manera distinta que con él. Resultó que cuando le vi en casa de mi tío, le repetí mis palabras lo más crudamente posible. Tuve que ir a verle otra vez para cobrar algunos luises míos que tenía; más tarde le encontré, por casualidad, en la Bolsa y después no he vuelto a verle. Esta historia ha tenido para mí muchas consecuencias desagradables, de que algún día te hablaré; me ha irritado y herido de muchas maneras y estoy lleno de acritud contra esos compañeros insulsos, que sacan sus mejores rentas de una causa por la que he hecho los mayores sacrificios y que mientras viva me hará padecer moralmente. ¡A mí! ¡a mí me hieren! Y precisamente en el tiempo en que yo me ponía enfrente de la oleada de odio antijudío que contra mí se alzaba. No es, en verdad, a los Kleys ni a los Auerbach a quien se odia en esta querida Alemania. Por todas partes siento los efectos de ese odio, aunque sólo está todavía en germen. Amigos con quien pasé la mayor parte de mi vida se apartan de mí. Los admiradores se cambian en detractores y los que más quiero más me odian; todos tratan de hacerme daño. Me preguntas a menudo en tus cartas si me ha escrito Rousseau; harto superflua es la pregunta. Otros muchos amigos han renegado de mí y me han ata-

cado. Del hatajo mayor que no me conoce personalmente, ni hablo siquiera.

Mi situación y posición, desde el punto de vista familiar y pecuniario, es de las peores. Calificas de imprudente mi manera de obrar para con mi tío, y eres injusto. No sé por qué precisamente con él he de desprenderme de la dignidad de que doy muestras ante todos los demás hombres. Ya sabes que no soy mozo muy delicado y tierno, que se ponga colorado cuando tiene que pedir dinero y no encuentre palabras cuando ha de pedir ayuda a su mejor amigo. Creo tener en tales circunstancias—y es inútil que te lo jure, porque tú mismo has sido testigo de ello—epidermis bastante dura; pero tengo, no obstante, la particularidad de no querer, por ninguna intercesión amigable o protectora, sacarle dinero a mi tío, que tiene, es verdad, muchos millones, pero no suelta de grado ni un maravedí. Ya me ha sido bastante penoso reclamar la pensión prometida para 1824, y me molesta tener que volver sobre tal historia. Te doy gracias por tu amistosa intervención en este asunto.

Quedó convenido entre mi tío y yo que no recibiría de él, desde Enero de 1824 a 1825, más que cien luises para mis estudios, porque contaba yo con esa suma y él puede estar seguro, además, de que en materia de dinero no he de serle nunca gravoso. Así como así, buena recompensa he tenido por tanta moderación: mi tío me ha demostrado en Hamburgo, donde he pasado varios días en su casa de campo, mucho aprecio, distinción

y favor. Soy hombre, en definitiva, con quien es imposible obrar de otro modo, a quien ninguna consideración de dinero hará vender nunca nada de su dignidad interior. Por esto me ves seguir, a pesar de mis dolores de cabeza, estos estudios de Derecho que más adelante me han de dar de comer. Como puedes imaginarte, ahora se habla del bautismo. Nadie se opone a ello en mi familia, a excepción de mí; pero este *mí* es de naturaleza muy obstinada. Ya comprenderás que, dada mi manera de ver, el bautismo es para mí un acto indiferente, sin importancia, ni aun desde el punto de vista simbólico, y que en las circunstancias y del modo en que habría de llevarse a cabo, ni aun para otros tendría significación ninguna. Por lo que a mí toca, quizá diera por resultado el que me consagrara más aún a la reivindicación de los derechos de mis desgraciados compatriotas. Y, sin embargo, creo que está por bajo de mi dignidad y que vicia mi honor eso de que me bauticen para obtener un empleo en Prusia... ¡En la querida Prusia! No sé, en verdad, cómo salir de esta desagradable posición. De despecho acabaré por hacerme católico y por ahorcarme después. Pero basta de tema tan desagradable, y como dentro de algunos meses podré hablar contigo en persona, entonces volveremos sobre esto. En tiempos tristes vivimos; se tiene a los pillos por los mejores y necesario es que los mejores se hagan pillos. Comprendo bien las palabras del Salmista: "Dame, Señor, el pan de cada día para que no blasfeme de tu nombre."

III

A MOISÉS MOSER

Maldito Hamburgo, 14 *Diciembre* 1827.

.....

No sé qué pensar: Cohen me asegura que Gans va predicando el cristianismo y trata de convertir a los hijos de Israel. Si es por convicción, está loco; si es por hipocresía, es un pillo. No dejaré, ciertamente, de tener cariño a Gans; pero confieso que hubiera preferido saber que robaba cucharillas de plata.

Que tú, querido Moser, pienses como Gans, no lo puedo creer, aunque Cohen lo afirme y diga que lo sabe de tu misma boca. Muy penoso había de ser para mí que mi propio bautismo lo vieras de modo favorable. Te aseguro que si las leyes consintieran robar cucharillas de plata, no dejaría que me bautizasen. De palabra te diré algo más acerca de esto.

El sábado pasado estuve en el templo, y tuve la satisfacción de oir con mis propios oídos las ocurrencias del doctor Salomón contra los judíos bautizados; se burlaba en especial de "esa gente, que con la única esperanza de obtener *un puesto* (*ipsissima verba*) se dejan arrastrar hasta el punto de volverse infieles a la fe de sus padres".

Te aseguro que la predicación fué buena, y me propongo ir a ver, uno de estos días, al doctor Salomón.—Cohn me trata en grande. Como con él el Schabbes (1); me abruma a albóndigas abrasadoras (2) y como contrito el sagrado plato nacional, que ha hecho por la conservación del judaísmo más que los tres números de la *Revista* (3).

IV

A MOISÉS MOSER (4)

...Me ha dicho también mi hermano que estás edificadísimo por Ségur (5) y que le llamas "nuevo Salustio". Por eso no he tenido empeño mayor que leerle; anteayer empecé, y esta mañana había ya concluído el último canto. ¡Esa obra es un océano, una Odisea y una Iliada, una elegía de Ossiam, un canto popular, el suspiro de todo el pueblo francés! ¡Un Salustio! ¡Sea, por mi vida! No me siento capaz de juzgarlo, porque me tiene aún como aturdido...

---

(1) El sábado.
(2) Plato de la cocina judía.
(3) *Revista de la cultura y de la ciencia judía.*
(4) Sin fecha. Probablemente de Luneburgo, á principio de oct. 1825.
(5) *Historia de Napoleón y del gran ejército en 1812.*

V

A LA ALTA DIETA DE LA CONFEDERACIÓN GERMÁNICA (1).

SEÑORES:

El decreto que habéis emitido, en vuestra trigésima primera sesión de 1835, me llena de profundo pesar.

He de confesar que con esta aflicción viene a mezclarse un sentimiento de asombro extremado. Me acusáis, me juzgáis, me condenáis sin haberme oído, sin que se haya encargado nadie de mi defensa, sin que me hayan citado a comparecer. No procedía así en caso semejante el Sacro Imperio, cuyo lugar ha ocupado la confederación germánica. El doctor Martín Lutero, de gloriosa memoria, con un salvoconducto pudo presentarse ante la Dieta del Imperio y defenderse en ella públicamente con entera libertad. Lejos de mí la presunción de compararme con el hombre que ha conquistado para nosotros la libertad de discusión en materia religiosa; pero es natural que el discípulo se escude con el ejemplo del maestro. Si no os dignáis otorgarme un salvoconducto para que vaya a defender en persona mi causa ante vuestras señorías, consentidme al menos la facul-

(1) Publicó Heine esta carta en francés en el *Journal des Débats*, 30 Enero 1836.

tad de defenderme por medio de la Prensa alemana, levantando momentáneamente el interdicto con que habéis castigado mis escritos presentes y futuros.

El paso que cerca de vosotros doy no es una protesta: es sencillamente una súplica. No me es posible abstenerme de ella, porque la opinión pública interpretaría mi silencio en contra mía. Querría ver en él la confesión de las tendencias culpables que se me imputan y la desaprobación de mis escritos. Me lisonjeo, por el contrario, de que en cuanto me hayáis permitido defenderme, ha de serme fácil demostrar perentoriamente que ha guiado a mi pluma, no un pensamiento irreligioso e inmoral, sino una síntesis altamente moral y religiosa a la cual hace tiempo que prestaron homenaje, no ya sólo algunos escritores de esta o aquella escuela literaria designada con el nombre de *Joven Alemania,* sino la mayor parte de nuestros autores más ilustres, así poetas como filósofos. Por otra parte, sea cual fuere, señores, vuestra decisión acerca de la presente súplica, podéis estar persuadidos de que siempre obedeceré a las leyes de mi patria.

No creáis, señores, que para desafiaros vaya a prevalerme de que estoy fuera de vuestro alcance; honro y honraré siempre en vosotros a la autoridad suprema de nuestra querida Alemania. La seguridad personal que mi estancia en el extranjero me garantiza, es preciosa para mí con relación a vosotros, puesto que ha de daros prenda de la sinceridad de los sentimientos de

consideración perfecta y de respeto profundo que a vuestras señorías profeso.

VI

A AUGUSTO LEWALD

3 *Mayo* 1836.

DESDE ayer a las doce estoy en el campo gozando del delicioso mes de Mayo... Aún esta mañana cayó una blanda nieve, y los dedos me tiemblan de frío. Matilde (1) está sentada junto a mí, ante una gran chimenea, cosiendo mis camisas nuevas. El fuego no tiene mucha prisa por arder, y además no muestra pasión ninguna ni delata su presencia más que con un suave humo. He pasado muy agradablemente en París estos últimos tiempos, y Matilde me alegra la vida con su invariable variabilidad de humor; rara vez se me ocurre pensar en envenenarme o ahogarme. Lo probable será que nos matemos de otra manera, quizá de una lectura en que se muera uno de aburrimiento.

El señor *** le ha dicho tantas grandezas a propósito de mis escritos, que no se ha quedado tranquila hasta que he ido a casa de Renduel a buscar la edición francesa de los *Reisebilder*. Apenas hubo leído una página, se quedó pálida como

(1) Matilde Mirat, la mujer de Heine.

la muerte y temblando con todo su cuerpo, me pidió que cerrara el libro en nombre de Dios. Había ido a caer precisamente sobre un pasaje amoroso, y con lo celosa que es ni siquiera admite que haya podido prestar yo, antes de que ella reinase sobre mí, juramento de fidelidad a otro régimen. He tenido que prometerle que en lo futuro ya no dirigiré en mis libros palabra ninguna de amor a las figuras ideales nacidas de mi imaginación...

... Espero que el *Morgenblatt* habrá empezado a publicar mi segunda Noche florentina; se publicó en francés el domingo pasado en la *Revue*. Ya verá al leerla que en caso de necesidad, si me prohibiesen la política y la religión, podría ganarme la vida escribiendo novelas. He de confesar que no me daría mucho gusto, porque nada tiene de divertido. Pero bien está en los días malos poder hacer toda clase de trabajos.

VII

A SU MUJER (1)

Hamburgo, 20 Noviembre 1843.

QUERIDA mujer mía:

Ayer te escribí que comprases a tu modista dos sombreros, uno para mi hermana y otro para

(1) Heine escribió esta carta en francés.

mi sobrina. Pero mi sobrina acaba de mandarme a decir que no quiere ahora sombrero ninguno, puesto que tiene dos magníficos y porque va a dar a luz a fines del mes próximo, lo cual ha de impedirla usar tan pronto un sombrero nuevo. Por esta razón, no tienes que comprar más sombrero que el de mi hermana; ha de ser como ayer te dije. Es delgada, pero no es alta; tiene, poco más o menos, la estatura de Elisa. Si el terciopelo sencillo o el terciopelo rizado está más de moda, toma un sombrero de esa tela; pero, te lo repito, que no sea demasiado caro; el cajón, ha de venir dirigido como te dije en mi carta de ayer.—Adiós, te envío besos. Mis asuntos van muy bien y estoy a punto de dejar arreglados mis intereses con el librero, de manera muy ventajosa. Era bastante necesario que viniese yo a Hamburgo.—No pierdo el tiempo. Todo lo encontrarás aquí bien preparado.

¡Adiós! No pienso más que en ti y te quiero, como lo que soy, como un loco.

VIII

A ALEJANDRO DUMAS (1)

Mi querido Dumas:

No sé decirle qué emoción me han causado sus artículos acerca de Dorval; esas páginas, más

(1) Carta publicada en el *Mousquetaire* del 2 de Agosto de 1855.

bien sollozadas que escritas y llenas de una compasión casi cruel, me han hecho derramar muchas lágrimas.

Gracias por esas lágrimas, o mejor dicho, por ese pretexto para llorar, pues el corazón humano, ese perro corazón orgulloso, está de tal modo hecho, que por oprimido que se sienta más quisiera a veces reventar que buscar alivio en el llanto; ¡qué contento ha de estar ese perro corazón orgulloso, cada vez que se le permite calmar con lágrimas la sed de sus propios dolores, haciendo como si llorara tan sólo por los infortunios ajenos! Gracias, pues, por sus enternecedoras páginas acerca de Dorval.

Al día siguiente de su llamamiento a las simpatías póstumas de los amigos de la difunta, me apresuré a contestar a él enviando *veinte francos* a las oficinas del *Mousquetaire*. Hoy que usted retira la suscripción e invita a los suscriptores para que retiren sus donativos, me pone en un leve aprieto; no me permiten mis sentimientos supersticiosos volver a recibir en mi bolsa dinero destinado a asociarme a una obra compasiva. Así, pues, yo le ruego, querido amigo, que disponga de esos pobres veinte francos en favor de las muchachitas incurables, para quienes a menudo ha pedido de manera tan conmovedora. No recuerdo el nombre de la comunidad de hermanitas que se consagran al cuidado de esas criaturas desgraciadas, y le ruego que me envíe nuevamente sus señas, porque bien pudiera ocurrir que las necesitase en un momento en que se me pasen por la cabeza velei-

dades caritativas; de vez en cuando me gusta pasarle tarjeta a Dios.

Sigo en igual estado; mis calambres de garganta continúan igual, y no me dejan dictar mucho tiempo. La palabra *dictar* me recuerda en este momento a un bávaro imbécil que tuve de criado en Munich. Se había fijado en que solía pasarme días enteros ocupado en dictar, y cuando un digno paisano suyo le preguntaba cuál era mi oficio, rèspondía: "¡Mi amo es dictador!"

Adiós; tengo que dejar aquí mi dictadura y me apresuro a enviarle mil afectos.—Suyo muy atento.

París, 2 Agosto 1855.

IX

A FERNANDO LASSALLE

París, 11 *Febrero* 1846.

QUERIDÍSIMO Lassalle:

Se olvidó en su carta última de darme sus señas, y vacilo en decirle francamente por tercera persona mi opinión acerca de lo que constituye el objeto más importante de su misión. Le anuncio, sin embargo, que se hará lo que desea. Por lo que

toca a Mendelssohn—no comprendo que le dé valor alguno a este asunto insignificante;—por lo que toca a Mendelssohn, me rindo gustoso a su deseo, y ya no volverá a imprimirse contra él ni una frase aviesa. Le guardo rencor por su *Christus;* no puedo perdonarle a ese hombre, independiente por su fortuna, que sirva a los pietistas con su grande, con su inmenso talento. Cuanto más penetrado estoy de lo que ese talento vale, tanto más me irrito por el despreciable uso que hace de él. Si tuviese yo la suerte de ser nieto de Moisés Mendelssohn, no me comprometería a poner en música la cosa del cordero. Sea dicho entre nosotros, el verdadero motivo que me ha hecho dar a veces alfilerazos a Mendelssohn, es que hay aquí algunos fanáticos a quienes quería molestar—por ejemplo, a su paisano Franck y a Hiller, tan poco nobles que se explicaban esos ataques por un deseo mío de hacerle la corte a Meyerbeer.

Le escribo todo esto meditadamente y con detalle, porque quiero que después, mejor que la masa que los ha de ver desfigurados, conozca los verdaderos motivos de mi riña con Mendelssohn. Hasta entonces quede todo entre nosotros. Le escribiré largo en cuanto tenga sus señas. Sigo muy enfermo; casi no veo, y tan paralizados tengo los labios que el beso me resulta imposible, y, sin embargo, el beso es más indispensable que la palabra, de que prescindiría gustoso.

Celebro mucho la llegada de su cuñado y de su hermana. Por aquí todo está tranquilo: bailes de máscaras y óperas. Hace ocho días que no se ha-

bla más que de los *Mosqueteros,* de Halevy, que vuelven loca a mi mujer. Esta se halla buena, y riñe en lo que va de año todo lo menos que se puede exigir de una mujer virtuosa.

Adiós; esté persuadido de que le quiero como no podría decir. Me siento dichoso por no haberme engañado con respecto a usted; pero también es verdad que nunca me fié de tal modo en nadie, yo, que soy desconfiado por experiencia y no por naturaleza. Desde que he recibido cartas suyas, mi ánimo va en aumento y me encuentro mejor. Su amigo.

X

A JULIO CAMPE (1)

Tarbes, 1.º *Septiembre* 1846.

QUERIDO Campe:

He tardado mucho en escribirle esperando a estar mejor y a tener cosas mejores que decirle de las que hoy tengo; por desgracia, mi estado que desde fines de Mayo empeora seriamente, ha tomado en este momento una forma tan grave, que a mí mismo me asusta. Durante las primeras se-

(1) Editor de Enrique Heine.

manas que pasé en Barèges me repuse un poco y recobré alguna esperanza; pero de entonces a acá todo ha ido a paso de caracol; tengo tan paralizados los órganos de la palabra que no puedo hablar, y cuatro meses hace que no como por la dificultad de la masticación y de la deglución y la falta de gusto. Así, pues, estoy horriblemente enflaquecido; mi pobre vientre desapareció de manera lastimosa, y parezco un Aníbal tuerto y descarnado. Síntomas tristes (vahídos continuos) me han determinado a volver precipitadamente a París, y ayer salí de Barèges. No tengo ninguna inquietud, pero estoy dispuesto a todo, y como hasta aquí lo he hecho soporto con paciencia lo que no admite cambio, lo cual es un viejo destino de la humanidad.

Mi opinión es que estoy condenado sin remisión, pero que viviré quizá algún tiempo todavía, uno o dos años cuando más, miserablemente, en agonía lamentable. No es esto cosa mía, y al cuidado queda de los dioses eternos que nada tienen que echarme en cara y cuya causa defendí siempre en la tierra con valentía y amor. El sentimiento delicioso de haber llevado una buena vida me llena el alma, aun en estos tiempos de miseria, y ha de acompañarme, así lo espero, en las horas últimas hasta el abismo blanco.—Dicho sea entre nosotros, no es esto lo más terrible que hay; espantoso es morir, pero no lo es la muerte si existe. Quizá la muerte sea la última superstición.

¿Qué diré del azar, que precisamente en estos días ha extendido en Alemania la falsa noticia de

mi muerte? (1). La noticia no me ha regocijado gran cosa. En otros momentos me hubiera dado risa. Por fortuna daba yo casi a la vez en la *Gaceta de Augsburgo* un artículo, que habrá echado a perder ciertamente el gozo de mis enemigos, si es que no son ellos los que han forjado la noticia.

XI

A CAROLINA JAUBERT (2)

13 *Abril* 1847.

Le doy gracias, señora, por sus últimas cartitas y por sus nuevos confites. Julieta (3), como lo tenía usted previsto, se ha comido casi toda la caja. ¡Qué amable es usted!

He pasado un invierno terrible, y me asombra no haber sucumbido. Otra vez será.

---

(1) El 1.° de Agosto de 1846, decían desde Suiza, á la *Deutsche Allgemeine Zeitung* (número del 7 de Agosto de 1747): «El día en que se votó la constitución bernesa, murió en Glockenthal, pueblo que está á un kilómetro de Thun, en el cantón de Berna, el poeta Enrique Heine. Llegó quince días antes, por consejo de los médicos, á aquel país, al pie de los Alpes, reputado por sus aires puros y fortificantes, en que poseía una quinta. Sucumbió, según dicen, á un segundo ataque de apoplejía. La noticia se supo en Berna antes de que se tuviese noticia de su llegada al país».

(2) El original de esta carta está en francés.

(3) Nombre que solía dar á su esposa.

Estoy encantado de lo que me dice usted de su señora hija; eso es juventud y posibilidad de restablecerse. Muy pronto iré a su casa. Tengo curiosidad por ver a madame de Grignan convaleciente de nuevo.

Habrá adelgazado mucho, y la delgadez le dará, sin duda, un nuevo encanto. Al fin y al cabo la carne oculta la belleza, que sólo se revela en todo su esplendor ideal después de una enfermedad que ha minado el cuerpo; por mi parte, a estas horas estoy adonizado hasta lo esquelético. Las mujeres guapas se vuelven por la calle al verme pasar; los ojos cerrados (del derecho no tengo abierta más que una octava parte); las mejillas hundidas, la barba delirante, el andar inseguro, todo me da un aspecto de agonizante que me sienta al pelo. Le aseguro que estoy gozando un gran éxito de moribundo. Como corazones; sólo que no los puedo digerir. Soy hombre peligrosísimo actualmente, y ya verá cómo se enamora de mí la marquesa Cristina Trivulzi; precisamente soy el hueso fúnebre que le hace falta.

¡Adiós, buenísima, hermosísima! Líbrela Dios de embellecer a mi manera. A su santa y digna guarda la encomiendo.

XII

A LA MISMA (1)

Passy, 19 Septiembre 1848.

HADITA:

(Con este nombre, que la señora de Heine le ha dado, la conocemos en casa.) Otra vez tengo que darle gracias por la primera y graciosa carta que me escribió, en el momento de subir al coche para ir a las Roches o a casa de madame de Grignan, no sé. Esta mañana recibí su segunda carta, cuyo tono afectuoso y compasivo me ha hecho mucho bien, aunque la noticia que me da no sea muy alegre que digamos. A decir verdad, tan abrumado estoy de dolores físicos, que esa mala noticia, el fracaso en Negocios extranjeros, apenas si me afecta: un alfilerazo a un hombre que está sobre el brasero encendido de la tortura del Santo Oficio. Entretanto, le doy gracias por el celo que en esta ocasión ha mostrado, y le ruego que sea para con su señor hermano intérprete de mi gratitud sincera.

Le escribo hoy, para decirle que mañana no me encontraría ya en mi villa Dolorosa de Passy; la dejo para volver a París, calle de Berlin, número 9 (esquina a la calle de Amsterdan); sólo esta-

(1) El original de esta carta está en francés.

ré ahí hasta que mi mujer haya encontrado habitación más conveniente para el estado de mi salud. Desde que tuve el consuelo de verla, mis males han ido en aumento y síntomas alarmantes me deciden a volver a París...

No quiero que me entierren en Passy; este cementerio debe ser muy aburrido. Quiero ir acercándome a Montmartre, que hace tiempo escogí para mi última morada. Mis calambres no paran; por el contrario, han invadido toda la espina dorsal y suben hasta el cerebro, donde han hecho quizá más destrozos de los que yo mismo puedo advertir; surgen ideas religiosas...

Adiós, Hadita; que Dios le perdone sus encantos y la tenga en su santa y digna guarda.

XIII

A FRANÇOIS MIGNET (1)

París, 17 Enero 1849.

Mi querido amigo:

¿Cómo no viene a verme? Necesito estrechar la mano de un hombre como usted; ello ha de producirme bien acaso, en estos momentos en que estoy peor que de costumbre; no me queda alegría ninguna, por más que se hagan en èl mundo cosas

(1) El original en francés.

harto regocijadas; Alemania, en bacanales políticas, va más allá de Francia. Todo anda bueno entre nosotros al otro lado del Rhin, y el comunista más avanzado podría encontrar allí la realización de sus ideas. Sí, gozamos de un comunismo de hecho, ya que no de derecho; hemos llegado a la igualdad de fortunas, puesto que nadie tiene ya nada; somos tan pobres, como nunca podrá serlo nadie en Icaria; hemos llegado también a la comunidad de mujeres, sólo que los maridos todavía no se dan cuenta de ello. Dios está destronado por entero, con estupefacción de David Strauss y de Enrique Heine, su amigo de usted; a los cuales, después de haber trabajado en pro de esa catástrofe durante veinte años, les ha llenado de terror y tristeza, como les dejó a sus amigos los señores Odilon-Barot y consocios su victoria sobre la monarquía el 25 de Febrero, de funesta memoria.— Así, le confesaré que entre nosotros se ha operado una gran reacción religiosa. David Strauss la confesó en pleno Parlamento; yo, todavía la guardo secreta, y sólo se la confío a mi enfermera y a algunas mujeres superiores. A trueque de que me acuse de sandio, no le ocultaré tampoco el gran acontecimiento de mi alma: soy desertor del ateísmo alemán y me hallo en vísperas de volver al seno de las creencias más insignificantes. Empiezo a darme cuenta de que una briznita de Dios en nada perjudicaría a un infeliz, sobre todo cuando está tendido y atenazado por los tormentos más atroces. No creo aún del todo en el cielo, pero ya percibo por adelantado el sabor del infierno, gra-

cias a las quemaduras que viene a darme en la columna vertebral; y este es progreso, porque así puedo entregarme al diablo, llevándoles tal ventaja a mis pobres paisanos ateos que, sin embargo, tanta necesidad tendrían de ello ahora, sobre todo en Berlín, donde si es cierto que el rey ha otorgado una constitución buenísima, se siente contra ella cierta repugnancia semejante a la aversión que nos inspira el más voluminoso pastel, ante la idea de que pueda contener un poco de veneno, un poquito de ácido.

No puedo escribirle sin pedirle un favor, por pequeño que sea, para no perder la costumbre de estarle siempre agradecido; le ruego ahora que me preste el libro de M. Thierry, sobre la conquista de Inglaterra por los normandos; si puede cederlo por unas semanas, sírvase entregarlo al portador.

XIV

A J.-H. DETMOLD

París, 3 *Octubre* 1854.

QUERIDÍSIMO Detmold:

El viejo maestro, paralizado y caduco, se dirige al joven maestro para que le asista con su vigor aún lozano y su ingenio aún no decaído. Su-

pongo que Campe le habrá enviado los tres tomos de mis *Escritos varios* que van a publicarse pronto, y que le habrá manifestado cuál es el favor que de usted ahora espero. Por la lectura de las partes 2.ª y 3.ª, es decir, de *Lutecia,* se habrá dado cuenta en seguida de los nuevos disgustos que he atraído sobre mí. Dicho sea entre nosotros, he obrado así en una época en que aún esperaba triunfar de ellos por los grandes medios que tenía a mi disposición entonces y por las fuerzas con que aún me sentía. Pero tanto unos como otras me faltan en este momento, y por una coincidencia de fatalidades me encuentro, no sólo aislado, sino también en situación física tan penosa, tan espantosa, que nunca hube de sufrirla igual.

Entre Campe y yo han surgido las dificultades más molestas, y sólo a costa de grandes sacrificios de dinero he podido vencer su cuquería y sus enredos; es el socio menos seguro que podía tener. Me busca enemistades que en nada me conciernen, y fuerza la salida de mis obras con escándalos que quisiera evitar.

Nadie hay aquí que pueda decirme palabra de lo que ocurre en el mundo de las maculaturas, y ahí no tengo el órgano más mínimo a mi disposición. Tiempo atrás podía acudir, hasta cierto punto, a la *Allgemeine Zeitung,* pero ahora está con el vil hatajo de Munich, y, cómo habrá usted visto en mi libro, tengo que romper en absoluto con esa gente. No puede usted figurarse cuánta innoble perfidia disimula con respecto a mí esa clase de gente, so capa de lealtad y amistad ale-

manas. Ya conoce el procedimiento con que Meyerbeer dirige su campaña en contra mía. No hay periódico del mundo en que no tenga secuaces apostados. Emplea las criaturas más bajas para que me ataquen indirectamente, siendo así que yo he obrado siempre de modo franco para con él. Por esa parte, he de temer lo peor: toda la canalla le es adicta, y él es alma de todo tenderete de hablillas.

Le divertirá el daguerreotipo que hice del murmuradero de Mme. Léo; con ello he merecido de veras bien de la humanidad. En su casa se incubaron siempre las peores calumnias contra mi mujer y contra mí, y hasta se cuidó de expedirlas a Hamburgo, donde prosperan las familias y las comadres necesitadas.

Como ve, no se trata, mi muy querido Detmold, de un artículo de elogio para mi libro, sino de paralizar las maquinacioncillas malévolas de mis adversarios con los medios que emplean; de revelar al público, valiéndose de muy breves noticias en las hojas más diversas, como, por los manejos de personalidades heridas y coalición de ellas, se ha formado contra mí la conspiración de chismes que quizá triunfa ahora. Tengo que habérmelas con los peores enemigos; son las criaturas más cobardes, las más rastreras, chinches que salen de camas harto conocidas. Creo que mis indicaciones le serán útiles y que hará por mí lo que pueda. Como sé adónde llega su ingenio, me siento tranquilo por el solo hecho de haberle entregado mi causa; sé igualmente cuál será su placer cuando

pueda, con su sangre fría, irritar a toda esa canalla que confía en la enfermedad de su amigo de usted y en el abandono en que se encuentra.

Ya ve, mi muy querido Detmold, que nunca le abandono cuando me veo necesitado, pero créame también cuando le asegure que pienso muy a menudo en usted sin que la necesidad tenga parte en ello, y que las nubes que llenan de sombra mi mente, se ha disipado en ocasiones como por encanto, sólo con recordarle.

Una parienta suya... estuvo aquí últimamente; la vi varias veces: un alma buena, que sentía necesidad de interesarse por las cosas de los que son objeto de su simpatía, y que, impulsada por el más delicioso sentimiento de hermana, es capaz de preguntaros por los detalles más menudos de vuestro presupuesto, y acaso también de ir contando, siempre por impulsos de corazón, lo que su amor haya descubierto:—en suma, una comadre sentimental. ¡Por mi vida, ni palabra de este juicio poco cristiano y tal vez injusto! Me habló de usted, sabedora de nuestra amistad, con vivísima simpatía, y le alabó mucho, lo cual es tanto más glorioso para usted cuanto que el elogio hubo de serle muy penoso. Es muy amiga de Pückler y también de Gathy, el entusiasta de la música, que vive ahora en Hamburgo.

He tenido que mudarme hace unas semanas y vivo ahora en Batignolles, calle Mayor, 51, fuera del recinto de París; pero la casa es fría y húmeda, y, si no he de ponerme peor, tendré que mudarme otra vez dentro de pocas semanas. Sólo

me faltaban estas tribulaciones exteriores. No tiene usted idea de las contrariedades y gastos enormes que me ocasiona la incapacidad de Matilde, en lo tocante a instalación y dirección de la casa. Lleno de tales quebraderos de cabeza le estoy escribiendo.

Claro está que no ha de decir nada a Campe de lo que le pido. No deje de echar una mirada a Hamburgo, y de hacer de manera, tanto por Campe como por usted mismo, que en aquella ciudad, en que podría ser molesto para mis más serias relaciones de familia, no me ocurra nada peligroso.

Y ahora, adiós; siga lleno de afecto y fidelidad para su amigo.

XV

A JOSÉ LEHMANN

París, 5 *Octubre* 1854.

Muy reconocido le estoy por su comunicación relativa a la *Gaceta de Augsburgo*. A no ser por casualidad, de nada me entero, porque vivo completamente aislado, y, salvo mis dos secretarios, harto bien educados uno y otro para ocuparse de chismes alemanes, ni a un compatriota veo. Mi editor Julio Campe no me habla, sino de lo que

atañe a sus propios intereses. Quizá para no causarme disgusto me ocultan allí muchas cosas, lo cual sería ridículo, estando como estoy curtido contra toda grosería y muerto ya para casi todas las vanidades de este mundo.

Mi mujer ha hecho huir de mi casa a todos los alemanes, y en la verdadera acepción de la palabra, a algunos los ha puesto en la puerta. La muerte, en estos últimos años, cargó con unos cuantos; otros se fueron de viaje, o están en casas de locos o de corrección, de manera que, como le repito, nada sé de mi patria, cosa que, sin embargo, me sería muy necesaria a veces por si tenía que desmentir un engaño admitido; por estas razones, muy grato me sería que me escribiese más a menudo. Seguramente nada puede herirme y muchas cosas hasta me servirían de diversión. Además, como volveré a enfrascarme en mis *Memorias* así que haya logrado reposo, puede ser que una comunicación acerca de los destinos y las mudanzas de los amigos viejos del país me sea de alguna utilidad. Más de uno a quien creo vivo, habrá muerto hace tiempo; otro a quien creo muerto, se habrá, en el ínterin, vuelto sencillamente tonto o malo.

No puede figurarse el éxito loco alcanzado por mi artículo de la *Revue des Deux Mondes*. Dentro de unas semanas saldrá entero en mi libro *De Alemania,* para el que está escrito en forma de conclusión.

Publico en francés mis obras en la casa Michel Lévy hermanos, que me han recomendado como

editores. Podía elegir entre ellos y otro librero que en tiempos fué *bonnetier,* es decir, fabricante de gorros de dormir, y he dado preferencia a los primeros, precisamente porque son de la tribu de Lévy. Creo que M. Lévy no deja por ello de ser hombre honrado y merece mi confianza; y aunque hubiera de engañarme con gran detrimento mío, no puedo dejarme guiar por el viejo prejuicio antijudaico. Creo que si se les da algún dinero a ganar, siquiera lo agradecen, y nos explotan menos que sus colegas cristianos. Conservan una gran civilización cordial, por tradición ininterrumpida de dos mil años. Por eso, a mi parecer, han podido participar tan pronto en la cultura europea, sin que tuvieran nada que aprender en cuanto a sentimiento, sólo con la necesidad de apropiarse el saber. Pero usted lo sabe mejor que yo; sólo es una indicación para entender las *Confesiones.* Aunque he rogado a Campe que le envíe estas últimas, no las recibirá, ciertamente, hasta el día de la llegada del Mesías, si, según la tradición, ha de venir montado en un asno y no toma el ferrocarril.

.....

Apenas sé lo que dicto, de tal modo me adormece el abuso del opio. Termino dándole otra vez gracias por su bondad, y le saludo del modo más amistoso.

XVI

A H. LASSALLE (1), EN BRESLAU

.....

No tengo noticias de su hijo, y sí mucho deseo de saber algo de él. Quisiera ver la cara que pondría si llegase a saber que, cansado de toda filosofía atea, he vuelto a la humilde creencia en Dios del pobre hombre. Lo que dicen de mí—aunque exageren—es, en efecto, verdad. Si Fernando conserva aún alguna tranquilidad de espíritu, esta noticia sólo puede hacerle reflexionar saludablemente.

Me despido de usted. Deme pronto alguna noticia buena, y tenga la seguridad de mi consideración distinguida.

XVII

A SAINT-RENÉ TAILLANDIER (2)

Querido señor Taillandier:

He tardado un poco en escribirle, porque no podía volver a poner mano en el artículo de Chas-

(1) Padre de Fernando Lassalle.
(2) El original en francés.

les (1); por fin he dado con una especie de prueba que tengo prisa por enviar a usted. Le envío, al mismo tiempo, una noticia que un amigo mío escribió hace siete años y que no llegó a imprimirse.

Tengo la cabeza demasiado vacía para que pueda dictar notas recientes. Me limito a decirle que la fecha de mi nacimiento no es exacta del todo en las notas biográficas a cuenta mía. Dicho sea entre nosotros, esas inexactitudes parecen provenir de errores voluntarios que cometieron en favor mío cuando la invasión prusiana, para sustraerme al servicio de S. M. el rey de Prusia. Después, todos nuestros archivos de familia se perdieron en varios incendios, en Hamburgo. Mirando mi partida de bautismo, encuentro el 13 de Diciembre de 1799 como fecha de mi nacimiento. Lo más importante es que he nacido, y que nací a orillas del Rhin, en donde hice ya, a los diez y seis años, una poesía sobre Napoleón, que hallará usted en mi *Buch der Lieder* con el título de *Los dos Granaderos,* y que le hará ver que todo mi culto de entonces era el emperador.

Mis antepasados pertenecieron a la religión judía; no me he enorgullecido jamás de tal origen, yo, que me sentía ya humillado cuando me tomaban por criatura meramente humana, en tanto que Hegel me hacía creer que era un Dios. Tan pagado estaba de mi divinidad, tan grande me creía, que al pasar por la puerta de San Martín o por

(1) Véase en el Apéndice la carta autobiográfica de Heine á Filaretes Chasles.

la de San Dionisio, bajaba involuntariamente la cabeza, temeroso de darme un coscorrón contra el arco. Buen tiempo era aquel, que pasó hace ya mucho; no puedo pensar en él sin tristeza, comparándolo con mi estado actual, en que estoy miserablemente tendido. ¡Mi enfermedad ha hecho progresos terribles!

No he recibido aún mi *Fausto*. En cuanto llegue, se lo enviaré bajo faja.

Dándole gracias por todo el interés que me demuestra, no sé cómo expresarle cuánto le aprecio y en cuánta estima le tengo. Sírvase recibir la seguridad sincera de su afectísimo.

París, 3 *Noviembre* 1851.

XVIII

A ALFREDO MEISSNER

4 *Mayo* 1854.

QUERIDO Meissner:

Con alegría he sabido por su carta que no sólo ha guardado un recuerdo agradable de mí y de sus amigos parisienses, sino que en nada ha abandonado el proyecto de volver pronto a este mundo corrompido de las orillas del Sena... Yo voy peor cada vez; la vista se me acaba por días y se va acercando el tiempo en que mi mente, sólida y alegre aún, sucumba a los sufrimientos físicos... Cuando vuelva, pocos cambios encontrará en el

círculo de nuestros conocimientos. Algo bueno se podría contar de Wihl (1); pero, como estoy muy mal, me contento con esbozarlo. Unos meses atrás, entró nuestro amigo en un establecimiento de los que, sin razón ninguna, ostentan el título de *retretes inodoros*. En aquel lugar, adonde casi todos van en busca de alivio inocente, le hirió la flecha de Cupidillo: se enamoró de la mujer que, en la caja, se encarga de cobrar. Para acercarse a la amada simuló una diarrea crónica, hasta el día en que, gracias a sus asiduidades, logró ganar su corazón. Dicen relatores dignos de fe que ahora se pasa horas enteras en el círculo mágico de la amada, y en las relaciones que poco a poco se han formado entre los dos, germinan para él odoríferas flores de poesía. He oído contar que va a publicarlas pronto con el título de *Violetas y Nopales*.

Y ahora, adiós. Que, en su próximo viaje, me halle aún entre los vivos.

XIX

A BETTY HEINE

París, 31 *Agosto* 1854.

QUERIDA madre:

Una gran noticia tengo que anunciarte hoy. He dejado mi antigua casa de París y vivo ahora

(1) Luis Wihl (1807, 1882), filólogo y literato alemán, autor de un tomo de poesías titulado *Westæstliche Schwalben*, traducido al francés con el nombre de *Le Pays Bleu* (París 1865, en 12).

junto a la Barrera, en una casa de que soy único inquilino. Tiene la casa un vasto jardín con inmensos árboles, en que puedo pasar los días buenos de la manera más deliciosa del mundo. Para llevar a cabo tal revolución he tenido que hacer enormes sacrificios de dinero, pero no lo siento nada, porque mi salud ha de ganar considerablemente. El principio que ahora me guía es el de hacerlo todo por mi salud y nada por los demás, ni siquiera por la derrochona (1), a quien, por lo tanto, nunca dejaré gran cosa. — He aquí mis nuevas señas: en Batignolles, calle Mayor, 51, París.

No puedes figurarte, madre querida, cuánto bien me hacen el sol y el aire bueno de que en mi antigua casa me veía privado. Ayer, como me sintiera mejor que de costumbre, estaba sentado bajo los árboles de mi propio jardín y comía ciruelas soberbias, que, en punto de madurez, iban por sí solas a caerme en el pico. Pensé en ti, y me prometí escribirte hoy mismo, aunque todavía estoy con el desorden de la mudanza. Mi mujer, que, para hablar de sí misma, nunca deja de indicarse con las palabras alemanas: *meine Frau* (2), lo cual no deja de ser cómico y de hacer pensar en un lorito, os envía sus más vivos afectos. He aquí lo que acaba de decirme: "Dí a mi madre que *meine Frau* está ocupadísima y que *meine Frau* le envía mil besos."

---

(1) Matilde, su mujer.
(2) Mi mujer.

XX

A JULIO CAMPE

París, 21 Septiembre 1854.

.....

ESTOY asistiendo a un gran triunfo: mi artículo de la *Revue des Deux Mondes,* a despecho de las mutilaciones que ha sufrido (1) hace furor, y, como ayer me decía el redactor de la *Revue,* en este momento no se habla de otra cosa, y muchos que saben el alemán están impacientes por poder leerlo en el original. He logrado mi propósito de hacer un anuncio monstruo; pero es necesario, ya se lo he dicho, que apresure la tirada. Por lo que me asegura el redactor de la *Revue,* nunca hubo artículo que causara tal sensación, y este éxito sólo se podría comparar con el de los *Dioses en el destierro.* No puedo por menos de sentir un maligno gozo al escribírselo, porque precisamente fué mi amigo Julio Campe quien predijo tan triste porvenir a ese trozo. El otro día, en el *Mousquetaire,* salió un artículo con ciertas observaciones, que acaso le envíe si puedo encontrar el periódico...

(1) Se trata de las *Confesiones,* publicadas en la *Revue des Deux Mondes* el 15 de Septiembre de 1854.

APÉNDICES

I

ENRIQUE Heine, célebre poeta y escritor, nacido en Dusseldorf, de padres judíos sin fortuna, el 13 de diciembre de 1797, muerto en París (1) el 17 de febrero de 1856. Sus primeras y más importantes impresiones políticas datan del tiempo en que el país renano se hallaba bajo el dominio antifeudal de Napoleón (1806-1813). Asistió al liceo de 1808 a 1814, para entrar en seguida en el comercio. Después de algunas tentativas desgraciadas en esta carrera (en Hamburgo de 1816 a 1819), se consagró, con el apoyo de su tío, el opulento Salomón Heine, de Hamburgo, al estudio del Derecho en las Universidades de Bonn, Gotinga y Berlín, donde siguió a la vez asiduamente los cursos de Filología germánica y Filosofía. Se convirtió al cristianismo el 28 de junio de 1825, y se hizo doctor el 20 de julio del mismo año en Gotinga. Tuvo entonces intención de abrir bufete en Hamburgo, pero abandonando la ciudad por causas que no han llegado a conocerse, vivió alternativamente en Londres, en Munich (1828, de redactor de los *Anales políticos,* de Cotta), en la Italia septentrional y, sobre todo, en Berlín y en Hamburgo, hasta el día en que por contrariedades y decepciones se trasladó a París, *Meca* entonces del liberalismo. Los sufrimientos afectivos que en este primer período de su vida le hizo sentir un amor desgraciado por su prima Amelia, y más tarde por Teresa, hermana de esta última, ejercieron profunda influencia en el desarrollo de su poesía, y en esos experi-

(1) Avenida de Matignon, núm. 3.

mentos sentimentales descansan las más de sus confesiones líricas. Pese a la nostalgia que se apoderaba de él en París de vez en cuando, no le fué ya posible volver a Alemania sino por corto tiempo en el otoño de 1843 y en el de 1844, una y otra vez, para volverse a marchar apenas llegado.

Habiendo la Dieta germánica, en un decreto de 1835, condenado todos los escritos de la "Joven Alemania", de que Heine formaba parte, la situación pecuniaria de éste se halló muy comprometida. Su renta principal consistía en una pensión de 4.000 francos que le pasaba anualmente su tío Salomón, padre de Amelia y de Teresa. En octubre de 1834 conoció Enrique Heine a una francesa hermosa y buena, sin instrucción ninguna, pero de carácter jovial, Eugenia Mirat (1) (muerta el 19 de febrero de 1883 en Passy), con la que se casó el 31 de agosto de 1841, matrimonio que fué consagrado religiosamente. Hallándose en gran penuria de dinero, dió, en 1836 o en 1837, el paso más grave de su vida, al solicitar del gobierno francés una pensión de los fondos secretos, que ascendió a 4.800 francos, y hubo de recibir hasta la caída de la Monarquía de julio, es decir, hasta 1848.

En 1845 fué atacado por una afección a la medula espinal, que de 1848 hasta su muerte le tuvo clavado en la cama, en su *Matratzengruft* (2). A pesar de su estado físico miserable en extremo, conservó admirable frescura mental, y entonces nacieron algunas de sus más importantes producciones en prosa. El giro malicioso de su ingenio no le abandonó, y su concepto del mundo se hizo más hondo por la disciplina del sufrimiento.

Se estrenó Heine en la vida literaria con sus *Gedichte* (Poesías) (Berlín, 1822), a las que pronto siguieron las *Tragœdien mit einem lyrischen Intermezzo* (Tragedias con un intermedio lírico) (1823). Sus Poesías hallaron la acogida más calurosa entre eminentes críticos de entonces, tales como Varnhagen e Immermann; pero los dos tomos de *Reisebilder*—Cuadros de viaje—(1826),

(1) Matilde Crescencia Eugenia Mirat, nacida el 15 de Marzo de 1815 en Vinot de la Crétoire (Sena y Marne).
(2) Sepultura de colchón.

aumentados en 1830 y 1832 con otros dos tomos, tuvieron mayor éxito aún...

Las poesías que hizo entrar en ellos, las volvió a dar Heine, con otras publicadas antes y algunas más recientes, en el *Buch der Lieder*—Libro de cantares—(Hamburgo, 1827), que, reimpreso sin cesar, se ha considerado siempre como uno de los tesoros más raros de la literatura alemana.

Una vez fijado en París, propúsose Heine hacer de mediador intelectual entre alemanes y franceses. Así se escribieron: *Beitrage zur Geschichte der neuen schœnen Litteratur in Deutschland*—Contribuciones a la historia de las bellas letras modernas en Alemania—(Hamburgo, 1833, 2 t.), que, en nueva edición, se titularon *Die romantische Schule*—La escuela romántica—(Hamburgo, 1836); *Franzœsische Zustœnde*—Estado de cosas en Francia—(Hamburgo, 1833), colección de artículos escritos en París para la *Allgemeine Zeitung*, de Augsburgo, que adornó con un violentísimo prefacio contra la Reacción en Prusia; *Der Salon*—El salón—(Hamburgo, 1835-1840, 4 t.), en que exponía de manera original la historia de la religión y de la filosofía alemanas (1) y, con humorismo, la vida, la política, el teatro y el arte francés (2), y donde publicó novelas humorísticas como las *Memoiren des Herrn von Schnabelewopski*—Memorias del Sr. Schnabelewopski—y *Florentinische Nœchte*—Noches florentinas—. Heine conoció también en París los comienzos del socialismo en Saint-Simon y Enfantin, se entusiasmó con sus doctrinas, que hizo desembocar extrañamente en un sensualismo pagano, todo para los goces de la vida, opuesto al espiritualismo judeo-cristiano. Adviértense en particular huellas de tal teoría en los escritos acerca de la literatura y la filosofía alemanas arriba citados. Después de un trabajo de

(1) Estos artículos, con *Die romantische Schule* (La escuela romántica), *Gestandnisse* (Confesiones), *Elementargeister* (Espíritus elementales), *Der Doktor Faust*, *Die Gotter im Exil* (Los dioses en el destierro), *Die Gottin Diana* (La diosa Diana) forman el tomo *Deutschland* (Alemania).

(2) Artículos reproducidos en francés en *De la France* y *Lutéce*.

menos valor, titulado *Shakespeare's Mædchen und Frauen*—Doncellas y mujeres de Shakespeare—(París y Leipzig, 1839), publicó Heine una memoria acerca de *Luis Bœrne* (Hamburgo, 1840) que armó gran escándalo y en que, del modo más acre, se declaraba adversario absoluto del "Nazareno espiritualista", que fué Bœrne. A despecho de todo su liberalismo, Heine era más bien, en lo intelectual, un aristócrata, y no podía tener la comprensión más mínima de las convicciones exuberantes de Bœrne. En la misma época se rozó con la política en sus *Neue Gedichte*—Nuevas poesías—(Hamburgo, 1844), cuyos exquisitos romances cuentan entre sus mejores producciones. En su epopeya satírica: *Deutschland, ein Wintermærchen*—Alemania, cuento de invierno—(Hamburgo, 1844), mostróse como nuevo Aristófanes, pero desprovisto a la vez de todo sentimiento patriótico, mientras que en su *Atta Troll* (Hamburgo, 1847) son verdaderamente notables sus descripciones resplandecientes y sus tendencias sanas y genuinamente poéticas.

En su cuarto de paciente dió aún: *Romansero* (Hamburgo, 1851), que contiene sus más hermosas baladas y sus lamentos más penetrantes—en un breve epílogo, el poeta declara su vuelta al teísmo—; un bailable fantástico: *Der Doctor Faust* (Hamburgo, 1851) y *Vermischte Schriften*—Escritos varios—(Hamburgo, 1854, 2 t.). Póstumas, no se ha publicado más obras suyas que *Letzte Gedichte und Gedanken*—Ultimas poesías y pensamientos—(Hamburgo, 1869), y muchos años después de su muerte un fragmento de sus *Memoiren* (Hamburgo, 1884), referente a sus años juveniles. Nada cierto se sabe acerca de las demás partes de esta última obra.

.....

La primera edición completa de las obras de Heine fué cuidada por A. Strodtmann (Hamburgo, 1864-1866, 21 t.). La mejor edición crítica, con todas las variantes, biografía, introducción y notas, es de Elster (Leipzig, 1887-1890, 7 t.) (1).

---

(1) Se ha de citar igualmente H. Heine's Gesammelte Werke (von Gustav Karpeles herausgegeben), Berlín, 1893, 9 vol. y H. H. Samtliche Werke, in zehn Banden. Hrsg. von Oskar Walzel

Entre los trabajos acerca de Heine, hay que citar: MEISSNER, *Heinrich Heine* (Hamburgo, 1856); STRODTMANN, *Heinrich Heine's Leben und Werke* (Berlín, 1866-69, 2 t.); HUFFER, *Aus dem Leben Heinrich Heines* (Berlín, 1877); KARPELES, *Heinrich Heine und seine Zeitgenossen* (Berlín, 1887); BŒLSCHE, *Heinrich Heine. Versuch einer æsthetisch-kritischen Analyse seiner Werke* (Leipzig, 1887); ELSTER, *Heines Buch der Lieder nebst einer Nachlese nach den ersten Druck und Handschriften* (Heilbr., 1887); ELSTER, *Zu Heines Biographie* (en la *Vierteljahrschrift für Litteraturgeschichte*); KEITER, *Heinrich Heine* (en los *Schriften* de la "Gœrres-Gesellschaaft", Colonia, 1891); G. BRANDES, *Das junge Deutschland* (Leipzig, 1890) (1).

(Del MEYER'S KONVERSATIONS LEXIKON.)

Leipzig, Insel-Verlag, 1911 y siguientes. Las obras completas de Heine han sido publicadas en francés por Calmann Lévy, en 15 tomos.

(1) Convendría añadir: BETZ, *Heine im Fraukreich* (Zurich, 1895); DAVID KAUFMAN, *Aus H. Heine's Ahnensaal* (Breslau 1896); JUNGMANN, *H. Heine ein Nationaljude* (Berlín, 1896); MAX KAUFMANN, *Heine Liebesleben* (Zurich, 1897); G. KARPELES, *Heairich Heine, Aus seinem Leben und aus seiner Zeit* (Leipzig, 1899); PAUL HOLZHAUSEN, *Heine und Napoleon* (Francfort, 1903); W. SIEBERT, *H. Heines Berichungen zu* E. T. A. Hoffmann, 1908; HUFFER, *Heinrich Heine*, 1906. FR. MEYER, *Verzeichnis eine H. H. Bibiothek* (Leipzig, 1905).

Puede asimismo consu.tarse, en francés, CAMILLE SELDEN, *Les derniers jours de Henri Heine* (París, 1884); L. DUCROS, *Henri Heine et son temps* (París, 1886); BARON DE EMBDEN, *Heine intime* (París, 1893); JULES LEGRAS, *Henri Heine poete* (París, 1897); HENRI LICHTENBERGER, *Henri Heine penseur* (París, 1905); PIERRE-GAUTHIEZ, *Henri Heine* (París, 1903).

2

CARTA AUTOBIOGRAFICA A FILARETES CHASLES

París, hoy 15 enero 1835.

Acabo de recibir la carta que me ha hecho el honor de escribirme, y me apresuro a enviarle los datos que pide.

Nací el año 1800 en Dusseldorf, ciudad a orillas del Rhin, ocupada desde 1806 hasta 1814 por los franceses; de modo que en mi niñez he respirado el aire de Francia. Recibí mi primera educación en el convento de franciscanos de Dusseldorf. Luego entré en el gimnasio de la ciudad, que entonces se llamó liceo. Pasé por todas las clases de *Humaniora* y me distinguí en la clase superior, en que el rector, Schallmayer, enseñaba Filosofía; el profesor Kramer, poetas clásicos; el profesor Brewer, Matemáticas, y el abate Daulnoie, Retórica y Poética francesas. Estos hombres viven aún, excepto el primero, sacerdote católico, que se cuidó particularmente de mí, creo que a causa del hermano de mi madre, el consejero áulico de Geldern, amigo suyo de la Universidad, y creo también que a causa de mi abuelo el doctor de Geldern, médico famoso que le salvó la vida.

Mi padre fué negociante y bastante rico; ha muerto. Mi madre, mujer distinguida, vive aún, retirada de la sociedad. Tengo una hermana, Carlota de Embden, y dos hermanos, uno de los cuales, Gustavo de Geldern

(usa el apellido de mi madre), es oficial de Dragones al servicio de S. M. el emperador de Austria; el otro, doctor Maximiliano Heine, es médico del ejército ruso.

Mis estudios, interrumpidos por caprichos novelescos, por intentos de establecerme, por el amor y por otras enfermedades, se continuaron el año 1819 en Bonn, en Gotinga y en Berlín. Pasé en Berlín tres años y medio y allí intimé con los hombres más distinguidos en las ciencias y sufrí toda especie de males, entre otros una estocada en los riñones, que me propinó un tal Keller, de Dantzig, cuyo nombre no olvidaré jamás, por ser el del único hombre que haya logrado herirme de modo más sensible. Siete años estudié en las Universidades que acabo de nombrar, y en Gotinga, a donde volví, fué donde recibí el grado de doctor en Derecho, después de un examen privado y una tesis pública en que el célebre Hugo, decano entonces de la Facultad de Jurisprudencia, no me dispensó la formalidad escolástica. Aunque este último hecho que acabo de citar le parezca fútil, ruégole que lo anote, porque en un libro que acaba de publicarse contra mí han sostenido que no hice sino comprar el diploma académico. De cuantos embustes han impreso acerca de mi vida privada, es el único que quisiera ver desmentido. ¡A tanto llega el orgullo del sabio! Digan de mí que soy bastardo, hijo de verdugo, salteador de caminos, ateo, mal poeta, y me reiré; pero me desgarra el corazón ver discutida mi dignidad doctoral (y para entre nosotros, aunque sea doctor en Derecho, la Jurisprudencia es precisamente de todas las ciencias la que menos conozco). Desde los diez y seis años hice versos. Mis primeras poesías se publicaron en Berlín el año 1821. Dos años más tarde aparecieron nuevas poesías con dos tragedias. Una de éstas fué representada y silbada en Brunswick, capital del ducado de Brunswick. El año 1825 salió el primer tomo de los *Reisebilder;* los otros tres tomos los publicaron unos años después los Sres. Hoffmann y Campe, que siguen siendo mis editores. Durante los años de 1826 a 1831 residí, alternativamente, en Luneburgo, Hamburgo y Munich, en donde publiqué los *Anales políticos* con mi amigo Lindner. En los intervalos viajé por países ex-

tranjeros. Desde los doce años he pasado siempre los meses de otoño a orillas del mar, por lo común en una de las islillas del mar del Norte. Me gusta el mar como una querida, y he cantado su hermosura y sus caprichos. Estas poesías se contienen en la edición alemana de los *Reisebilder*. Las he suprimido en la edición francesa, en la que he suprimido también la parte polémica que se refiere a la nobleza de cuna, a los teutómanos y a la propaganda católica. A la nobleza la he discutido también en el prólogo a las *cartas* de *Kahldorf*, que no están escritas por mí, como cree el público alemán. A los teutómanos, a esos *Viejas Alemanias*, cuyo patriotismo no consistía más que en un odio ciego contra Francia, los he perseguido con encarnizamiento en todos mis libros. Es una animosidad que data de la *Burschenschaft*, de que formé parte. He combatido al mismo tiempo contra la propaganda católica y los jesuítas de Alemania, tanto para castigar a calumniadores, que fueron los primeros en atacarme, como para satisfacer inclinaciones protestantes. Estas inclinaciones, cierto es, han podido a veces llevarme demasiado lejos; porque el protestantismo no era sólo para mi una religión liberal, sino también el punto de partida de la revolución alemana y pertenecía yo a la confesión luterana, no sólo por partida de bautismo, sino también por entusiasmo batallador, que me hizo tomar parte en las luchas de esta Iglesia militante. Al defender los intereses sociales del protestantismo, nunca oculté mis simpatías panteístas. Por esto se me ha acusado de ateísmo. Compatriotas mal enterados o malévolos han extendido tiempo ha la noticia de que me he puesto la casaca sansimoniana; otros me cuelgan el judaísmo. Siento no estar siempre en disposición de recompensar tales favores. No he fumado nunca; tampoco me gusta la cerveza, y hasta que he estado en Francia no he comido la primera *choucroute*. En literatura lo he intentado todo: hice poemas líricos, épicos y dramáticos; escribí de arte, de filosofía, de teología, de política... ¡Dios me lo perdone! Doce años hace que me discuten en Alemania: me alaban o me vituperan, pero siempre con pasión y sin descanso. Allí me quieren, me detestan, me glorifican, me injurian.

Desde mayo de 1831 vivo en Francia. Pronto hará cuatro años que no he oído a un ruiseñor alemán.

Basta. Me pongo triste. Si quiere más datos, muy gustoso se los daré. Prefiero siempre que me los pida a mí mismo. Hable bien de mí, hable bien del prójimo, como recomienda el Evangelio, y reciba la seguridad de la estima y consideración con que quedo, etc.

J. ENRIQUE HEINE

3

ENFERMEDAD Y MUERTE DE ENRIQUE HEINE

RECIBÍ la última visita de Enrique Heine a principios de enero de 1848. Hizo que su criado le subiese a cuestas desde el coche hasta mi piso segundo. Después de tal esfuerzo, apenas le dejaron en un canapé de la sala, se vió acometido por uno de esos terribles ataques que le duraron hasta el último día: calambres que salían del cerebro y se prolongaban hasta las puntas de los pies. El sufrimiento intolerable no cedía más que cuando se le aplicaba la morfina. Con ella espolvoreaban unos cauterios que le ponían sucesivamente y le mantenían a lo largo de la espina dorsal; más tarde me comunicó el espantoso detalle de que llegó a absorber el calmante veneno por valor de quinientos francos al año.

Durante el ataque de que fuí testigo involuntario, temblando todos al verle sufrir de aquel modo, no podía hacer sino repetir para mí: ¡Qué ocurrencia, qué locura la de hacerse transportar en semejante estado! En cuanto pareció calmarse, le rogué que suspendiese toda salida mientras un tratamiento inteligente no le hiciera mejorar.

"Mi mal es incurable", fué la respuesta... "Voy a acostarme y no me levantaré más. Por eso estoy aquí, querida amiga, para arrancarle la promesa con juramento de que vendrá a verme a casa y no me abandonará nunca. Si no lo jura, me traerán otra vez y le causaré un nuevo terror como el de hace poco."

Entonces Enrique Heine, ya bien recuperado, se puso a trazar un cuadro lamentable y cómico del trance en que me hubiera puesto si se llega a morir en mi sofá; el público hubiera mezclado en seguida el amor con el suceso. "¡De qué encantadora novela póstuma hubiera sido héroe!", decía.

"Escríbame una novela con ese asunto, hubiera mandado Buloz a uno de sus tenientes." Y, parándose: "No; hubiera designado a un hábil capitán, en honor mío."

.....

En la primavera de 1848, con los cuidados del doctor Gruby, mejoró el enfermo; recobró el uso de las manos y la sensibilidad del paladar; un párpado seguía entreabierto, y parecían justificarse algunas esperanzas. Quiso Heine probar y salir a tomar el aire, como descanso: fué al Louvre, y entró en la galería de la planta baja, donde están las estatuas; se sentó frente a la Venus de Milo. Allí, en la media luz, por el influjo de aquella sonrisa divina, de aquella hermosura plástica que ya no había de ser para él más que un recuerdo, cayó como en éxtasis. Luego el pasado, el presente, el porvenir se le aparecieron a la vez, para confundirse en una desesperación aguda.

"¡Ah!; por qué no me caí muerto, allí, en aquel instante!—exclamaba—. Hubiera sido una muerte poética, pagana, soberbia y digna de mí. Sí, debí extinguirme en aquella angustia."

Después de corto silencio, en tono burlón otra vez: "¡Pero la diosa no me tendió los brazos! ¿Ya conocéis su desdicha? Su divinidad está reducida a la mitad, como mi humanidad. Pues, a despecho de toda regla matemática y algebraica, nuestras dos mitades no podían formar un todo."

.....

Una mañana recibí la visita del médico, enviado para decirme que Enrique Heine acababa de sufrir un ataque gravísimo y que tendría gusto en verme; alarmada, pregunté al doctor si el enfermo corría inminente peligro. Creyendo que yo estaba al corriente de las desolaciones de aquella casa, me habló sin rodeos:

"¿Qué puede nuestro arte, contestó, en lucha contra un amor insensato, contra unos celos extravagantes? Nada puede distraer a Heine, porque siempre está a su lado el objeto de su locura. En tales condiciones el matrimonio era fatal, y ha apresurado singularmente el avance de la enfermedad." "Pero, repuse, su mujer le cuida perfectamente, y en este estado, es gran consuelo para él." Encogiéndose de hombros, el doctor dijo: "No es culpa de su mujer; pero ¿qué cuidados pudieran compensar destrozos de una noche como la que acaba de pasar? Ignoro las sospechas injustas que cruzarían por la mente del enfermo; me fijo en el hecho; deslizándose, o, por mejor decir, dejándose caer del colchón colocado en el suelo, arrastrándose de bruces con ayuda de las manos, tras esfuerzos en que salió victoriosa su voluntad, llegó a la puerta de la alcoba de su mujer, y allí se quedó desmayado: ¿por cuánto tiempo? Nadie lo sabe."

.....

Paseaba yo los ojos distraídos en derredor del enfermo, y echando de ver por vez primera una especie de aparato de cuerdas, en forma de estribo, clavado en la pared, a la cabecera de su cama, le pregunté qué quería decir aquella novedad.

"¡Ah! eso es una invención gimnástica, dicen que para ejercitar el brazo derecho. Pero, dicho sea entre nosotros, creo más bien que sea una invitación a ahorcarse: atención delicada de mi doctor." "Y hay aún imbéciles —continuó Heine—que admiran el valor que tengo al prolongar mi vida. ¿Se les ha ocurrido nunca pensar cómo iba yo a arreglármelas para matarme? Ahorcarme no puedo; envenenarme, tampoco; saltarme la tapa de los sesos, menos aún, ni tirarme por la ventana: ¿voy a dejarme morir de hambre? ¡Bah! ese es un género de muerte contrario a todos mis principios. En serio, hay que admitir que uno escoja siquiera la forma de suicidio que le acomode, o dejarlo."

Nunca pensó Enrique Heine en apresurar su fin, en separarse voluntariamente de su mujer. ¿No le necesitaba ella? ¿No era él su protector? Ese papel le hala-

gaba de modo singular; en tanto que ella se ocupaba de sus flores o de su loro, él era quien, dentro de su estado de *moribundez*, ordenaba, disponía y saldaba todos los gastos. No se le podía ver sacar de debajo de la almohada un saquito, que desataba a tientas, para sacar el dinero que la criada le pedía, sin que viniese a la memoria el recuerdo de sus antepasados. Pero lo propiamente suyo era un humor generoso que le daba ingenio para elegir los regalos que enviaba a sus amigos en épocas señaladas, tales como natalicios y días de año nuevo.

.....

Ya hemos hablado del sentimiento protector con que rodeaba a su mujer y en que se complacía la *moribundez* de Heine. Pero hay que decir también que se sentía orgulloso de hallarse bajo el influjo magnético de su Julieta, influjo tan grande, aseguraba, que el sonido de *aquella* voz, el contacto de *aquella* mano, muchas veces le llevó de nuevo a la vida. Hay que citar en apoyo de tal flúido la anécdota del loro, que corresponde, precisamente, a los meses últimos de la existencia de Enrique Heine.

Como le acometiera a media noche uno de sus ataques mortales, que en aquella ocasión había motivos para creer que fuese el último, su mujer acudió a su lado toda espantada; le cogió la mano, apretándola, dándola calor, acariciándola. Lloraba ella a lágrima viva, y, con voz entrecortada entre sollozos, la oyó él repetir: "No, Enrique, no hagas eso, no te mueras! ¡Ten compasión de mí! Ya me he quedado sin loro esta mañana; si te murieses ¡qué desgracia la mía!"

"Aquello era un mandato—añadía él—y obedecí, y seguí viviendo; ya se hará usted cargo, amiga mía, de que cuando se me dan buenas razones..."

.....

Sin embargo, desde los comienzos del año 1855, todo presagiaba un fin próximo.

Los calambres se sucedían con mayor frecuencia y el efecto poderoso de la morfina se iba agotando.

Unos quince días antes de la muerte de Enrique Heine me presenté temprano en su casa, y como no

encontrara a nadie en la primera habitación y estuviese abierta la puerta de su cuarto, entré en él sin ruido. Le estaban haciendo la cama, y entretanto, le habían puesto en una especie de sillón camero que exigió meses enteros de probaturas antes de que llegara a satisfacerle. Allí me estuve, de pie, inmóvil, adivinando lo que le hubiera afligido darme el espectáculo de su destrucción.

Una criada de las que andaban en derredor suyo le tomó en brazos, envuelto en franela, para dejarle otra vez desde el sillón en el colchón puesto en el suelo; su cuerpo, reducido por la atrofia, parecía el de un niño de diez años; colgaban inertes los pies, bamboleantes, retorcidos, de manera que los talones caían hacia adelante, donde había de estar la caña del pie...

...Cuando, al separarme de él, puse como de costumbre mi mano en la suya a modo de despedida, la retuvo algún tiempo, y después murmuró: "No tarde en volver, amiga mía; será prudente".

(*Recuerdos* de Mme. C. JAUBERT.)

El 13 de febrero le atacaron convulsiones y vómitos, que ningún remedio pudo contener. Su cuerpo estaba acostumbrado de tal manera a las opiadas, que la morfina, administrada en dosis enormes, no logró darle el menor reposo. Tres días consecutivos le duraron los vómitos.

Trató de escribir un nuevo testamento; pero a las primeras líneas la pluma se le cayó de los dedos. Se hacía, sin embargo, ilusiones, y, como su mujer, tenía esperanza de dominar aquel ataque. Entretanto había corrido por París el rumor de que la catástrofe se acercaba, y a todas las horas del día llegaba gente a su casa a firmar y a saber noticias.

La noche del 16 de febrero, el doctor Gruby, interrogado por la señora de Heine, movió la cabeza por toda respuesta, y entró en la habitación del enfermo. Se acercó a la cama y le miró en silencio con tal tristeza, que Heine le preguntó:

—¿Conque voy a morirme?

Tenía firme la voz.

—Sí—contestó el doctor—, ha llegado la hora. Le prometí decírselo, y cumplo mi promesa.

—Bien está—dijo el moribundo sin turbarse.

Y hasta el último momento conservó la misma serenidad de ánimo.

A las cuatro de la mañana estaba hablando tranquilo; a las cinco se dormía para no volverse a despertar.

Era el 17 de febrero de 1856, domingo.

Matilde, su mujer adorada, no recogió su último suspiro; se había retirado poco antes, y le vió ya muerto.

(PRINCESA DELLA ROCCA: *Recuerdos íntimos de la vida de Enrique Heine.*)

4

ALGUNAS FRASES DE HEINE

De sí mismo:

—Una col fermentada regada de ambrosía; tal es mi imagen.

A un amigo que, cuando le desterraron, le envió el pésame:

—¡Desterrado yo!—Nada de eso: soy un prusiano puesto en libertad.

—Voy perdiendo la vista, y, como los ruiseñores, ahora cantaré mejor.

Anunciando la parálisis del músculo facial derecho:

—¡Ay! ¡Ya sólo puedo mascar por un lado, y ya no puedo llorar más que con un ojo! Soy la mitad de un hombre. No puedo expresar el amor, ni agradar más que por el lado izquierdo. ¡Oh mujeres! En lo porvenir ¿no he de tener ya derecho más que a medio corazón?...

Como la razón determinante de su matrimonio fuese un desafío:

—Mi felicidad se ha decidido con una pistola en la garganta.

Y como la víspera hubiese llovido en el terreno que conducía al lugar del lance:

—Los caminos del honor están muy sucios.

De su mujer:

—Nunca leyó nada mío; ¡no sabe lo que es un poeta! Sin embargo, he descubierto en ella la idea vaga de

que mi nombre anda impreso en alguna revista, no sabe en cuál.

A Alejandro Weill, que fué a verle poco después de que le visitara Luis Wihl:

—Weill, me encontrará usted algo tonto esta mañana. Acaba de marcharse Wihl, y hemos cambiado ideas (1).

—Hasta después del llanto más sublime, siempre acaba uno por sonarse.

De los judíos:

—¡Qué ralea esa que ha imaginado vender anteojos al género humano para impedir que vea con claridad!

A Berlioz, que fué a visitarle:

—¡Ah, Berlioz! ¿Conque viene a verme? ¡Siempre tan original!

Como le preguntaran si creía que San Dionisio pudo andar mucho tiempo llevando su propia cabeza entre las manos:

—En casos así el primer paso es lo difícil.

—El monoteísmo es el mínimum de religión. A poca que tenga uno, menos no puede tener.

Poco antes de su muerte, interrumpiendo a su mujer, que a su lado pedía a Dios que le perdonara:

—No lo dudes, querida, me perdonará: ese es su oficio.

Después de dos o tres visitas del abate Caron, que la princesa de Belgiojoso le llevó a su cabecera de moribundo:

—La princesa me trajo al abate Carón, y ya lo sabéis (*en tono de compunción*) había despertado en mí alguna veleidad religiosa... (*echándose a reir*); pero, decididamente, vuelvo a las cataplasmas. El alivio es más inmediato.

---

(1) Véase la nota acerca de Wihl, pág. 488.

5

NOTICIA LITERARIA

Es un poeta, y, además, un poeta del siglo XIX, entre todos los siglos, ciertamente el que menos protección ha dado a sus poetas contra sí mismos y contra las dificultades y codicias de la vida.

Nació judío, se hizo protestante, sin creer más en el judaísmo que en el protestantismo; era de un país en que los castillos de naipes filosóficos se suceden con la rapidez más voluble, en que cada uno no alcanza equilibrio que dure más de quince años, y jugó con esas leves construcciones. Pero como niño vigoroso que se aburre con esos frágiles juguetillos y vuelve a los recreos de aire libre, acabó por echar el juego de cartas debajo de la mesa y se volvió, sin fe y sin ley, a la Sensación, que decidió su vida—porque Enrique Heine es el poeta de la Sensación, de la Duda y de la Impresión personal, como lo fué, por lo demás, el mayor poeta del siglo XIX, el autor del *Childe Harold* y del *Don Juan*. La gente sin pensamiento, que va mariposeando por las palabras, ha llamado a Heine alma pagana porque hizo jugar en el diamante de su imaginación reverberante algunas formas del mundo antiguo; pero no fué más pagano que cristiano o judío. El judaísmo y el cristianismo, y por la palabra cristianismo entiéndase el catolicismo—puesto que las ideas protestantes eran lo más antipático que podía haber para el espíritu de Heine—, el catolicismo, pues, y el judaísmo dejaron igualmente en su alma impresio-

nes soberbias que expresó soberbiamente, aunque se burlara de ellas un instante después. Porque el entusiasmo y la ironía eran las dos balas emanadas, ardiente la una, fría la otra, de su genio peculiar—¡el entusiasmo, que no dura; la ironía, que siempre está de vuelta!

¡La ironía! De ordinario suele brotar tarde en los hombres. Es amarga flor de otoñada. Pero en Heine, ¡fenómeno extraño!, nació en la misma rama que la rosa purpúrea del entusiasmo y la sonrosada de la ternura—rosa tercera, pero envenenada como la flor—, rosa también—de la adelfa. Lord Byron no rió con esa risa en que tiemblan lágrimas que se reabsorben y van a caer de los ojos al corazón más que en *Beppo,* una de sus últimas obras, y en el *Don Juan,* su obra maestra inconclusa, más grande que todo lo que llegó jamás a concluirse. Heine, por su parte, empezó más pronto. Hubo de ser irónico, de niño, hasta con la niñera o con su madre; irónico y tierno como fué más tarde con las mujeres que amó. Pero el limón, delicioso al principio, en los días de la juventud venturosa, se volvió, por las traiciones de la vida, de una acidez casi cruel, a través de la suavidad de los más puros sorbetes. Desde las breves poesías del *Intermezzo*—que precisamente dan la impresión de sorbetes exquisitos, servidos en el dedal cristalino de las hadas, todos con esa gota de ironía en que se juntan todos los sabores ¡ay! volviéndose mortales—hasta sus demás poesías de concentración menos profunda y hasta en las páginas más serias de su obra de prosista, Enrique Heine ha vertido siempre alguna ironía... ¿tendremos que decir divina o diabólica? Porque nos da placer y dolor; bien y mal *a un mismo tiempo.* Y tan fuerte y habitual es esto en Enrique Heine, que si, como M. Taine, por ejemplo, tuviese yo la manía de explicar los espíritus por sus cualidades primarias, por ésta explicaría a todo Enrique Heine.

.....

He dicho que es el poeta moderno por excelencia, por la *excelencia del mal* de estos tiempos. Ausencia de convicciones ¡todo él capricho! Para formar el genio de Enrique Heine ¿cuántos espíritus se han triturado?... Es

alemán y francés; es antiguo, es renacimiento, y es moderno sobre todo, y de la última hora del siglo XIX—y ha pasado por todas las ideas, por todos esos aros de oro que no tienen otro fondo que un papel de seda y que él hizo reventar, llevándoselos de carrera!

Es un hijo de Rabelais y de Lutero, que, con lágrimas en los ojos, enlaza la bufonería de ambos inmensos bufones con una sentimentalidad tan grande como la de Lamartine. Es un Ariosto triste, tan mágico y tan deliciosamente loco como el otro Ariosto, caballero del hipogrifo. Es un Dante alegre—¿quién vió cosa igual?—desterrado, como aquel de Florencia, pero con maneras de hablar de su patria más tristes aún que las del Dante, debajo de la alegría, mentira y verdad, que le oprime con mano tan leve y uñas tan afiladas el corazón! Es un Voltaire, pero un Voltaire con alma, mientras que el otro no tenía más que ingenio. Es un Gœthe sin el aburrimiento de Gœthe, el Júpiter olímpico del aburrimiento solemne y supremo, que derramó cincuenta años seguidos, como lluvia de oro, sobre Alemania; sobre Alemania, la Danae del aburrimiento venturoso, que se tiraba al suelo para recogerlo! Es un Hoffmann sin humo de pipa, un Hoffmann que pone lo que tiene de fantástico sobre el más puro azul, en los claros de luna más blancos y más aterciopelados. Es un Schiller ideal, sin odiosa filantropillería. Y es, por último, para resolver vivamente todo esto, un Rivarol de metafísico pintoresco, sólo que mucho más completo y mucho más asombroso que Rivarol... ¡Leed su libro de *Alemania!* Os asombrará. Es maravilloso de propiedad y de comprensión. Nadie tuvo jamás como Heine esas maneras ingeniosas, llenas de imágenes, poéticas, desahogadas e impertinentes de entrar en la Filosofía y... ¡de salirse de ella! Por lo común, la impertinencia nada sabe. La suya, sí; No dice: *¡Tarta de crema!,* como el marqués. Dice cómo está hecha la tarta, y la tira por la ventana. Rivarol no era sino un metafísico pintoresco que daba relieve a lo abstracto. Pero Heine tiene ese don en igual grado que Rivarol, y, en mayor grado que Rivarol, ligereza en la exactitud, diafanidad en la profundidad. En cuanto habla de Filosofía, la aligera. No le pesa, ni os pesa a los que

le leéis, y recuerda en verdad a esas mujeres que casi parecen magias, mejor que magas, y que, enfermas de enfermedades nerviosas y misteriosas como el útero de que salieron, levantan un tablero de mármol con las puntas de los dedos ahusados y lo llevan como si llevaran una canastilla de flores!

(JULIO BARBEY D'AUREVILLY, *las Obras y los Hombres: los Poetas.*)

6

TESTAMENTO DE ENRIQUE HEINE

Ante nosotros: M. Fernando León Ducloux y M. Carlos Emilio Rousse, notarios en París, abajo firmados,

Y a presencia:

1.° De M. Miguel Jacob, del comercio, panadero, habitante en París, calle de Amsterdam, 60;

2.° Y M. Eugenio Grouchy, del comercio, tendero de comestibles, habitante en París, calle de Amsterdam, 52, ambos testigos con todas las condiciones exigidas por la ley, como declaran a los infrascritos notarios a interpelación hecha sucesivamente a cada uno. Y en la alcoba de M. Heine, nombrado a continuación, sita en el piso segundo de la casa de la calle de Amsterdam, 50, alcoba iluminada por una ventana al patio, los notarios y testigos arriba nombrados, elegidos por el testador, reunidos, a petición expresa del último;

Ha comparecido:

M. Enrique Heine, escritor y doctor en Derecho, habitante en París, calle de Amsterdam, 50;

El cual, hallándose enfermo de cuerpo, pero sano de espíritu, memoria y entendimiento, como se lo ha parecido a los dichos notarios y testigos al conversar con él, a la vista de la muerte ha dictado al dicho M. Ducloux, en presencia de M. Rousse y testigos, su testamento de la manera siguiente:

§ 1.°—Instituyo por mi heredera universal a madame Matilde Crescencia Heine, Mirat de apellido, mi esposa legítima, con la cual he pasado desde hace largos años mis días buenos y malos, y que me ha asistido durante toda mi larga y cruel enfermedad. Le dejo en propiedad plena e íntegra, sin condición ni restricción ninguna, todo lo que poseo y pueda poseer a mi fallecimiento y todos mis derechos en cualquier profesión.

§ 2.°—En época en que me creía llamado a un porvenir opulento enajené toda mi propiedad literaria en condiciones modestísimas; acontecimientos adversos devoraron después el escaso peculio que poseía, y mi enfermedad no me permite rehacer un poco mi fortuna en provecho de mi mujer. La pensión que gozo de mi difunto tío Salomón Heine, y que fué siempre base de mi presupuesto, no queda asegurada para mi mujer más que en parte. Yo mismo lo dispuse así. Y siento ahora el más vivo pesar por no haber arreglado mejor la tranquilidad de mi mujer para después de mi muerte. La susodicha pensión de mi tío representaba, en principio, la renta de una cantidad que mi paternal bienhechor cuidaba de no dejar entre mis manos de poeta, inhábiles para negocios, con el fin de asegurarme su disfrute duradero. Contaba con esa donación cuando uní a mi suerte la de una persona a quien mi tío distinguía mucho, dándole muchas pruebas de afecto. Aunque nada haya hecho por ella de manera oficial en sus disposiciones testamentarias, no por eso es menos de presumir que el olvido se debe a una casualidad fatal, más que a los sentimientos del difunto. A él, cuya magnificencia enriqueció y dotó a tantas personas extrañas a su familia y a su corazón, no se le puede acusar de tacañería mezquina tratándose de la suerte de la esposa de un sobrino que ilustraba su nombre. Los más mínimos ademanes y palabras de un hombre que era la generosidad misma deben interpretarse como generosos. Digno hijo de su padre, mi primo Carlos Heine ha coincidido conmigo en estos sentimientos, y con noble premura ha accedido a mi petición cuando le he suplicado que se comprometiera formalmente a pagar después de mi fallecimiento a mi esposa, como renta vitalicia, la mitad

de la pensión que databa de su difunto padre. Tuvo lugar esta estipulación el 25 de febrero de 1847, y todavía me conmueve el recuerdo de las nobles reconvenciones que mi primo, pese a nuestros disentimientos de entonces, me hizo, tocante a mi poca confianza en sus sentimientos para con mi mujer. Cuando me tendió la mano en garantía de su promesa, la estreché contra mis pobres ojos enfermos y la humedecí con mis lágrimas. Después, mi posición empeoró y la enfermedad agotó recursos que bien hubiera podido dejar a mi mujer; estas vicisitudes imprevistas y otras graves razones me obligan a acudir de nuevo a los sentimientos dignos y justos de mi primo. Le ruego que no aminore en la mitad mi susodicha pensión al pasársela a mi mujer después de mi muerte, y que se la abone íntegra, tal como yo la cobré mientras vivió mi tío.

Digo expresamente "tal como yo la cobré mientras vivió mi tío", porque, de casi cinco años a esta parte, cuando mi enfermedad se agravó, mi primo Carlos Heine, de hecho ha duplicado y más la cuantía de mi pensión, atención generosa por la que le guardo alta gratitud. Es más que probable que no tuviera yo que hacer este llamamiento a la liberalidad de mi primo, porque estoy persuadido de que con la primera paletada de tierra que eche sobre mi tumba, según le corresponde de derecho por ser mi pariente más próximo, de hallarse en París cuando mi muerte ocurra, olvidará todos los feos agravios que tanto he sentido y expiado en una larga agonía. Entonces no se acordará ciertamente más que de la buena salud antigua, de la afinidad y comunidad de sentimientos que nos unieron desde la tierna juventud, y consagrará paterna protección a la viuda de su amigo; pero no es inútil, para tranquilidad de unos y otros, que los vivos sepan lo que les piden los muertos.

§ 3.º—Deseo que después de mi defunción todos mis papeles y cartas sean guardados escrupulosamente y puestos a disposición de mi sobrino Ludwig von Embden, a quien daré instrucciones ulteriores acerca del uso que de ellos ha de hacer, sin perjuicio para los derechos de propiedad de mi heredera universal.

§ 4.°—Si muero antes de que la edición completa de mis obras se haya publicado, y sin haber podido dirigir esa edición, o si mi muerte ocurre antes de que haya quedado terminada, ruego a mi pariente el señor doctor Rodolfo Christiani que me reemplace en la dirección de esa publicación, conformándose estrictamente al prospecto que habré dejado con ese fin. Si mi amigo el señor Campe, editor de mis obras, desea introducir algunos cambios en la coordinación que he dado a mis diferentes escritos en el susodicho prospecto, deseo que no se le pongan dificultades en tal sentido, puesto que siempre me ha placido acomodarme a sus necesidades de librero. Lo principal es que no se intercale en mis escritos ninguna línea que yo no haya destinado expresamente a la publicidad, o que se haya impreso sin ir firmada con mi nombre en todas sus letras. No basta una cifra convencional para que se me atribuya un escrito publicado por algún periódico, teniendo en cuenta que la indicación del autor por una cifra dependió siempre de los redactores-jefes, que, además, nunca renunciaron a la costumbre de hacer cambios de fondo o de forma en un artículo sólo firmado con una inicial. Hago expresa prohibición de que, bajo ningún pretexto, escrito ninguno de otro, por breve que sea, vaya unido a mis obras, a menos que fuese una nota biográfica emanada de la pluma de algún antiguo amigo mío a quien yo haya pedido expresamente un trabajo semejante. Entiendo que mi voluntad, a este respecto, es decir, que mis libros no han de servir para remolcar ni para propagar ningún escrito extraño, sea ejecutada lealmente en toda su extensión.

§ 5.°—Prohibo que se someta mi cuerpo, después de la muerte, a autopsia; sólo, puesto que mi enfermedad solía parecer un caso de catalepsia, creo que debe tomarse la precaución de abrirme una vena antes de enterrarme.

§ 6.°—Si me hallara en París en la época de mi muerte, y no vivo demasiado lejos de Montmartre, deseo que me entierren en el cementerio de este nombre, porque tengo predilección por aquel barrio, donde viví durante largos años.

§ 7.°—Pido que mi entierro sea lo más modesto posible y que los gastos de él no excedan del coste ordinario de los del más sencillo burgués. Aunque por partida de bautismo pertenezco a la confesión luterana, no deseo que se invite a mi entierro al clero de esa Iglesia; renuncio asimismo al ministerio de todos los demás sacerdocios para celebrar mis funerales; no me dicta este deseo veleidad ninguna de espíritu fuerte. Cuatro años hace que abdiqué todo orgullo filosófico, y he vuelto a ideas y sentimientos religiosos. Muero creyendo en un Dios único y eterno creador del mundo, cuya misericordia imploro para mi alma inmortal. Siento haber hablado alguna vez en mis escritos de cosas santas sin el respeto que se les debe, pero iba arrastrado más por el espíritu de mi época que por mis propias inclinaciones. Si ofendí sin saberlo a las buenas costumbres y a la moral, que es la esencia verdadera de todas las creencias monoteístas, de ello pido perdón a Dios y a los hombres. Prohibo que ningún discurso, en alemán o en francés, se pronuncie sobre mi tumba. Al mismo tiempo enuncio el deseo de que mis compatriotas, por felices que puedan llegar a ser los destinos de nuestro país, se abstengan de transferir mis cenizas a Alemania; nunca me gustó prestar mi persona para mogigangas políticas. El gran interés de mi vida consistió en trabajar por la cordial inteligencia entre Alemania y Francia y en desenmascarar los artificios de los enemigos de la democracia que explotan en provecho suyo las animosidades y prejuicios internacionales. Creo haber merecido tanto por parte de mis compatriotas como de los franceses, y los títulos que a su gratitud tengo son sin duda el más precioso legado que puedo conferir a mi heredera universal.

§ 8.° Nombro ejecutor testamentario a M. Máximo Jaubert, consejero del Tribunal de casación, y le ruego que tenga a bien encargarse de esas funciones.

El presente testamento ha sido dictado así por M. Enrique Heine y escrito por entero de mano de M. Ducloux, uno de los notarios infrascritos, tal como se lo ha dictado el testador, todo ello en presencia de los dichos notarios y de los testigos, que, interpelados al

efecto, han declarado que no eran parientes de la heredera.

Y dada lectura en presencia de los mismos al testador, éste ha declarado que contiene la expresión entera de su voluntad.

Hecho y pasado en París, en la alcoba de M. Heine, arriba indicada.

El año 1851, el jueves 13 de noviembre, hacia las seis de la tarde.

Y, después de nueva lectura entera, el testador y los testigos lo firman con los notarios.

Registrado en París, 3er. negociado, el 20 de febrero de 1856.

7

HEINE EN ESPAÑA

Un artículo de doña Emilia Pardo Bazán, publicado en el número 440 de la *Revista de España*, que se halla en el tomo CX, correspondiente a los meses de Mayo y Junio de 1886, nos daría el trabajo hecho a no ser por los treinta y dos años transcurridos desde su publicación, que han aportado nuevas contribuciones a la "Fortuna española de Heine", como aquel artículo se titulaba, con la publicación de versiones y estudios o el conocimiento de obras anteriores que escaparon al plan de aquel meritorio trabajo. El P. Blanco García, en el segundo tomo de su libro acerca de *La Literatura española en el siglo XIX* (Madrid, 1891-1894, tres tomos) consagra un capítulo a los traductores e imitadores de Heine, y habla de Florentino Sanz, de Bécquer, de Augusto Ferrán y de otros poetas menores, dejando bien establecida, en general, la filiación de todos ellos. Para Heine no tiene, en cambio, grandes alabanzas: su espíritu, como es norma en aquel libro, no puede perdonar al "sectario" sus sátiras crueles. Sólo el poeta obtiene alguna consideración. Este es el sentido general de la crítica española con respecto a Heine, bien resumido por la señora Pardo Bazán en el artículo citado: "Heine se nos ha entrado antes que por las puertas de la cultura literaria, por las del corazón y fantasía, y al par que modelos de nuestra lírica, le deben adecuada expresión buena parte de nuestros senti-

mientos, aspiraciones y tristezas. Más que en el Parnaso, vive en el alma. —¿Y por qué medio ganó Heine esta victoria? ¿Con su vena satírica, o con sus arrebatos amorosos? El elemento crítico de Heine, ni es tan nuevo e inusitado en la musa alemana como vulgarmente se piensa, ni influye y agrada completamente, sino en circunstancias especiales y a determinadas personas. Cuanto de Heine se lee y relee y aprende de memoria en Francia, en Italia, en España, no es *Lutecia, Germania* ni *Atta Froll,* sino las enamoradas, risueñas y desesperadas canciones del *Entreacto lírico,* del *Regreso* y de la *Nueva Primavera;* y el poeta hispano que bebió en las corrientes de la heiniana inspiración, no imitó por cierto diatribas y pamphlets, cuentos de invierno ni de verano, sino suspiros, quejas y ternezas amorosas, lo que bellamente llamó un crítico insigne red de ensueños y dolores; en suma, el elemento femenino de Heine."

Dejó, pues, a un lado, el siglo XIX español, todo el elemento "masculino" de Heine. En cambio, su lírica logró entre nosotros verdadera difusión. "No sólo por su intensidad, fuego y ternura nos sedujo Heine—dice asimismo la condesa de Pardo Bazán—, sino también por su artística brevedad, por lo sobrio de sus procedimientos, que contrasta con la verbosa abundancia de que suelen adolecer nuestros versificadores. Tanto cautivó al público español la concentración de la poesía heiniana... que se puso de moda imitar a Heine en lo único accesible a la chusma rimadora, el tamaño, y adquirieron carta de naturaleza en nuestro Parnaso los famosos *suspirillos,* a la vez definidos y estigmatizados por el poeta de más robusta y amplia forma que hoy posee España."

Esta alusión a Núñez de Arce es oportuna. El poeta de los *Gritos del combate* no conoció al Heine luchador, al "prusiano liberado", sino al que sus imitadores de España diluían en insulsas estrofillas, que tenían por dechado las admirables *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer.

Bécquer es, en la poesía española, un Heine unilateral. Esta cuestión de la influencia de Heine en Bécquer

se ha solido tratar con un criterio "patriótico" inaplicable a una cuestión meramente literaria. No es atacar a Bécquer señalarle fuentes germánicas; y ningún menoscabo sufre por ello la originalidad del poeta sevillano. La correspondencia de sus sentimientos con la expresión poética que les da es innegable, perfecta y maravillosa. Pero en literatura nadie es tan señero e independiente que no guarde profundas relaciones con otros escritores; y ningún escritor grande, por fuertes que sean las semejanzas de su obra con la obra ajena, pierde su personalidad. Tantas veces se ha repetido esto; tanto se ha aducido el ejemplo de Virgilio, de Jorge Manrique, de Garcilaso, de Andrés Chenier, que huelga ocuparse de ello una vez más.

Ahora bien: la influencia de Heine en Bécquer se ejercitó no directamente, sino a través de otro poeta español menos afortunado: de Eulogio Florentino Sanz (1). El mérito de Florentino Sanz estriba en haber tenido la fortuna de fijar la forma española de Heine. Sus versiones, publicadas en *El Museo Universal*, año I, número 9, correspondiente al 15 de Mayo de 1857, guardan tal semejanza con las *Rimas*, que sorprende en verdad. Y no sólo las versiones de Heine impresionan a Bécquer, sino las mismas poesías originales de Sanz: se han citado ejemplos incontestables. Bécquer dirigió *El Museo Universal* en 1866, y en él aparecieron muchas de sus *Rimas*, posteriores a las traducciones de Sanz. Más importante creemos esta influencia que la de las traducciones francesas que hubo de conocer.

Como las versiones de Eulogio Florentino Sanz están muy poco difundidas, hemos creído conveniente reproducirlas aquí, tomándolas de la revista en que se publicaron, hoy difícil de consultar. Son quince, sacadas, en su mayor parte, del *Intermezzo*, aunque las hay también de otras colecciones heineanas.

Llevan por título: *Poesía alemana.—Composiciones*

---

(1) Véase a este propósito el artículo que el autor de este apéndice publicó en *La Ilustración Española y Americana* del 8 de Mayo de 1914, «Gustavo Adolfo Bécquer y Eulogio Florentino Sanz», aquí resumido.

de Enrique Heine, traducidas del alemán al castellano por D. E. Florentino Sanz:

Wenn Zwei von einander scheiden...

Al separarse dos almas que se han querido,
¡ay! las manos se dan;
y suspiran y lloran,
y lloran y suspiran más y más.

Entre nosotros dos no hubo suspiros
ni hubo lágrimas... ¡ay!
Lágrimas y suspiros
reventaron después... ¡muy tarde ya!

—

Warum sind denn die Rosen so blass...

¿Por qué, dime, bien mío, las rosas
tan pálidas yacen?
¿Por qué están en su césped tan muertas
las violas azules?... ¿Lo sabes?

¿Por qué, dime, tan flébil gorjea
la alondra en el aire?
¿Por qué exhalan balsámicas hierbas
hedor de cadáver?

¿Por qué llega tan torvo y sombrío
el sol a los valles?
¿Por qué, dime, se extiende la tierra
cual sepulcro, tan parda y salvaje?

¿Por qué yazgo tan triste y enfermo
yo propio?... ¿Lo sabes?
¿Por qué, aliento vital de mi alma,
por qué me dejaste?

—

Die Mitternacht war kalt und stumm...

¡Ay! a la media noche, muda y fría,
sólo gemí del bosque entre las sombras,

y de su sueño recordé a los sauces,
que inclinaron de lástima sus copas.

—

Sie haben mich gequälet...

Me hacen mudar de colores,
me atormentan sin cesar,
con sus rencores los unos,
y con su amor los demás.

Me han envenenado el agua,
me han emponzoñado el pan,
con sus rencores los unos,
y con su amor los demás.

Pero ¡ay! la que más tormentos
y más angustias me da,
ni rencor me tuvo nunca,
ni amor me tuvo jamás.

—

Ich hab'im Traum' geweinet...

En sueños he llorado...
¡Soñé que en el sepulcro te veía!...
Después he depertado,
y continué llorando todavía.

En sueños he llorado...
Soñé que me dejabas, alma mía...
Después he despertado,
y aún mi lloro amarguísimo corría.

En sueños he llorado...
¡Soñé que aún me adorabas, y eras mía!...
Después he despertado
y lloré más... y aun lloro todavía.

—

Die Rose, die Lilie, die Taube, die Sonne...

Por rosa, lirio, paloma y sol
sentí yo un tiempo dichoso amor!...

Ya no lo siento.—Que es Ella
la que amo no más ahora;
Ella, la linda, la esbelta,
la pura, la... en fin, la sola.
Ella, venero de todo amor,
que es rosa y lirio, paloma y sol.

—

Vier haben viel für einander gefühlt...

Mucho, en verdad, los dos hemos sentido:
tú por mí, yo por ti!... Y hemos vivido
llevándonos tan bien!... Y hemos jugado
a marido y mujer, sin que arañado
nos hayamos jamás, ni sacudido.
Juntos, en risa y regodeo y broma,
supimos tiernamente
jugar a beso-daca y beso-toma!
Y, cosas de muchachos, de repente
jugar al escondite resolvimos;
y tal jugado habemos,
y tal maña nos dimos,
y tan rebién al fin nos escondimos,
que ya nunca jamás nos hallaremos.

—

Vergiftet sind meine Lieder...

¡Que están empozoñadas mis canciones!...
¿Y no han de estarlo, di?
Tú de veneno henchiste, de veneno,
mi vida juvenil.

¡Que están empozoñadas mis canciones!...
¿Y no han de estarlo, di?
Dentro del corazón llevo serpientes
y a más, te llevo a ti.

—

Du hast Diamanten und Perlen...

Tienes diamantes y perlas
y cuanto hay que apetecer;

y los más hermosos ojos...
¿Qué más anhelas, mi bien?

A tus ojos hechiceros
he dedicado un tropel
de canciones inmortales...
¿Qué más anhelas, mi bien?

Con tus hechiceros ojos
¡cuál me has hecho padecer!...
y me has arrojado a pique...
¿Qué más anhelas, mi bien?

—

Gekommen ist der Mai

Ya vino mayo; con mayo tornan
plantas y troncos a florecer,
y en la azulada región del cielo
nubes de rosa cruzar se ven.

Y entre el ramaje de la espesura
de ruiseñores canta un tropel;
y los corderos de albos vellones
por la verdura trincan también.

Y yo en la yerba, porque los males
mi voz ahogando, baldan mis pies!...
Y oigo a distancia vagos rumores,
y sueño a veces... ¡yo no sé qué!...

—

Ich liebe eine Blume, doch weiss ich nicht welche

Hay una flor que adoro, mas, por mi mala estrella,
no sé cuál es mi flor;
yo miro, una por una, las copas de las flores
buscando un corazón.

Dan a la tardecita las flores su perfume,
su canto el ruiseñor...
Un corazón quisiera, tan bello como el mío,
¡tan bello de pasión!

El ruiseñor gorjea... Yo entiendo los gemidos
de su armoniosa voz...
A entrambos nos aflige tal dolor y tal pena,
tal pena y tal dolor!...

—

Ich halte ihr die Augen zu...

Siempre le cierro los ojos
cuando la beso en la boca;
y ella, por saber la causa,
con mil preguntas me acosa.

Y a cada instante me dice,
desde la noche a la aurora:
—¿Por qué me cierras los ojos
cuando me besas la boca?

Yo no le digo el por qué,
ni lo sé yo propio ahora...
Mas yo le cierro los ojos
para besarla en la boca!

—

Die Welt ist so schön...

Es el mundo tan hermoso,
y es tan azulado el cielo!...
y exhalan tan suavemente
su hálito puro los céñros!
Y señas se hacen las flores
del valle, de flores lleno;
y en el matinal rocío
quiebran cambiantes reflejos!
Y gozan las criaturas
do quiera mis ojos vuelvo...
Y yo, con todo, quisiera
yacer de la tumba dentro,
de la tumba, y replegarme
contra un amorcito muerto.

—

Ein Fichtenbaum steht einsam

Solitario en el Norte se alza un pino
sobre arrecida altura, soñoliento;
con su manto blanquísimo le embozan
nieves y hielos.
Con una palma sueña, que, al Oriente,
solitaria también, y lejos, lejos,
padece silenciosa, entre peñascos
que brotan fuego.

—

EL MENSAJE

Mein Knecht! steh'auf und sattle schnell

Sus, servidor, y enjaeza,
más que a paso tu alazán;
y ¡arriba! y por la maleza
galopa a la fortaleza
del rey Cristián.
Y con maña te desliza
en la real caballeriza,
y sonsaca, por quien soy,
al palafrenero real,
cuál de las Princesas, cuál,
se casa hoy.
Si fuese la rubia, al punto
ven de retorno y me avisa;
si la morena... el asunto
no corre prisa;
y en tal caso, lo primero
al maese cordelero
compra un cordel, al pasar:
monta luego en tu corcel,
y despacio, y sin chistar,
tráeme el cordel.

Madrid, 1.º de Mayo de 1857.

Hay, además, otra versión de Florentino Sanz, que hemos podido identificar. Publicóse en un *Almanaque del Museo Universal*, como traducción del alemán, y, mucho

después, como *madrigal inédito,* sin indicar que era traducción, en el tomo II del *Cancionero de la Rosa,* de Pérez de Guzmán. Pero es la canción XLIX del *Regreso.* que comienza: *Du bist wie eine Blume...*:

Eres como una rosa;
y al contemplarte un día y otro día
tan cándida y tan pura y tan hermosa,
siento en mi corazón melancolía.

Y aun a veces anhelo,
al bendecir tu frente con ternura,
al cielo orar, porque te guarde el cielo
tan hermosa y tan cándida y tan pura.

Quizá tradujera Florentino Sanz otras composiciones de Heine, pero naufragaron con la recopilación de sus versos, cuyo paradero no hemos podido hallar.

Pasan las versiones transcritas por las primeras que de Heine se hicieron en castellano; mas no es así. Ya en 1842, *El Pasatiempo,* diario madrileño de teatros, publicó una versión hecha por D. Pedro de Madrazo, que también copiaremos por su curiosidad. Salió en el número del 4 de Agosto (126 del año I):

SOLO ELLA LO SABE

(*Imitación de H. Heine*).

¡Oh! ¡Si las flores supieran
Cuál está mi corazón,
Dobláranse al llanto mío
Y vertieran su rocío
Para curar mi dolor!
¡Oh! ¡Si las parleras aves
Conocieran mi vivir;
Si mi duelo penetraran,
Un canto dulce exhalaran
Para templar mi sufrir!
¡Oh! ¡Si las claras estrellas
Supieran mi padecer,
Del alto cielo bajando,

A consolarme, rodando,
Vinieran hasta mis pies!
  Pero mi quebranto ignora
La estrella, el ave, la flor;
¡Sólo una hermosa traidora,
Por quien amor me devora,
Sabe mi inmenso dolor!"

De 1860, cuando más, han de ser unas versiones que dejó inéditas en su *Antología anglo-germánica o colección de poesías inglesas y alemanas traducidas e imitadas en verso castellano* D. Enrique Lorenzo de Vedia y Goosens, que murió en Jerusalén, el 8 de Octubre de 1863, siendo allí cónsul general de España. Conocemos esta colección gracias a la amabilidad de D. Carmelo de Echegaray, cronista de las Provincias Vascongadas, que nos ha comunicado la copia que posee. Vedia traduce cinco poesías de Heine: *Deseos, ¿Por qué están las rosas pálidas y tristes?, La hermosa pescadora, ¡Ay!, si supiesen las florecillas* y *Los Granaderos.* No es en las versiones de Heine donde se muestra más feliz el admirable tarductor de la famosa *Elegía* de Tomás Gray. En 1861 está fechado el prólogo de una versión completa del *Intermezzo,* que se publicó también en *El Museo Universal* seis años más tarde, en los números que van del 5 de Mayo al 2 de Junio de 1867; pero esta versión es indirecta, diluída y nada poética. Desde 1862, el mismo *Museo Universal* y *La Abeja,* de Barcelona publican otras versiones sueltas. E innumerables son las que hemos leído en libros y revistas españoles e hispano-americanos, muy bellas algunas, firmadas por los poetas Fernán Félix de Amador, Francisco J. Amy, Vicente de Arana, J. M. Arteaga Pereira, Joaquín M.ª Bartrina, Eduardo Benot, José Camino Nessi, Luis S. Carmona, Pablo Cavestany, M. Cerezo de Ayala, Jaime Clark, Virgilio Colchero, César Conto, Angel M.ª Dacarrete, Carmela Eulate, José Fernández Matheu, Rafael Fernández y Neda, Augusto Ferrán, Fabio Fiallo, Manuel María Flores, Juan Font y Guitart, J. Fuentes, Tomás Gillin, L. González Agejas, José J. Herrero, Francisco A. de Icaza, Guillermo Jünnmann, Angel

Lassò de la Vega, E. López Iriarte, Fernando Maristany, Jaime Martí-Miquel, Gabriel Maura y Gamazo, R. Mayorga Rivas, Laura Méndez de Cuenca, J. N., A. Navarro Viola, Joaquín Olmedilla y Puig, Alfredo Opisso, Calixto Oyuela, Ricardo Palma, Martín Pou Moreno, Manuel Reina, José Pablo Rivas, A. María Rodríguez, Antonio Sellén, Francisco Sellén, José Antonio Soffía, Carlos Arturo Torres, Ramón Uriarte, Guillermo Valencia, Juan Valera, Enrique L. de Vedia, Samuel Velarde, Gabriel Zéndegui .No entra en nuestros propósitos catalogar estas versiones, y aun creemos que esta lista de nombres ha de ser muy incompleta: apenas hay poeta que no se haya dejado tentar por Enrique Heine.

La condesa de Pardo Bazán, en el artículo aludido, escribe: "Si a las versiones ya citadas añado una de cosecha propia, que duerme incompleta e incorrecta en mis cajones, sin otro origen que el de satisfacer la devoción por un poeta favorito..." Y escribe también: "Es harto fácil echar a perder a Heine, y difícil, casi imposible, oscurecerle del todo: tal es de imperiosa y vencedora su genialidad poética." Fina y exacta observación que nos explica el gusto que se halla en algunas traducciones que aun hemos de mencionar, aun en las más deficientes.

Desde 1873 la librería española cuenta con versiones de Heine. Por orden cronológico, lo más aproximadamente posible, anotamos aquí los libros que conocemos, no sólo españoles, sino hispano-americanos:

Joyas prusianas, Intermedio, Regreso y *Nueva Primavera.* Tr. en verso, por Manuel M.ª Fernández y González. (Madrid, 1873; segunda edición, en 1878.)

Intermezzo lírico. Tr. en verso, por Francisco Sellén. (Nueva York, 1875.)

El Intermezzo. Tr. en verso, por Angel Rodríguez Chaves. (Madrid, 1877.)

Poemas y fantasías de E. H. Tr. en verso, por José J. Herrero. (Madrid, 1883, Biblioteca Clásica, tomo LXI; reimpresión en 1909 y en 1912.)

Poesías de Heine. Libro de los cantares. Tr. en verso, por Teodoro Llorente. (Barcelona, 1885. Bibl. "Arte

y Letras"; hay reimpresión de 1908 y nueva edición corregida y aumentada del mismo año, que se anota aparte.)

El Cancionero. Das Buch der Lieder. Tr. en verso, por J. A. Pérez Bonalde. (Nueva York, 1885 [por errata dice la portada MDCCCXXXV]; reimpreso en París, sin fecha [1912], en la Bibl. Quisqueyana, y en Madrid, en 1917, en la Bibl. de Autores Célebres (Extranjeros).

Leyendas, Nocturnos, Hojas caídas, Romancero, El libro de Lázaro. Tr. anónima, en prosa. (Barcelona, sin año. Bibl. de Ambos Mundos; nueva edición, Barcelona, 1906.)

Traducciones de Enrique Heine. Por Ricardo Palma, en verso. (Lima, 1886.)

Cuadros de viaje. Trad. por Lorenzo González Agejas. Tres tomos. (Madrid, 1889 los dos primeros y 1906 el tercero; son los CXXIV, CXXVI y CCXV de la Biblioteca Clásica. El último lleva como apéndice una traducción en verso del "Intermedio lírico".)

En el Hartz. Viaje que se incluye en la colección Reisebilder. Tr. por Juan Luis Estelrich (Palma, 1892, Biblioteca Literaria.)

Poesías. Tr. en verso, por Teodoro Llorente. (Barcelona, sin año [1908]; nueva edición del tomo antes citado, corregida y aumentada con *El mar del Norte; Nueva primavera* y otras composiciones.)

De la Alemania. Trad. por Pedro González Blanco. Dos tomos. (Valencia, sin año [1906].)

Los dioses en el destierro. Trad. por Pedro González Blanco. (Valencia, sin año [1906].)

El libro de los Cantares. Tr. "libre", en verso, por Emilio Gante. (Barcelona, sin año [1908].)

Memorias. (Madrid, sin año. Colección de libros escogidos.)

Confesiones y memorias. Trad. por Pedro González Blanco. (Valencia, sin año [1911].)

Italia. Trad. por Pedro González Blanco. (Valencia, sin año [1913].)

Alemania. Trad. por Luis de Terán (Madrid, sin año, Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia.)

Obras escogidas. Tr. en verso por José Pablo Rivas. (París-Chartres, 1912, en la Colección de Autores célelebres, de Garnier. Otra edición, con el título de *Obras poéticas,* en la Bibl. Montaner y Simón, de Barcelona, 1914.)

Hay además una notable traducción catalana del *Intermezzo,* hecha por Apeles Mestres, y publicada en el año 1895.

De estas versiones poco hemos de decír; son libros que están, en su mayor parte, al alcance de todos. Se observará que las obras en prosa, salvo los *Cuadros de viaje,* no se han traducido hasta los años últimos, y casi todas para la colección popular del editor Sempere, entre los más avanzados estudios de política, sociología y literatura. En cambio se ve lo reiteradamente que se ha trabajado sobre las obras poéticas.

De los traductores completos, en verso, dos se aventajan sobre todos los demás: Teodoro Llorente y Juan Antonio Pérez Bonalde, pero sus versiones no carecen de defectos. Consiste el principal en lo rígido de la versificación. La de Llorente abunda, además, en rellenos para la rima y en giros que se apartan de la expresión directa. La del *Intermezzo,* hecha por el cubano Francisco Sellén, algo seca, es, a costa de la fluidez, muy ceñida y de mucho carácter. Está, pues, por hacer aún la verdadera traducción castellana de Heine.

El P. Blanco García habla de la "no del todo ingloriosa" falange de los imitadores. Ya hemos dicho que los más lo son a través de Bécquer; esta influencia se enlaza con la de Campoamor, cuyo escépticismo de buen tono y cuya filosofía del vivir se acercaron, a veces, en el espíritu, a la *manera* de Heine. Menciona el P. Blanco a Augusto Ferrán, en cuyos cantares de *La Soledad* y *La pereza* se advierten efectivamente notas dignas de Heine. Mucho hay también de su tono en Rosalía Castro, entusiasta del poeta alemán, a quien conoció asimismo por Eulogio Florentino Sanz, que le envió la traducción francesa, según hubo de comunicarme mi malogrado amigo Said Armesto. Las poesías gallegas y las castellanas de Rosalía son más heineanas que las de Bécquer mismo; hay en ellas un fondo de

amargura y un acento de sarcasmo que suelen faltar en el autor de las *Rimas*. De los poetas contemporáneos, Juan Ramón Jiménez ha dejado pasar alguna vez por sus delicadas composiciones, un aliento de Heine; su nombre lo puso entre los de "veinte poetas favoritos" en la cubierta de *Jardines lejanos*.

La crítica no ha estudiado muy detenidamente entre nosotros a Heine. Pueden leerse los prólogos a las versiones de Llorente y Bonalde, y, en especial, el que para la segunda edición de esta última escribió el dominicano Andrejulio Aibar. Ya hemos citado el estudio de la condesa de Pardo Bazán, que más se refiere al influjo de Heine en España. Un tomo sobre la vida y la obra de Heine ha publicado pocos años hace don José Pablo Rivas. Pero la introducción de D. Marcelino Menéndez y Pelayo a la versión de Herrero, recogida después en sus *Estudios de Crítica literaria* es el trozo más elocuente y a la vez la crítica más alta que se ha hecho entre nosotros del poeta del *Intermezzo*, del poeta cuya obra es como "un fruto acre y picante y, a la vez, sabroso y tierno". Y al ensalzar la poesía de Heine, cuya "delicadeza incomparable" confiesa que se le escapó en otro tiempo, afirma: "Nunca dejé de admirar su prosa brillante y cáustica, y siempre le tuve por el primero de los satíricos modernos." Muy distinto es esto de la diatriba que contra él lanza el P. Blanco García, y muestra que el primero de nuestros críticos tuvo noción clara del valor de Heine que no alcanzaron a ver por completo los que se extasiaron sólo ante el poeta del pino y de la palma.—*E. D-C.*

ÍNDICE

POESÍAS

Páginas.

INTERMEZZO 11
EL REGRESO 29

POESÍAS VARIAS

Preludio 42
La noche 43
Amada mía 44
La voz de la montaña 45
Los dos granaderos 45
A mi madre 47
Doña Clara 48
Almanzor 50
La romería de Kevlaar 54
Serafina 56
Angélica 57
La evocación 57
El caballero Olaf 58
Las ondinas 60
El rey Haraldo Harfagar 61
María Antonieta 62
Antigua canción 64
Ratas errantes 64
El cantar de los cantares 66

Páginas.

Teleología (fragmento) 67
Un buen consejo 69
1649-1793—... ? 69

VIAJE AL HARZ

El idilio de la montaña 71
Ilse 76

EL MAR DEL NORTE

Coronación 78
El crepúsculo 78
La noche en la playa 79
En el camarote por la noche 81
La calma 83
En el fondo del mar 83
Purificación 85
La paz 86
Saludo matutino 87
El naufragio 88
Preguntas 89
Epílogo 90

ATTA TROLL 91
GERMANIA 126
APÉNDICE AL LIBRO DE LÁZARO 156

Déjate de parábolas sagradas 156
La mujer vestida de negro 156
Tu carta fué para mí relámpago 157
En la encrucijada se sientan tres mujeres 157
Mirando estoy los escasos granos de arena 158
No envidio a los hijos de la Felicidad 158
Para la Mouche 159

PROSA

EL TAMBOR LEGRAND 165
LOS DIOSES EN EL DESTIERRO 242
EL RABINO DE BACHARACH 301
EL QUIJOTE 363
PRÓLOGO AL PRIMER TOMO DEL «SALÓN» 391

Páginas.

PENSAMIENTOS..... 404

ALGUNAS CARTAS

A Moisés Moser..... 416
Al mismo..... 417
Al mismo..... 421
Al mismo..... 422
A la Alta Dieta de la Confederacion germánica..... 423
Augusto Lewald..... 425
A su mujer..... 426
A Alejandro Dumas..... 427
A Fernando Lassalle..... 429
A Julio Campe..... 431
A Carolina Jaubert..... 433
A la misma..... 435
A François Mignet..... 436
A J. H. Detmold..... 438
A José Lehmann..... 442
A H. Lassalle, en Breslau..... 445
A Saint-René Taillandier..... 445
A Alfredo Meissner..... 447
A Betty Heine..... 448
A Julio Campe..... 450

APÉNDICES

Noticia biográfica..... 453
Carta autobiográfica a Filaretes Chasles..... 458
Enfermedad y muerte de Enrique Heine..... 462
Algunas frases de Heine..... 468
Noticia literaria..... 470
Testamento de Enrique Heine..... 474
Heine en España..... 480

4191823

CASA EDITORIAL CALLEJA

CASA EDITORIAL CALLEJA